Stanley G. Payne

El fascismo



El fascismo

Stanley G. Payne

Serie: El Libro De Bolsillo
Editor: Alianza Editorial Sa.
Edición: 30 de junio de 2005
ISBN-10: 8420637394
ISBN-13: 978-8420637396
Edición digital: 2008
Conversión a PDF: 2020

STANLEY G. PAYNE

EL FASCISMO

1

Prefacio Este libro no pretende dar otra descripción del fascismo, sino enfrentarse con algunos problemas básicos de definición y comparación. La bibliografía general sobre el fascismo es extensa, especialmente en lo que respecta a Alemania e Italia, y existen varias obras que aportan descripciones de los principales movimientos fascistas. Pero lo que falta en esas obras es un examen sistemático, por breve que sea, en el cual se trata de definir características y establecer distinciones sobre una amplia base comparativa.

Esa empresa es la que se intenta con este libro. Por lo tanto, el presente estudio no se ha ideado como una historia del fascismo en plan de cajón de sastre para el estudiante que se inicia, si bien espero que con el uso de otras obras que se identifican en la bibliografía lo puedan leer de forma provechosa los estudiosos del fascismo de todos los niveles.

Es lógico y natural que el estudio y el comentario de los movimientos de tipo fascista hayan generado tanto calor como luz. Resulta difícil contemplar con distanciamiento científico unas fuerzas que promovieron un desastre histórico a escala mundial, pero en este análisis he tratado de separarme, en toda la medida de lo posible de las emociones políticas y de las moralizaciones superficiales.

Tengo una gran deuda con algunos de mis amigos y colegas de estudio sobre el fascismo, especialmente con George L. Mosse, A. J. Gregor y Juan J. Linz, aunque naturalmente no estemos de acuerdo en cada una de nuestras interpretaciones. También debo agradecimiento a Mary Maraniss, de la University of Wisconsin Press, que por segunda vez en muy pocos años se ha encargado de la preparación editorial de mi libro con gran destreza y diligente discreción.

S. G. P.

Madison Wisconsin Marzo de 1979

2

1 ¿Qué significa el término fascismo?

El desastre sin precedentes de la primera guerra mundial barrió una gran parte de la base del liberalismo decimonónico e inició una nueva era de revolución y de conflicto político mas intensos, de lo que jamás había habido antes ni ha habido después. Una de las principales fuerzas revolucionarias, el comunismo ruso, procedía directamente de la teoría marxista europea y revolucionaria rusa del siglo XIX. La otra gran fuerza radical nueva desencadenada por la primera guerra mundial, el fascismo, era más nueva y más original, pues fue un producto directo de la propia guerra. Antes de 1919 no existía un partido fascista ni una doctrina fascista como tales. Sin embargo, el comunismo se vio

3

rechazado en general por la izquierda europea, y durante la generación siguiente se

limitó, como régimen, a Rusia. El fascismo italiano1; fundado en 1919, se vio seguido

de imitaciones y paralelismos o por movimientos un tanto análogos en muchos otros países europeos. El fascismo se hizo con una gran parte del poder en Italia a partir de 1922, y un decenio después lo siguió el nazismo alemán. Hubo fuerzas poderosas de carácter aparentemente similar que adquirieron impulso en la Europa centro oriental y en España en el decenio de 1930, de tal modo que muchos historiadores califican a toda la generación anterior a la segunda guerra mundial como la era fascista en Europa. Pero la extensión de este adjetivo a la descripción de todo un período de la historia de Europa ha introducido tanta confusión como claridad o

comprensión, pues lo que el concepto ha ganado en amplitud lo ha perdido rápidamente en precisión.

Es probable que el término fascismo sea el más vago de los términos políticos contemporáneos. Quizá se deba a que la palabra en sí no contiene ninguna referencia política implícita, por vaga que sea, como las que contienen los términos democracia, liberalismo, socialismo y comunismo. El decir que el fascio italiano (Lat. Fasces, Fr.

Fascieau, Esp. Haz) significo eso, un "haz" o una "unión", no nos dice mucho. Parece que algunas de las definiciones coloquiales más comunes del término son las de "violento", "brutal", y "dictatorial"; pero si fueron esos los puntos primarios de referencia, probablemente habría que calificar a los regimenes comunistas de los más fascistas. La cuestión de la definición creó problemas a los fundadores del fascismo italiano desde un principio, pues no elaboraron un conjunto codificado oficial de doctrinas sino ex post facto, unos años después de la llegada de Mussolini al poder, e incluso entonces sólo en parte. El problema se ve complicado por el hecho de que mientras casi todos los partidos y regímenes comunistas prefieren llamarse comunistas, la mayor parte de los movimientos políticos de la Europa de entreguerras a los que se suele calificar de fascista no utilizaban, de hecho, ese nombre al hablar de sí mismos.

Los problemas de definición y clasificación que surgen son tan graves que no es sorprendente que algunos estudiosos prefieran dar a los movimientos fascistas putativos sus nombres individuales específicos, sin aplicarles el adjetivo clasificador. Otros llegan incluso a negar que exista el fenómeno general del fascismo europeo, como cosa distinta del fascismo italiano de Mussolini.

Si se ha de estudiar el fascismo, primero hay que

identificarlo, y es dudoso que pueda hacerse en ausencia de algún tipo de definición de trabajo. Esa definición, o mejor dicho, descripción, debe derivarse de un estudio empírico de los movimientos europeos de entreguerras. Naturalmente, debe tratarse hasta cierto punto de una construcción o abstracción teórica, pues no forzoso hallar que un solo movimiento del

1

En el presente estudio, el nombre del Partido Fascista italiano lleva mayúscula inicial, aunque no ocurre lo mismo con los términos fascismo y fascista utilizados en un sentido más amplio y genérico. Por otra parte, el término radical se utiliza en su 3ª acepción, tanto en castellano como en inglés, es decir "Partidario de reformas extremas…" (Diccionario de la Real Academia Española, 19ª ed., Madrid, 1970) y "Partidario de reformas políticas, económicas o sociales drásticas" (Diccionario Random House. Nueva Cork, Random House, 1967). Huelga señalar que no guarda ninguna relación con los partidos radicales existentes o en proyecto en país alguno. (N. del T.)

4

grupo en observación haya anunciado un programa o se haya definido así mismo en los términos exactos de esta descripción. Y esa definición hipotética tampoco implicaría en absoluto que cada uno de los objetivos y de las características identificadas fueran necesariamente exclusivas de los movimientos fascistas, pues la mayor parte de esos aspectos podrían encontrarse en una o más especies distintas de movimientos políticos.

El argumento sería más bien que, tomada como un todo, la definición describiría lo que todos los movimientos fascistas tenían en común, sin tratar de describir las características

exclusivas de cada grupo. Por último, y por razones que se comentarán mas adelante, la definición podría referirse sólo a los movimientos fascistas europeos de entreguerras, y no a una categoría supuesta de regímenes o sistemas fascistas.

Toda definición de las características comunes de los movimientos fascistas debe utilizarse con mucha cautela, pues los movimientos fascistas diferían entre sí en tantos aspectos como características nuevas o notables tenían en común. Por eso es útil un inventario general de sus características distintivas, no como definición cabal y completa de esos movimientos en y por sí mismos, sino únicamente como indicación de las principales características que compartían y que los distinguen (en la mayor parte de los aspectos, pero no de forma absoluta) de otros tipos de fuerzas políticas.

Cabe ilustrar los problemas que entraña el llegar a una serie inductiva de características mediante una referencia a la tentativa anterior más tajante de establecer una definición pro criterios del fascismo genérico: el "mínimo fascista" de seis puntos

postulados por Ernst Nolte2. Consiste en un conjunto de negativas, un aspecto central de

organización, una doctrina del caudillaje y un objetivo estructural básico, expresados como sigue:

Antimarxismo Antiliberalismo Anticonservadurismo El principio del caudillaje Un ejército del partido El objetivo del totalitarismo Esta tipología establece correctamente las negaciones fascistas, pero postula tres características primarias derivadas especialmente del nacionalsocialismo alemán que en una formulación tan simple no se pueden correlacionar con otras variedades de una

especie política más amplia3.

Las características comunes de los movimientos fascistas se

referían a un conjunto nuevo de negaciones comunes, a aspectos de un nuevo estilo formal, a formas algo nuevas de organización y, en diversos modos o grados, a una nueva orientación en materia de cultura e ideología políticas, aunque siempre con diferencias muy fundamentales en el carácter específico de esas formas de ideas nuevas. Así, para llegar

2

Nolte, Die Krise des liberalen Systems und die fascchistichen Bewegungen (Munich, 1968), pág. 385. (Hay traducción al castellano: La crisis del sistema liberal y el auge del fascismo, Ed. Península, Barc.

1973).

3

H.-J. Puhle ha criticado a Nolte por hacer caso omiso de la dimensión económica de una tipología fascista, y sugiere varias modificaciones básicas. Sustituiría el antimarxismo por el antisocialismo, y le daría a toda la definición un sesgo más conservador mediante la eliminación del anticonservadurismo.

Puhle especifica el corporativismo como la doctrina económica fascista, y estipula además “el apoyo del orden económico capitalista mediante el respeto de su autonomía básica relativa”, simultáneamente con el ejercicio de un control político totalitario. Politische Agrarrbewegungen in kapitalistichen Industriegesellschaften (Gotinga, 1975), 278. Creo que Puhle tiene razón al llamar la atención sobre la esfera económica y modificar el concepto de un anticonservadurismo puro y simple que era equivalente del antiliberalismo y el antimarxismo del fascismo, pero va demasiado lejos al dar al fascismo un sesgo conservador. En cuanto al antisocialismo, existen demasiadas clases y

conceptos de socialismo para que se pueda caracterizar el fascismo de fundamentalmente antisocialista.

5

a una definición por criterios aplicable a todos los movimientos fascistas de entreguerras strictu sensu, parece oportuno identificar: a) las negaciones fascistas; b) los puntos comunes en materia de ideología y objetivos; c) las características especiales

comunes de estilo y organización4.

La tipología descriptiva del cuadro 1 se sugiere únicamente como un mecanismo analítico de alcance limitado para una definición comparada. No aspira a establecer una categoría rígidamente deificada, sino una definición flexible de espectro amplio que sirva para identificar varios movimientos supuestamente fascistas, y al mismo tiempo para separarlos de otros tipos de movimientos revolucionarios o nacionalistas. Así, cabría entender que cada movimiento poseía además otras creencias, características y objetivos que consideraba muy importantes y que no contradecían las características comunes, sino que sencillamente se añadían a éstas o iban más allá que ellas.

Cuadro 1

DESCRIPCION TIPOLOGICA DEL FASCISMO

A.

Las Negaciones Fascistas:

Antiliberalismo Anticomunismo Anticonservadurismo (aunque en el entendimiento de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concretar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector, por lo general con la derecha).

B. Ideología y Objetivos:

Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario, no basado únicamente en principios ni modelos tradicionales.

Organización de algún tipo nuevo de estructura económica nacional integrada, regulada y pluriclasista, se llamará nacionalcorporativa, nacionalsocialista o nacionalsindicalista.

El objetivo del Imperio o de un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias.

Defensa específica de un credo idealista y voluntarista, que normalmente implicaba una tentativa de realizar una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada .

C. Estilo y Organización:

Importancia de la estructura estética de los mítines, los símbolos y la coreografía política, con insistencia en los aspectos románticos y místicos.

Tentativa de movilización de las masas, con militarización de las relaciones y el estilo políticos y con el objetivo de una milicia de masas del partido.

Evaluación positiva y uso de la violencia, o disposición al uso de ésta.

Extrema insistencia en el principio masculino y la dominación masculina, al mismo tiempo que se defendía la visión orgánica de la sociedad.

Exaltación de la juventud sobre las otras fases de la vida, con hincapié en el conflicto entre generaciones, por lo menos al efectuar la transformación política inicial.

Tendencia específica a un estilo de mando personal, autoritario y carismático, tanto si al principio el mando es en cierta medida electivo como si no lo es.

4

Quien primero me sugirió la idea de una definición

tripartita fue el profesor Juan Linz en una conversación durante una conferencia celebrada en Bergen, Noruega, en junio de 1974. el contenido específico es mío.

6

El término de fascista no se utiliza sólo porque sea el convencional, sino porque el movimiento italiano fue la primera fuerza considerable que exhibió esas características (o por lo menos casi todas ellas) como un nuevo tipo, y durante mucho tiempo fue el más influyente ideológicamente. Constituyó el tipo cuyas ideas y cuyos objetivos era más fácil generalizar, especialmente en comparación con el nacionalsocialismo.

La naturaleza de las negaciones fascistas parece bastante clara. Como "últimos llegados" (en frase de Linz), los movimientos nacionalistas radicales de la primera postguerra mundial a los que llamamos fascistas tenían que abrirse un espacio político e ideológico nuevo, y fueron excepcionales en su hostilidad a todas las grandes corrientes establecidas, de izquierda, de derecha y de centro. Sin embargo, esta actitud básica se veía complicada por la necesidad de encontrar aliados políticos en la campaña por lograr el poder. Como esos movimientos surgieron sobre todo en países con sistemas parlamentarios establecidos, y a veces se apoyaban desproporcionadamente en las clases medias, no podían tratar en absoluto de llegar al poder mediante una guerra civil revolucionaria, como han hecho los regímenes leninistas puros. Aunque los fascistas de Italia y Rumania establecieron alianzas tácticas efímeras con el centroderecha (y en Portugal con la izquierda anarquista), sus aliados solían encontrarse en la derecha, en especial en la derecha autoritaria radical, y el fascismo italiano como entidad semicoherente se definió en parte por su fusión con uno de los más radicales de todos los

movimientos de la derecha autoritaria europea, la Asociación Nacionalista Italiana (ANI). Esas alianzas exigían a veces concesiones tácticas, estructurales y programáticas.

Los dos únicos dirigentes fascistas que llegaron efectivamente al poder, Hitler y Mussolini, pese a la creación subsiguiente de un Estado oficialmente unipartidista, jamás escapó del todo a la componenda pluralista con la que había empezado. Además, como las doctrinas de la derecha autoritaria solían ser más precisas, más claras y mejor articuladas- y a menudo más prácticas-que las de los fascistas, su capacidad de influencia ideológica y programática era considerable. Sin embargo, las ideas y los objetivos de los fascistas diferían en varios aspectos fundamentales de los de la nueva derecha autoritaria (como se comentará con más detalle más adelante), y se mantuvo firmemente la intención de trascender el conservadurismo derechista, así como el liberalismo y el marxismo, aunque no siempre se realizara con claridad en la práctica.

Gran parte de la confusión y de la ambigüedad que rodean a la interpretación de los movimientos fascistas se debe al hecho de que en muy pocos casos lograron pasar a la fase de participación en el gobierno, y Alemania fue el único caso en que un régimen en el poder puso en práctica todo el contenido de una doctrina fascista, en la forma de su variante más radical. Por eso resulta difícil generalizar acerca de los sistemas fascistas o de la doctrina fascista del Estado, pues incluso en la variante italiana hubo importantes componendas. Lo único que cabe establecer con claridad es que las aspiraciones fascistas acerca del Estado eran exclusivamente suyas, porque no se limitaban a la doctrina autoritaria tradicional, como la monarquía o el corporativismo, sino que planteaban un nuevo sistema secular radical, normalmente republicano y autoritario. Pero

no parece justificado especificar el objetivo del pleno totalitarismo, como hace Nolte, pues, al revés que el leninismo, los movimientos fascistas nunca proyectaron una teoría del Estado con una centralización y una burocratización suficientes para hacer posible un totalitarismo absoluto. De este problema se tratará con más detalle en los capítulos siguientes.

Ningún aspecto está menos claro en las doctrinas de la mayor parte de los movimientos fascistas que el de la estructura y los objetivos económicos. El convertir al

7

fascismo en sinónimo de corporativismo es evidentemente incorrecto, pues sólo una minoría de los fascistas italianos eran partidarios del corporativismo antes de la transacción de Mussolini con la monarquía y la fusión con los nacionalistas. Lo que es más importante, la forma más radical y desarrollada del fascismo, el nacionalsocialismo alemán, rechazaba explícitamente el corporativismo formal (debido en parte a su pluralismo). A la inversa, la tesis frecuente entre los autores marxistas de que el objetivo de los movimientos fascistas era impedir cambios económicos en las relaciones de clase no se ve corroborada por los propios movimientos; pero como ningún movimiento fascista llegó a terminar por completo la elaboración de un sistema económico fascista, la cuestión resulta teórica. Lo que sí tenían en común los movimientos fascistas era el objetivo de una estructura y una relación funcional nuevas de los sistemas sociales y económicos, en las que se eliminará la autonomía (o, en algunas propuestas, la existencia) del gran capitalismo, se modificara el carácter de la condición social y se creara una nueva relación de producción comunitaria o recíproca.

A esto se le daba toda una variedad de nombres, y lo más

frecuente era que se dejara sin aclarar su articulación precisa.

Se dice que el fascismo era imperialista por definición, pero esto no queda totalmente claro si se hace una lectura comparada de los programas de los diversos movimientos fascistas. La mayoría eran efectivamente imperialistas, pero parece que todos los tipos de movimientos y sistemas políticos han producido políticas imperialistas, mientras que varios movimientos fascistas estaban poco interesados en nuevas ambiciones imperiales, o incluso las rechazaban. Todo ellos, no obstante, aspiraban a un nuevo orden en las relaciones exteriores, a una nueva relación o conjunto de alianzas con respecto a los estados y las fuerzas contemporáneas, y que a su nación tuviera una posición nueva en Europa y en el mundo.

La ideología y la cultura fascistas merecen más atención de la que reciben normalmente, pues la doctrina fascista, igual que todas las demás, se derivaba de ideas, y las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra.

A menudo se dice que las ideas filosóficas fascistas se derivaban de la oposición a la Ilustración o a las "ideas de 1789", cuando de hecho son un producto directo de aspectos de la Ilustración, y se derivaban directamente de los aspectos modernos, seculares y prometeicos del siglo XVIII. Es probable que la divergencia esencial de las ideas fascistas respecto de determinados aspectos de la cultura moderna se halle más exactamente en el antimaterialismo del fascismo, y en la importancia que atribuía al vitalismo y al idealismo filosófico y a la metafísica de la voluntad. La cultura fascista, al revés que la de la derecha, era secular en la mayoría de los casos, pero al contrario de la de la izquierda y hasta cierto punto la de los liberales, se basaba en el idealismo y el

vitalismo y en el rechazo del determinismo económico, tanto el de Manchester como el de Marx. El objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograse la excelencia tanto física como artística y que ensalzase el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiese al hombre entero. Los fascistas esperaban recuperar el verdadero sentido de lo natural y de la naturaleza humana idea básicamente dieciochesca- en un plano más elevado y más firme de lo que había logrado hasta entonces la cultura reduccionista del materialismo moderno y del egotismo prudencial. El hombre libre natural, cuya voluntad y determinación estuvieran desarrolladas, podría reevaluarse e ir más allá de sí mismo, y no titubearía en sacrificarse en aras de esos ideales. Esas formulaciones modernas rechazaban el materialismo del siglo XIX, pero no representaban nada que

pudiera calificarse de vuelta a los valores morales y espirituales tradicionales del mundo occidental antes del siglo XVIII. Representaban una tentativa específica de alcanzar una forma moderna, normalmente atea, de trascendencia, y no, como dice Nolte, una “resistencia a la trascendencia”.

Muchos observadores se sintieron impresionados por el ambiente novedoso de los mítines fascistas en los decenios de 1920 y 1930. Todos los movimientos de masas emplean símbolos y diversos efectos emotivos, y quizá fuera difícil establecer que la estructura simbólica de los mítines fascistas era completamente diferente de la de otros grupos revolucionarios. Pero lo que sí parecía claramente distinto era el gran hincapié que se hacía en mítines, marchas, símbolos visuales y rituales ceremoniales o litúrgicos, a los que en la

actividad fascista se les daba un papel central y una función que iba las allá de lo que ocurría en los movimientos revolucionarios de izquierda. Con ello se trataba de envolver al participante en una mística y en una comunidad de ritual que apelaba al factor religioso, además de al meramente político.

En su mayor parte, los movimientos fascistas no lograron movilizar verdaderamente a las masas, pero sin embargo resulta característico que fuera ese su objetivo, pues siempre trataron de trascender el carácter de camarilla parlamentaria elitista de los grupos liberales poco movilizados, o el mero exclusivismo sectario y el recurso a la manipulación elitista que se solía encontrar en la derecha autoritaria. Junto a la campaña de movilización de las masas se daba uno de los rasgos más característicos del fascismo; su tentativa de militarizar la política en una medida sin precedentes. Para ello se hacía que los grupos de milicias fueran algo central en la organización del movimiento y se utilizaban insignias y terminología militares a fin de reforzar el sentimiento de nacionalismo y de combate constante. Las milicias de partido no las inventaron los fascistas, sino la extrema izquierda y la derecha radical (por ejemplo, la Action Francaise), y en un país como España, los "movimientos de camisas" predominantes que practicaban la violencia callejera eran los de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, la oleada inicial del fascismo centroeuropeo se basó desproporcionadamente en excombatientes de la primera guerra mundial y en su ethos militar. En general, la milicia del partido desempeñó un papel mayor, y se desarrolló en mayor grado entre los fascistas que entre los grupos de izquierdas.

Esto guardaba relación con la evaluación positiva de la violencia y la lucha que se hacía en la doctrina fascista. Todos los movimientos revolucionarios de masas han iniciado y

practicado la violencia en mayor o menor medida, y probablemente sea imposible llevar la violencia a mayores extremos de lo que han hecho algunos regímenes leninistas, que han practicado, como decía uno de los viejos bolcheviques, la “compulsión infinita”. El único rasgo excepcional de la relación fascista con la violencia era la evaluación teórica que hacían algunos movimientos fascistas: la violencia poseía un cierto valor positivo y terapéutico en y por sí misma, y una cierta cantidad de combate violento constante, en el sentido del darwinismo social de fines del siglo XIX, era necesaria para la buena salud de la sociedad nacional.

Esto a su vez, guardaba relación con otra característica fundamental: la insistencia en lo que se califica actualmente de “chauvinismo masculino” y la tendencia a exagerar el principio masculino en todos los aspectos de su actividad. En la era del fascismo todas las fuerzas políticas europeas estaban abrumadoramente dirigidas e integradas por hombres, y quienes hablaban de la igualdad de la mujer de labios para afuera, de hecho sentían muy poco interés por ella. Pero los fascistas fueron los únicos que transformaron en fetiche perpetuo la “virilidad” de su movimiento y su programa y estilo, lo cual sin duda se debía en gran medida al concepto fascista de la militarización de la política y a la necesidad de un combate constante. Al igual que los grupos

9

derechistas y algunos de la izquierda, el concepto fascista de la sociedad era orgánico5;

pero en esa relación debían predominarlos derechos del varón. Ningún otro tipo de movimiento manifestaba un horror tan completo a la más leve sugerencia de androginia.

Casi todos los movimientos revolucionarios hacen un

llamamiento especial a los jóvenes y recurren desproporcionadamente a los activistas jóvenes. Para el decenio de 1920 incluso los partidos parlamentarios moderados habían empezado a formar sus propias secciones juveniles. Pero la exaltación fascista de la juventud era excepcional, porque no sólo le hacía un llamamiento especial, sino que además exaltaba a la juventud por encima de las demás generaciones sin excepción, y en mayor medida que en ninguna otra fuerza se basaba en el conflicto entre generaciones. Sin duda, ello se debía en parte a lo reciente que era el fascismo y a la identificación de las fuerzas establecidas, comprendida gran parte de la izquierda, con dirigentes y miembros de la generación mayor, procedente de la preguerra. También se debía en parte al concepto orgánico de la nación y de la juventud como su nueva fuerza vital, y al predominio de la juventud en la lucha y la militarización. El culto fascista de la osadía, la acción y la voluntad de un nuevo ideal, sintonizaba inherentemente con la juventud, que podía responder de una forma que resultaba imposible a públicos más viejos, más débiles y mas experimentados y prudentes, o más materialistas.

Por último, podemos convenir con Pareto y Michels en que casi todos los partidos y movimientos dependen de élites y de líderes para su funcionamiento; pero algunos lo reconocen de forma más explícita y llevan la idea a mayores extremos. Es evidente que la jefatura fuerte y autoritaria, y el cuto a la personalidad del jefe, no se limitan a los movimientos fascistas, y ni si quiera es cierto que todos los movimientos fascistas consagraran, como sugiere Nolte, el Führerprinzip de un solo jefe todopoderoso. La mayor parte de los movimientos fascistas empezaron basándose en una jefatura elegida elegida la menos por la élite del partido-, y así ocurrió incluso con los nacionalsocialistas. La versión española del

Fühererprinzip, la teoría y la práctica del caudillaje*, la introdujo la derecha nacionalista en la persona de Franco y se les impuso a los fascistas. Pero existía una tendencia general a exaltar la función de la jefatura, la jerarquía y la subordinación, a mostrar deferencia ante la función creadora de la jefatura, más que ante la ideología precedente o una línea burocratizada del partido.

Tres caras del nacionalismo autoritario El análisis comparado de los movimientos de tipo fascista se ha visto complicado, y muchas veces enturbiado, por una tendencia común a identificar a estos movimientos con formas más conservadoras y derechistas de nacionalismo autoritario en el período de entreguerras y después de éste.

Los movimientos fascistas representaron la expresión más extremada del nacionalismo europeo moderno, pero no eran sinónimos de todos los grupos nacionalistas autoritarios. Estos últimos eran pluriformes y muy diversos, y en su

5

En el presente estudio se utilizará el término orgánico, en sentido general, para aludir a concepciones de la sociedad en las que sostiene que los diversos sectores de la misma tienen una relación mutua estructurada que sirve para definir y delimitar sus funciones y sus derechos, con predecedencia sobre las identidades y los derechos de los individuos.

10

tipología iban mucho mas lejos que el fascismo, o se quedaban muy cortos en comparación con él, además de diferenciarse de él en aspectos fundamentales.

La confusión entre los movimientos fascistas en particular y los grupos nacionalistas autoritarios en general se debe a que el apogeo del fascismo coincidió con una era general de autoritarismo político que en vísperas de la segunda guerra

mundial se había hecho con el control, de una forma o de otra, de las instituciones políticas de la mayoría de los países europeos. Sería torpemente inexacto aducir que este proceso ocurrió independientemente del fascismo, pero tampoco era meramente sinónimo de fascismo.

Por eso, con fines del análisis comparado, resulta crucial distinguir claramente entre los movimientos fascistas per se y la derecha autoritaria no fascista (o a veces protofascista). A principios del siglo XX surgió un grupo de nuevas fuerzas derechistas y conservadoras autoritarias en la política europea que rechazaba el conservadurismo moderado del siglo XIX y la reacción simple a la vieja usanza y propugnaba un sistema autoritario más moderno, técnicamente eficaz, distinto tanto de la revolución izquierdista como del radicalismo fascista. A su vez, estas fuerzas de la nueva derecha pueden dividirse en, por una parte, los elementos de la derecha radical y, por otra, la

derecha autoritaria más conservadora[6], como se sugerirá más adelante (véanse como

ejemplos los sugeridos en el cuadro 2).

Los nuevos grupos autoritarios de la derecha combatían en gran medida las mismas cosas a las que se oponían los fascistas (en especial el liberalismo y el marxismo), y propugnaban efectivamente los mismos objetivos. Además, hubo muchos ejemplos de alianzas tácticas- por lo general pasajeras y circunstanciales-entre fascistas y derechistas autoritarios, e incluso casos de fusión pura y simple, especialmente entre fascistas y derechistas radicales, que siempre estuvieron más cerca de los fascistas que la derecha autoritaria más moderada y conservadora. De ahí la tendencia general a poner en el mismo saco estos fenómenos distintos, que se ha visto reforzada pro los historiadores y los

comentarios ulteriores que tienden a identificar a los grupos fascistas

con la categoría de la derecha o de la extrema derecha7. Pero esto no es correcto sino en

la medida en que se tenga la intención de separar a todas las fuerzas autoritarias opuestas tanto al liberalismo como al marxismo y asignarles la etiqueta arbitraria de "fascismo", al mismo tiempo que se pasan por alto las diferencias básicas entre ellas. Es un poco como si se identificara el estalinismo con la democracia rooseveltiana porque ambos se opusieron al hitlerismo, al militarismo japonés y al colonialismo europeo occidental.

El fascismo, la derecha radical y la derecha autoritaria conservadora diferían entre sí de varias formas. En lo teórico, la derecha autoritaria conservadora, y en muchos casos también la derecha radical, se basaban en la religión más que en ninguna nueva mística cultural como el vitalismo, el irracionalismo o el neoidealismo secular.

De ahí que el "hombre nuevo" de la derecha autoritaria se basara en, y en muchos aspectos se viera limitado por, los preceptos y los valores de la religión tradicional, o más bien específicamente, de las interpretaciones conservadoras de ésta. Se repudiaba el

6

Estas distinciones analíticas tienen alguna analogía con la diferenciación de Arno J. Mayer entre contrarrevolucionario, reaccionario y conservador, en su Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956 (Nueva Cork, 1971). Pero, como se verá más adelante, mis definiciones por criterios difieren considerablemente, en cuanto a contenido, de las de Mayer.

7

Por ejemplo, John Weiss, The Fascist Tradition (Nueva York, 1967). En sentido algo parecido, OttoErnst Schüddekopf, en su fascism (Nueva Cork, 1973), que se distingue sobre todo por ser el mejor ilustrado de los volúmenes que tratan de constituir un tratamiento general del fascismo, tiende también a meter en el mismo saco a varios regímenes fascistas y derechistas autoritarios.

11

sorelismo y el nietzscheanismo de los fascistas puros en pro de un enfoque más práctico, racional y esquemático.

Si bien es cierto que los fascistas y los autoritarios conservadores estaban a menudo casi diametralmente opuestos en los terrenos cultural y filosófico, varios elementos de la derecha radical, como los españoles, eran tan conservadores en el terreno cultural y tan abiertamente religiosos como la derecha autoritaria conservadora.

Otros, sobre todo en Europa central, tendían a abrazar cada vez más unas doctrinas vitalistas y biológicas que no diferían mucho de la de los fascistas más puros. Otros, en Francia y en otras partes, adoptaban una postura rígidamente racionalista, completamente del irracionalismo y el vitalismo de los fascistas, al mismo tiempo que trataban de adoptar de manera puramente formal el marco político de la religiosidad.

La derecha autoritaria conservadora no era anticonservadora más que en el sentido limitado de haber roto con las formas parlamentarias del conservadurismo moderado y parlamentario. Pero deseaba evitar las rupturas radicales con la continuidad jurídica, si era posible, y normalmente no proponía más que una transformación parcial del sistema en un sentido más autoritario. En cambio, la derecha radical deseaba destruir todo el sistema político del liberalismo vigente y de arriba abajo. Pero incluso la derecha

radical titubeaba en hacer suyas formas totalmente radicales y nuevas de autoritarismo, y normalmente aspiraba a una reorganización de la monarquía o a un corporativismo ecléctico neocatólico, o a una combinación de ambas cosas. Tanto la derecha radical como la autoritaria conservadora templaban considerablemente su defensa del elitismo y de una jefatura fuerte con la invocación de legitimidades tradicionales.

La derecha autoritaria conservadora prefería evitar las novedades en todo lo posible, tanto en la formación de nuevas élites, como e la dictadura, mientras que la derecha Cuadro 2

TRES CARAS DEL NACIONALISMO AUTORITARIO

País Fascistas Derecha Radical Der. Conservadora Alemania NSDAP Hugenburg, Papen, Hindemburg, Brüning Stahlhelm Scleicher, Wirtschaftpartei Italia PNF ANI Sonnino, Balandra Austria NSDAP Heimwehren Socialcristianos, Frente de la Patria Bélgica Rex tardío, VNV, Verdinaso Rex inicial, VNV iniLegión Nationale cial.

Estonia Liga de Excombatientes Päts Finlandia Lapua/IKL Sociedad Acd. Karelia ¿Mannerheim?

Francia Faisceau, Francistes AF, Jeunesses Pat, Croix de feu, Vichy PPF, RNP Solidarité Francaise Hungría La Cruz y la Flecha, "Radicales de Derechas" Horthy, Partido Nacional Nacionalsocialistas Unificado Japón Nacionalsoc/parte "Japonesistas", parte de Konoye/IRAA De la "Vía Imp." "Control"

Letonia Cruz del Trueno Ulmanis Lituania Lobo de Hierro Tautininkai Smetona México Camisas de Plata Cristeros/Sinarquistas PRI Polonia Falanga, QZN Radicales Nacional. Pilsudski, BBWR, Portugal Nacional Sindicalismo Integralistas Salazar/UN

Rumania Guardia de Hierro Nacional Cristianos Carolistas, Manoilescu Sudáfrica Camisas Grises Ossewa-Brandwag Unión Nacional España Falange Carlistas, Renovación CEDA Española Yugoslavia Ustasa, Zbor Orjuna Alexander, Stojadinovic radical optaba, deliberadamente a veces, por difuminar esas diferencias. Pero en el vértigo fascista que afligió a un sector tan grande del nacionalismo europeo en el decenio de 1930, incluso algunos sectores de la derecha autoritaria conservadora adoptaron parte de las apariencias y los aspectos externos del fascismo, aunque no deseaban, ni hubieran sido capaces de reproducir, todas las características del fascismo genérico.

Aunque la derecha autoritaria conservadora tardó en comprender la idea de la política de masas, a veces logró exceder a los fascistas en la movilización del apoyo de las masas y recurrió a amplios estratos de gentes del campo y de la clase media baja.

Normalmente, la derecha radical era el más débil de los tres sectores en cuanto a atractivo popular, pues no podía competir con los fascistas en una campaña cuasi revolucionaria de movilización interclasista, y no podía aspirar al apoyo de los grandes grupos de elementos más moderados que a veces apoyaban a la derecha autoritaria conservadora. En una medida todavía mayor que ésta, la derecha radical tenía que basarse en elementos de élite de la sociedad y las instituciones establecidas (por mucho que deseara cambiar las instituciones políticas), y su táctica se encaminaba a manipular la estructura del poder, más que a la conquista política desde el exterior recurriendo al apoyo popular.

Así, la derecha radical solía esforzarse especialmente por

utilizar el sistema militar con fines políticos, y en el peor de los casos estaba dispuesta a aceptar el pretorianismo a secas-el gobierno de los militares-, aunque este debería ajustarse a los principios de la derecha radical. Los fascistas eran los más débiles de estas fuerzas en cuanto a generar apoyo entre los militares, pues la derecha autoritaria conservadora podía esperar, en los momentos de crisis, incluso más asistencia militar que la derecha radical, su legalismo y su populismo le permitían invocar con más facilidad los principios de la continuidad de la legalidad, la disciplina y la aprobación popular. En consecuencia, los esfuerzos tanto de la derecha autoritaria conservadora como de la derecha radical por organizar su propia milicia no solían llegar a la competencia con las fuerzas armadas. En cambio, los fascistas no aspiraban más que a la neutralidad, o en algunos casos el apoyo parcial de los militares, al mismo tiempo que rechazaban el pretorianismo genuino, pues comprendían perfectamente que el gobierno militar per se impedía el gobierno fascista, y que la militarización fascista generaba una especie de competencia revolucionaria con el ejército. Hitler no logró la plenitud del poder hasta que consiguió dominar totalmente al ejército. A la inversa, cuando el nuevo sistema estaba encabezado por un general-Franco, Petain, Antonescu-, los movimientos fascistas quedaban relegados a un papel subordinado, y al final insignificante.

Mussolini, en cambio, estableció un sistema sincrético o policrático que reconocía una amplia autonomía a los militares, al mismo tiempo que limitaba la del partido.

En contra de lo que se suele decir, el desarrollo económico era uno de los principales objetivos de los grupos de las tres categorías, aunque hubo excepciones (la más notable de las cuales quizá fuera la del Estado Novo portugués en sus comienzos).

Los fascistas, que formaban el sector más “modernizador” de los tres, eran los que daban más prioridad al desarrollo moderno (también con algunas excepciones), aunque según las variedades nacionales, algunos grupos de la derecha radical y de la autoritaria

13

conservadora también le otorgaron gran prioridad. Los derechistas radicales y los autoritarios conservadores, casi sin excepción, se hicieron corporativistas en el terreno formal de la economía política, pero los fascistas eran mucho menos explícitos, y en general menos esquemáticos.

Una de las diferencias principales entre los fascistas y los dos sectores derechistas se refería a la política social. Aunque los tres sectores propugnaban la unidad social y la armonía económica, para casi todos los grupos de la derecha radical y autoritaria conservadora, esto tendía a significar una congelación del statu quo. De la cuestión del fascismo y la revolución se tratará más adelante; pero baste decir que en general a los fascistas les interesaba más cambiar las relaciones de clase y de condición social y utilizar formas más radicales de autoritarismo para alcanzar ese objetivo. Los sectores derechistas eran simplemente más derechistas, es decir, interesados en mantener una parte mayor de la estructura existente de la sociedad, con la menor modificación posible, salvo para promover unas nuevas élites derechistas limitadas y debilitar al proletariado organizado.

En general era menos probable que la derecha autoritaria conservadora propugnase una forma agresiva de imperialismo, pues ello a su vez implicaría unas políticas internas más drásticas y acarrearía nuevos peligros del tipo que esos movimientos estaban ideados primordialmente para evitar. Pero no cabía decir lo mismo de la derecha radical,

cuyo radicalismo y actitud militarista solía comprender la expansión agresiva. De hecho, había elementos de la derecha radical que muchas veces eran más imperialistas que los elementos moderados o "izquierdistas" (revolucionarios sociales) del fascismo.

Como gran generalización, pues, los grupos de la nueva derecha autoritaria conservadora simplemente adoptaban actitudes más moderadas y generalmente más conservadoras en torno a cada cuestión que los fascistas. Aunque a mediados del decenio de 1930, se habían apoderado de parte de la estética, la coreografía y los aspectos externos del fascismo, el estilo de la derecha autoritaria conservadora hacía hincapié en una continuidad conservadora más directa, y era fácil advertir que sus tonos simbólicos eran más tradicionales.

En cambio, la derecha radical no sólo solía diferir del fascismo por ser más moderada o más conservadora en el sentido positivo, sino por ser más derechista. Su apoyo dependía más de las élites y la estructura existentes, por demagógica que pareciese su propaganda, y no estaba dispuesta a aceptar por completo la movilización de masas interclasista ni los cambios sociales económicos y culturales implícitos que exigía el fascismo.

En algunos aspectos, en relación con la violencia, el autoritarismo, el militarismo y el imperialismo, no obstante, la derecha radical era tan extremista como los fascistas, y en esos aspectos era en los que la derecha radical se distinguía más de la derecha autoritaria conservadora. En los ejemplos concretos que se comentarán en los capítulos siguientes será más fácil aprehender esas diferencias.

14

1 Algunos antecedentes históricos del nacionalismo autoritario en Europa Las fuentes del autoritarismo de

derecha A primera vista, cabría suponer que los orígenes de la derecha autoritaria del siglo XX se hallaban en las primeras reacciones a la erupción de las fuerzas liberales e izquierdistas durante la Revolución Francesa e inmediatamente después. Aunque existen vínculos innegables entre la nueva derecha autoritaria de fines del siglo XIX y principios del siglo XX y las fuerzas del tradicionalismo, el neolegitimismo y la reacción que la precedieron en cien años, también hay grandes diferencias. Los movimientos reaccionarios de principios del siglo XIX tendían a ser simple y

15

directamente tradicionalistas, pretendían evitar el desarrollo de la sociedad moderna, urbana, industrial y de masas, en lugar de transformarla, mientras que a fines del siglo los grupos neoderechistas se habían hecho mucho más complejos, y trataban de adaptarse a su manera a los problemas sociales, culturales y económicos modernos.

La aparición de las nuevas formas de autoritarismo de derechas fue un proceso largo, muchas veces lento y complejo, pues en los últimos decenios del siglo el parlamentarismo liberal parecía en vías de lograr una victoria casi completa en las instituciones oficiales. Aunque cabía encontrar algunas excepciones importantes al liberalismo en las estructuras institucionales de Rusia y de Alemania, parecía que los principales desafíos al liberalismo a partir de 1870 eran los procedentes de la izquierda socialista, anarquista y populista, más que de formas nuevas de derechismo. Tan completo fue el triunfo intelectual y teórico del liberalismo en la cultura formal de muchos países europeos que al principio algunos liberales moderados y conservadores se debatieron impotentes en busca de nuevos conceptos o doctrinas sobre una estructura más autoritaria de gobierno para hacer frente a

sus problemas.

Se pueden hallar las raíces de las nuevas formas de la derecha autoritaria de fines del siglo XIX y principios del XX por lo menos en cuatro esferas diferentes: el auge de la doctrina corporativista, sobre todo en los círculos católicos y el desarrollo ambiguo de determinadas formas nuevas de catolicismo político; la transformación gradual del liberalismo moderado o conservador, especialmente en el sur de Europa, en un sentido manifiestamente autoritario; la transformación de fuerzas que antes eran monárquicas y antiliberales tradicionalistas en varios países, desde el occidente latino hasta Rusia; y la aparición de un tipo nuevo de derecha radical en Italia, instrumental, modernizadora e imperialista.

El auge de las doctrinas corporativistas La mayor confusión en la interpretación de estos cambios ha surgido de las tentativas de conceptuar el movimiento hacia el corporativismo en sus orígenes y su estructura. La organización de diversos sectores de la sociedad en “corporaciones” distintas, en parte autónomas y en parte reguladas por el Estado, data de la era romana y en la Edad Media estaban muy extendidos los diversos sistemas parciales de autonomía y autorregulación limitadas dentro de un marco mayor de autoridad gubernamental y de representación limitada, especialmente en las ciudades-estado locales, pero también hasta cierto punto en reinos mayores. Los comienzos del corporativismo moderno datan de principios del siglo XIX, en reacción al individualismo, la atomización social y las nuevas formas de poder estatal central que surgen a partir de la Revolución Francesa y del liberalismo moderno. Las primeras ideas corporativistas de ultraderecha, que destacaron sobre todo en Alemania (pero también en Francia), proponían un regreso parcial al sistema de los tres estados medievales bajo un gobierno más

autoritario. Sin embargo, debe distinguirse entre el corporativismo puramente reaccionario, o semireaccionario, y algunas de las doctrinas católicas que se desarrollaron a mediados y finales del siglo XIX, y que se encaminaban a reducir los poderes gubernamentales y a establecer la autonomía de los grupos sociales con menos atención a las cuestiones estrictamente económicas y políticas. En este caso, la diferencia, al menos en parte, es la misma que existe entre lo que los corporativistas más recientes califican de corporativismo "social" (socialmente autónomo) y "estatal" (inducido y controlado por el gobierno). Pero a fines del siglo XIX surgió otra tendencia de pensamiento corporativista o semicorporativista entre los liberales moderados y conservadores en reacción al carácter atomizador e invertebrado, orientado hacia el conflicto, del

16

liberalismo puramente individualista. Esta fue la escuela "solidarista" de León Bourgeois en Francia, que haló paralelismos en menor escala en otros países, y hasta cierto punto en la escuela corporativista "jurídica" de Antón Merger en Austria.

Pero a comienzos del siglo XX se dio una convergencia cada vez mayor entre los exponentes conservadores y los derechistas del corporativismo en el sentido de un corporativismo estatal más que social, aunque las doctrinas formales abstractas tendían, quizá incluso más que las teorías revolucionarias de izquierda, a disimular el grado de coerción y autoritarismo bajo el que funcionaría el nuevo sistema propuesto por ellas.

La mejor definición de trabajo sucinta de lo que significan en el siglo XX la mayor parte del as doctrinas del corporativismo es la que ha dado Philip Schmitter:

Cabe definir el corporativismo como un sistema de representación de intereses en el cual las unidades constituyentes (es decir, los sectores sociales y económicos) están organizadas en un número limitado de categorías singulares, obligatorias, no competitivas, ordenadas jerárquicamente y diferenciadas funcionalmente, reconocidas o autorizadas (si no creadas) por el Estado, a las que se concede un monopolio deliberado de representación dentro de sus categorías respectivas a cambio de observar

determinados controles…8

Del Conservadurismo y el Liberalismo Conservador al Neoautoritarismo Moderado Aparte del corporativismo, la otra fuente del desarrollo inicial de una derecha autoritaria moderada se hallaba en la lenta tendencia hacia una orientación autoritaria entre los elementos conservadores del liberalismo y el semiliberalismo de fines del siglo XIX. Las principales expresiones del "liberalismo autoritario" se encontrarían en Europa central, sobre todo en Alemania e Italia, pero quizá también en Hungría, con manifestaciones específicas en España y Portugal. Cabe encontrar el primer aspecto de esta tendencia en Alemania, donde en todo caso el sistema político nunca había llegado a ser plenamente liberal. Bismarck, en su último año de canciller (1889-1890), empezó a pensar seriamente en reducir todavía más el ámbito de las prerrogativas liberales, en recortar el derecho de voto en las elecciones al parlamento y otros derechos civiles. El constitucionalismo autoritario fue adquiriendo cada vez más influencia entre los conservadores alemanes en los años anteriores a la primera guerra mundial.

El paso a un liberalismo más autoritario se convirtió por primera vez en una opción seria en Italia cuando ésta tuvo que enfrentarse con el comienzo de la democratización

política y la política de masas tras los disturbios de Milán en 1898.

Sydney Sonnino, principal defensor de esta postura, la resumió en el lema de Torniamo allo Statuto (“Volvamos al Estatuto” entendiendo por Estatuto la carta liberal restrictiva no enmendada del Piamonte en 1848), pero las fórmulas de Sonnino, representadas por

8

Philippe C. Schmitter, “Still the Century of Corporatism?”, en F. Pike y T. Stritch, comps., The New Corporatism (Notre Dame, 1974), pág.85-131. El artículo de Schmitter, ofrece también un comentario de fondo muy útil sobre el corporativismo decimonónico, al igual que el artículo inédito de Howard Wiarda,

“Corporatist Theory and Ideology: The Latin Amerian Development Paradigm”.

Los principales estudios de las ideas corporativistas en la Alemania y la Francia del siglo XIX son los de Ralph H. Bowen, German Theories of the Corporative State (Nueva Cork, 1947), que abarca el período hasta 1919, y de Matthew H. Elbow, French Corporative Theory, 1789-1948 (Nueva Cork, 1953). Ambos estudios tratan tanto de las doctrinas católicas de corporativismo social como de las teorías más seculares de corporativismo estatal. Entre estas últimas ideas, véase Elmer Roberts, Monarchical Socialism (Nueva York, 1913).

Una obra aproximadamente equivalente sobre Italia es la de Carlo Vallauri, Le radici del corporativismo (Roma, 1971), dedicada sobre todo, aunque no exclusivamente, a las teorías católicas del corporativismo social que no tendían a hacer hincapié en las dimensiones económicas ni las políticas.

17

el gobierno de Pelloux de 1898-1900, se vieron rechazadas a fin de cuentas por la propia Corona. Sin embargo, pervivieron, aunque de forma un tanto encubierta, durante la era reformista de Giolitti, y empezaron a pasar a primer plano en el gobierno Salandra-Sonnino de 1914-1916, que sumió a Italia en la primera guerra mundial, como parte del proceso de reforzamiento de una alternativa autoritaria más moderada y conservadora.

A medida que los sistemas liberales de Europa meridional se volvían más democráticos, conflictivos e inmanejables, fueron en aumento las exigencias de una alternativa moderadamente autoritaria, aunque no fuese más que una dictadura "cincinatesca" pasajera. Por ejemplo, cabría considerar que la invocación de los poderes de emergencia por la corona de los Habsburgo fue un ejemplo de este procedimiento, pero mucho más importante fue el paso dado en esta dirección durante la descomposición de la monarquía parlamentaria portuguesa, cuando la Corona dio facultades a Joao Franco para gobernar temporalmente por decreto en 1907-1908. al revés que los "poderes del decreto" limitados reconocidos por la Tercera República francesa, por ejemplo, o la autoridad de emergencia de la corona de los Habsburgo, la dictadura de Joao Franco no podía legitimarse a partir del sistema constitucional portugués, y funcionó exclusivamente en virtud de las dudosas facultades de la corona.

Franco personificó una variante de la nueva tendencia "administrativa" del liberalismo conservador, y uno de sus lemas era pouca politica, muita administraçao. En el decenio siguiente a la primera guerra mundial, fueron apareciendo por toda la Europa meridional otras variantes de esta tendencia "liberal autoritaria", relacionadas solo marginalmente con los poderes constitucionales legítimos.

El Autoritarismo Neomonárquico Aunque la mayor parte de los nuevos grupos derechistas y neoautoritarios de principios del siglo XX eran monárquicos en un sentido o en el otro (con pocas excepciones), hubo un tipo nuevo de fuerza de la derecha que convirtió a la monarquía en sí misma en uno de los focos principales del nacionalismo autoritario, distinto de los corporativistas católicos moderados o de los autoritarios más liberales. El principal ejemplo de un nacionalismo autoritario específicamente monárquico lo constituyó la Action Française, fundada en 1889.sus principios básicos de monarquía legitimista y representación corporativa bajo un Estado neonacionalista no eran novedades en sí mismos, pues venían formando parte de la base del tradicionalismo a lo largo de todo el pasado.

Lo excepcional de la Action Française fue que estableció una nueva síntesis de todas las ideas tradicionalistas del siglo XIX e hizo que el monarquismo pasara de ser un principio dinástico a convertirse en un sistema completo de "nacionalismo integral".

Este no se basaba exclusiva, ni siquiera primordialmente, en el reino patrimonial tradicional, sino en la nación como un todo orgánico, cuya cabeza era la monarquía. En la tentativa de crear un sistema monárquico nuevo basado en el nacionalismo, Charles Maurras y los demás ideólogos del partido iban más allá del realismo tradicional y tomaban el sentido de un nacionalismo nuevo, avanzado, ideológicamente desarrollado.

Su forma de cultivar el estilo y la estética, combinados con una propaganda elitista, aparentemente al día, muchas veces bien expresada, en pro de los tonos nuevos más extremistas y chillones, hicieron que la Action Française fura el partido nacionalista de la Francia de principios del siglo XX. Daba

una nota más radical, con su uso

18

generalizado del antisemitismo, y hay quienes dicen que los "Camelots du Roi", los grupos juveniles de acción callejera del movimiento, fueron el primer "movimiento de camisas" prefascista del nacionalismo radical europeo. De hecho, la Action Française nunca aspiró a crear una "milicia del movimiento" al estilo del nazismo o el fascismoque distaban mucho de su propio estilo-, como tampoco aspiró a convertirse en un partido político organizado en regla. Las pandillas políticas de tipo relativamente elemental, que podían dedicarse de vez en cuando a la violencia callejera, no carecían totalmente de precedentes en la Europa del sur. Hasta 1917 no se transformaron en fuerzas milicianas de masas, y ese proceso no lo organizó la ultraderechista Action Française.

Aunque los dirigentes del movimiento eran oficialmente católicos, la actitud de todos ellos hacia la religión era utilitaria y teológicamente escéptica, lo cual era otro aspecto en el que diferían de la mayor parte de los legitimistas tradicionales.

Personalmente a Maurras y León Daudet les interesaban más el espiritualismo y la magia que la teología cristiana. Su enfoque pragmático llevó a que el Papado los condenara en 1925.

La economía política de la Action Française, si es que existía, se derivaba en gran medida de las doctrinas decimonónicasde René de la Tour du Pin. De hecho, no se elaboró un programa socioeconómico detallado hasta que se encargó de ello Firmin Baconnier, en el decenio de 1920; pero éste no hizo más que un recuelo de la ideología corporativista católica. Jamás podría haberse calificado a la Action Française

de movimiento nacionalista modernizador. Su principal historiador ha juzgado que la función de la Action Française consistió en "dotar a la Derecha de una ideología con la que pudiera disimular su falta de programa u objetivo positivos, en una actuación que

fue en gran medida terca,– y a menudo eficaz-de oposición al cambio"9. Aunque se

hicieron algunos torpes esfuerzos por estudiar la posibilidad de cooperar con los anarcosindicalistas en contra del Estado republicano centralizado y liberal, las limitaciones neotradicionalistas rígidas del movimiento acabaron por llevar a muchos de sus miembros activos más jóvenes, como Valois, Bucard, Darnand, Rebater y Brasillach, a salirse de él en busca de fuerzas más radicales, que a veces surgieron en imitación del fascismo italiano.

En el extranjero, donde más influencia cabía encontrar de la Action Française fue en España y Portugal; en especial en este último país, donde se organizó un partido neomonárquico, el Integralismo Lusitano, bajo la nueva república portuguesa a partir de 1910, que en gran parte fue imitación de aquélla. El carlismo español, que había surgido en el siglo XIX como una de las fuerzas tradicionalistas más vigorosas de la Europa del sur, fue evolucionando a principios del siglo XX en un sentido un tanto análogo al de la Action Française, aunque su catolicismo era mucho más ferviente.

También cabría hallar alguna analogía en Rusia, con la aparición en 1905 de la Unión del Pueblo Ruso. Claro que la UPR carecía totalmente del estilo y la complejidad de una asociación como la Action Française, y también carecía de vigor conceptual y el impulso modernizador de los nuevos nacionalistas italianos (de los que se tratará más adelante). Era una formación más elemental, cuya corta vida y cuyo

desarrollo limitado hacen que resulte difícil clasificarla en términos occidentales. La UPR combinaba un monarquismo autoritario y un vago corporativismo con algunas tentativas de movilización de masas y de reforma social. Hacía mucho más hincapié en las escuadras

9

Eugen Weber, Action Française (Nueva Cork,1962),pág. 530. Véase asimismo Edward Tannembaum, Action Française (Nueva York, 1962); René Remond, La Droite en France (Paris, 1963); Armin Mohler, Die französische Rechte (Munich, 1968); y Samuel M. Osgood, French Royalism since 1870 (La Haya,1970).

19

violentas de matones (las "Centurias Negras") que los nuevos grupos derechistas de Europa occidental, y era extremista en su antisemitismo semirracista y en su apoyo al

nuevo estilo de imperialismo nacionalista ruso10. Quizá se pareciera más al

pangermanismo austríaco de von Schönerer (que se mencionará en la sección siguiente) que a ningún otro movimiento de la Europa occidental, de manera que en algunos aspectos fue un antecesor del nuevo nacionalismo semirrevolucionario y parcialmente colectivista, en mayor medida que la extrema derecha de la Europa occidental, con su base clasista.

La Aparición de una Derecha Radical Instrumental y Modernizadora Las propuestas de un autoritarismo moderado o monárquico se vieron superadas por las exigencias más extremas de una forma moderna de autoritarismo que promoviese la modernización interna y una expansión nacional violenta.

El más complejo y tajante de los nuevos grupos de la

derecha radical que surgieron a partir del liberalismo conservador fue la Asociación Nacionalista Italiana, fundada en 1910. Al principio se trataba de un amasijo conflictivo de nacionalistas democráticos, moderados, y autoritarios radicales, y logró una relativa unidad ideológica cuando en 1914 se adoptó la doctrina de Alfredo Rocco del Estado corporativo autoritario. Al revés que los corporativistas católicos, que en teoría intentaban minimizar el papel del Estado, Rocco sostenía que el enfoque estatal era el único lógico, coherente y científico de la organización política moderna. Afirmaba que gran parte de su teoría se derivaba de las doctrinas alemanas del Estado jurídico, según las cuales los derechos humanos no eran inherentes, sino que eran resultado de la autolimitación del poder soberano del Estado.

El carácter divisivo de la política de los partidos parlamentarios y los enfrentamientos sociales y el subdesarrollo que tantos problemas causaban a la economía italiana se debían superar mediante la organización de un Estado corporativo.

Este sustituiría al parlamento por una asamblea corporativa que representaría a los grupos de intereses económicos y estaría regulada por un Estado que dispondría del poder predominante. Su función consistiría en promover la armonía social, impulsar la modernización económica y convertir a Italia en un Estado fuerte, imperial. Aunque sus enemigos solían calificar de reaccionario al Estado corporativo de Rocco, este lo distinguía del de los conservadores católicos porque no se basaba en los patrones arcaicos de los tres estados medievales, sino que por el contrario estaba ideado para promover la coordinación industrial moderna con el fin de edificar una sociedad nueva y moderna. Pero aunque los objetivos de la ANI eran modernizadores, no eran revolucionarios, en el sentido de que la soberanía existente de

la Corona italiana y la estructura general de clases se debían mantener en gran medida por medios autoritarios, mientras se transformaban la tecnología y el potencial industrial de la sociedad en su conjunto.

Es posible que el aspecto más radical del programa de Rocco fuera su objetivo final, que consistía en reforzar a Italia para la guerra moderna y la expansión imperial.

Los nacionalistas sostenían que ambas cosas eran necesarias y de hecho, desde el punto de vista del darwinismo social, inevitables. Fue el primer grupo político de Italia que se

10

Hans Rogger, "Was There a Russian Fascism?-Tye Unión of Russian People", Journal of Modern History (en adelante citado con la sigla JMH) 36.4 (diciembre de 1964), pág. 398-415;y "Russia", en Hans Rogger y Eugen Weber,comps., The European Right (Berkeley,1965), pág. 443-500. Cabe encontrar más datos en J.J. Brock, Jr., "The Theory and Practice of the Union of the Russian People,1905-1907" (tesis doctoral, Universidad de Michigan,1972); y en D.C. Rawson, "The Union of the Russian People,1905-1907" (tesis doctoral, Universidad de Washington,1971).

20

organizó por su propia cuenta para enfrentarse violentamente con la izquierda revolucionaria, y fueron las milicias nacionalistas-los Sempre Pronti ("Siempre Dispuestos")- las primeras que reaccionaron ante la violencia izquierdista con ataques físicos a la izquierda, en Bolonia en julio de 1919, antes de que el minúsculo

movimiento fascista recién nacido estuviera dispuesto a hacerlo o preparado para ello11.

Cabe hallar una analogía parcial de tipo más tosco, pero

todavía más radicalaunque menos orientada hacia la modernización-, en la transformación de elementos del antiguo Partido Conservador Alemán y la nueva Liga de los Terratenientes de Alemania (Bund der Landwirte) de la década de 1890. La nueva derecha radical alemana abandonó principios anteriores de legalismo ultraconservador y se volcó hacia una política abiertamente autoritaria, basada en una movilización de masas nueva y demagógica, en el racismo y el antisemitismo racista. En su tentativa de proteger determinados intereses en un marco nacionalista, racista y autoritario, la nueva derecha

radical alemana promovía decididamente el militarismo y la expansión imperial12.

Precursores del nacionalismo revolucionario semicolectivista Además de las formas derechistas monárquicas y corporativistas del nacionalismo autoritario, a fines del siglo XIX surgieron nuevos tipos de movimientos igualitarios y semicolectivistas más radicales, sobre todo en Francia y en AustriaBohemia. Estos se anticiparon a algunos de los principales postulados de los movimientos que pasaron a convertirse en el fascismo y el nazismo, sobre todo de este último. Por eso se ha dicho a veces de ellos que eran una forma de prefascismo, concepto vago y ecléctico que tiene a reificar y exagerar varios fenómenos que, como mucho, solo están parcialmente relacionados.

Francia Generalmente, las tendencias políticas nuevas se han dado antes en Francia que en casi ninguna otra parte del mundo. De todas las comunidades políticas europeas, la francesa fue la que con más rapidez pasó por las primeras fases de la democratización y

11

El único estudio general es el de Alexander J. De Grand,

The Italian Nationalist Association and the Rise of Fascism in Italy (Lincoln, Nebraska, 1978). Hay introducciones más breves en Francesco Leoni, Origini del nazionalismo italiano (Nápoles, 1965), y La stampa nazionalista (Roma, 1965); Raffaele Molinelli, Per una storia del nacionalismo italiano (Urbino, 1966); y Wilhelm Alff, "Die Assoziatione Italiana Nacionalista von 1910", en la obra de Alff, Der Begriff Faschismus und andere Aufsätze zur Zeitgeschichte (Frankfort, 1971). Paolo Ungari, en Alfredo Rocco e l'ideologia giuridica del fascismo (Brescia, 1963) hace una exposición excelente de las ideas de Rocco. Al otro ideólogo importante del nacionalismo italiano lo ha estudiado Ronald Cunsolo en "Enrico Corradini and Modern Italian Nationalism, 1892-1923" (tesisdoctoral, Universidad de Nueva Cork, 1962), y Monique de TaeyeHenen, Le nationalisme d'Enrico Corradini et les origines du fascism dans la revue florentine "Il Regno" (1903-1906) (Paris, 1973). Los vínculos con la gran empresa se estudian a fondo en R.A.

Webster, Industrial Imperialism in Itali, 1908-1915 (Berkeley, 1975).

12

El principal estudio es el de Hans-Jürgen Puhle, Agrarische Interessenpolitik und preussischer Konservativismus im wilhelmischen Reich 1893-1914 (Bonn, 1975). Véase así mismo la obra de Puhle Von der Agrarkrise zum Präfaschismus (Wiesbaden, 1972), y "Radikalisierung und Wandel des deutschen Konservatismus vor dem erste Weltkrieg", en G.A. Ritter, comp., Dutschen Parteine vor 1918 (Colonia, 1973), pág.165-186.

En el Segundo Reich hubo varias tentativas de movilizar a los grupos antisemitas y de la derecha nacionalista racista sobre una base popular más amplia; todos fracasaron. Véase

R.S. Levy, The Downfall of the Anti-Semitic Political Parties in Imperial Germany (New Haven, 1975); P.G.J. Pulzer, The Rice of Political Anti-Semitism in Germany and Austria (Nueva York, 1964); y Richard Massing, Rehearsal for Destruction (Nueva York, 1967).

21

sobrecarga de conflictos, y así el Segundo Imperio de Luis Napoleón (1851-1870) se convirtió en el primer régimen moderno sincrético postliberal, de autoritarismo nacional, en lo cual precedió a todos los demás en más de medio siglo. De ahí que en algunos sectores se halle el concepto de "bonapartismo" identificado con el "primer fascismo".

En este caso hay que especificar cuidadosamente de que se habla. Lo primero

que inspiró a un teórico marxista a hacer la comparación13 fue en análisis del propio

Marx sobre el régimen de Luis Napoleón como el producto de una nueva fase del conflicto social que produjo un sistema autoritario que ya no dependía primordialmente de una sola clase social; es decir, una dictadura que era políticamente autónoma y se autoperpetuaba, por muy respaldada que estuviera por élites ricas y sectores más

amplios de la clase media14. Aunque probablemente esta sea una descripción correcta de

gran parte de la base política del Segundo Imperio, también podría servir como descripción de los principales rasgos de los regímenes comunistas y de varios sistemas dictatoriales más, de manera que difícilmente se podría referir a nada discretamente "fascista".

El Segundo Imperio fue extraordinariamente ecléctico, una mezcla notable de conservadurismo, clericalismo, autoritarismo bonapartista clásico y neoliberalismo electoral,

acompañados por la propaganda de masas y la modernización económica.

Aunque se anticipó a determinadas características aisladas de las dictaduras del siglo XX, el Segundo Imperio fue de hecho un producto sincretista precoz de mediados del siglo XIX que carecía de casi todas las cualidades innovadoras de los regímenes más radicales del siglo XX. Su estructura estatal era básicamente la de la forma tradicional del Imperio, a diferencia de la Alemania nazi o la Unión Soviética. Jamás propuso una forma nueva, ni mucho menos colectivista, de sistema económico, ni una estructura reguladora original, aunque se jugó con varios tipos de ideas. La cultura política del Segundo Imperio era casi tan científica-racionalista como la de la mayor parte de sus contemporáneos, y nunca intentó crear un movimiento de partido, ni mucho menos una milicia política nueva. Luis Napoleón era casi tan pusilánime como la mayoría de sus contemporáneos en cuanto al uso de la violencia, y aunque era una figura cesarista o pretoriana, trató de legitimarse en todo lo posible en términos tradicionales. Su bonapartismo se basaba directamente en los militares, al mismo tiempo que trataba de dar cabida a fuerzas conservadoras y tradicionalmente religiosas. En general, su régimen mantuvo las relaciones de clase existentes, al mismo tiempo que intentaba promover la modernización económica por medios en gran parte ortodoxos. En la medida en que el bonapartismo fue el precursor en Francia de un sistema determinado de Estado, parecería estar más emparentado con varios de los sistemas derechistas, básicamente no fascistas, del período de entreguerras, a veces igual de pretorianos y proclericales, que mantuvieron fórmulas pseudoliberales y trataron de promover la modernización económica, sin la movilización de masas de los nuevos sistemas

económicos estatales15.

13

Según parece, quien primero hizo esta comparación fue August Thalheimer en 1930. Sus ensayos se han reimpreso en parte en Faschismus und Kapitalismus, ed. De W. Abendroth (Viena, 1967, pág. 19-38, y en Texte zur Faschismusdiskussion, ed. De R. Külhn (Reinbeck, 1974), pág. 14-29. (Hay traducción al castellano de la primera de estas obras: Fascismo y capitalismo. Ed. Martinez Roca. Barc. 1975.) El concepto se explica más a fondo en Gustav A. Rein, Bonapartismos und Faschismus in der deustchen Geschichte (Gotinga, 1960).

14

Carlos Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte (Moscú, S.A.). Véase M. Rudel, Kart Marx devant le Bonapartismo (Paris, 1960).

15

La mejor crítica breve de la tesis del fascismo/bonapartismo es la de Jost Dülffer, “Bonapartism, Fascim and nacional Socialism”, en Journal of Contemporany History (en adelante citado con la sigla JCH), 11.4 (octubre de 1976), pág. 109-128. acerca de la política y la estructura del Segundo Imperio,

22

El interludio autoritario que se dio en la forma de gobernar la Francia moderna ocurrió muy pronto, probablemente debido a la precocidad de la movilización social y del conflicto social moderno en Francia. Su derrocamiento no fue resultado de una rebelión interna, sino, al igual que casi todos los sistemas autoritarios europeos modernos, por una derrota militar frente al extranjero. A partir de 1870, Francia fue avanzando lenta e inseguramente hacia un gobierno democrático liberal estable, y logró (en gran medida)

institucionalizar la mayor parte de sus formas y valores conexos antes de que pudiera desarrollarse plenamente el nuevo nacionalismo colectivista y semirrevolucionario.

Sin embargo, fue de hecho en Francia donde primero aparecieron las fuerzas nuevas del nacionalismo semirevolucionario con matices igualitarios y colectivistas, aunque el nuevo contexto de instituciones democráticas liberales vigorosas, combinado con un gobierno fuerte, les impidió crecer. Los primeros ejemplos serían la agitación de la Liga del os Patriotas, de Paul Déroulède, y el movimiento boulangista de la década de

1880.

Una de las principales motivaciones para la aparición de un nacionalismo revolucionario-la privación de reconocimiento social-era ya importante en Francia a partir de 1870, y la izquierda francesa, que en aquella época seguía siendo muy nacionalista y no marxista, se sentía defraudada por la Tercera República, igual que se sentirían después sectores de la izquierda nacionalista en los países centroeuropeos tras la primera guerra mundial. El boulangismo y la Liga de los Patriotas expresaban un tipo nuevo de nacionalismo que al mismo tiempo era autoritario, despreciaba la democracia parlamentaria y se orientaba hacia las masas. Trataban de armonizar los intereses de clases diversas con promesas de regulación económica que tenían especial atractivo para los pequeños tenderos y las clases media bajas.; pero también movilizaban a los

obreros urbanos y promovían la organización sindical16. Proponía un cesarismo nuevo y

carismático para romper las ligaduras de los partidos existentes. Un motivo central era el de la venganza nacional, basada en una doctrina neomilitarista y en una mística de la

disciplina y de la muerte arraigadas en el suelo nacional y en la cultura popular17.

Pese a una combinación innovadora de ideas y tendencias, también sería erróneo atribuir al boulangismo la etiqueta categórica de prefascismo. Para empezar, un concepto tan inflado le daría al boulangismo más coherencia de la que tuvo efectivamente. El movimiento boulangista estaba formado por révanchards supernacionalistas, radicales políticos que no querían un parlamento de partidos, sino una forma más plebiscitaria de gobierno directo, con una jefatura presidencial electiva y fuerte, campesinos neobonapartistas ansiosos de un líder patriótico fuerte, blanquistas revolucionarios que aspiraban a la acción directa y al derrocamiento violento de la república burguesa, nacionalistas sociales de la izquierda patriótica y monárquicos autoritarios de la derecha patriótica. Pese a los descontentos internos y a la privación de reconocimiento de su categoría nacional, la sociedad francesa estaba en general razonablemente satisfecha y funcionaba bien en los decenios de 1880 y 1890, de forma que no era terreno abonado para que un movimiento movilizador de masas echara unas véase Theodore Zeldin, The Political System of Napoleón III (Oxford, 1958).

16

Cf. P.H. Hutton, “Popular Boulangisme and the Advent of Mass Plitics in France”, JCH 11.1 (enero de 1976), pág. 85-106.

17

El estudio clave es el de Zeev Sternhell, La Droite révolutionaire 1885-1914 (Paris, 1978), pág. 15-127.

Véase así mismo Sternhell, “Paul Dérouléde and the Origins of Modern French Nationalism”, JCH 6.4 (octubre de

1971), pág. 46-71, Y Maurice Barrés et le nationalisme français (Paris, 1972). Adrien Dansette, Le Boulangisme (Paris, 1972), queda superado por la obra de Frederic H. Seager, The Boulanger Affair (Ithaca, N.Y., 1969).

23

raíces suficientemente hondas para lograr un derrocamiento violento del sistema. Por último, tanto Boulanger como Dérouléde eran hombres del siglo XIX que sólo tenían una tolerancia para la violencia.

Un tipo algo más coherente de radicalismo nacionalista fue el nuevo concepto del "nacional socialismo", que también apareció en Francia antes que en ninguna otra parte. Es posible que su primer defensor fuera un aventurero quijotesco, el Marqués de Morés, cuyo círculo radical parisino, Morés et ses Amis, trató de combinar el nacionalsocialismo extremo con un socialismo económico limitado, el racismo y la acción directa. Sus pequeñas pandillas de matones eran más violentas y más decididas que las de la derechista Action Française, pues desde un principio estuvieron dispuestas a utilizar el máximo de fuerza, hasta el asesinato. Otra innovación, en comparación con la actuación ulterior de la Action Française, más elitista y moderada, fue la tentativa de Morés, pese a sus limitadas dimensiones, de emplear el antisemitismo racista como

medio de movilización popular entre la gente del común18.

No parece que Morés emplease la etiqueta formal de nacional socialismo, y evidentemente quien primero expuso el concepto con la frase de nacional socialista fue Maurice Barrés en la campaña electoral de 1898.

En Bohemia se fundó aquel mismo año el Parido Nacional Socialista Checo, al que siguió el Partido Nacional Socialista Francés de François Viteri (que no btuvo seguidores),en 1903,

y el Partido de los trabajadores Alemanes de Bohemia, que también adoptó la bandera del nacional socialismo, en 1904. El Partido Nacional Socialista de Biétri era la expresión política de un movimiento sindical antimarxista, la Fédération Nationale des Jaunes de France, y propugnaba el nacionalsindicalismo (es decir, el sindicalismo trade unionista), la participación de los trabajadores en los beneficios, y un Estado autoritario fuerte con una asamblea corporativa19. O sea, que era estatalista, pero sólo semicolectivista.

El defensor más destacado del nuevo nacional socialismo fue Maurice Barrés, cuya carrera y cuyas ideas políticas (sobre todo estas últimas) han venido atrayendo últimamente la atención de los estudiosos20. La mística que elaboró Barrés de la terre et les morts (la tierra y los muertos) se derivaba en gran medida de las doctrinas de Déroulède, pero en su formulación intentaba combinar la búsqueda de energía y de un nuevo estilo vitalista de vida con las raíces nacionales y una especie de racismo darvinista. El nacional socialismo de Barrés difería de las doctrinas de la Action Française por la importancia que atribuía al radicalismo económico y su confianza en la intuición y la emoción (teóricamente rechazadas por los racionalistas monárquicos).

Aunque Barrés rechazaba el antijudaismo cristiano clerical y tradicional, sí propugnaba rigurosamente un antisemitismo racista moderno, cuyas posibilidades unificadoras y movilizadotas advirtió rápidamente21. También propugnaba el culto a los héroes y el caudillaje carismático, y no obstante, pese a su tentativa de lograr un tipo nuevo y semirrevolucionario de nacionalismo. Barrés nunca llegó a superar del todo un conservadurismo

residual. Al no lograr un apoyo amplio, más tarde cayó en el

18

D.J. Tweton, The Marquis de Morés (Fargo, Dak. Del N.,1972); y R.F.Byrnes, «Morés, the First Nacional Socialist", Review of politics 12.3 (julio de 1950), PÁG. 341-362.

19

Véase Sternhell, Droite revolutionnaire, pá. 245-317;George Mosse, "The French Right and the Working Classes: Les Jaunes", JCH, 7.3-4 (Julio-octubre de 1972),pág. 185-208, y Eugen Weber,

"Nationalism, Socialism and National-Socialism in France", French Historical Studies 2.3 (primavera de 1962), pág. 273-307.

20

Además de la obra de Sternhell, existe la de Robert Soucy, Fascism in France: The Case of Maurice Barrés (Berkeley, 1972) y, menos satisfactoria, la de C.S. Doty, From Cultural Rebelion to Counterrevolution: The Politicsof Maurice Barrés (Athens, Ohio,1976).

21

Zeev Sternhell, "Nacional Socialism and Antisemitism:The Case of Maurice Barrés", JCH 8.4 (octubre de 1973), pág. 47-66.

24

tradicionalismo y en una especie de fatalismo que en gran medida negaba su anterior defensa de un vitalismo y un voluntarismo radicales.

Austria y Bohemia Los primeros partidos nacional socialistas continuos y que alcanzaron un relativo éxito surgieron en la Bohemia de los Habsburgo a fines del siglo pasado. Pero el pionero de un tipo radical y agresivo del

nacional socialismo en el mundo austríaco fue el publicista y agitador pangermanista Georg Ritter von Schönerer. El estridente nacionalismo racista de éste, que invocaba un alto grado de militarismo y expansión imperial, difería del de los radicales de derechas de principios del siglo XX en su defensa precoz y vigorosa de un igualitarismo intranacional, del derecho democrático de voto y de extensas reformas sociales. El impacto del "Programa de Linz" inicial de Schönerer, de 1882, tanto en la política nacionalista radical como en lo socialmente progresiva, fue considerable. Por eso, pese a la falta de habilidad política de Schönerer, a su incapacidad para movilizar una clientela efectiva y al primitivismo belicoso y el ansia de sangre de sus principales objetivos, se le suele contar entre los padres del

nacional socialismo centroeuropeo22.

De hecho, aunque alguno de los nacional socialistas de Austria y Bohemia consideraron más tarde a Schönerer como uno de sus principales precursores, tanto los nacional socialistas checos como el Partido de los trabajadores Alemanes de Austria y Bohemia nacieron como movimientos radicalmente reformistas y socialmente progresivos. El partido checo jamás perdió del todo su orientación, y pasó a desempeñar un papel considerable en la política checa de entreguerras.

El Partido de los trabajadores Alemanes (DAP) fue en un principio un movimiento democrático radical organizado entre los obreros industriales de habla alemana de la Sudetenland de Bohemia. Aunque era nacionalista, no era racista, imperialista ni militarista y propugnaba la sustitución de los ejércitos permanentes por milicias nacionales. Exigía la democratización de las instituciones políticas y sociales, y el "nacional socialismo" que llegó a propugnar formalmente al

cabo de unos años proponía algunos cambios drásticos, entre ellos la socialización o la nacionalización de las grandes empresas. Difería del socialismo marxista en su defensa de un socialismo común para todos los sectores trabajadores y productivos de la sociedad nacional, fueran obreros, campesinos, clase media baja, clase media o intelectuales, y en la importancia que atribuía a un socialismo mixto en el marco particular de los intereses y las posibilidades de la nación.

Pero para 1913 el DAP se había infectado peligrosamente de un racismo y un imperialismo pangermánicos. Adoptó una actitud antisemita y se fue haciendo cada vez más vocinglero y belicoso. Al final de la primera guerra mundial se había convertido en el Partido Nacional Socialista de los trabajadores Alemanes, tanto en Bohemia como en Austria, manteniendo su orientación interclasista y su programa de socialismo parcial como una "asociación laboral de todos los productores" (Gewerschaft aller

Schaffenden) 23 .

La crisis cultural de 1890-1914

22

El mejor libro sobre Schönerer es el de A.G.Whiteside, The Socialism of Fools (Berkeley, 1975).

Acerca de la permutación de actitudes culturales en dirección al nacionalismo radical en Austria, véase W.J. McGrath, Dionysian Art and Populist Politics in Austria (New Haven, 1974).

23

El relato que hace Whiteside en Austrian Nacional Socialism befote 1918 (La Haya, 1962) es el más útil.

25

La expansión del nacionalismo derechista autoritario, y

especialmente el crecimiento de las formas nuevas y más revolucionarias del nacionalismo colectivista parecen haberse visto especialmente alentadas por las nuevas ideas y las prioridades culturales fomentadas por los cambios del pensamiento centroeuropeo, en particular durante la generación de 1890-1914.

Debe reconocerse que la fórmula crisis cultural de 1890-1914 se refiere a un concepto abstracto que recoge una serie de nuevas actitudes, teorías y cambios de la sensibilidad aparecidas en determinadas esferas del pensamiento y la cultura, y que afectaron a unos países mucho más que a otros. En toda Europa no se dio necesariamente una crisis cultural generalizada en este período, pero en los mayores países continentales, y en particular en Europa central, los cambios de actitud de gran parte la élite cultural fueron mucho más llamativos.

Los historiadores de la cultura aceptan en general que para fines del siglo XIX iba instalándose un estado de ánimo de rechazo de los valores dominantes de la generación anterior. La fe en el racionalismo, el enfoque positivista y el culto del materialismo eran cada vez objeto de más ataques. Este espíritu de rechazo iba acompañado por la hostilidad a la burocracia, al sistema parlamentario y a la camapaña en pro de una “mera” igualdad.

En la filosofía, a la era de Bentham y de Comte sucedió la de Nietzsche y Bergson. El neoidealismo y las nuevas teorías del vitalismo y la Lebensphilosophie sustituyeron al racionalismo, el pragmatismo y el materialismo. El proceso adoptó diversas formas. Los marxistas heterodoxos, que buscaban un nuevo sentido de la comunidad y del desarrollo social, abrazaron la ética (en contra de las enseñanzas de su maestro) y la importancia de la educación moral en la

sociedad, y esto tendió después a reforzar las teorías orgánicas de los nacionalistas. A la inversa, los defensores del vitalismo y de la filosofía de la vida insistían en la futilidad de la ética y la moral convencionales, y en la afirmación de la acción directa, la fuerza, o como mínimo la experiencia práctica subjetiva.

Esto tuvo su paralelo en el redescubrimiento del inconsciente y el lugar central que se asignaba a lo no racional en la nueva psicología, encabezada por Freíd. Las nuevas teorías de la psicología de las multitudes (Le Bon) y de la propaganda y la movilización revolucionarias (Sorel) se basaban en la manipulación de las emociones, lo irracional y lo subconsciente, haciendo hincapié en la función primordial del mito entre las masas.

El antiguo cientificismo de mediados del siglo XIX había perecido, al principio, alentar al liberalismo, la democracia y al igualitarismo; el nuevo cientificismo alentaba las doctrinas raciales, el elitismo, la jerarquía y la glorificación de la guerra y la violencia. A fines del siglo XIX el darwinismo social era la última moda y abarcaba varias esferas científicas y teorías sociales. Así se apreciaba en la nueva antropología y la nueva zoología, y en especial en las extrapolaciones pseudocientíficas que partían de ellas. Las nuevas doctrinas y categorías raciales tenían mucho atractivo. Iban desde estudios razonablemente serios de “racismo científico” hasta los conceptos más vulgarizados y absurdos sobre diferencias y jerarquías raciales, que pasaban por ser hechos científicamente demostrados. El determinismo de la herencia biológica ejercía mucha influencia, y los científicos destacados que propagaban doctrinas darvinistas sociales, como el zoólogo Ernest Haeckel en Alemania y el psicofisiólogo Jules Soury en París, tenían un público muy amplio. La obra de Hackel Welträsel (El enigma del Universo, 1899) se vendió

muchísimo, y la Liga Monista Alemana fundada por él en 1904, tenía un gran número de miembros y ejercía gran influencia. Destacaba la

26

necesidad de una revolución cultural, no socioeconómica, para desarrollar la raza

mediante un Estado fuerte y autoritario24.

A principios del nuevo siglo, la búsqueda de la unidad de la naturaleza iba atrayendo cada vez más seguidores. En el mundo de habla alemana (y en menor medida en otras regiones) esto significaba la búsqueda de la asociación entre lo ideal y lo físico, lo cultural y lo material, el reino de lo espiritual y la biología, y la naturaleza y la sociedad, de forma que se pudieran revelar la unidad última y la esencia recóndita de la "naturaleza". Esas tendencias reforzaron mucho la conceptualización y el atractivo del nacionalismo, pues exaltaban la identidad del biogrupo y asignaban un nuevo valor a las relaciones orgánicas dentro de las sociedades y a las naciones como unidades totales.

Esto, a su vez, reforzó una insistencia creciente en el orden la autoridad y la disciplina, en lugar del individualismo o la autocomplacencia, pues una autoridad más fuerte era la única forma de respaldar las relaciones orgánicas y de afirmar más cabalmente la identidad del biogrupo. Todo ello contribuyó mucho al espíritu de 1914 y a la enorme matanza consiguiente.

Las actitudes pseudocientíficas y culturales contaban con un paralelo y un estímulo en las nuevas teorías sociológicas y políticas sobre el elitismo y "caudillaje".

Cada vez se deploraban más la burocracia y la rutina; incluso un sociólogo tan sereno y racionalmente analítico como Max Weber podía contemplar una especie de caudillaje

carismático como la principal alternativa a la estultificación del gobierno por la mediocridad burocrática. En Italia, en especial, la nueva “tradición sociológica” representada sobre todo por Mosca y Apretó, sometía al sistema parlamentario a una crítica demoledora y afirmaba la necesidad de la dominación por las élites en todos los

sistemas políticos y sociales25. Muchos estudiosos y teóricos menos conocidos

expusieron o apoyaron doctrinas parecidas en otros países.

Cuando estalló la primera guerra mundial, el cambio de actitudes, ideas y sensibilidades había producido en gran parte de la élite europea un clima muy diferente al imperante durante la mayor parte del siglo XIX. Este nuevo estado de ánimo cultural no cerraría su ciclo hasta 1945, con el final de la era de las guerras mundiales en Europa. Entre tanto, contribuyó a la proliferación y la aceptación de nuevas doctrinas de nacionalismo autoritario, fuesen de la variedad derechista o de la revolucionaria.

24

Daniel Gasman, The Scientific Origins of Nacional Socualism: Social Darwinism in Ernst Haeckel and the German Monist League (Nueva York, 1971). Algunas exageraciones contenidas en esta obra quedan corregidas por Alfred Kelly, “Wilhelm Bölsche and the Popularization of Science in Germany” (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1975). De los paralelismos franceses anteriores se trata detalladamente en Sternhell, Droite révolutionnaire, pág. 146-176.

25

Armand Patrucco, “Italian Critics of Parliament,1890-1918” (tesis doctoral, Universidad de Columbia, 1966); y Hames Gregor, The Ideology of Fascism (Nueva York, 1969),

pág. 1-139.

27

2 Los movimientos fascista y nacionalsocialista El fascismo italiano Durante mucho tiempo, se ha opinado que no se podía tratar sistemáticamente a las doctrinas del fascismo italiano, porque ni el movimiento ni el régimen poseían una ideología coherente. Pero ni el hecho de que el Partido Fascista no lograse jamás una ideología formal plenamente unificada, ni el de que el régimen de Mussolini no siguiera ni impusiera un sistema ideológico completamente unificado, es nada nuevo en la política radical. Aunque nunca se logró una codificación exacta y elaborada de la doctrina, ahora ya se va reconociendo que el fascismo italiano funcionaba sobre la base de un conjunto de ideas razonablemente coherente.

El fascismo se creó mediante la nacionalización de determinados sectores de la izquierda revolucionaria, y quienes desempeñaron el papel central en su orientación conceptual fueron sindicalistas revolucionarios que abrazaron el nacionalismo extremista. Los sindicalistas revolucionarios, especialmente en Italia, solían ser intelectuales o teóricos que procedían de la matriz marxista y del Partido Socialista, pero que habían intentado trascender las limitaciones o los errores que creían encontrar

28

en el marxismo ortodoxo. Eran partidarios de la acción directa y de una doctrina matizada de la violencia, pero trataban de ir más allá de los límites estrechos y sofocantes del proletariado urbano hacia una movilización más amplia de los campesinos y otros sectores modestos de productores.

Aproximadamente hacia 1910 la mayor parte de los sindicalistas revolucionarios había renunciado al marxismo, y ya en 1907 algunos de ellos habían empezado a explotar el

concepto de la “nación proletaria”, elaborado inicialmente por Enrico Corradini y algunos de los nacionalistas más derechistas. Según esta idea, las verdaderas “diferencias de clase” no se daban entre sectores sociales dentro de un país atrasado y débil como Italia, sino más bien entre los pueblos de las naciones desarrolladas, imperialistas, capitalistas, “plutocráticas”, y los pueblos de los países atrasados, explotados y colonizados. Esta actitud se ha convertido en un concepto político clave del siglo XX, y ocupaba un lugar central en el pensamiento de los fascistas italianos.

Los principales sindicalistas revolucionarios que se pasaron al nacionalismo, como Sergio Panunzio y A.O. Olivetti, destacaban la función general de la organización sindical y de la educación para todos los sectores productores de la sociedad. No eran fanáticos de la “violencia creadora” ni de la acción directa porque sí, aunque creían que la violencia podía ser positiva y terapéutica en determinados casos. Las doctrinas de inspiración soreliana del mito y de la manipulación emocional ocupaban un escaso lugar en sus planes de educación nacional.

Y tampoco eran los sindicalistas revolucionarios, transformados en “nacional sindicalistas”, partidarios fanáticos de unas nuevas élites autoritarias restringidas.

Sostenían que el nacional sindicalismo debía crear una amplia élite nueva de fuerzas trabajadoras creadoras que sirvieran de ejemplo y de líderes para el desarrollo de Italia.

A nivel internacional, apoyaban ardientemente el esfuerzo italiano en la primera guerra mundial por montar un combate revolucionario que modificase la balanza del poder en Europa y promoviese la revolución o la reforma radical en la mayor parte de las potencias beligerantes. No apoyaban forzosamente al imperialismo italiano. En 1916 Panunzio

publicó una conferencia, Il concetto della guerra giusta como una distinta de la guerra imperialista-, y en 1920, como fascista, publicó un folleto en apoyo de la

Sociedad de Naciones26.

Auque probablemente sea correcto decir que el propio Mussolini nunca poseyó una ideología política plenamente desarrollada y sistemática en el período transcurrido desde que abandonó el marxismo hasta que codificó formalmente la doctrina fascista, al final de la década de 1920, sí que actuó durante la mayor parte de su carrera conforme a determinadas ideas o conceptos fundamentales formados en el decenio de 1905 a 1915.

Estaban relacionados con la concepción de la necesidad de la dirección de una élite, de la sustitución del materialismo mecanicista o el racionalismo puro por la influencia de las ideas, las emociones y el subconsciente, y de la importancia de movilizar a las grandes masas (a las que se llegaba en parte mediante la psicología de

las multitudes), en lugar de mantener una orientación estrictamente de clase27. Mussolini

26

El mejor estudio de la transformación del sindicalismo revolucionario en nacional sindicalismo fascista es el que figura en David Roberts, The Sindicalist Tradition and Italian Fascism (Chapel Hill, 1979); pero véase asimismo el estudio de A.James Gregor sobre la política fascista italiana, de próxima publicación.

El de Charles Bertrand, “Revolutionary Syndicalism in Italy, 1912-1922”. (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin,1969), es una relación muy crítica de su desviación del marxismo.

27

El mejor análisis es el estudio de Gregor, de próxima publicación, sobre la política fascista italiana.

Véase también su "The Ideology of Fascism", en G.L. Weinberg, comp., The TRansformation of a Continent (Minneapolis, 1975), pág. 3-46; y J.Roth, "The Roots of Italian Fascism: Sorel and Sorelismo", JMH 39.1 (marzo de 1967), pág. 30-45.

29

tenía considerables contactos con los sindicalistas revolucionarios y sus ideas, algunas de las cuales aceptaba, pero difería de los sindicalistas en su evaluación, categóricamente más positiva, de la violencia y la acción directa y en el uso de mitos y símbolos. Para 1915 había reaccionado al problema del carácter no revolucionario del proletariado italiano (y de casi todos los demás países) mediante su sustitución por la idea de la revolución de la nación y del pueblo.

Los futuristas, encabezados por Marinetti, fueron la tercera fuerza ideológica en la fundación del fascismo. Iban tan a la "izquierda" como los sindicalistas o Mussolini en cuanto a rechazar las viejas normas y las instituciones existentes, y los sobrepasaban en su exaltación virtualmente nihilista de la violencia ("la guerra es la única higiene de las naciones", etc). Los futuristas eran motociclistas metafísicos, fascinados por la velocidad, la potencia, los motores, las máquinas y todas las posibilidades de la tecnología moderna, como indicaban muchas de sus pinturas. Pero además de las invocaciones, a menudo juveniles, a la destrucción de todo lo antiguo y la apoteosis de todo lo nuevo, los futuristas también decían ser partidarios de grandes procesos de transformación social que traerían el derecho de voto democrático y la emancipación de

todas las clases bajas, comprendido el derecho de voto par

la mujer28 (postura que

también apoyó Mussolini, por lo menos hasta 1927).

De esta mezcla salió el programa de los fundadores del fascismo en 1919, en el que se pedía la instalación de una república, en lugar de la monarquía y reformas radicalmente democráticas y semisocialistas. En el gobierno, esto exigiría la descentralización del poder ejecutivo y una magistratura electiva e independiente; en los asuntos militares, la terminación del servicio militar obligatorio, el desarme general y el cierre de las fábricas de armas; en la estructura económica, la supresión de las sociedades anónimas, la confiscación del capital improductivo, de las utilidades de guerra excesivas y de las propiedades de la Iglesia, la confiscación de la tierra para el cultivo en sociedad por campesinos sin tierras, y en la industria un sistema nacional sindical de gestión industrial por sindicatos de obreros y técnicos, por último en las relaciones exteriores, la abolición de la diplomacia secreta y una nueva política basada en la independencia y la solidaridad de todos los pueblos dentro de una federación

general de naciones29. Evidentemente, esto no es lo que se entiende en general como

"fascismo".

Los Fasci Italiani di Combattimento iniciales fundados en Milán en marzo de 1919, fueron un fracaso. En total, su apoyo se limitaba a unos miles de personas, sobre todo nacional sindicalistas y pequeños grupos de obreros de Milán y la Liguria, encabezados por un puñado de socialistas de Mussolini y por algunos entusiastas nacionalistas de los Ardite (tropas especiales de choque) del antiguo ejército, mas los futuristas de Marinetti. En las elecciones de 1919 no lograron sacar elegido ni a un solo diputado.

El movimiento no empezó a ampliarse de forma considerable hasta el otoño de 1920, tras la gran campaña antiizquierda lanzada frente a la ofensiva socialista en el norte de Italia a principios de aquel año. El primer fascismo había sido urbano, y en gran medida nacional sindicalista; el fascismo ampliado de 1920-1921 encontró su mayor apoyo en el campo del norte de Italia, donde las ocupaciones de tierras y las actividades huelguísticas revolucionarias amenazaban por igual a los grandes

28

Emilio Gentile, "La Política di Marinetti", Storia Contemporanea (en adelante sitada con la sigla SC) 7.3 (setiembre de 1976) pág. 415-438.

29

Acerca de los "fascistas fundadores", o sansepolcristi, véase Renzo de Felice, Mussolini il rivoluzionario (Turin, 1965), pág. 419-544. el primer programa oficial de los Fasci di Combatimento apareció en junio, y ya se había hecho más moderado en casi todos los aspectos. Ibid., pág. 742-745.

30

terratenientes, los pequeños propietarios y los aparceros estables30. Aunque más

adelante el fascismo de masas de 1921, organizado oficialmente en el Partido Nacional Fascista Italiano de octubre de 1921, tenía muchos de los mismos líderes y utilizaba en gran parte el mismo idioma que los Fasci di Combattimento iniciales, su composición social y su dirección política eran considerablemente diferentes.

Probablemente, nunca se podrá obtener una medida exacta de la composición

social del fascismo italiano antes de la marcha sobre

Roma31, pero los datos más

fidedignos indican que estaba formado sobre todo por clases medias, especialmente las clases medias bajas del campo y de las pequeñas ciudades, como expresión de un nacionalismo radical, aunque ya no revolucionario en el terreno social. Como el fascismo se había fundado para apoyar la causa de la "guerra revolucionaria", siempre había invocado determinadas formas de violencia, pero la práctica de la violencia a gran escala no surgió hasta fines de 1920 y en 1921, dirigida contra la principal fuerza subversiva antinacionalista: los socialistas.

El uso de las squadre de asalto fue parte integrante de la marcha fascista hacia el poder, pero la idea de que el PNF inventó la violencia política o algo parecido es lamentablemente superficial. El objetivo de una milicia paramilitar de algún tipo era inherente en la tradición jacobina, y fue una característica importante de la izquierda en algunos países como España en el siglo XIX. Efectivamente, el inventor de los "movimientos de camisas" fue un italiano; pero fue Garibaldi (con sus Camisas Rojas), y no Mussolini. A fines del siglo XIX, la organización de grupos juveniles paramilitares se iba haciendo cada vez más frecuente en diversas zonas de Europa Central. El despliegue sistemático de una milicia política- la Guardia Roja fue una innovación de Lenin y sus bolcheviques en 1917. De ahí que la idea de que "la novedad del fascismo

residía en la organización militar de un partido político" 32 parezca un tanto exagerada.

Lo que hicieron los fascistas fue imitar un estilo revolucionario común, que comprendía aspectos del comportamiento y la táctica bolcheviques. A ello añadieron la creación de un uniforme de partido y una oratoria violenta de

tono militar, pero el “partido-ejército” no fue una invención fascista.

30

De los cambios en el campo del norte de Italia y del aumento del fascismo rural se trata en Paul Corner, Fascism in Ferrara 1915-1925 (Oxford, 1965); A.Rovery, Le origini del fascismo a ferrara 1918-1921 (Milán, 1974); Anthony Cardoza, “Agrarian Elites and the Origin of Italian Fascism: The Province of Bologna, 1901-1922” (tesis doctoral, Universidad de Princeton, 1975); y Marco Bernabei, “La base di massa del fascismo agrario”, SC 6.1 (marzo de 1975), pág. 123-156.

El principal análisis político de este período figura en Roberto Vivarelli, Il dapoguerra in Italia e l’avvento del fascismo (1918-1922), (Nápoles, 1967). Por lo que hace al crecimiento del movimiento fascista propiamente dicho, los mejores estudios son la biografía de Mussolini por De Felice y la obra de Adrián Lyttelton The Seizure of Power (Nueva York, 1973). Una de las primeras obras importantes es la de Angelo Tasca (A. Rossi) The Rise of Fasism (Londres, 1938). (Hay traducción al castellano: Los orígenes del fascismo. Ariel, Barc. 1970). De las varias historias generales del Fascismo, la que trata más directamente de la diversidad de corrientes dentro del partido es la de Enzo Santarelli Storia del fascismo, 3 vols. (Roma, 1973). En italiano hay muchos estudios regionales del fascismo inicial.

31

Las principales estadísticas citadas habitualmente respecto a la composición social del movimiento a fines de 1921 fueron las publicadas por el periódico oficial del Partido Fascista, Il Popolo d’Italia, el 8 de noviembre de 1921. las principales categorías que se citaban eran trabajadores de campo (24,3%),

trabajadores urbanos (15,4%), estudiantes (13%), terratenientes de todas las categorías (12%), empleados de oficina (9,8%) y profesionales (6,6%). Pero estas estadísiticas eran muy incompletas y representaban poco más del 70% del total de los miembros que decía tener el partido en aquella época. Véase W.

Schieder, "Strukturwandel der faschistichen Partei Italiens in der Phase der Herrschaftsstabilisierung", en W. Shieder, comp., Faschismus als soziale Bewegung (Hamburgo, 1976), pág. 69-96. Schieder se enfrenta con el problema de las bases sociales, pero arroja poca luz sobre el movimiento en sus comienzos.

32

Lyttelton, Seizure of Power, 52.

31

En otoño de 1921, el PNF había llegado a tener unos 250.000 miembros, y era el mayor partido de masas que jamás había existido en Italia. La diferenciación generacional era un factor importante de reclutamiento. El fascismo atraía sobre todo a los miembros más jóvenes de las clases medias en general. Frente a la revolución socialista antinacionalista proponía una revolución alternativa de un gobierno nacionalista más autoritario, encabezado por nuevas élites y defensor de nuevos intereses nacionales generales. Su programa económico había pasado a ser el "productivismo". El partido seguía propugnando un vago nacional sindicalismo, pero cada vez quitaba más importancia a la economía estatal y favorecía la liberación de las energías nacionales y la reducción de los gastos generales improductivos. Ya en setiembre de 1919 Mussolini había abandonado su antiimperialismo inicial, y en 19211922, el nacionalismo radical del partido había adoptado tonos cada

vez más imperialistas. En 1921, Mussolini, como caudillo indispensable del movimiento, había adoptado la transacción política y aceptado el principio de la monarquía y una cooperación limitada con los grupos liberales gobernantes.

En 1921-1922 se había producido una confusión comprensible acerca del "programa" del partido. Ello se debió en parte a los trastornos y las componendas normales en un movimiento radical que va avanzando hacia la toma de una parte del poder, pero también se debió en parte a grandes cambios sobre aspectos prácticos que no se podían negar. Según algunos, Mussolini aumentó la confusión al insistir en que la unidad del movimiento se hallaba en el dinamismo y la actividad per se, y no en la doctrina. La afirmación fascista, común ya en 1921, de que la acción precedía a la ideología y la formaba tuvo el efecto de exagerar los impulsos vitalistas y antinacionalistas que aportaban la base cultural de la política fascista, de manera que los enemigos del fascismo pronto pasaron a decir que los fascistas no tenían ideas ni doctrinas coherentes en absoluto. Lo que si tenían, de hecho, era determinadas actitudes coherentes y preconcepciones culturales, aunque no alcanzarían nada que se pareciera a una ideología codificada hasta fines de la década de 1920, e incluso entonces no llegaría a sistematizarse del todo.

En 1921-1922 la dirección del partido iba adoptando una actitud nueva y bastante coherente en materia de política económica, pero muy diferente del programa de 1919. El objeto era el "productivismo", pero ahora se eliminaban de las propuestas fascistas inmediatas aspectos colectivistas, a fin de alentar las inversiones de capital. En muchos sentidos, esto era lógico por lo que respectaba a la economía italiana-como han

reconocido, al fin y el cabo uno o dos historiadores

comunistas-33, pero se aproxima

mucho a la posición adoptada por los liberales y los conservadores moderados en el programa de junio de 1922 de la Alianza Económica Parlamentaria (apoyada por los

fascistas)34. Ello obligaría a reducir todavía más los gastos estatales a fin de liberar las

fuerzas productivas, e impondría un programa de reforma financiera con el fin de

mejorar la estructura fiscal, reducir el despilfarro y estimular la formación del capital35.

Era algo eminentemente práctico, pero no revolucionario ni en absoluto colectivista, lo cual provocó grandes murmullo entre muchos radicales del partido.

33

Mihaly Vahda, "The Rise of Fascism in Italy and Germany", Telos 12 (verano de 1972), pág. 12, reimpreso en A. James Gregor, Interpretations of Fascism (Morristoun, Nueva Jersey, 1974), pág. 166170.

34

Roland Sarti, Fascism and the Industrial Leadershipin Italy 1919-1940 (Berkeley, 1971), pág. 31. (Hay traducción al castellano: Fascismo y burguesía industrial. Italia, 1919-1940. Ed. Fontanella, Barcelona

1973).

35

A. James Gregor, "Un programa per la `grande Italia' ", Intervento, Nº 27 (mayo-agosto de 1977), pág.

91-104.

32

El fascismo se había convertido, como observó Mussolini al

principio, en el gran "antipartido", opuesto a la mayor parte de las ortodoxias de izquierda, derecha y centro; pero también se había convertido en el único nuevo partido panitaliano, representante de sectores sociales y regionales diversos, e incluso de actitudes culturales diversas. Así surgió como la única fuerza nacional nueva, sin ligaduras de clase a la izquierda ni a la derecha, y el candidato ideal para devolver el orden y la unidad a un país dividido y aportar una dirección nueva.

Pero aunque el Partido Fascista era la única fuerza nacional nueva y amplia, y aunque aspiraba a movilizar a las masas, con algún apoyo obrero y campesino, nunca

obtuvo más del 15%, aproximadamente, del voto popular en elecciones limpias36. Es

cierto que probablemente el movimiento alcanzó el apogeo de su popularidad en 19221923, y adquirió mucha más fuerza que en el momento de las elecciones de 1921; sin embargo, nunca tuvo ninguna posibilidad de convertirse en el partido mayoritario de la política italiana. Las otras grandes fuerzas-socialistas, liberales y católicos- mantuvieron gran parte de electorado, mientras que las herejías, las insolencias juveniles y el estilo violento de los fascistas acabaron por reducir su atractivo. Por eso no pudio Mussolini convertirse en Primer Ministro más que como jefe de una coalición parlamentaria típicamente italiana, no como jefe del fascismo únicamente.

Otros partidos y grupos El Partido Fascista estaba flanqueado en diversos grados por otras fuerzas del nacionalismo autoritario, que unas veces lo combatían y otras se aliaban con él. La Asociación Nacionalista (ANI) había elaborado una ideología autoritaria de derechas y corporativista mucho más clara, y no tenía dudas en cuanto a apoyar el darwinismo social, el militarismo y el imperialismo.

Había organizado bastante antes que los fascistas (en febrero-marzo de 1919) una milicia armada en unas cuantas ciudades del norte de Italia y el 15 de julio de 1919 había lanzado un ataque contra la Cámara del Lavoro de Bolonia, que fue el primer ejemplo de violencia antiizquierdista. Los nacionalistas resultaban aceptables para las instituciones respetables, cosa que no ocurría con los fascistas, y ya en 1921 se advertía algún caso de doble militancia entre los miembros de la ANI y los del PNF, aunque las rivalidades se mantuvieron hasta la

fusión realizada en febrero de 192337. El número de miembros de la ANI siguió

aumentando durante la crisis de la postguerra, pero nunca logró alcanzar la movilización de masas de los fascistas.

Los otros aliados en potencia del fascismo eran los liberales y los católicos que estaban inclinados a aceptar un grado moderado de autoritarismo como garantía de la seguridad social y de las instituciones. Después de todo, los liberales de derechas habían iniciado la violación de la estructura constitucional de 1915, cuando el gobierno de Salandra-Sonnino ayudó a montar la declaración de guerra por Italia en contra del deseo

del Parlamento38; aunque más tarde, en 1922-1923 Salandra se alejó de los fascistas al

36

Debido al sistema de listas unidas en las últimas elecciones libres, las de 1921, es imposible determinar el voto discreto por partidos. De hecho, debe considerarse que la cifra del 15% es un cálculo máximo, no mínimo.

37

R. Ronzio, La fusione del nacionalismo con il fascismo (Roma, 1943); y De Grand, Italian Nationalist Association.

38

Brunillo Vigezi, L' Italia dalla neutralita al'intervento nella prima Guerra Mondiale (Milan, 1965);

Edgar R. Rosen, "Italiens Kriegseintritt in jahre 1915 als innenpolitisches Problem der Giolittti-Ära", Historische Zeitschrift 187.2 (abril de 1959), pág. 289-363; y John A. Thayer, Italy and the Great War (Madison, Wisconsin, 1964), pág. 233-390.

33

comprender que no iban a limitarse a "reajustar" las instituciones del gobierno, sino que

pretendían sustituirlas en su totalidad39.

Los fascistas no tenían en frente más que una fuente de competición nacionalista a su izquierda, y era la precedente de la banda de D'Annunzio y De Ambris, formada por corporativistas nacionalistas progresistas que se habían unido en la empresa de Fiume de 1919-1920. la "Carta del Carnaro" de De Ambris, tentativa razonable imaginativa de alcanzar una especie de corporativismo social representativo y democrático, ejerció momentáneamente una influencia considerable en los nacional sindicalistas fascistas, y algunos de ellos viraron pasajeramente en dirección a D'Annunzio y De Ambris a fines de 1921, cuando Mussolini llevó al Partido Fascista a

su transacción con la derecha40.

El nacionalsocialismo alemán Cuando la mayor parte de los teóricos del fascismo genérico hablan de fascismo parecen referirse de hecho al nacionalsocialismo. De todos los movimientos nacionalistas autoritarios de Europa en el período de entreguerra, el nacionalsocialismo de Hitler fue el único que alcanzó gran poder y dinamismo, que se convirtió por sí solo en una fuerza histórica mundial en potencia. Son

muchas las obras escritas ya sobre Hitler y el nacionalsocialismo, pero su número sigue aumentando rápidamente, no sólo en alemán y en inglés, sino también en otros idiomas. Ya se dispone de descripciones históricas detalladas y sistemáticas de las principales personalidades, las políticas y casi todas las instituciones clave del Partido Nazi y del Tercer Reich. Pero cuanto más material se acumula, más problemáticas parecen hacerse determinadas cuestiones fundamentales de interpretación y taxonomía. Los dilemas de la teoría y el análisis son tanto más agudos en Alemania cuanto que gran parte de la interpretación del nacionalsocialismo no la realizan estudiosos empíricos, sino ideólogos, normalmente “marxistas”, a quienes les interesan poco los datos verificables, y que se ocupan ante todo de asignar palabras o etiquetas al nacionalsocialismo con sus propios fines

políticos o ideológicos[41]. Las respuestas a las preguntas finales de cómo se debe definir

el nacionalsocialismo, o cómo se ha de comprender al nacionalsocialismo, escaparán al consenso.

Ideológica, aunque no estructuralmente, el nacionalsocialismo posterior a 1918 se basó en el movimiento de preguerra. Es importante recordar que inicialmente representaba un determinado concepto de la economía política que propugnaba un colectivismo parcial, reiterado en los Veinticinco Puntos de la fundación del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes de Hitler (NSDAP) de 1920. Estos incorporaban el colectivismo parcial, dirigido primordialmente contra la gran empresa, el latifundio, las grandes instituciones financieras y las grandes sociedades anónimas e industrias, cuya regulación estricta o nacionalización debían armonizarse con la pequeña

propiedad individual. En resumen, inicialmente el nacionalsocialismo defendía un colectivismo parcial, o un socialismo limitado de Estado que sostendría una economía mixta, en parte estatal o colectiva, pero sobre todo de propiedad privada. Otros aspectos radicales (y

39

Antonio Salandra, Memorie Politiche (1916-1925) (Milan, 1951), pág.73-75.

40

Michael A. Ledeen, The First Duce (Baltimore, 1977): Nino Valeri, DÀnnunzio davanti al fascismo (Florencia 1963); y Ferdinando Córdova, Ardite e legionari dannunziani (Padua, 1969). L crítica final de De Ambris al corporativismo estatal fascista apareció en su obra póstuma, Dopo un ventennio di rivoluzione: Il corporativismo (París, 1935).

41

Algunos de los problemas que intervienen en las teorías marxistas alemanas del nacionalsocialismo y el fascismo se elucidan en A. G. Rabinbach, "Toward a Marxism Theory of Fascism and National Socialsm", New German Critique, Nº 3 (otoño de 1974), pág. 127-153.

34

democráticos), como la sustitución del ejército regular por una milicia popular, se mantuvieron en el primer programa de Hitler. El que esos objetivos no se persiguieran más tarde en el régimen nazi no tiene ni más ni menos importancia que la observación de que el programa revolucionario inicial de Lenin de 1917, sumamente demagógico, no se aplicara durante el régimen de Lenin-Stalin. Normalmente, los regímenes revolucionarios (hay algunas excepciones, como la de Castro) se inician con una plataforma ampliamente radical y demagógica, y después van pasando a lo práctico.

Existen algunas equivalencias generales entre le fascismo inicial y el nacionalsocialismo inicial en cuanto a objetivos económicos y, hasta cierto punto, a estilo, pero las diferencias también son llamativas. El NSDAP se inició como un nuevo movimiento en Alemania después de 1919, pese a su precursor ideológico, y estaba dirigido en su mayor parte por individuos sin una gran personalidad política anterior.

No extrañaba ningún tipo de "herejía marxista", ni la nacionalización de sectores de la izquierda revolucionaria. No movilizó masas con tanta eficacia como los fascistas durante la crisis de la postguerra, ni se limitó a copiar la estructura social del fascismo: la estructura de la sociedad alemana era profundamente diferente de la de Italia y los nazis tuvieron que competir más que los fascistas con grupos nacionalistas bien organizados a su derecha.

En algunos aspectos, los dos movimientos adquirieron pronto un estilo parecido, al elaborar procesos litúrgicos bastante complicados comunes a muchos movimientos revolucionarios, y también participaron de modo general en la revuelta contra el racionalismo, el positivismo, el liberalismo, el conservadurismo a la antigua, el marxismo y el internacionalismo. Al igual que casi tisis los movimientos revolucionarios, hacían una evaluación positiva del uso de la violencia, y ambos recurrieron mucho a los excombatientes de la primera guerra mundial en las fases iniciales de reclutamiento.

Al mismo tiempo, las diferencias ideológicas y doctrinales fueron profundas desde un principio. Si bien los fascistas tenían una especie de método intelectual y de orientación general, les costó mucho trabajo elaborar una ideología fascista coherente.

A la inversa. Es probable que los nazis nunca alcanzaran en

absoluto una ideología plenamente formada y desarrollada, pero a mediados del decenio de 1920, antes del auge del nacionalsocialismo como movimiento de masas, Hitler había elaborado una

clara visión del mundo[42], de acuerdo con cuyas consecuencias generales para la política

y el gobierno actuó tenazmente hasta el mismo final. El antipositivismo fascista no exigía un rechazo total de los principios y los objetivos pedagógicos liberales racionales, que los fascistas se proponían sintetizar con otros valores en un todo mayor.

Hitler, inspirado por las ideas románticas del nacionalismo Völkisch (racial-ambiental) mezcladas con un darwinismo social seudocientífico, rechazaba totalmente determinados aspectos de la cultura moderna (aunque, como se comentará más adelante, utilizaba muchos otros aspectos clave de la modernidad).

Hasta 1938, la mayor parte de los fascistas no tenía un concepto de raza y ridiculizaba el racismo nazi. Su doctrina del nacionalismo era cultural-ambiental, no racial-ambiental, y no incluía el antisemitismo; de hecho, los judíos italianos estaban

proporcionalmente sobrerrepresentados en el Partido Fascista[43]. Análogamente,

determinados sectores del fascismo fueron antiimperialistas al principio, y partidarios de la liberación nacional de los pueblos más débiles y más atrasados del Mediterráneo y del Oriente Medio. Algunos de los primeros teóricos fascistas rechazaban el darwinismo social y el militarismo, defendían la cooperación internacional, un "Estado ético"

Eberhard Jaeckel, Hitler's Weltanschauung (Middletown, Connecticutt, 1972).

43

Véase Michael A. Ledeen, Universal Fascism (Nueva York, 1972).

35

nacional sindicalista nuevo y postliberal, así como la Sociedad de las Naciones. A veces se concebía al fascismo como algo armonioso con los intereses de otros pueblos, por lo menos al principio.

Igual que la doctrinas y la cultura fascistas abarcaban, por una parte, aspectos limitados de los principios liberales, y, por la otra, el "arte moderno" (en Italia arte moderno significaba, por encima de todo, el Futurismo, y entre los fundadores del fascismo hubo destacados futuristas), también alcanzó un difícil modus vivendi con el catolicismo. Para 1922, un ala del "fascismo católico" representaba parte de la incorporación de todos los aspectos ostensiblemente positivos de la cultura italiana moderna. Es de reconocer que la coexistencia de un fascismo católico con las tendencias más ortodoxas, seculares, violentas y revolucionarias era incómoda, pero duró algún tiempo, al menos hasta la nazificación parcial de fines del decenio de 1930. En cambio, toda forma seria de nazismo católico, protestante o cristiano, era evidentemente una contradicción en los términos. Muchos cristianos nominales votaron a Hitler, pero nunca se trató en absoluto de que el partido incorporase una variante religiosa. La tentativa ulterior de crear un "cristianismo alemán" requirió una ruptura total con todo el cristianismo ortodoxo, cosa que jamás exigió el fascismo, sincrético y semitolerante.

Una de las diferencias más fundamentales fue que hacia 1925-1926, aproximadamente, y en algunos aspectos ya en

1922-1923, el NSDAP se había

convertido indiscutiblemente en el “movimiento de Hitler”44, totalmente subordinado al

culto-mito del Führer de manera que resultaba incomprensible para el fascismo italiano qua movimiento, y que ni siquiera se realizó del todo en la era del ducismo del decenio de 1930. En cambio, el fascismo no fue en absoluto creación de Mussolini como partido o movimiento, sino que se desarrolló en torno a él o fuera de él, y hacia 1921-1922 cada vez más en oposición a él. No se puede hablar de un principio fascista de caudillaje en los mismos términos en que se habla del Führerprinzip nazi. Para Mussolini, su propio partido se convirtió a la vez en el vehículo necesario de su éxito y en un importante obstáculo potencial a su nuevo régimen, contradicción que tampoco era concebible en la Alemania nazi.

Mussolini formó una coalición gubernamental tres años y medio después de iniciarse el Movimiento Fascista, mientras que Hitler el mismo proceso le llevó 14 años(en cambio, el régimen italiano tardó casi tres años en llegar a la plena dictadura, mientras que a Hilter esta transición le llevó menos de seis meses). Pero, aparte de esas diferencias cronológicas, la dinámica de ambos movimientos sí que tenía algo en común en cuanto a sus fases y secuencias, así como a las relaciones políticas correspondientes.

Ambos montaron unas milicias de partido en gran escala con fines de violencia política, pero eso era algo que hacían casi todos los partidos radicales y revolucionarios de la época, y resultaría difícil demostrar que los fascistas y los nazis fueran excepcionales a ese respecto, salvo quizá que las llevaron a mayores extremos y obtuvieron bastante más éxito con ellas. Ambos movimientos suavizaron el radicalismo de

su propaganda socioeconómica, fenómeno común entre los grupos revolucionarios de diversas tendencias, aunque algunos van en la dirección opuesta y practican una mayor demagogia de clase en los países menos desarrollados. Ambos llegaron a transacciones con fuerzas conservadoras en su marcha hacia el poder. Tras el fracaso del putsch de la cervecería de 1923, Hitler aprendió lo que Mussolini había comprendido intuitivamente desde el principio: en un estado centroeuropeo organizado con unas instituciones que

44

La autotransformación de Hitler en Führer absoluto se examina en Albrecht Tyrell Von “Trommler” zum “Führer” (Munich, 1975), que quizá sea la mejor monografía reciente sobre Hitler. El NSDAP inicial se estudia en Georg-Franz Willing Die Hitler Bewegung (Hamburgo, 1962). El mejor estudio general del Partido Nazi es el Dietrich Orlow, The History of the Nazi Party, 2 vols. (Pittsburgh, 19691973).

36

permanecían en gran medida intactas, no era viable un golpe de estado violento ni una insurrección revolucionaria. Un movimiento nacionalista multiclasista debía llegar al poder por la vía legal, pues, sino, no llegaría a él en absoluto. La posibilidad de movilizar una mayoría estadística era prácticamente nula, de manera que la única vía hacia el poder era mediante una coalición de transacción, sobre todo con los nacionalistas de derechas. Estos últimos eran los aliados más probables, porque tenían en común grandes exigencias nacionalistas (aunque diferían radicalmente en algunos aspectos de política general) y se oponían tanto al liberalismo como a la izquierda marxista.

Se ha debatido mucho sobre cuales eran realmente el programa nazi y los intereses dominantes que respaldaban al

nazismo durante su marcha hacia el poder.

Relacionado con esto está la cuestión, secundaria pero muy importante de hasta que punto los partidarios de los nazis percibían directamente los verdaderos objetivos programáticos y los verdaderos intereses, si es que alguno de ellos es identificable.

Jamás se repudiaron los Veinticinco Puntos, que se mantuvieron siempre como programa del partido, aunque hacia 1928 se había abandonado el punto relativo a la expropiación de los latifundios. A mediados de la década de 1920, el partido hizo un gran esfuerzo por convertirse verdaderamente en partido de los trabajadores alemanes, como indicaba su nombre, mediante la competencia con los socialistas y los comunistas para obtener el apoyo de los obreros de las grandes ciudades del norte de Alemania.

Esta táctica “izquierdista” se abandonó en 1927-1928 ante su escaso éxito,45 y en los

últimos cinco años de su historia como movimiento, el nacional socialismo se hizo más auténticamente multiclasista que nunca, y trató de movilizar por lo menos algo de apoyo en casi todos los sectores importantes de la sociedad alemana.

Sería difícil identificar durante este período un programa preciso de cualquier tipo que se presentara al pueblo alemán con un mínimo de detalles coherentes.

Generalmente me minimizaban los aspectos semisocialistas del nacional socialismo, igual que en una fase equivalente también se quitó importancia a las dimensiones colectivistas del nacional sindicalismo fascista. El propio Hitler no tenían unas ideas muy exactas sobre economía política o estructura económica, salvo que la economía no era importante en sí misma y debía estar subordinada al as consideraciones políticas

nacionales 46. De hecho, durante la última fase de la movilización de masas cabía

encontrar una gran variedad de actitudes económicas entre los nazis. Algunos eran pequeños empresarios, otros partidarios de la gran empresa, más allá había quienes defendían un corporativismo semiitaliano o semicatólico, y los duros mantenían las aspiraciones semisocialistas del nacional socialismo inicial. Pero esencialmente la estrategia de la dirección era ambigua.

Lo mismo cabria decir de otros objetivos políticos. No se expuso ninguna teoría precisa de la dictadura del estado, salvo el Fühererprinzip, y aunque todos comprendían que un gobierno de Hitler adoptaría una política internacional mucho más vigorosa, se dejaba adrede que las consecuencias de esto quedaran sin definir. En 1932 se conviertió en lugar común decir que "el nacional socialismo significa la paz", al mismo tiempo que parece haberse suavizado algo la propaganda antisemita, porque resultaba menos atractiva para las grandes masas.

45

Cabe hallar dos tratamientos diferentes de esta táctica y orientación, ninguna de las cuales es absolutamente satisfactoria, en Reinhard Kühnl, Die nazionalsozialistische Linke 1925-1930 (Meisenheim am Glan,1966); y Max Kele, Nazis and Workers (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1972).

46

El mejor resumen de la actitud de Hitler hacia la economía es el de henry A. Turner, Jr., "Hitlers Einstellung zu Wirtschaft and Gesellschaft vor 1933", Geschichte und Gesellschaft, Nº 2 (1976), pág. 89117.

37

También la cuestión de las relaciones con los intereses

especiales es algo complicado. A este respecto existen básicamente tres posiciones: a) la explicación marxista clásica vulgar de que el nazismo no fue más que un instrumento de la gran

empresa47; b) la posición de los revisionistas, especialmente Henry A. Turner, Jr.48, que

trataban de demostrar que Hitler y la gran empresa tenían relativamente poco que ver, y que la última apoyaba sobre todo al autoritarismo de derechas; c) la de los

contrarrevisionistas49, que a veces son demasiado sutiles para invocar plenamente el

enfoque marxista vulgar en su totalidad, pero tratan de demostrar que los contactos entre la jefatura nazi y la gran empresa eran extensos y, al menos hasta cierto punto, determinantes. Se trataba en gran medida de una discusión en torno a motivos e intenciones, en parte razonada a base de inferencias y que es difícil resolver con datos empíricos tajantes. No cabe duda de que hubieron contactos de alto nivel de Hitler y otros dirigentes nazis con grandes empresarios y sus agentes; en la última fase de la marcha nazi hacia el poder se recibieron contribuciones considerables. Pero evidentemente, Turner tiene razón al decir que era la derecha autoritaria, y no los nazis, el principal partido de la gran empresa, y los contrarevisionistas no han logrado demostrar que la gran empresa "comprase" a Hitler, igual que los setenta millones de marcos oro pagados por el Gobierno Imperial alemán para financiar la Revolución comunista rusa tampoco "compraron" a Lenin. Sin embargo es muy de lamentar que la interpretación marxista sea incorrecta, pues si la gran empresa alemana hubiera logrado comprar a Hitler probablemente no habría habido un acuerdo general en cuanto a declarar la guerra, y es posible que el mundo actual

fuera un lugar más habitable.

Igual que el programa solía ser vago, ambiguo y multiforme, también la composición de los afiliados al Partido Nacionalsocialista y los votos que éste recibía se han solido interpretar mal. El más detallado de todos los estudios sobre los votos recibidos por los nazis en las elecciones más importantes las de 1930-1932, halla pocas pruebas de que tuvieran un apoyo desusadamente grande entre las clases medias. En 1930, Alemania era en gran parte un país de clase media, y las clases medias aportaron un considerable apoyo a una gran diversidad de movimientos, entre ellos los socialistas.

Una investigación cuidadosa ha revelado que en las grandes ciudades no apoyaron a los nazis más que una proporción aproximadamente igual al porcentaje que representaba la clase media en general en la población. No se halló un apoyo excepcionalmente intenso entre las clases medias urbanas, sino entre los agricultores y las clases medias de las

ciudades pequeñas y entre las clases medias urbanas50. Por eso hay que actuar con

47

Su principal portavoz reciente ha sido Eberhand Czichon. Véase su Werverhalf Hitler zur Macht? (Colonia, 1967).

48

"Big Business and the Rise of Hitler", Amercian Historical Review (en adelante citada con la sigla AHR) 75 (1969), pág. 56-70 y los otros artículos de Turner en su Faschismus und Kapitalismus in Deutschland (Gotinga, 1972).

49

Dirk Stegmann "Kapitalismus and Faschismus in

Deutschland 1929-1934", Beiträge zur Marxischen Theorie, Nº6 (Frankfort, 1976), pág. 19-91; y Ulrike Horster- Philipps, "Grosskapital, Weimarer Republik und Faschismus", en G. Hardach y Reinhard Künhnl, comps., Die Zerstörung der Weimarer Republik (Colonia, 1977), pa´g. 38-141. hay un resumen lúcido y reciente de James Pool y Suzanne Pool, Who Financed Hitler (Nueva York, 1978), que tiende a apoyar a Turner.

50

Estas conclusiones se extraen de un estudio inédito, del tamaño de un libro, de Richard Hamilton, de la Universidad de McGill, que ha llevado a cabo el análisis más sistemático y detallado. La elaboración más compleja de la teoría del nazismo como conservadurismo revolucionario de la Mittelstand es la obra de Gerhard Schulz Aufstrieg des Nationalsozialismus (Berlín, 1975). La interpretación que brinda H.A.

Winkler en Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus (Colonia, 1970) es algo más sutil, pues éste advierte que los nazis no eran en sí la Mittelstand como tal y no la representaban, sino que cada vez recurrían más a manipular a determinados sectores de la Mittelstand-especialmente en las zonas ruralespara luego engañarlos. La relativa debilidad del voto nazi entre las mujeres y los desempleados se estudia en R.J. Evans, "Women and the Triumph of Hitler" JMH 48. 1 (marzo de 1976); y en R.I. McKibbin,

38

mucho cuidado ante la interpretación tosca del nazismo como una operación quintaescencialmente de clase media.

Cuadro 3

ESTRUCTURA DEL NSDAP POR

PROFESIONES

1923, 1930, 1933 y 1935 (en porcentajes) Proporción de la Población alemana

1923 1930 1933 1935

con empleo remunerado.

Trabajadores (comprendidos los calificados) 19,7 (8,5) 26,3 32,5 32,1 46,3 Empleados 12,9 24,4 20,6 20,6 12,4 Funcionarios 6,6 = 7,7 9,4 3,9 Profesores =6,5 3,6 0,9 Estudiantes (Universidad) 4,2 1,0 1,2 Profesionales 3,1 1,0 Empresarios 16,2 = 18,9 17,3 20,2 3,9 Artesanos 21,3 4,7 Agricultores 1,9 1,6 Jubilados 1,9 1,6 Mujeres 1,1 3,6 4,1 Otros 4,5 3,4 3,5 3,4 16,9

100,0 100,0 100,0 100,0 100,0

Fuente: meter Merkl, “Comparing Fascist Movements”, en Stein U. Larsen y otros, comps., Who where the Fascists? (Oslo/Bergen,de próxima publicación), basado en información contenida en Michael H. Kater, “Zur Soziographie der frühen NSDAP”, y Wolfgang Schaefer, NSDAP: Entwicklung und Struktur der der Staatspartie des Dritten Reiches.

La propia composición del Partido Nazi era desproporcionadamente de clase media, pero fue haciéndose cada vez más “proletaria” a medida que el partido fue extendiéndose hasta convertirse en un partido de masas. En el momento en el que Hitler llegó al poder, un tercio de los miembros de su partido eran obreros. Si a esa cifra se añaden las de todos los demás empleados, artesanos y agricultores, más de la mitad de los miembros eran trabajadores y

empelados no profesionales sin capital, y sólo una minoría eran burócratas, miembros profesionales de la intelligentsia y elementos poseedores de capital. El sector más obrero del movimiento eran las Tropas de Asalto (SA); un estudio reciente ha demostrado que en esta fase de máxima expansión, de 1932 a 1934, la composición social de las SA era obrera por lo menos en sus dos tercios

51. En

comparación, las únicas estadísticas de las que disponemos acerca del PNF italiano en un período análogo (1921), pese a ser mucho menos completas y es de suponer menos exactas que las cifras nazis, indican una afiliación obrera mucho más baja (15,4%), pero una gran minoría de trabajadores del campo (24,3%). Naturalmente, estas estadísticas "The Mith of the Unemployed: Who Did Vote for the Nazis?", Australian Journal of Politics and History 15.2 (agosto de 1969), pág. 25-69. sobre el atractivo para el medio agrario del mito nacionalista, Klauss Bergmann, Agrarromahtik und Grosstadtfeindlichkeit (Meinseheim am Glam, 1970).

51

C.J.Fischer, "The Ocupational Background of the SA's Rank and File Membership during the Depresión Years, 1929 to mind-1934", en Meter D. Stachura, comp., The Shaping of the Nazi State (Londres, 1978), pág. 131-159.

39

reflejan la estructura mucho más rural y menos industrial de la sociedad italiana, lo cual a su vez hace que toda comparación exacta sea un tanto irrealista.

En todo caso, esa morfología hace que resulte un tanto dudosa la interpretación expuesta por Wolfgang Saber y otros de que el NSDAP representaba un movimiento de los "derrotados" en el proceso de modernización. Los empleados

de oficina, los burócratas estatales y los profesores son triunfadores, no derrotados, en las pautas de empleo del siglo XX. Puede calificarse de derrotados a los obreros industriales, tras la fase principal de la industrialización; pero en ese caso serían los partidos socialistas y los comunistas los que representarían a movimientos de "derrotados". Los derrotados más claros podrían haber sido los elementos del pequeño campesinado, pero su representación entre los miembros del NSDAP era solo proporcional a la que tenían en la sociedad alemana en su conjunto, aunque tenían una participación desproporcionadamente grande entre los votantes nazis. Los únicos sectores políticos que se basaban claramente en los estratos preindustriales y se dirigían a ellos eran los monárquicos y nacionalistas de la derecha radical, que se vieron totalmente derrotados por los nazis. La diferenciación por edades- la revuelta generacional de quienes llegaron a la mayoría de edad en la primera guerra mundial y poco después- parece explicar la

pertenencia del partido nazi tanto como cualquier otro factor aislado52.

Competidores del nacionalsocialismo en la derecha autoritaria El nacionalsocialismo fue evolucionando como la rama más radical de un movimiento patriótico multiforme que apareció en gran escala a raíz de la derrota alemana, después de 1918. Se han identificado más de 100 partidos, grupos y sociedades nacionalistas. Algunos de ellos tenían paralelismos con las aspiraciones nacional socialistas de los nazis, pero la mayor parte estaba claramente a su derecha.

Hubo un período de por lo menos diez años durante el cual algunos de ellos eran también mucho más fuertes y más numerosos.

El precursor más inmediato del nacionalismo autoritario

de derechas en Alemania apareció durante la primera guerra mundial, específicamente en el Partido de la Patria, organizado por el almirante von Tirpitz y Wolfgang Kapp en 1917-1918. Sus organizadores esperaban crear una asociación patriótica amplia en la que todas las clases se unieran tras un programa militarista e imperialista y bajo una dirección fuerte, al mismo tiempo que evitaban toda modificación de las relaciones internas de

clase53.Desapareció con la derrota de Alemania.

Los principales representantes paramilitares del movimiento patriótico fueron las

bandas de los Cuerpos Libres de 1919 y 192054, paralelas cronológica y quizá

espiritualmente de los excombatientes ardite que encabezaron las primeras squadre fascistas o de los aventureros de Fiume de D'Annunzio. La principal asociación alemana de excombatientes durante la República de Weimar fue el Stahlhelm, organización de masas más moderada que algunos de los nacionalistas más radicales, pero que sin embargo no era un simple grupo de presión de los excombatientes en el

52

Sobre este factor en el NSDAP y otros movimientos, véase el comentario de Meter Merkl, "Comparing Fascist Movements", en Stein U. Larsen y otros, comp., Who Were the Fascists? (de próxima publicación). En cuanto al apoyo de los jóvenes y de los estudiantes a los nazis, véase Meter D. Stachura, Nazi Youth in the Weimar Republic (Santa Bárbara, California, 1975); y Michael S. Steinberg, Sabers and Broun Shirts: The German Student's Path to National Socialism (Chicago, 1977).

53

G.E. Etue, Jr., "The German Fatherland Party" (tesis doctoral, Universidad de California en Berkeley,

1959).

54

R.G.L.Waite, Vanguard of Nazism (Cambridge, Massachusetts, 1954); y James M. Diehl, Paramilitary Politics in Weimar Germany (Bloomington, Indiana, 1978).

40

sentido convencional del término. De hecho, se trataba de una organización parapolítica que trabajaba en pro del derrocamiento de la República, que el Stalhelm deseaba ver

sustituida por un sistema nacionalista más autoritario55. Más derechista, y con un estilo

y un comportamiento menos ofensivo que los nazis, fue también- al menos durante

algún tiempo- el movimiento nacionalista autoritario alemán preferido por Mussolini56.

El principal grupo nacionalista de derechas era el Partido Nacionalista del Pueblo Alemán (DNVP), ramificación autoritaria radicalizada del antiguo Partido Conservador del Segundo Reich. El DNVP surgió en los primeros años de la postguerra como principal partido conservador de Alemania, con una gran clientela electoral en las primeras elecciones de la postguerra. Pero a medida que se fue estabilizando la República de Weimar, el DNVP fue perdiendo apoyo y se hallaba en proceso de reducción a una fuerza tradicional conservadora, socialmente algo arcaica, de aristócratas y agricultores de la Alemania oriental. Al principio asumió una actitud conservadora bastante moderada bajo la República de Weimar, aunque nunca aceptó del

todo el nuevo sistema democrático57; pero a partir de 1928

se radicalizó bajo la jefaturade Alfred Hugenburg, el magnate de la prensa58. A partir de aquel momento, el DNVP

fue desplazándose decididamente hacia una actitud autoritaria de derecha radical, cuyo objetivo era sustituir a la República por un sistema autoritario permanente, preferiblemente monárquico. Durante la crisis política alemana, el DNVP fue un aliado intermitente de los nazis, y de hecho ayudó a Hitler a llegar al poder, aunque esto lo resultó fatal incluso antes de 1933, pues el partido perdió muchos votos, que pasaron a

los nazis59.

Cabía hallar unas tendencias más moderadas hacia el nacionalismo autoritario en otros partidos importantes. Había elementos del Centro Católico (Brüning, Papen, etc) que se proponían sustituir la República por un sistema monárquico más autoritario, aunque fuera de la forma más suave y legal posible. De hecho, el partido liberal moderado más importante, el Partido del Pueblo Alemán de Stresemann (DVP) se deshizo prácticamente durante la Depresión. Una de sus primeras ramificaciones, el Partido de la Economía (Deutsche Wirtschaftspartei), formado en la década de 1920, aportó una línea corporativista y autoritaria. Lo mismo ocurrió con gran parte del Partido Demócrata, principal grupo liberal progresista de Alemania. Se vio sustituido en gran parte por el nuevo "Partido del Estado" (Deutsche Staapartei), que actuaban en pro de un estado autoritario moderno en cooperación con uno de los principales grupos nacionalistas juveniles (y por lo menos moderadamente autoritario), la Jungdeutscher

Orden 60 .

En 1931-1932 se hicieron algunas tentativas de crear una especie de partido nacionalista liberal de derecha, o por lo

menos sólo moderadamente autoritario, el Sammlungspartei, o partido de la unidad, a partir de los elementos más moderados del DNVP y de varios partidos más del centro-derecha y fracciones. Los representantes de

55

Volver R. Bregan, Der Stahlhelm (Düsseldorf, 1966).

56

K. P. Hoepke, Die deutsche Rechte und der italienische Faschismus (Düsseldorf,1968).

57

Hans Booms, Die Deutschekonservative Partie (Düsseldorf, 1954); Werner Liebe, Die Deutschenationale Volkspartie, 1918-1924 (Düsseldorf, 1956); Lewis Hertzman, DNVP, Right-Wing Opposition in the Weimar Republic, 1918-1924 (Lincoln, Nebraska, 1963).

58

John A. Leopold, Alfred Hugenburg (New Haven, 1978).

59

Attila Chanady, "The Disintegration of the German Nacional People's Party", JMH 39.1 (marzo de 1967), pág. 65-91; y F. Hiller v. Gärtrigen, "Die Deutschenationale Volkspartie", en E. Matthias y R.

Morsey, comps., Das Ende der Parteien: 1933 (Düsseldorf, 1960), pág. 543-652.

60

Véanse los estudios que figuran en el volumen de Matthias y Morsey; Kart D. Bracher, Die Auflösung der Weimarer Republik (Vilingen, 1964); y sobre el Partido de la Economía, M. Schumacher, Mittelstandsfront and Republik: Die Wirtschaftspartei, Reichspartei des deutschen Mittelstandes 19191933 (Düsseldorf,1972).

41

la gran empresa, como el "Círculo de Keppler", interesados en una alternativa nacionalista autoritaria, se sentían poco atraídos hacia el tipo de autoritarismo aristocrático reaccionario y agrario de derechas representado por Hugenburg. Preferían una alternativa con un contenido social y económico más moderno, y por último estaban dispuestos a tratar con los elementos más moderados socialmente, más orientados hacia la empresa, de los nazis, disposición que Hitler manipuló con habilidad.

Entre los nacionalistas autoritarios moderados también debe incluirse a los partidarios de la "revolución conservadora" en la vida cultural y social alemana. Los partidarios de la revolución conservadora nunca establecieron un movimiento político de ninguna importancia. Sus portavoces eran sobre todo escritores y teóricos, organizados en pequeños grupos y círculos culturales, que esperaban restablecer los valores tradicionales mediante unas relaciones orgánicas y corporativas que trascenderían la economía capitalista y el parlamentarismo liberal. Su orientación era bündisch (literalmente "fascista" en sentido verbal- aunque no políticamente-conexo, dado que el término se refiere a la agrupación en una asociación vital, orgánica) y rendían especial homenaje a la función de la jefatura. Pero los "revolucionarios conservadores", pese a sus anhelos de una sociedad radicalmente diferente, orgánica y corporativista, eran relativamente moderados en su relación con la política, y de hecho muchos eran apolíticos. Al revés que la derecha más radical y autoritaria, tendían a rechazar el militarismo (y hasta cierto punto el imperialismo), y eran comparativamente

suaves en su utilización de los mitos raciales61.

También existía una izquierda nacionalista autoritaria muy a la izquierda de los nazis más socializantes. Su principal expresión era el pequeño grupo Nacional Bolchevique, encabezado por Ernest Niekisch, que proponía la combinación del socialismo económico de estado con un intenso nacionalismo alemán y la tradición

cultural alemana62.

Totalmente fuera de la estructura regular de los partidos estaba el representante de un tipo especial de pretorianismo alemán, el general Kart von Schleicher, jefe de la Oficina Política del Ejército alemán y el general más activo (aunque

no exactamente el más representativo) de los que intervinieron en política en el último año de la República. Si Schleicher hubiera tenido éxito como jefe de Gobierno de Alemania a fines de 1932, probablemente habría encabezado una forma muy moderada, fundamentalmente antinazi, de autoritarismo nacionalista, que habría evitado la ruptura total con la constitución republicana y promovido una política económica reflacionista y reformista de tipo keynesiano o similar a la del New Deal con el fin de reanimar la

economía y de reconciliar a la sociedad alemana63.

La victoria del nacionalsocialismo

61

De los antecedentes de éstas y otras formas de pensamiento nacionalista alemán se trata en Gerorge L.

Mosse, The Crisis of German Ideology (Nueva York, 1964). En cuanto a los propios revolucionarios conservadores, véase lo que dice Mosse en su "The Corporate State and Conservative Revolution in Weimar Germany", en su Germans and Jews (Nueva York, 1970), pág. 116-143; James M. Rhodes"The Conservative Revolution in Germany" (tesis doctoral, Universidad de Notre Dame,1969); Armin Moler, Die konservative Revolution in Deutschland 1918-1922 (Stuttgart,1950); K. von Klemperer, Germany`s New Conservatism (Princeton, 1957); Herman Lebovics, Social Conservatism and the Middle Classes in Germany, 1914-1933 (Princeton, 1969); y Kurt Sontheimer, Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik: Die politischen ideen des deutscher Nationalismus zwischen 1918 und 1933 (Munich, 1962).

62

Louis Dipeux, Stratégie communiste et dynamique conservatrice: Essai sur les differents sens de lêxpression

National-Bolchévisme en Allemagne, 1919-1933 (París, 1976); y O.-E. Sshüddekopf, Linke leute von Rechts (Stuttgart, 1960).

63

Thilo Volgesang, Reichswehr, Staat und NSDAP (Munich, 1962).

42

El triunfo del nacionalsocialismo sobre las demás fuerzas políticas alemanas en 1933 tuvo tal importancia para Alemania y para el resto del mundo, y en algunos aspectos fue tan sorprendente para un país del nivel cultural y el desarrollo general de Alemania, que ha sido objeto de todo género de interpretaciones y explicaciones. Cabe resumir algunas de las más comunes bajo los epígrafes de la teoría del accidente, la teoría de la gente, y la teoría de la movilización de masas del nacionalismo frustrado.

La teoría del accidente se centra en especial en la forma en que Hitler se convirtió en canciller, y hace hincapié en el aspecto de “maniobra furtiva” de su entrada en el gobierno. Aunque el gobierno inicial de Hitler fue el producto de una intriga política, la teoría del accidente no explica exactamente por qué estaban las figuras clave de la política alemana dispuestas a aceptar a Hitler, ni por qué se había producido un viraje tan general hacia el autoritarismo entre tantos grupos de centro-derecha.

La teoría del agente es sobre todo de inspiración marxista, pero no demuestra específicamente de quién era en concreto agente Hitler ni en qué condiciones exactas.

Además, tampoco por qué hacía falta un agente tan dinámico y tan decidido como Hitler en lugar de figuras más moderadas y controlables, como las que le habían precedido.

No existe un factor único ni una interpretación sencilla que pueda explicar algo tan complejo y preñado de consecuencias

como el proceso que llevó a Hitler al poder; pero la teoría de la movilización de masas del nacionalismo frustrado ofrece una comprensión más amplia que cualquiera de las dos antes citadas. Aunque Alemania era una nación industrial avanzada, su posición en el mundo moderno, en comparación con los otros estados industriales importantes, era sumamente anómala. Alemania era la más nueva de las grandes potencias industriales, y con mucho la que tenía menos peso internacional. Ningún otro país comparable, incluso remotamente, en tamaño, productividad y logros con Alemania carecía de un imperio, y mucho menos de un peso igual en los asuntos internacionales. A la humillación de 1918 siguió una concatenación notable de crisis nacionales sin paralelismo en ningún otro país. A la crisis revolucionaria de postguerra de 1919-1920 le siguió la invasión francesa, la gran inflación y las pequeñas insurrecciones revolucionarias de 1923, seguidas a su vez por la Gran Depresión. Además, era fácil interpretar todas esas crisis como algo que habían impuesto a Alemania las presiones diplomáticas, militares y económicas extranjeras (acompañadas de los intentos de subversión interna inspirados por Rusia). El grado de privación de peso internacional y de desorientación nacional carecía de precedentes en un país del nivel de Alemania.

Si bien Alemania tenía una economía y una tecnología avanzadas, y un excelente sistema de enseñanza, no se podía decir lo mismo de su cultura política. La democracia parlamentaria responsable no llegó hasta 1919 como producto de la derrota y la humillación, y en el decenio de 1920 no se llegó a completar su aceptación psicológica ni en el comportamiento. Además, la cultura alemana había quedado afectada más profundamente por la crisis cultural e intelectual de 1890-1914 que la de ningún otro país, y la disposición a buscar soluciones racistas, autoritarias y nacionalistas

extrema era, sin lugar a dudas, mayor que en ningún país avanzado.

Hitler había organizado la mayor fuerza política de Alemania, y conforme a las reglas del juego democrático, tenía derecho a formar gobierno. Con una izquierda dividida entre socialistas democráticos y comunistas estalinistas, y con un centroderecha totalmente fragmentado, no parecía posible ninguna otra alternativa. En cierto sentido, el nacionalsocialismo se había convertido en el único partido nacional que obtenía apoyo de una gran variedad de clases sociales y regiones geográficas.

Además, debe recordarse que Hitler no se presentó a las elecciones con un programa que incluyera iniciar la segunda guerra mundial en 1939 o llevar a los judíos a

43

los hornos crematorios. En las campañas electorales de masas de 1930-1932, se suavizaron las formas más estridentes y extremas del antisemitismo, y pese a OEIN Kampf, se logró que los objetivos internacionales de Hitler aparecieran más tranquilizadores. Un lema frecuente en 1932 era que “el nacionalsocialismo significa la paz”, porque un gobierno nazi fuerte, decidido y unido, era el único que podía defender y restaurar los intereses alemanes sin meterse en otra guerra desastrosa.

Las circunstancias de crisis social y económica en la depresión alemana no bastan para explicar la llegada de Hitler al poder, pues otros países padecieron casi lo mismo y no sucumbieron a dictaduras radicales. Más bien, las consecuencias sociales y económicas de la depresión, en un país con las peculiares circunstancias históricas y culturales de Alemania, hicieron que fuera posible el nacionalsocialismo.

También intervinieron el momento y la suerte, y en ese

sentido no se puede desechar totalmente la teoría del accidente. No era posible sostener un movimiento de tantas tensiones y tantas contradicciones demagógicas como el nacionalsocialismo durante un período prolongado de tiempo. El número de votos nazis ya iba bajando mucho a fines de 1932. Si la calidad general de los otros dirigentes alemanes no hubiera sido tan baja, es muy posible que se hubiera podido resistir a Hitler durante un año más.

Había indicios de que a fines de 1933 la marea nacionalsocialista podría haber descendido decisivamente. 3 Los regímenes de Mussolini y de Hitler El régimen de Mussolini Fases

44

Uno de los grandes obstáculos a toda definición del fascismo italiano es el problema de distinguir entre las diferentes fases, tanto del movimiento como del régimen. Las prioridades y la orientación variaron mucho de una fase a la siguiente, y resultas difícil establecer generalizaciones válidas. En la primera fase desde la Marcha sobre Roma hasta principios de 1925, el régimen fue una continuación en gran parte constitucional de los gobiernos de coalición. La segunda fase fue la de construcción de la dictadura, desde 1925 hasta 1929. a esto siguieron tres años de una falta de activismo y un consenso relativos, desde 1929 a 1932. Vino después un período de política exterior activa y continuación del consenso en el interior, de 1933 a 1936. Siguieron los años de la autarquía y la seminazificación (1936-1940), a los que sucedieron la guerra (1940-1943), y por último el régimen títere de Saló (1943-1945).

Aunque la segunda fase aportó la construcción del primer nuevo sistema autoritario duradero institucionalizado y semipluralista de Europa desde la época de Luis Napoleón,

todas y cada una de las tres primeras fases implicaron un proceso de control y purga del propio movimiento fascista para lograr un sistema nuevo y semipluralista. Una refascistización en gran medida ficticia se produjo algo tarde, cada vez más bajo la influencia del nacionalsocialismo. Cuando por fin Mussolini fue derrocado por una combinación de fascistas moderados y de la derecha no fascista, su último gobierno intentó un regreso formal al radicalismo nacional sindicalista, pero no logró sobrevivir más que como títere de Alemania.

Estructura Aunque el Partido Fascista logró exponer determinadas doctrinas e ideas sobre el nacional sindicalismo que podrían formar la base de un sistema político alternativo, no tenía una teoría política clara de un nuevo estado, y Mussolini asumió el puesto de Primer Ministro sin ningún plan específico de un sistema nuevo, dictatorial o no. Al expresar las diferencias, Giuseppe Bottai decía: “Los fascismos (en su diversidad pluralista) marcharon sobre Roma…(pero ahora) en Roma tenemos que fundar un

fascismo (unificado)“64. Aunque Mussolini empezó inmediatamente a apretarles las

clavijas a los sectores más extremistas de la izquierda nacionalista (los annunzistas) y de la izquierda internacionalista (los comunistas), uno de sus principales problemas era cómo hacer frente y coordinar al propio Partido Fascista. Rápidamente se instituyó un Gran Consejo como órgano rector del partido bajo el control de Mussolini (diciembre de 1922), y después este último actuó para reafirmar la supremacía de los prefectos estatales sobre los jefes del partido en los distritos (enero de 1923) y transformó a los squadristi en una milicia estatal oficial, la MVSN (enero de 1923), sometida en parte al control de los militares de

carrera. Por último, los nacionalistas de derecha realizaron la plena fusión con los fascistas (febrero de 1923), lo que dio un tono más derechista, aunque no necesariamente conservador, al movimiento.

Mussolini no tuvo la oportunidad de dominar completamente la situación política hasta las elecciones de abril de 1924, en las que la coalición fascista obtuvo el 70%, aproximadamente, de los escaños. El asesinato, dos meses después, del diputado socialista Matteotti por los squadristi (tras el asesinato de un dirigente fascista de segunda fila en Roma por activistas de la oposición) inspiró una nueva decisión a la oposición y puso a Mussolini en una encrucijada, donde se enfrentaba con la alternativa de idear un sistema claramente autoritario institucionalizado con carácter permanente, o renunciar al poder.

64

Lyttelton, Seizure of Power, pág. 151.

45

La elaboración de la primera opción no fue algo tan sencillo ni era tan inevitable como ha parecido a veces a comentaristas ulteriores. Antes del decenio de 1920, la teoría política moderna no tenía una doctrina precisa del gobierno autoritario permanente, pues las únicas teorías existentes eran interpretaciones a corto plazo de una dictadura de corte "cincinnatesco" (gobierno temporal de urgencia por decreto), y la vaga "dictadura del proletariado," de transición y mal definida, como versión marxista de la doctrina de Cincinnatus. Los teóricos de derechas que aspiraban a un sistema más elitista o autoritario antes de la década de 1920 solían buscar algún puntal institucional tradicional, como la monarquía. En esa década se hicieron varias tentativas de establecer regímenes nacionalistas más autoritarios en el este

y el sur de Europa, pero tuvieron grandes dificultades para sostenerse, debido en parte a la falta de una teoría o una estrategia nueva y clara para institucionalizar una estructura autoritaria permanente. Las tres primeras tentativas de algún tipo de dictadura de los otros países de Europa meridional (Pimienta de Castro en Portugal, 1915; Primo de Rivera en España, 19231930; Panéalos en Grecia, 1926) fracasaron totalmente. El régimen kemalista logró sobrevivir en Turquía, pero como primera "democracia guiada" del Tercer Mundo, de labios para afuera siguió rindiendo homenaje a la teoría y la estructura del liberalismo parlamentario, aunque funcionaba más bien como una versión más unificada y con más éxito del Kuomintang chino.

El propio Partido Fascista estaba profundamente dividido en torno a la doctrina y la táctica, pues la única verdadera unidad se derivaba de la jefatura de facto del propio Duce. La actitud teórica más coherente era la de los nacional sindicalistas (Panunzio, Olivetti, Grandi, Rossoni), que poseían, ellos sí, una nueva doctrina de organización social y económica que también podía ampliarse a una forma nueva de organización política orgánica. Estaban los moderados y los "revisionistas", encabezados por Giuseppe Bottai y Máximo Rocca, que de diversas formas querían adaptar el fascismo al sistema constitucional vigente en Italia, como fuerza elitista y tutelar nueva. Estaban los squadristi radicales, encabezados por Roberto Farinacci y sus afines, que no se expresaban con claridad acerca del nacional sindicalismo y de las propuestas estructurales complejas, y aspiraban sencillamente a imponer una dictadura monopartidista basada en la fuerza y el elitismo, una "revolución vacía", bastante parecida al sistema sudamericano del hombre fuerte. Además, había elementos de la nueva derecha fascista, encabezados por ex nacionalistas como Rocco y Mario Carli,

que deseaban establecer un sistema autoritario corporativista de gobierno y de regulación económica bajo la monarquía, a fin de crear un estado nuevo y fuerte que

pudiera dar expansión a una Italia imperial65.dentro de esas agrupaciones generales de

opinión y entre ellas aparecían muchas variantes individuales.

De estas actitudes, las únicas orientaciones que contenían los gérmenes de un sistema institucional nuevo y viable eran las de los nacional sindicalistas (ex izquierdistas) y los ex corporativistas nacionalistas de derechas de Rocco. Lo que hizo Mussolini a partir de 1925 fue elaborar un nuevo sistema autoritario y corporativista ad hoc, basado en una fusión inestable de las ideas de todos ellos, junto con una aplicación controlada de la ambición monopartidista de las radicales fascistas.

Se transformó al Parlamento y se convirtió al gobierno de Italia en un sistema de partido único, pero al mismo tiempo se llevó a cabo una purga y una transformación cuidadosa del partido en sí. Se colocó al PNF bajo el control burocrático del estado, y no a la inversa, y a principios de 1927 se habían reducido los efectivos del partido en casi un 25% (hasta dejarlo en 600.000 miembros), aunque al final de ese año se volvió a

65

Véase especialmente Gentile, pág. 243-415: la mejor biografía de un gerarca fascista es la de G. B.

Guerri, Giuseppe Bottai, un fascista crítico (Milán,1976).

46

permitir una vez más la ampliación de unas listas en su mayor parte burocratizadas. Para entonces, el nuevo Partido

Fascista, burocrático y de masas, estaba integrado sobre todo y por gente de la clase media baja y la clase media (el 75% aproximadamente), cada vez más empleados del estado, mientras que la proporción de trabajadores y campesinos había descendido al 15% aproximadamente. Se había eliminado a más de 200.000 de los más radicales, más idealistas y más brutales, y el partido se había convertido en un instrumento burocrático al servicio del estado.

Las figuras más importantes en la transformación institucional no fueron tanto los fascistas iniciales como los dirigentes nacionalistas, como Rocco (ministro de Justicia) y Luigi Federzoni (ministro del Interior). En 1926 se inició la formación de un sistema nacional sindicalista integrado por 13 sindicatos generales para regular y representar todas las grandes esferas de la actividad económica nacional, en los cuales los trabajadores y los patronos estarían representados orgánicamente en diferentes ramas de agrupaciones de sindicatos nacionales generales. Poco después se creó un ministerio de Corporaciones y más tarde, en 1934, se sustituyó a los 13 sindicatos nacionales por 22 corporaciones.

Edmundo Rossoni, dirigente de los sindicatos obreros fascistas, trató de mantener una asociación nacional de trabajadores fascistas bajo el sistema nacional sindicalista, pero pronto se vio atacado por los rivales del partido, la derecha fascista y los intereses empresariales. A fines de 1928 se produjo el sbloccamento (desbloqueo) de los sindicatos obreros fascistas, que en adelante quedaron restringidos al nivel local y regional, mientras se permitía a la confederación nacional de industriales (Confindustria) mantener su estructura central junto al sistema estatal sindical/corporativista. Aunque la interpretación corriente de que el corporativismo fascista era un sistema capitalista puro y simple es exagerada, no parece caber mucha duda de que,

sobre todo en los primeros años, el sistema nacional sindicalista/corporativista actuó más bien en beneficio del capital que del trabajo.

En 1928 se convirtió al Gran Consejo Fascista en el órgano deliberante más elevado del Gobierno, con facultades para aprobar todas las leyes importantes y los cambios constitucionales. En 1928, al expirar el primer congreso controlado por Mussolini, se hizo que las elecciones al Parlamento fueran indirectas y corporativas mediante un proceso controlado por el estado y el partido. Diez años después, se sustituyó el Parlamento corporativo por una nueva Cámara de Fasces y Corporaciones

que formalizó la estructura corporativista de representación nominal66.

El estado totalitario En 1925, Mussolini y Giovanni Gentile, que era el filósofo académico más destacado de Italia y un importante teórico abstracto del fascismo, empezaron a utilizar el término de totalitario para aludir a la estructura y los objetivos del nuevo estado.

Como éste aspiraba a la unidad orgánica de la sociedad italiana, la actividad económica y el gobierno, debía lograr la representación total de la nación, pero también ejercería la orientación total de los objetivos nacionales. Así nació, de forma un tanto vaga, el concepto original del "totalitarismo".

La paradoja de todo esto es que los analistas serios del gobierno totalitario reconocen hoy día que la Italia fascista nunca llegó a ser totalitaria. En la década siguiente al establecimiento del sistema de Mussolini, la dictadura leninista en la Unión

66

La obra básica sobre la evolución del sistema es la de Alberto Acquarone, L'organizzazione dello statu totalitario

(Turín, 1965). Véase también Alberto Acquarone y M. Breñaza, comps., Il regime fascista (Bolonia, 1974).

47

Soviética se vio transformada implacablemente por Stalin en un sistema completo de socialismo de estado con un control dictatorial de facto casi total de la economía y de todas las instituciones oficiales. Unos años después, la dinámica ambición de poder del régimen de Hitler en Alemania, con su eficacia policíaca, su poderío militarista, su sistema de campos de concentración y, con el tiempo, sus políticas de exterminio en los territorios conquistados, pareció crear un equivalente nacionalsocialista no comunista del sistema estalinista de control. Estos dos han aportado los modelos dominantes de lo que los analistas políticos, especialmente entre 1940 y 1960, tendían a calificar como totalitarismo. La Italia de Mussolini se parecía muy poco a ninguno de los dos.

Es importante comprender, en primer lugar, lo que se implicaba verdaderamente con el vago concepto del estado totalitario utilizado por MUssolini, Gentile y Rocco.

Esta terminología se derivaba en parte de la teoría del "Estado ético" elaborada por Gentile, y también por el ideólogo nacional sindicalista Panunzio. La teoría planteaba un estado tutor con más autoridad que el antiguo régimen liberal para desarrollar los recursos de todo el pueblo y realizar las aspiraciones más elevadas ("éticas") de la nación, ambición derivada de Rousseau que se ha venido haciendo cada vez más frecuente en el siglo XX. Pero aunque la formulación de Mussolini, más tosca, indicaba que no se trataba de crear nada que sobrepasara el ámbito de un superestado que, en un sentido u otro (nunca definido con exactitud), sería omnicomprensivo, nunca se hizo la más

ligera propuesta, ni que sepamos hubo la más mínima intención, de establecer un sistema policíaco total que tuviera el control directo sobre las instituciones. Ninguno de estos teóricos propuso el pleno control estatal de todas las instituciones italianas en la práctica. Rocco, como ministro de Justicia, sí que habló de la autoridad suprema del nuevo estado sobre otras instituciones, pero parecía aludir sobre todo a esferas conflictivas, y no a una estructura burocrática práctica para aplicar la intervención gubernamental a todas las vías de la vida italiana a escala cotidiana. En la práctica, el "totalitarismo" del Partido Fascista se refería a la autoridad preeminente del estado en las esferas conflictivas, y no a un control institucional total y cotidiano, y en la mayoría de los casos ni siquiera a algo aproximado a eso. Sin embargo, aunque no cabe mucha duda de que éste era el carácter verdadero del estado mussoliniano, también es cierto que la teoría "totalitaria" del estado preeminente y sus exigencias "éticas" brindaban efectivamente un concepto de un poder estatal más general y que podía ampliarse enormemente en la práctica. Siempre persistió la posibilidad hipotética- que preocupaba por igual a los izquierdistas y los conservadores- de que la dictadura de Mussolini pudiera, con el tiempo, hacerse más radical y más expansiva.

En la práctica, cabría calificarla de dictadura primordialmente política que dominaba un sistema institucional pluralista o semipluralista. Victor Manuel III, y no el Duce, siguió siendo el jefe constitucional del estado. El mismo PNF se había convertido casi concretamente en una burocracia, sometida al propio estado. Aunque los intereses de los trabajadores estaban eficazmente regimentados, la gran empresa, la industria y las finanzas, mantuvieron una gran autonomía, sobre todo en los primeros años. Las fuerzas armadas gozaron de una autonomía por lo menos igual, y en

gran parte, aunque no del todo, se las dejó que hicieran lo que quisieran. Se situó a la milicia del Partido Fascista bajo el control general del ejército, aunque a su vez gozó de una existencia

semiautónoma cuando pasó a ser parte de las instituciones militares regulares67. El

sistema judicial premussoliniano quedó en gran parte intacto, y además con una autonomía parcial. La policía siguió estando dirigida por funcionarios del estado, y no se hicieron con ella los jefes del partido, como en la Alemania nazi, ni se creó una

67

Véase Alberto Acquarone, La milicia voluntaria nello statu fascista", y Giorgio Rochat, "Mussolini e le forze armate", ambos en Il regime fascista, pág. 85-132.

48

importante élite policíaca, como ocurrió en Alemania y en la Rusia Soviética. Aunque en 1932, se formó una nueva policía política (la OVRA), en la Italia de Mussolini los presos políticos se contaban por centenares-nunca llegaron a ser más de unos miles-, y no por decenas ni centenares de miles, como en la Alemania nazi, o por millones, como en la Rusia de Stalin. El Tratado de Letrán de 1929 estableció un modus vivendi con la

Iglesia Católica que siguió vigente68 pese a los conflictos entre la iglesia y el estado de

los primeros del decenio de 1930. Nunca se trató de imponer a la iglesia la sumisión total al régimen, como en Alemania, ni mucho menos el control casi total que ha solido darse en Rusia. Sectores considerables de la vida cultural italiana mantuvieron una autonomía bastante extensa, y no existió un gran ministerio de propaganda y cultura,

hasta que en 1936 se imitó con retraso el ejemplo alemán69. Dentro de lo que han sido

las dictaduras del siglo XX, el régimen de Mussolini no fue sanguinario ni particularmente represivo.

El fascismo llegó al poder en virtud de una especia de transacción tácita con las instituciones establecidas, y Mussolini nunca llegó a escapar del todo a las limitaciones de aquella transacción. El "totalitarismo" se quedó en una vaga amenaza posible para el futuro, pero a lo largo de todo el régimen fascista fue una mera palabra. El régimen estaba poco integrado y era tan asistemático que Norman Bogan ha llegado a dudar que

jamás existiera algo a lo que se pudiera calificar de Estado Fascista70.

Sin embargo, el régimen de Mussolini logró alcanzar importancia histórica a cierto nivel, porque fue el primer régimen autoritario efectivamente institucionalizado no marxista que alcanzó suficiente coherencia estructural, cualesquiera fuesen sus limitaciones, para durar toda una generación a algo más. Cayó derrotado, pero al revés que los gobiernos de Primo de Rivera y de Panéalos, no cayó por su propio peso. Así, en la década de 1930, se había convertido en una especie de modelo o ejemplo de un nuevo tipo de dictadura sincrética, semipluralista, basada al menos teóricamente en un partido estatal único, el primero de más de una veintena de regímenes de ese tipo que se establecieron sobre una base segura.

El "Fascismo universal"

Para el momento en que llegó la Depresión, el régimen estaba firmemente establecido y hasta cierto punto había logrado incluso codificar una ideología

fascista formal en varias publicaciones oficiales de fines de

la década de 192071. Pero

persistía un malestar subyacente, y sobre todo los fascistas jóvenes lamentaban las limitaciones de la “revolución fascista” y el que no se hubiera logrado una nueva cultura fascista. Estas quejas persistentes se debían al contraste entre las doctrinas oficiales de vitalismo, jefatura de la élite y corporativismo orgánico oficial y a la no realización por el régimen de una transformación a fondo de la vida italiana ni de nada parecido a una revolución total de las instituciones.

El dilema era igual de grave para el propio Mussolini, dado que éste carecía tanto de una política clara como de la autoconfianza política necesaria para hacer nada parecido a una “revolución fascista”. El debilitamiento del partido en Italia fue

68

Véase Ricard A. Webster, The Cross and the Fasces (Standford, 1970); Sandro Rogari, Santa Sede e Fascismo (Bolonia,1977); y Pietro Scopolla, “La Chiesa e il fascismo durante il pontificato di Pio XI”, en Il regime fascista, pág. 195-232.

69

Véase Philip V. Cannistraro, “Mussolini’s Cultural Revolution”, JCH 7.3-4 (julio-octubre de 1972), pág. 115-140; y La fabbrica del consenso: Fascismo e mass media (Bari, 1975).

70

Norman Bogan, “Fascism as a Political System”, en S. J. Woolf, comp., The Nature of Fascism (Londres, 1968), pág. 11-18.

71

Gregor, The Ideology of Fascism, pág. 140-240.

consecuencia directa de su propia política. Entre 1929 y 1933, Mussolini cesó a la mayor parte de sus ministros más capaces y a algunos de los mejores administradores del Partido Fascista, como Augusto Turati, honrado y eficaz (cesado en 1931), que según reconoció el propio Mussolini era el secretario más eficaz que jamás tuvo el partido. “La evolución del régimen en 1929-1933 demostró la determinación de

Mussolini de no permitir que cristalizase una élite gobernante estable”72. Para 1932, el

partido había llegado a 1.000.000 de miembros, y cuando un reglamento ulterior hizo miembros automáticamente a la mayor parte de los funcionarios y los profesores, en 1939 llegó a 2.600.000. Así, los desgarramientos y la burocratización masiva del Partido Fascista avanzaron pari passu, de forma que cuanto más crecía el partido, menos era una élite rectora. Esto aclaró que los propios fascistas nunca harían una revolución, y Mussolini casi se resignó al hecho de que, en el mejor de los casos, no podría aparecer una sociedad fascista hasta una generación después, más o menos, cuando las escuelas públicas hubieran formado una nueva generación de la juventud italiana. Pero como los servicios de propaganda del PNF siguieron siendo como mucho medianos, y el adoctrinamiento en las escuelas no era en absoluto total, el plazo prometía ser verdaderamente largo.

En estas circunstancias, tanto el Duce como algunos de los líderes jóvenes del partido fueron interesándose cada vez más, en los años de la Depresión, por la expansión del fascismo en Italia, pero todavía más en el extranjero, como parte de una pauta general europea de rejuvenecimiento nacional en el cual Italia habría sentado el primer ejemplo. Esas aspiraciones

no eran nuevas, y ya las habían expresado varios dirigentes y publicistas del partido a fines de la década de 1920, pero crecieron con una nueva urgencia a partir de 1930.

Quizá sea un error dar a la tentativa de extender una influencia política específicamente fascista por el extranjero una fecha determinada, pues Mussolini siempre tuvo la tendencia a apoyar de vez en cuando a movimientos útiles o paralelos a fuerzas de otros países. Pero a partir de 1930, aproximadamente, se hizo un esfuerzo más directo por promover lo que él consideraba como fascismos extranjeros, que culminó en las iniciativas de cultivar el "fascismo universal" en 1933-1935, y que nunca desapareció del todo hasta el final del régimen.

La tentativa de lograr un fascismo universal, una especie de internacional fascista, fue parte de la expansión general de la política exterior italiana que comenzó en 1935. Se suele explicar esto por la necesidad de Mussolini de reaccionar a los problemas económicos de la Depresión. De hecho, la Depresión no era peor en 19331934 que en los años anteriores, ni era más grave en Italia que en otros países de estructura aproximadamente igual. Ya se había iniciado una recuperación parcial antes de la movilización para la campaña de Etiopía, y nunca se adoptó un programa importante de rearme.

Es más probable que la política activista se viera impulsada por otros dos incentivos diferentes. Uno fue el estancamiento de la revolución fascista en Italia en sentido político y cultural, lo cual producía inquietud entre los militantes fascistas jóvenes, y el convencimiento por parte de Mussolini de que lo único que contaba eran las grandes políticas nacionales que aplicaba él mismo. Casi parecía como si cuanto más disminuía la confianza de Musssolini en el

fascismo interno, más aumentaba su sentido inflado de poder personal y de estimación de sí mismo. Al carecer de instrumentos para realizar una nueva transformación en Italia, buscó poder y prestigio en el exterior, de forma no muy distinta a los regímenes comunistas en la década de 1970. Por eso parece

72

Lyttelton, Se yzure of Power, pág. 430.

50

que, efectivamente, Musssolini se vio impulsado hacia el exterior por factores internos, pero probablemente eran más políticos que económicos.

El segundo factor nuevo, que fue por lo menos igual de decisivo, fue la perturbación del equilibrio del poder en Europa por la aparición del régimen de Hitler en Alemania. Por primera vez desde la Marcha sobre Roma, se abría nuevo espacio para una política italiana más completamente independiente y activa.

Pese al aplauso inicial de Mussolini a la victoria del "fascismo alemán", llegó a advertirse que el régimen nacional socialista era un nuevo rival, peligroso y quizá fatal, para la política de la Europa nacionalista/imperialista. En los primeros años del gobierno de Hitler, las relaciones se enfriaron considerablemente, y a mediados de 1934, con el asesinato por los nazis del Primer Ministro de Austria y la aparente amenaza de expansión alemana hacia el sur, se llegó a un punto de gran tensión y de intercambio de insultos. Parece que los fascistas pasaron al ataque con especial frecuencia y vigor. Se formularon denuncias diversas y simultáneas del Nacionalsocialismo por racista, militarista, imperialista, pagano, implacablemente autoritario, anticristiano, antieuropeo y opuesto al espíritu individual y a

la cultura occidental. Entre los epítetos utilizados por los liberales occidentales contra los nazis, hubo pocos que no les aplicaran también los fascistas, quienes acuñaron, además, insultos especiales propios, pues por ejemplo denunciaron a los nazis como "movimiento político de pederastas". Por el contrario, los fascistas distinguían su sistema y su doctrina de los planteamientos de los nazis al señalar su carencia de racismo y de antisemitismo, su (supuesta) reconciliación de lo individual y lo colectivo,

su relación intima con la cultura europea, y su simbiosis con el catolicismo73.

La tentativa de crear una internacional fascista naufragó debido a algunas de esas mismas diferencias. A fines de la década de 1920, algunos autores fascistas habían señalado que una internacional de cooperación entre movimientos nacionalistas radicales como el suyo era una contradicción esencial en los términos. Y así fue. A los fascistas encargados de las relaciones con los partidos fraternos les resultaba muy difícil definir adecuadamente el contenido de lo fascista, y la principal tentativa de formar una internacional fascista en 1934 naufragó en gran medida ante los escollos del racismo y

el antisemitismo74.

Autarquía y Modernización En los últimos años se ha suscitado un debate considerable, especialmente por parte de A. J. Gregor, acerca de la política económica del régimen de Mussolini y la tasa

o grado de modernización económica en Italia durante el período fascista75. Esto guarda

73

D.Mack Smith ha reunido algunas de las mejores invectivas antinazis en Mussolini's Roman Empire (Nueva York, 1977), pág. 44-58. véase también las observaciones de Mussolini,

citadas por quien aspiraba a ser su contrapartida austríaca, en E.R. von Starhemberg, Between Hitler and Mussolini (Londres, 1942), pág. 164-168.

74

En abril de 1935, en la última reunión de la que se redactaron actas de la comisión cradora por la conferencia de Montreux, la declaración oficial rechazaba “toda concepción materialista que exalte la dominación exclusiva de una raza sobre otras”. Ledeen, Universal Fascism, pág. 123-124.

75

A. James Gregor, “Fascism and Modernization: Some Advenda”, World Politics 26.3 (abril de 1974), pa´g. 370-385; su obra The Fascist Persuasion in Radical Politics (Princeton, 1974), y su libro de próxima aparición sobre la política fascista. Este enfoque lo sugirió hasta cierto punto Franz Borkenau en 1933, y lo ha utlizado experimentalmente en una obra más reciente el historiador comunista húngaro Mihail Vadja. Lo han propuesto estudiosos italianos en Mario Abrate y otros, Il problema storico del fascismo (Florencia, 1970); y Ludovico Garruccio (seudónimo), L’industrializzazione tra nazionalisamo e rivoluzione (Bolonia, 1969). Han señalado los objetivos productivistas y modernizadores del fascismo inicial Roland Sarti, “Fascit Modernization in Italy: Traditional or Revolucionary?”, AHR 75.4 (abril de

51

relación con la cuestión de la “dominación capitalista”, tan cara a los comentaristas marxistas, en contraposición al control estatal o el colectivismo fascista.

La transacción derechista aceptada por Mussolini y el PNF oficial es un hecho perfectamente obvio que no requiere más elucidación. Lo que hay que tener presente es que fue una transacción, no una capitulación total y permanente. Aunque

el régimen aceptó en gran medida el programa corporativista y capitalista de derecha de la ANI en la década de 1920 y a comienzos de la de 1930, nunca se rechazaron del todo los proyectos nacionalsindicalistas de semicolectivismo y de remodelación de la estructura de clases en Italia76. Los fascistas radicales consideraban que el fenómeno de la inversión privada, que dominó la política italiana en la década de 1920, no era más que una fase transitoria.

En 1935, con el comienzo de la guerra de Etiopía y la transición a una política más controlada por el Estado y más autárquica, Mussolini hizo hincapié en una mayor intervención del Estado. En una declaración oficial sobre la doctrina fascista, realizada tres años antes, había anunciado: “Nos halamos en el siglo de lo colectivo, y por lo tanto en el siglo del Estado”77. En 1936 atemorizó pasajeramente a los industriales italianos al anunciar que el régimen estaba a punto de empezar una nacionalización parcial de la industria.

De hecho, el régimen de Mussolini jamás generó un único programa económico completo e integrado, sino que iba de una política a otra distinta.

Nunca apareció el Estado Corporativo como órgano rector ni de planificación.

La inversión directa del Estado en la industria se inició como medida de urgencia con la Depresión en 1933, al introducirse el IRI (Instituto de Reconstrucción Industrial). En 1940, el IRI poseía el 17,8% de los activos de capital de la industria italiana78, con lo que Italia tenía la segunda participación estatal en la

industria del mundo; pero esto no formaba parte de un plan coherente y organizado de colectivismo per se. A partir de 1935, la intervención estatal en la economía fue en constante aumento y en 1937 comprendía un gravamen del 10% sobre los activos de capital de las empresas, aplicado con lenidad y en general variable según los casos. Nunca se aplicaron directamente los

planes colectivistas de los nacional sindicalistas revolucionarios79.

Si pasamos al funcionamiento real de la economía italiana, los resultados son un tanto mixtos, aunque no desfavorables para el período mussoliniano. Conforme a las

estadísticas mundiales compiladas por Angus Maddison80, Gregor observa que si se

utiliza el nivel de 1913 como norma, en Italia la producción económica agregada en 1938 había llegado al 153‘8 frente a un 109‘4 en Francia y un 149`9 en Alemania. El índice agregado de producto por trabajador en 1938, en comparación con la misma base en 1913, era de 145`2 en Italia, 136`5 en Francia, 122`4 en Alemania, 143‘6 en Gran Bretaña y 136 en los Estados Unidos. Análogamente, el índice de producto por hora/hombre en 1938 era de 191‘1 en Italia, 178`5 en Francia, 137`1 en Alemania, y 1970), pág. 1029-1045; y Edward R. Tannenbaum, "The Goals of Italian Fascism", AHR 74.4 (abril de 1969), pág. 1182-1204. La relativa autonomía de la política económica de Mussolini se reconoce en diversos grados en Piero Melograni, Gli industriali e Mussolini (milán, 1972), y Salvatore La Francesca, La política económica del fascismo (Bari, 1972).

76

Véase Roberts, The Syndicalist Tradition, pág. 274-306.

77

En el artículo “Fascismo: Doctrina”, firmado por Mussolini en la edición de 1932 de la Enciclopedia Italiana.

78

Sarti, Fascism and the Industrial Leadership, pág. 123.

79

Se ha prestado alguna atención a la oratoria sobre “corporativismo social” de Ugo Spirito y de los jóvenes radicales fascistas del decenio de 1930; pero tuvieron escasa influencia en la política, y sugerían una alternativa menos pronunciada de lo que se supone a veces. Cf. Silvio Lanaro, “Appunti sul fascismo`di `sinistra”, en Acquarone y Breñaza, comps., Il regime fascista, pág. 413-434.

80

Angus Maddison, Economic Grouth in the West (Nueva York, 1964), appendices A, E, H, I.

52

167`9 en Gran Bretaña. Aunque la tasa media del 1‘7% de crecimiento industrial al año en Italia durante los años de la Depresión era inferior a la de Alemania, y considerablemente inferior a la de Suecia, era sólo ligeramente inferior a la norma de

Europa occidental, y muy superior a la cifra de-2‘8 de la Francia democrática liberal81.

En estos aspectos, el funcionamiento general fue digno, y de hecho el valor de la producción industrial bajo Mussolini fue superior al de la agricultura (en 1933) por primera vez.

Sin embargo, la mayoría de los historiadores económicos tienden a criticar el período fascista porque la tasa de desarrollo había sido superior justo antes de 1913, y

volvió a serlo durante el grave auge de la segunda postguerra mundial, a partir de 194782

. A veces señalan también la reducción de la tasa de inversión global en el decenio de 1930. Aunque estas críticas son correctas técnicamente, olvidan los principales problemas con que se enfrentó el régimen de Mussolini para superar la dislocación de la primera guerra mundial y la depresión general de la década de 1930.

Sencillamente, no se puede compara el período de entreguerras con los auges de antes de la primera guerra mundial y de después de la segunda, pues las dificultades existentes eran mucho más grandes. En comparación con otras economías en estados parecidos de desarrollo, el sistema italiano funcionó razonablemente bien. En Rusia, la gran industrialización estalinista se logró gracias a una explotación catastrófica de la economía rural y a una inversión humana y económica enormemente desproporcionada, lo cual no significa un funcionamiento superior, pues el ingreso soviético per càpita no superó el nivel de 1928 hasta 1953, aproximadamente. Además, de los cuatro estados industriales que aumentaron rápidamente su producción económica a fines de la década de 1930, tres-Alemania, el Japón y la Unión Soviética- lo hicieron en gran medida gracias a la expansión del complejo militar-industrial. Pese a la retórica fanfarrona de Mussolini, en el sentido de considerar a Italia "en estado permanente de guerra" nunca hizo inversiones verdaderamente grandes en la producción militar. En consecuencia, Italia no estaba preparada para participar en la segunda guerra mundial, pero la economía mixta de Italia estaba menos deformada por la producción de armamentos que las de otros estados industriales importantes. Como por lo general se denigra al fascismo por militarista, es de suponer que su falta de militarismo merece alguna aprobación. El socialismo-sea del tipo ruso, el alemán o el cubano- es el único que permite un grado máximo de militarización, cosa

que impedía la economía mixta y semiautónoma del régimen de Mussolini.

81

Derek Lomas, The Inter-war Economy of Britain, 1919-1939 (Londrss, 1970); y Pierluigio Ciocca,

"Lèconomía nel contesto internazionale", en P.Ciocca y G. Toniolo, comps., L'economia italiana nel periodo fascista (Bolonia, 1976), pág. 36.

82

El estudio más reciente y sistemático del período realizado por historiadores económicos, compilados por Ciocca y Toniolo y citado en la nota anterior, concluye que, "en comparación con los otros países importantes del mundo capitalista, el rendimiento general de la producción industrial italiana…no parece en absoluto brillante"(pág.155). Como ya se ha sugerido, se trata de una cuestión de apreciación, pues las estadísticas mundiales comparadas no son tan desfavorables. Además, esa conclusión parece olvidar que Italia no era entonces uno de los "países importantes del mundo capitalista", y que ese era uno de los motivos por los que nació el fascismo. Por último, incluso Ciocca y Toniolo reconocen que la industria italiana adquirió una estructura considerablemente más moderna durante el período fascista, y que logró progresos especialmente notables en las industrias química y mecánica.

Los artículos económicos incluido en Il regime fascista aportan unas evaluaciones razonablemente equilibradas. Hay una crítica serena y empírica en Arnold Hughes y Martin Kolinsky,

"Paradigmatic Fascism and Modernization: A. Critique", Political Studies 24.4 (diciembre de 1976), pág. 371-396, mientras que los estudios en Guido Quazza, comp., Fascismo

e societá italiana (Turín, 1973) tienden a ser menos objetivos.

53

A principios de la década de 1930, Mussolini hacía gran hincapié en el ridimensionamento de la estructura socioeconómica de Italia encaminado a controlar la urbanización, mejorar las condiciones ambientales y mantener en el campo a un gran porcentaje de la población rural. Los críticos sostienen que esto es antimodernismo, pero desde la perspectiva de 1980 parecería en algunos sentidos ser un presentimiento extraordinariamente avanzado de los problemas de la urbanización y la industrialización típicos del siglo XX, mucho antes de que los socialdemócratas se subieran a este carro en marcha. De hecho, los fascistas y los nazis figuraron entre los primeros preocupados pro el medio ambiente de la política del siglo XX, aunque no alcanzaron casi ninguno de los objetivos que estipulaban.

El régimen también llevó a cabo una reorganización fundamental del sistema bancario italiano, y de los códigos civil, mercantil y penal del Estado. Estas reformas han sobrevivido mucho tiempo al fascismo, y formaron parte a la estructura posterior a 1945. a la inversa, el predominio de la intelligentsia humanística entre las clases medias no se vio reducido durante el período de Mussolini a favor de los expertos técnicos, como ocurrió tanto en la Alemania nazi como en la Unión Soviética. Esta es otra prueba de la ausencia de una revolución cultural fascista, en comparación con las estructuras mucho más revolucionarias y meticulosas de Alemania y de Rusia.

Seminazificación y Satélite de Alemania La caída del régimen de Mussolini no la causaron su carácter represivo ni su impopularidad, ni tampoco su supuesta inepcia o su carácter reaccionario y antimoderno. No fue muy represivo

para tratarse de una dictadura moderna, probablemente no fue más impopular que el régimen liberal oligárquico que le precedió y, como ya se ha indicado, no fue notablemente reaccionario ni antimoderno. Organizó una economía en expansión, y hasta 1939 no parecía más inepto que la mayor parte de los gobiernos. Por el contrario, su caída se produjo como resultado de la política exterior aventurera de Mussolini y de la alianza con la Alemania nazi. Esto llevó a la derrota en la segunda guerra mundial y a la destrucción total del régimen, aunque no de todas sus realizaciones, algunas de las cuales quedaron incorporadas en el "milagro económico" de los años siguientes a 1947.

Habida cuenta de las profundas diferencias entre la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, y de la enemiga expresada por los fascistas a los nazis en 1934, cabe preguntarse cómo se produjo esa alianza. La respuesta más sencilla es la combinación de temor y de envidia por parte de Mussolini. A partir de 1937, éste estaba convencido de que Alemania iba a convertirse pronto en el Estado dominante de Europa, y de que la mejor manera de que Italia protegiera sus intereses era alinearse en gran medida con el nuevo orden hitleriano. A esto deben añadirse las dimensiones de la megalomanía del propio Mussolini a fines de la década de 1930 y su sentido inflado del ducismo, constantemente rodeado de aduladores, que le hicieron perder perspectiva y creer que sus decisiones personales producirían la victoria.

El momento crítico básico se dio ya en 1935, cuando Mussolini rechazó un reajuste razonablemente generoso de las fronteras del África Oriental, que le habían ofrecido Francia y Gran Bretaña, para decidir la invasión directa de Etiopía y la conquista militar. Durante el primer decenio de su régimen, la actitud italiana respecto de la expansión había sido ambivalente. En unas ocasiones predicaba la conquista

de un nuevo Imperio Romano; en otras insistía en que Italia podía crear una gran esfera moderna y nueva de influencia imperial sin conquistar un solo kilómetro de territorio nuevo. Pero en cuanto Mussolini rechazó la expansión moderada dentro del marco

54

europeo existente a favor de un imperio del "nuevo orden", era lógico que se produjera algún tipo de acercamiento o paralelismo con Alemania.

Debe quedar entendido que en ningún momento pretendió Mussolini- ni siquiera después de firmar el "Pacto de Hierro" (una alianza militar en toda regla) con Alemania, en mayo de 1939- intervenir en una gran guerra en el cercano futuro. Ni la industria ni las fuerzas armadas italianas estaban preparadas para un conflicto prolongado de gran envergadura. Mussolini ayudó a promover el acuerdo de Munich, trató de organizar un segundo Munich con respecto a Polonia en agosto de 1939, evitó cuidadosamente participar en las primeras fases de la segunda guerra mundial, e incluso advirtió en secreto a los Países Bajos del inminente ataque alemán de 1940. Nunca deseó la victoria total de Alemania, pues comprendía que ésta dejaría a Italia en una situación de total dependencia, y por fin acabó por entrar tardíamente en el conflicto (junio de 1940), únicamente para llevar a cabo una "guerra paralela" y conseguir una zona italiana autónoma en la Europa del sur, que servirías también para proteger a Italia contra

Alemania83. En esta última empresa, el régimen fracasó totalmente. Los desastres

italianos en Grecia y en el norte de África redujeron a Italia al papel de mero satélite desde 1941.

A partir de 1937 sí que se produjo en Italia una nazificación

superficial, al igual que en casi todos los movimientos fascistas europeos de aquellos años; pero carecía de profundidad y de sustancia, y se limitó sobre todo a gestos como la introducción del paso de la oca, rebautizado passo romano. El aspecto más descarado de la nazificación fue la introducción en 1938 de la doctrina fascista del racismo, pero en parte ésta fue

una política defensiva basada en criterios culturales, no biológicos84, que reflejaba unamayor extensión del imperio italiano en el África negra85, pero también aspiraba a crear

un nicho de igualdad para Italia en una Europa alemana "aria". Su antisemitismo

formal señaló una inversión abrupta de la política fascista tradicional86, aunque las

sanciones contra los judíos fueron blandas en comparación con los criterios alemanes.

Las contradicciones de la política de Mussolini llegaron a su apogeo en los años de la guerra. Por una lado, al menos a partir de 1937, le gustaba destacar el carácter ideológico de la asociación con Alemania (y más tarde del esfuerzo de guerra), al subrayar la mística revolucionaria de los nazis y los fascistas que combatían por una "fe", contra las plutocracias occidentales meramente materialistas (evidentemente, también a los nazis les gustaba decir lo mismo al compararse con los comunistas).

Mientras tanto, Mussolini se esforzaba ineptamente por establecer una esfera de poder italiana autónoma que pudiera proteger a Italia contra su antigua compañera ideológica.

La sugerencia de Mussolini a Hitler, en 1943, de hacer la paz con la Unión Soviética,

Véase una introducción a la política de Mussolini en la guerra en Harry Cliadakis, “Neutrality and War in Italian Policy 1939-1940”, JCH 9.3 (julio de 1974), pág. 171-190, y Renzo de Felice, comp., L’Italia fra tedeschi ed alleati (Bolonia, 1973). Sobre sus antecedentes, Mario Toscazo, The Origins of the Pacto f Steel (Baltimore, 1967), así como varios artículos en Il regime fascista. La obra báscia sobre las relaciones entre Mussolini y Hitler es la de F.W. Deakin, The Brutal Friendship (Nueva York, 1966).

84

Gregor, Ideology of Fascism, pág. 241-282; y M. Van Creveld, “Beyond the Finzi-Contini Garden:

Mussolini’s Fascist Racism” Ecounter 42.2 (febrero de 1974), pa´g. 42-47.

85

Gene Bernardini, “The Origins and Development of Racial Anti-Semitism in Fascist Italy” JMH 49.3 (Septiembre de 1977), pág. 431-453; y Luigi Preti, Impero Fascista, africani ed ebrei (Milán, 1968). El estudio más profundo es el de Meier Michaelis, Mussolini and the Jews (Nueva York, 1978).

86

Cinco de los 191 fundadores de los Fasci en 1919 eran judíos, y de los nueve judíos que había en el Parlamento dos años después, uno era fascista. En 1938 había 10.125 miembros judíos adultos del PNF.

Véase además Renzo de Felice, Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo (Turín, 1961).

Dada la exigua población judía de Italia (una pequeña fracción de un 1%), cabe interpretar estas estadísticas en el sentido de que indican un apoyo judío al fascismo, y una participación en él, superior a los índices de la población de

Italia en su conjunto.

55

con el fin de concentrarse en la guerra contra las democracias occidentales, quizá no estuviera dictada tanto por una tendencia ideológica como por el carácter inmediato de la presión anglo-estadounidense, mucho más cercana que el Ejército Rojo.

La caída del régimen en 1943 fue, al igual de lo que ocurrió con todas las dictaduras europeas modernas plenamente institucionalizadas antes de la España postfranquista, producto de la derrota militar externa. La expulsión de Mussolini la llevó a cabo una coalición ad hoc de la vieja derecha- monarquía, ejército y clase alta-, con la cual Mussolini había tenido que transigir desde un principio, y un grupo considerable de los dirigentes fascistas más moderados y responsables.

La última fase del fascismo no fue esencialmente ni siquiera la de un satélite alemán, sino la de un mero títere alemán. Sin embargo, el establecimiento de una República Social Italiana neofascista (conocida generalmente como régimen de Saló, por la localidad de la última residencia oficial de Mussolini) permitió al PNF, liberado al fin de sus aliados de la derecha y sus componendas con ésta, volver en 1943-1945 a sus orígenes semirrevolucionarios. El fascismo residual, abandonado por las clases acomodadas y altas, se manifestó partidario de un nacionalismo proletario y semisocialista, que se basaría en las clases trabajadoras de la Italia industrial del norte y en el campesinado. El régimen de Saló introdujo algunos mecanismos de consejos obreros y reparto de beneficios, junto con una atención cada vez mayor a la nacionalización directa. La primera vez que anunció Mussolini planes de nacionalización de la industria fue a

principios de 1944, pero la nacionalización no se

decretó hasta los estertores de la derrota, en abril de 194587.

Ya no importaba mucho, porque un fascismo derrotado como títere de Alemania no podía lograr apoyo popular. El territorio del régimen de Saló estaba controlado y

administrado por Alemania en todos los sentidos verdaderamente importantes88, y la

socialización fascista fue algo que no se toleró sino parcialmente como truco demagógico. En toda la Europa continental, Hitler prefirió tratar con la derecha ortodoxa, mejor que con los fascismos, y en el norte de Italia a la administración alemana le importaba mantener la producción y evitar toda perturbación innecesaria de orden socioeconómico. El auge de una resistencia armada en gran escala en el norte de Italia en 1944 demostró que el fascismo se había visto repudiado decisivamente por la inmensa opinión de la opinión italiana bastante antes del final de la guerra. Este fue otro de los sentidos fundamentales en los que el fascismo italiano difirió del nacionalsocialismo alemán.

El régimen de Hitler Las especulaciones en torno al régimen de Hitler y a su clasificación han girado normalmente en torno a conceptos rudimentarios sobre la "dominación capitalista" de su economía política o sobre su "totalitarismo". Probablemente ninguno de los dos sea literalmente exacto.

Como ya se ha visto en el capítulo 3, ni Hitler ni el Partido Nazi tenían una doctrina muy precisa sobre la economía política. El llamado sector socialista o de izquierda del partido no tenía un radicalismo económico coherente, y su antiguo

dirigente Gregor Strasser, ya había evolucionado hacia la derecha en 193289. Hitler

siempre rechazó todo socialismo completo o sistemático-decía que era un "término

87

Sandro Setta, "Potere economico e Reppublica Sociale Italiana", SC 8.2 (junio de 1977), pág. 357-287. véase una historia general en Edmundo Ciones, Storia della Reppublica Sociale Italiana (Roma, 1951).

88

E. Colloti, L' amministrazzione tudesca dell'Italia occupata 1943-1945 (Milán, 1963).

89

El mejor estudio se halla en Meter D. Stachura, "Der Fall Strasser", en Stachura, comp., The Shaping of the Nazi State (Londrs, 1978), pág. 88-130.

56

lamentable"-, porque contradecía los principios de espontaneísmo, antiburocratismo, familiarismo y competencia que formaban la base de la visión nazi del mundo. Pero entre los dirigentes del partido cuando llegó Hitler al poder existían otras concepciones de la economía política. O.W. Wagener, ex jefe de la sección de economía política de la división de organización del partido, trataba de encabezar un tipo de organización fundamentalmente corporativista y conservadora de clase media, un Ständesozialismus adaptado a la conservación de la estructura alemana de clases y economía. Walter Funk, que pasaría ser Ministro de Economía, encabezaba el ala derecha del partido y era el principal representante de los intereses de la gran empresa alemana dentro de la organización. La tendencia Funk esperaba evitar un auténtico corporativismo por ser, en potencia, demasiado restrictivo de la gran empresa, y promovía una Planwirtschaft autoritaria (economía

planificada limitada) como mejor solución de los problemas sociales y económicos y como marco adecuado de una gran expansión de la industria

privada90.

Tras su llegada al poder, Hitler aplastó rápidamente todas las expectativas de corporativismo conservador, de clase media, de las variedades Wagener o católica conservadora. También se dejaron de lado las tendencias agrarias de extrema derecha, representadas por el autoritarismo de la derecha prusiana entre los aliados de los nazis, como Hugenburg. En 1934 parecía que había triunfado la tendencia Funk, y estaban en ascenso las políticas del "círculo Keppler", granempresarial y pronazi (el propio

Keppler actuó brevemente como secretario alemán de Estado)91.

Tampoco esto fue más que pasajero, pues los tres primeros años del régimen (1933-1936) se consagraron a la recuperación económica en su marco de controles y regulaciones estatales limitados, con lo cual se logró lo que Arthur Schweitzer calificó

de "fascismo parcial"92. Esa fase terminó en 1936, cuando empezó la campaña de

rearme más importante. Si empleáramos la terminología de Schweitzer, es de suponer que esto hubiera iniciado el "pleno fascismo". De hecho, en la Alemania nazi nunca se introdujo un modelo plenamente coherente de economía política. La actitud básica de Hitler era que el nacionalsocialismo significaba la subordinación de la economía al interés nacional Gemeinnutz geht vor Eigennutz -por los medios que fuera, lo cual aludía al interés colectivo, y no a una colectivización estructural directa. Además, se jactaba de que no había necesidad de nacionalizar la economía, porque él ya

había nacionalizado toda la población.

A partir de 1936, se desarrolló una tendencia más decidida hacia una regulación y un control mayores por el Estado, un sistema gubernamental de Zwangswirtschaft (economía forzada u obligatoria). Esto nunca adoptó la forma de un programa general de socialismo de Estado ni de nacionalización, pero fue subordinado progresivamente a todos los sectores de la economía mediante controles, reglamentos, impuestos, contratos y asignaciones. Durante la primera fase de la dictadura se desmontaron las asociaciones de grupos nacionales de presión, a los que se sustituyó por grupos administrativos territoriales y funcionales que le resultaban más cómodos al Estado. La consiguiente cartelización acelerada también se realizó conforme a directrices estatales, de manera que sería más exacto invertir la fórmula de "dominación capitalista". La guerra acentuó esas tendencias, a las que igual cabría calificar de "socialismo militar" que de cualquier otra cosa, pues representaron en muchos aspectos una continuación de los controles de la primera guerra mundial y de una Planwirtschaft parcial.

90

Es probable que el mjero análisi de estas tendencias en el seno del NSDAP sea el que se encuentra en Dirk Stegmann, "Kapitalismus und Faschismus in Deutschland 1929-1934 ", Beiträe zur Marxischen Theorie, Nº6 (Francfort, 1976), pág. 19-91.

91

Ibíd.

92

Arthur Schweitzar, Big Business in the Third Riech (Bloomington, Indiana, 1964), 6 y passim.

57

Pero esto no equivalía a un sistema económico completamente nuevo, y no se elaboró un modelo final. El Plan Cuatrienal de 1936-1940 establecía algunos proyectos industriales de capitalismo de Estado (o de socialismo de Estado, según la terminología que se prefiera), pero se trataba de algo totalmente secundario. Los nazis más extremistas, entre ellos algunos dirigentes de las SS, especularon durante la guerra sobre una economía que fuera en parte de socialismo de Estado bajo una revolución nazi realizada cuando se lograra la victoria; pero se pueden citar observaciones de Hitler tanto a favor como en contra de estas ideas. Cuando estaba terminando la guerra, trató específicamente de dar seguridades a los industriales de que un nacionalsocialismo triunfante no nacionalizaría la mayor parte de la industria alemana93. Es difícil predecir lo que habría ocurrido de hecho en caso de victoria nazi.

En todo caso, Alan Milward, el estudioso más sistemático de la economía fascista comparada, ha considerado intrínsecamente inexacto el argumento de historiadores marxistas, como Reinhard Kühnl y Eberhard Czichon, de que el nacionalsocialismo “preservó el sistema capitalista”. “Los nuevos gobiernos fascistas no preservaron el sistema capitalista, pese a la hipótesis de Kühnl. Cambiaron las reglas del juego de tal modo que empezó a surgir un nuevo sistema”94. El nuevo sistema no llegó nunca a realizarse, como sigue observando Milward, y entre tanto se mantuvieron la propiedad privada y el lucro privado, aunque cada vez con mayores restricciones. De hecho, las utilidades aumentaron, aunque el Estado reguló cuidadosamente su uso y su distribución.

Bajo Hitler, el sistema económico alemán siguió siendo una

mezcla de propiedad básicamente privada básicamente privada de los bienes inmuebles y el capital que funcionaba conforme a una estructura cada vez más extensa y más rígida de

reglamentos y controles estatales95. Así, es dudoso que el triunfo de Hitler hubiera

"salvado al capitalismo alemán", en el sentido convencional de tal frase; el capitalismo

93

Véase John Toland, Adolf Hitler (Nueva York, 1976), pág. 789.

94

Milward, "Fascism and the Economy" en W. Lacqueur, comp., Fascism: A. Reader`s Guide (Berkeley, 1976), pág. 399. Los tres libros anteriores de Milward representan la investigación comaparada más sostenida de la economía nacionalsocialista: The German Economy at War (Londres, 1965); The New Orden and the Frech Economy (Londres, 1969), y The Fascist Economy in Norway (Nueva York, 1972).

95

Es posible que la exposición breve más clara en inglés sea la de Tim Mason, "The Primacy of Politics", en S.J. Wolf, comp., European Fascism (Londres, 1969), pág. 169-195. La interpretación de Mason apareció inicialmente en la revista alemana Das Argument (8.6,diciembre de 1966, pág. 473-493), que también publicó el debate de E. Czichon, "Der Primat der Industrie im Kartell der nazionalsocialistischen Macht" (10.3, abril de 1971, pág. 168-192) y la réplica de Mason (Ibid., pàg. 193-209). Véase un comentario de la política económica por lo que respecta a los objetivos más generales de Hitler en Norman Rich, Hitler`s War Aims, 2 vols. (Nueva York, 1973), I, y Klaus Hildebrand, "Le forze

motrici di politica interna sulla politica estera nacionalsocialista", SC 5.2 (junio de 1974), pág. 201 a 222. este último tiende a estar de acuerdo con A. Kuhn, quien califica al nacionalsocialismo de "un contraste absoluto con el capitalismo" (Das faschistische Herrschaftssystem und die moderne Gesellschaft) (Hamburgo, 1973), pág. 31. Thilo Vogelsang ha concluidoque "la economía, cuya estructura capitalista fundamental se mantuvo, se había convertido, en aras de objetivos utópicos, incluso más de los objetivos imperiales del régimen, en prisionera del Estado Nacionalsocialista". Die nacionalsozialistische Zeit:Deutschland 1933 bis 1939 (Francfort del Meno, 1967, pág. 75; citado en Gilderbrand, "Le force motrici", pág. 206.

Además están quienes, como el marxista independiente Rudolf Hilferding, no han apreciado ninguna diferencia entre la propiedad estatal rusa y la regulación y el control estatales del nacionalsocialismo alemán. "La controversia en torno a si el sistema económico de la Unión Soviética es "capitalista" o "socialista" me parece un tanto carente de sentido. No es ninguna de las dos cosas.

Representa una economía de Estado totalitario, es decir, un sistema al que cada vez se van acercando más las economías de Alemania y de Italia". "State Capitalismo r Totalitarian State Economy", Modern Review (junio de 1947), pág. 266-271; reimpreso en R. V. Daniel, comp., The Stalin Revolution (Boston, 1965), pág. 94-97.

58

alemán gozaba de mucha más autonomía y poder bajo la democracia liberal, tanto antes como después de Hitler. La frase opuesta se acercaría más a la verdad: lo que acabó salvando al capitalismo alemán fue la derrota del nacionalsocialismo en occidente por las potencias capitalistas

angloamericanas y la incorporación de Alemania occidental a la esfera de hegemonía estadounidense.

Igual que la Alemania nazi no estaba dominada por una élite económica, tampoco estaba dominada por una clase social. Los dirigentes del NSDAP tendían socialmente a proceder de la clase media más que los miembros del partido en su conjunto[96], pero como se puede decir lo mismo de casi todos los movimientos políticos, incluidos muchos partidos comunistas, eso no demuestra nada concluyente. La concepción hitleriana de la revolución social consistía básicamente en una transformación de status: la identidad y los valores de una Volksgemeinschaft racial[97]. El nacionalsocialismo no logró una revolución completa de la condición orgánica, igual que la Unión Soviética no ha logrado la sociedad sin clases, pero al mismo tiempo debe reconocerse que Hitler sí logró romper el sistema de clases existente en Alemania. A partir de 1933, o por lo menos de 1936, las clases no fueron reconocidas específicamente como tales. Se rechazó el corporativismo como modelo para la economía política alemana precisamente porque tiende a reconocer clases diferentes, intereses específicos y autonomías. Por eso no se sustituyó a los sindicatos por un nacional sindicalismo, sino por un Frente Alemán del Trabajo (DAF) general[98], y la autonomía de la que gozaron algunos sectores de la industria no les correspondía por clase y privilegio, sino como prerrogativa funcional de unidades funcionales específicas sobre una base establecida industria por industria. No existían contratos colectivos de trabajo, ni se reconocía un stand general de empresarios industriales. A partir de 1936, en

Alemania ya no pervivió ninguna clase autónoma que existiera por y para sí misma (por utilizar la terminología marciana).

Sin embargo, a veces se ha explicado el mismo tipo de interpretación a la política exterior nazi y al esfuerzo bélico alemán, como si el programa de expansión militar megalomaníaco y grandioso de Hitler estuviera motivado primordialmente por el deseo mezquino de aumentar las utilidades de la industria alemana. A este respecto suelen mencionarse dos factores: uno es el agotamiento de los recursos económicos alemanes en 1938-1939, para reponer los cuales se dice que en aquel momento hacía

falta una guerra de conquista99, y el otro es la participación de las empresas y los cártels

industriales alemanes en la explotación económica de las regiones conquistadas.

Aunque el primer argumento expone correctamente la situación de las finanzas y las materias primas alemanas en 1939, confunde la causa con el efecto. La situación de la economía alemana no dictaba la guerra por sí misma- en aquel momento no existía una economía alemana autónoma-, sino que más bien se hallaba en aquel estado porque desde hacía tres años Hitler subordinaba los intereses económicos a la preparación para la guerra. En lo que respecta al segundo argumento, hubo sectores de la economía alemana que participaron en la explotación del territorio conquistado de forma muy parecida a como actuaban en la propia Alemania, como unidades individuales

96

Véanse asimismo los artículos de H.A. Winkler y Hans Mommsen en Scheider, comp., Faschismus als Soziale Bewegung.

97

David Schoenbaum, Hitler's Social Revolution (Nueva York, 1966).

98

Timothy W. Mason, Sozialpolitik im Dritten Reich (Opladen, 1977), aporta una relación breve y crítica de la política laboral.

99

Jost Dülffer, "Der Bejín des Krieges 1939: Hitler, die innere Krise und das Mächtesystem", Geschichte und Gessellschaft 2.4 (1976), pág. 443-470; y en terminus más amplios, Timothy W. Mason, Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft (Berlin Occidental, 1975), así como Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges, comp. F. Forstmeier y H.-E. Volkmann (Dusseldorf, 1975).

59

subordinadas, no como unidades dominantes ni plenamente autónomas. A fin de cuentas, esta estructura de las cosas fue un resultado de la inversión por Hitler de las prioridades revolucionarias de Stalin: la conquista revolucionaria en el exterior debe preceder a la terminación de la revolución en el interior (de hecho, el programa inicial de Lenin de "capitalismo de Estado" en 1917-1918, antes de que la colectivización obrera lo arrastrara más hacia el socialismo de Estado, no era tan diferente de la política económica del propio Hitler).

La política exterior de Hitler, al igual que toda su carrera política, estaba a fin de cuentas dictada por la idología, y sólo en parte moderada por consideraciones económicas. Cuanto más lejos iba él, más completa se hacía la extensión del sistema y del Estado nazis, y más abrumadora era la influencia de la ideología. El ejemplo más claro de esto fue la

Solución Final. La política antijudía se inició con no poca moderación durante la fase inicial de transacción del régimen100, pero más tarde se fue acelerando como objetivo final en sí mismo, como tentativa de lograr un objetivo de revolución racial mientras se perdía todo lo demás.

El sistema estatal nazi también era muy peculiar y sui generis. Nunca alcanzó la madurez ni el pleno desarrollo, sino que tendió a oscilar constantemente, y siempre ha sido difícil comprenderlo. Uno de los enfoques iniciales más comunes consistía en el concepto del “Estado dual”101, en el cual “Estado dual” se refería al paralelo entre el mantenimiento por Hitler del aparato tradicional del Estado de la administración pública de Alemania, y el crecimiento del Partido Nazi, su organización territorial y sus funciones paragubernamentales. El rumano Mihail Manokescu, principal teórico europeo del corporativismo en el decenio de 1930, se complacía en distinguir entre los sistemas ruso, italiano y alemán; el primero era un Estado dirigido por el partido, el segundo un Estado al que se había subordinado el partido, y el tercero un sistema dual de poderes divididos entre partido y Estado. En épocas más recientes, se han subrayado mucho el irracionalismo y la confusión del Estado hitleriano y la proliferación, la duplicación y la competencia mutua de una diversidad, a veces mareante, de organismos estatales, coherentes con la visión feudal que tenía Hitler del poder, la importancia que atribuía a las relaciones meramente personales y a la lealtad exclusiva al jefe, y con su odio a la burocracia central racionalizada102.

Este enfoque tiende a olvidar algunos planes y logros en la

esfera de la

racionalización y la coordinación del Estado en la Reichsreform de 1934-1936103, y es

posible que además subestime la función efectiva del NSDAP en la administración alemana. A nivel local, es cierto que el partido tendió hasta cierto punto a apoderarse

100

Kart Schleunes, The Twisted Road to Auschwitz (Urbana, Illinois, 1970).

101

Ernst Faenkel, The Dual State (Nueva York, 1941).

102

Una formulación clásica es la de Robert Koehl en "Feudal Aspects of Nacional Socialism", American Political Science Review, 54.4 (diciembre de 1960), pág. 921-933. su perspectiva no es necesariamente inexacta, pero es incompleta por sí sola. Cabe hallar un enfoqwue algo diferente en Meter Hüttenberger,

"Nazionalsozialistische Polycratie" (Geschichte und Gesellschaft 2.4 (1976), pág. 417-442, que quizá no se equivoque al percibir una especie de estructura policrática en la fase inicial del régimen, pero amplía y exagera el concepto. Existe ya una bibliografía bastante extensa acerca del partido y el estado hitlerianos que no ha llegado a ninguna conclusión plenamente unificada. Entre las principales obras figuran las siguientes: Dietrich Orlow, The History of the Nazi Party 1919-1945, 2 vols. (Pittsburg, 1969-1973);

Meter Dile-Thiele, Partei und Staat Hitlers (Munich, 1969); H. Mommsen, Beamtentum im Dritten Reich (Stuttgart, 1966); Peter Hüttenberger, Die Gauleiter (Stuttgart, 1969); y H. Matzertah, Nazionalsozialismus und kommunale

Selbstverwaltung (Stuttgart, 1970).

103

Véase Jane Caplan, “Bureaucracy, Politics and the Nacional Socialist State”, en Stachura, comp., Shaping of the Nazi State, pág. 234-256.

Cabría señalar de pasada que Signal, la revista ilustada de propaganda nazi durante la guera, se complacía en calificar a Alemania de “el Estado socialista más moderno del mundo” (S.L. Mayer, comp., Signal: Years of Triunph, 1940-1942 (Londres, 1948).

60

del Estado y los gauleiters se convirtieron en funcionarios del distrito en un proceso que a veces fue el opuesto de lo que había ocurrido en Italia. Además, la dirección local del partido empezó a desempeñar un papel cada vez mayor durante la guerra, de forma que en los últimos años la dirección del partido se había hecho, efectivamente, en gran parte con el frente interno. Por último, el importante papel parapolítico y administrativo de las SS fue ampliando constantemente este sector de élite del poder nazi en la última fase del

régimen104.

Durante gran parte de la generación de postguerra estuvo de moda el concepto de totalitarismo, aunque comparaba a la Alemania nazi con la Unión Soviética mucho más que con Italia. La definición de totalitarismo siempre ha sido notablemente vaga, y la moda más reciente ha consistido en negar que jamás haya existido o que exista tal cosa. Como los teóricos del totalitarismo raras veces van más allá de cualidades tan rudimentarias y limitadas como el partido único, el uso del terror y la movilización de las masas, resulta fácil aducir que o bien hay muchos tipos diferentes de

regímenes que son totalitarios, o, a la inversa, que ninguno de ellos es perfectamente total.

Pero el concepto de totalitarismo es tan válido como útil si se define en el sentido preciso y literal de sistema estatal que trata de ejercer un control total sobre todos los aspectos importantes de todas las grandes instituciones nacionales, desde la economía y las fuerzas armadas hasta el sistema judicial, las iglesias y la cultura. Ya se ha visto que en este sentido el régimen de Mussolini no era en absoluto totalitario, y el sistema de Hitler tampoco alcanzó el pleno totalitarismo, aunque en su última fase se fue acercando cada vez más a él. En este caso, Hannah Arendt, por lo menos, está de acuerdo, al observar que el pleno totalitarismo nazi, equivalente al modo soviético, no se podría haber desarrollado hasta después de la victoria en la guerra, dada la inversión por Hitler de las prioridades revolucionarias de Lenin y Stalin. De hecho, un sistema socialista o comunista es el único que puede lograr el pleno totalitarismo, pues el control total requiere una revolución institucional total, que no se puede efectuar sino mediante el socialismo de Estado. El socialismo no ha de ser forzosamente totalitario, pero el totalitarismo ha de ser socialista, y el nacionalsocialismo, con su enfoque mixto, nunca hubiera podido establecer el modelo completo, aunque lo hubiera deseado, antes de 1945.

Últimamente, la situación se ha vuelto todavía más confusa por la insistencia en los irracionalismos y en la autonomía limitada dentro del sistema, que llevaron a “las

limitaciones del poder de Hitler”105. Pero esto es alejarse demasiado en el sentido

opuesto. Hitler evitó adrede un sistema totalitario burocrático completamente centralizado, pero las limitadas autonomías que permitió en el sistema estatal alemán, fuera

adrede, por descuido o por necesidad, apenas si limitaron sus extraordinarios poderes de dictadura política personal para aplicar sus propias prioridades revolucionarias.

El régimen de Hitler tenía unos métodos y unos objetivos tan confusos que muchos han renunciado a interpretarlo y han recurrido para comprenderlo a meras negaciones: la "revolución del nihilismo" o la motivación abrumadora del "antimodernismo".

Hitler y su gente, por repugnantes que fuesen, no eran nihilistas, sino que sostenían tenazmente unos valores firmes y perversos. El nihilismo es más bien lo que vino después de Hitler, salvo que se considere el mero hedonismo como un valor y no como una ausencia de valores.

104

El mejor estudio de las SS es el de Heinz Höhne, The Order of the Death's Head (Nueva York,

1970).

105

Edward N. Peterson, The Limits of Hitler`s Power (Princeton, 1969).

61

Como el hitlerismo es atípico, se le ha considerado en general antimoderno en términos de una definición reduccionista de lo moderno basada en el urbanismo, la tecnología y algo a lo que se califica de "racionalismo". Pero, por extremista que fuera, el hitlerismo fue un producto sintomático del mundo moderno, y nacionalsocialismo en sus diversas formas fue el conjunto nuevo de planes políticos más popular del siglo XX.

Como ya se ha indicado en el capítulo 2, las ideas de Hitler estaban en parte arraigadas en el cientificismo moderno de las

ideas biológicas y zoológicas alemanas de fines del siglo XIX106. El agudo interés de los dirigentes nazis por las ciencias ocultas no se orientaba hacia las supersticiones populares tradicionales, sino hacia los nuevos mitos modernos y racistas de lo sobrenatural107. De hecho, Hitler rechazaba casi todas las ideas formales de la cultura europea de la época medieval, sobre todo el cristianismo histórico, y ridiculizaba mucho las “supersticiones” premodernas. En realidad, el racismo nazi no era concebible más que en el siglo XX, y no en ningún momento anterior de la historia humana. La antropología humana, animalista y naturalista, de los nazis era estrictamente un concepto moderno sin ningún paralelo moderno.

Todas las ideas políticas de Hitler tenían su origen en la Ilustración 108: el concepto de la nación como fuerza histórica superior, las ideas sobre la soberanía política superior derivadas de la voluntad general del pueblo109 y sobre las diferencias raciales inherentes en la cultura humana. Se trataba de derivaciones claras de la antropología de la Ilustración, que rechazaba la teología premoderna y las raíces y los intereses trascendentales comunes de la humanidad. El culto de la voluntad es la base de la cultura moderna, y Hitler se imitó a llevarlo a su extremo. El concepto mismo del nacionalsocialismo como “voluntad de crear un hombre nuevo” no era posible sino en el contexto del siglo XX, como idea típicamente moderna y antitradicional. Lo mismo cabe decir de la búsqueda nazi de la extrema autonomía, la libertad radical para el pueblo alemán. Hitler llevó hasta un extremo

sin precedentes el objetivo moderno de romper límites y establecer nuevas marcas. Pues en ningún otro movimiento imperó hasta tal extremo la doctrina moderna de que el hombre es la medida de todas las

cosas110.

Lo mismo cabe decir respecto de los programas sociales y económicos. Ningún gobernante moderno ha llegado a tales extremos como Hitler para adquirir, entre otras cosas, los recursos naturales necesarios para una economía moderna. La Gleichshaltung nazi y el esfuerzo por revolucionar la condición social tendieron a unir a la sociedad alemana y a superar las distinciones de clase por primera vez en la historia de Alemania.

Se dice que el antiurbanismo nazi era inherentemente reaccionario, pero el antiurbanismo radical se ha convertido en una importante tendencia de fines del siglo

106

Daniel Gasman, The Scientific Origins of Nacional Socialism: Social Darwinism in Ernst Haeckel and the German Monist League (Nueva York, 1971).

107

Dusty Sklar, Gods and Beasts: The Nazis and the Occult (Nueva York, 1978).

108

Esta es en gran parte la tesis de Marcel Déat, Révolution Française et révolution allemande (Paris,

1943).

109

Suele olvidarse cómodamente que el Führerprinzip es eminentemente rousseauniano. “En la concepción de Rousseau, sólo un dirigente de genio divino puede fundar el

Estado en el que los hombres son libres, aunque sea por obligación, y determinan cuál es la voluntad general”. Louis J.– Halle, The Ideological Imagination (Londrs, 1971), pág. 36.

George L. Mosse formula esto en términos de la “nueva política” de las masas nacionalistas, que se deriva de las doctrinas dieciochescas de la soberanía popular, en la cual el pueblo se rinde culto a sí mismo como grupo nacional o raza, y que a fin de cuentas no se rige por leyes ni parlamentos, sino por la religión nacional secular. The Nationalization of the Masses (Nueva York, 1975), pág. 1-20.

110

Una interpretación aguda y provocativa del problema es la hecha por Steven Aschheim, en una monografía presentada en un seminario, sobre “Modernity and the Metaphysics of Nazism” (Universidad de Wisconsin, 1975).

62

XX. Los nuevos regímenes comunistas más radicales del decenio de 1970 se jactan de su ruralismo y su antiurbanismo. De hecho, aunque la economía alemana de guerra promovió la urbanización y un aumento de la industrialización de facto, y no lo contrario, uno de los objetivos finales nazis era equilibrar la agricultura y la industria.

Cuando son liberales los que aspiran a esto, se suele considerar que es el máximo de ilustración y progresismo. Por último, Hitler iba muy por delante de sus tiempos en cuanto a su preocupación por la ecología, la reforma ambiental y la contaminación.

El genocidio, o asesinato masivo en verdadera gran escala, es un acontecimiento prototipo del siglo XX, desde Turquía hasta Rusia, desde Alemania hasta Camboya y hasta África. La táctica exclusiva de los nazis consistió en modernizar el

proceso, realizar el asesinato en masa de forma más eficaz y quirúrgica de lo que han hecho otros grandes liquidadores en Turquía, Rusia o Camboya. Y tampoco fue el programa genocida de Hitler más o menos “racional”, porque el objetivo del asesinato en masa siempre ha sido político, ideológico o religioso, y no cuestión de fines económicos prácticos, pace Stalin o Mao Tse-tung.

De hecho, el nacionalsocialismo constituyó un tipo excepcional y radical de revolucionarismo moderno. También ésta es una de las interpretaciones controvertidas del hitlerismo, pues como muchos comentaristas sostienen que el nacionalsocialismo era antimoderno (con lo que normalmente no quieren decir más que antiliberal), aducen que necesariamente ha de haber sido “reaccionario”, y no revolucionario. Quienes más tenazmente sostienen ese criterio son los comentaristas de izquierda, dada su hipótesis apriorística de que el concepto revolución debe referirse ipso facto a las buenas revoluciones que son positivas o creadoras. Pero, evidentemente, a menudo las revoluciones son destructivas.

Quien más directamente se ha enfrentado con el problema ha sido Kart Bracher, que ha identificado las siguientes cualidades revolucionarias del nacionalsocialismo:

1. Un culto nuevo y supremo de la jefatura del Führer como el “genio artista”.

2. La tentativa de elaborar una estructura darvinista social del gobierno y de la sociedad.

3. la sustitución del nacionalismo tradicional por la revolución racial.

4. la elaboración del primer sistema nuevo de nacionalsocialismo regulado por el Estado en la economía.

5. la aplicación de la revolución orgánica de la condición

social en pro de un nuevo Volksgemeninschaft.

6. el objetivo de un tipo completamente nuevo de imperialismo racial a escala mundial.

7. la importancia atribuida a las nuevas formas de tecnología avanzada en la utilización de los medios de comunicación social y de la movilización de las masas, el culto de la nueva eficacia tecnológica, las tácticas militares nuevas y la tecnología, la importancia atribuida a

la tecnología aérea y del automóvil111.

Cabría refinar esta lista y hacerla todavía más detallada, pero como fórmula general cubre todos los aspectos principales. A los fieles de las revoluciones coloniales y de "liberación nacional" de las poblaciones minoritarias debe señalárseles que, durante la segunda guerra mundial, la promoción de los movimientos de liberación nacional entre los pueblos

111

Kart D. Bracher, Zeitgeschichtliche Kontroversen um Faschismus Totalitarismus Demokratie (Munich, 1976), pág. 60-78. la lista expuesta más arriba constituye una nueva reformulación propia, no una transcripción exacta de la de Bracher.

63

coloniales y minoritarios de todo el mundo fue casi exclusivamente labor de las

Potencias del Eje112. Durante sus doce años en el poder, Hitler tuvo más impacto

en el mundo que ningún otro revolucionario del siglo XX, y tanto más cuanto

que, como han señalado Eugen Weber113 y otros, las guerras constituyen los

principales procesos revolucionarios de este siglo.

Jacques Ellul insiste:

Los observadores informados de este período de entreguerras están convencidos de que el nacionalsocialismo fue una revolución importante y verdadera. De Rougemont señala hasta qué punto eran idénticos as todos los niveles el régimen de Hitler y el jacobino; R. Labrousse, una autoridad sobre la Revolución Francesa, así lo confirma, por no citar más que dos opiniones…

La práctica de" clasificar", y por ende desechar, al nazismo debe cesar, pues representa una auténtica represión freudiana por parte de los intelectuales, que se niegan a reconocer lo que fue. Otros meten en el mismo saco al nazismo, la dictadura, las matanzas, los campos de concentración, el racismo y la locura de Hitler. Con eso queda cubierto el tema. El nazismo fue una gran revolución: contra la burocracia, contra la senilidad, en pro de la juventud; contra las jerarquías establecidas, contra el capitalismo, contra la mentalidad pequeñoburguesa, contra la comodidad y la seguridad, contra la sociedad de consumo, contra la moral tradicional; en pro de la liberación del instinto, el deseo, las pasiones, el odio a la policía (¡Si señor!), la voluntad de

poder y la creación de un orden de libertad más elevado 114 .

Principales diferencias entre el Régimen de Hitler y el de Mussolini.

Se ha sugerido que el movimiento nazi y el fascista, y los regímenes de Hitler y de Mussolini no pueden clasificarse juntos más que a un nivel muy alto de abstracción.

Cuando se observan de cerca, muchas veces las diferencias son más llamativas que los parecidos, tanto si se estudia la cuestión del potencial revolucionario como otros aspectos.

Una lista parcial de las diferencias básicas abarcaría las siguientes consideraciones:

1. La ideología hitleriana se basaba en la raza, la del fascismo en el nacionalismo en el sentido político y cultural. De ahí que la ideología hitleriana tendiese a la esclusividad revolucionaria, mientras que la del fascismo tenía una formulación más compleja y sincrética.

Mussolini insistía en que el fascismo incorporaba aspectos del liberalismo, el conservadurismo y el socialismo en una síntesis más elevada; Hitler aspiraba a un rechazo revolucionario de las doctrinas rivales. Todos los aspirantes revolucionarios tienen por objetivo un "hombre nuevo". El de los nacionalsocialistas sería un nuevo

112

Esto no significa olvidar la vigorosa oposición de Franklin Roosevelt al imperialismo europeo occidental, al mismo tiempo que aceptaba el imperialismo soviético. Véase W.R.Louis, Imperialism at Bay (Nueva York, 1978). Sin embargo, el apoyo estadounidense a la descolonización se expresó al nivel diplomático, no al militar.

113

Eugen Weber, "Revolution? Counterrevolution? What Revolution? JCH 9.2 (abril de 1974), pág. 3-47; reimpreso en Lacqueur,comp., Fascism: A Reader's Guide pág. 435-467.

114

Jacques Ellul, Autopsy of Revolution (Nueva York, 1971),pág.288. En Phenomenon of Revolution (Nueva York, 1974), Mark Hagopian concluía que "no es fácil dar respuesta a la cuestión del carácter revolucionario del fascismo (en general)", pero que "los doce años del Tercer Reich representan un claro impulso revolucionario…" (pág. 363-358).

producto biológico, además de cultural; Mussolini esperaba simplemente intensificar la enseñanza del fascismo en las escuelas.

2. En cuanto a estructura, el régimen de Mussolini siguió siendo en gran medida un Estado de derecho con semipluralismo y un derecho formal. Esto, naturalmente, impuso considerables limitaciones al potencial revolucionario del sistema de Mussolini, y además permitió que los adversarios del Duce centro del Estado acabaran derrocándolo. El Führerstaat hitleriano, pese a no formular una teoría elaborada del totalitarismo, fue una dictadura mucho más compleja del gobierno unipersonal.

3. El NSDAP desempeñó un papel mucho más importante que el PNF.

Aunque el régimen de Hitler no se convirtió formalmente en un Estado-partido dirigido en teoría (y normalmente también en la práctica) por el partido, como en los países comunistas, fue surgiendo una dualidad de poderes del partido y del Estado que Hitler tendió a impulsar cada vez mas en favor del partido o de sectores de éste. El PNF, en cambio, no gozaba más que de una autonomía muy limitada y en gran medida se vio transformado en una burocracia estatal subordinada. Sin embargo la estructura semipluralista y de derecho del régimen de Mussolini, al no ser ni totalitaria ni una dictadura completamente unipersonal, logró conservar un cierto nivel de autonomía formal para el Gran Consejo Fascista, que éste acabó utilizando para deponer a Mussolini.

4. El antisemitismo en su forma más extremada era consustancial con el nacionalsocialismo. En cambio, el fascismo italiano no era racista más que en el sentido convencional de principios del siglo XX en Europa, y en sus

dos primeros decenios no fue normalmente antisemita. En los comienzos del fascismo, los judíos tuvieron un papel desproporcionado en relación con su número en la sociedad italiana.

5. Al final, la política exterior de Hitler trascendió los objetivos expansionistas e imperialistas tradicionales de Alemania, al intentar una reestructuración racial revolucionaria de Europa. Las aspiraciones de Mussolini permanecieron en gran medida en la órbita de la política nacional/imperialista italiana tradicional, cuyo objetivo era la expansión colonial y la explotación de conflictos limitados dentro de la zona del Mediterráneo.

Estas diferencias las advertían claramente de una forma u otra los nazis y los fascistas, y en diversas formas se volvieron a expresar en los últimos años de la

guerra115, al terminar la cual uno de los dirigentes fascistas iniciales más sensibles y

observadores, y miembro del Gran Consejo- Giuseppe Bottai- estaba combatiendo en la Legión Extranjera francesa contra Alemania.

Algunos parecidos entre el Nacionalsocialismo y el Comunismo.

115

Así, Himmler reiteraría a las SS en 1943: "El fascismo y el nacionalsocialismo son dos cosas fundamentalmente diferentes… No existe en absoluto comparación entre el fascismo y el nacionalsocialismo como movimientos espirituales e ideológicos". E.Kohn-Bramstedt, Dictatorship and Political Police, en Hannah Arendt, Totalitarianism (Nueva York, 1968), pág. 7. Goebbels concluía que Mussolini "no es un revolucionario como el Führer o Stalin".

65

La incapacidad del régimen de Mussolini para superar sus componendas derechistas, junto con sus orígenes y sus doctrinas disímiles, impidió una convergencia revolucionaria entre el régimen de Mussolini y el de Hitler. A su vez, el régimen de Hitler, con su rechazo del marxismo y el materialismo y de los principios formales del totalitarismo burocrático, no adoptó la misma forma que el comunismo ruso, pese a las teorías de algunos críticos acerca de un supuesto totalitarismo compartido. Sin embargo, hubo algunas formas específicas en las que el nacionalsocialismo tenía paralelismos con el comunismo ruso, en medida mucho mayor de lo que podía tener el fascismo. En la siguiente lista se sugieren algunos de los parecidos y paralelos:

1. El frecuente reconocimiento de Hitler y diversos dirigentes nazis (y también por Mussolini) de que sus únicos rivales revolucionarios e ideológicos se hallaban en la Rusia Soviética.

2. la fundación, tanto del nacionalsocialismo como del comunismo nacional ruso, sobre la base de una teoría de la acción revolucionaria, según la cual el éxito en la práctica daba validez a la innovación ideológica, a medida que la Unión Soviética fue abandonado gradualmente importantes aspectos de la teoría marxista tradicional.

3. Doctrinas revolucionarias de “lucha constante”.

4. Un elitismo rígido y el principio de la jefatura: era nacionalsocialista quien siguiera a Hitler, un bolchevique no era necesariamente un marxista, sino quien siguiera a Lenin.

5. Adopción de la teoría de las naciones desposeídas y proletarias, que Lenin no hizo suya hasta después de que se hubiera introducido en Italia.

6. la construcción de una dictadura unipartidista independiente de cualquier clase determinada.

7. Atribución de gran importancia no solo a una milicia política (que era cada vez más frecuente a fines del siglo XIX y principios del siglo XX), sino a un partido ejército, con ejército regular controlado por el partido; en 1943, Hitler había empezado a introducir "Oficiales de Orientación Nacionalsocialista" en el ejército regular, como equivalentes de los

comisarios116.

8. Importancia de la autarquía y de una gran militarización (no sólo parcial), aunque la ausencia en Alemania de un sistema y una economía de burocracia estatal autorizada hizo que esto fuera proporcionalmente algo menos completo que en Rusia; promoción de la guerra revolucionaria, siempre que fuera posible, como alternativa a un desarrollo interno completo y equilibrado.

9. Una fase NEP de pluralismo parcial en la vía hacia una dictadura más completa (común, desde luego, a la mayor parte de los sistemas dictatoriales, aunque más abreviada en países como China y Cuba). 10. Proyección internacional de un nuevo mito ideológico como alternativa a las ortodoxias imperantes, capaz de obtener una respuesta internacional nada desdeñable; las variantes de la ideología nazi y de la fascista constituyeron las últimas innovaciones ideológicas notables del mundo moderno después del marxismo.

Esta lista provisional no se expone para proponer una teoría del "fascismo rojo", ni la idea de que el comunismo y el nazismo han sido esencialmente iguales. Existían algunas diferencias fundamentales, como se ha señalado antes, entre el sistema ruso y el

116

Robert L.Quinnett, "The German Army confronts the NSFO", JCH 13.1 (enero de 1978), pág. 53-64.

alemán. Pero el nacionalsocialismo hitleriano tenía más paralelismos con el comunismo ruso que ningún otro sistema no comunista. 4 Otros movimientos y regímenes La aparición del fascismo estimuló una política nacionalista radical en otras partes de Europa y provocó varias imitaciones directas, entre ellas el Partido Fascista Rumano de 1923 y “Le Faisceau” de Georges Valois, de 1924. El advenimiento del gobierno autoritario en Italia también sirvió claramente de aliento al pronunciamiento de Primo de Rivera en el año siguiente a la Marcha sobre Roma. Pero, en general, el impacto del fascismo no fue grande, debido sobretodo a dos razones. En el momento en que por fin Mussolini llegó al poder, ya iba remitiendo la crisis de la postguerra, y otros sistemas europeos estaban recuperando el equilibrio. En segundo lugar, al revés que Alemania a partir de 1933, no era posible considerar a Italia pese a los muchos admiradores que tenía Mussolini en el extranjero como una de las naciones dominantes o dirigentes. En parte, muchos de los entusiastas de Mussolini en el exterior le aplaudían, porque creían que el fascismo estaba bien para los italianos, pero no para países supuestamente superiores como los suyos.

En el decenio de 1920, los partidos y los movimientos del nacionalismo autoritario tendían más bien hacia la derecha autoritaria radical o moderada que hacia las nuevas expresiones semirrevolucionarias del fascismo. En la Europa occidental éste fue mucho más el decenio de la Action Française y del Integralismo portugués (copiado de la anterior) que del nacionalsocialismo francés o del nacionalsindicalismo portugués.

En Alemania, casi todos los partidos nuevos del “movimiento patriótico” adoptaron una orientación

claramente derechista, y en el Este las principales expresiones nuevas del nacionalismo adoptaron una forma difusa y populista (el dirigente del Partido Popular Rumano en el decenio de 1920, el General Averescu, tenía mucho en común con un Panéalos o un Primo de Rivera) o una forma distinta radical de derechas, como ocurrió en Hungría.

67

La cronología de interrupciones del gobierno parlamentario fue constante a todo lo largo del período de entreguerras: 1922-1925, Italia; 1923-1931, España; 1926, Portugal; 1926, Polonia; 1926-1936, Grecia; 1926, Lituania; 1929, Yugoslavia; 1933, Alemania; 1933, Austria, etc. Inicialmente se dio una tendencia casi general a sustituir el gobierno parlamentario por formas sincréticas, semipluralistas, de dictadura de la derecha, normalmente sin un sistema desarrollado de partido único, y por lo general sin un componente radical nuevo de tipo fascista.

La gran difusión de partidos y movimientos putativamente fascistas en toda Europa ocurrió a raíz del triunfo de Hitler, aunque no habían faltado iniciativas de ese tipo a fines de la década de 1920 ni a principios de la de 1930. Además, a partir de 1933 los movimientos y los regímenes autoritarios de derechas también empezaron a adoptar diversos aspectos de la “fascistización”, a asumir algunos de los arreos externos del estilo fascista a fin de presentar una imagen más moderna y dinámica, y con la esperanza de alcanzar una mayor movilización e infraestructura social. A finales de la década de 1930, a medida que Hitler iba de una victoria en otra, tanto los movimientos fascistizantes como los estados autoritarios de derechas aunque en especial los primeros empezaron a pasar pro diversos grados de nazificación, lo cual reflejaba el incipiente retorno de Alemania a la condición hegemónica.

Las características de esos grupos variaban considerablemente, lo cual no es de sorprender en movimientos autoritarios estructurados en gran medida sobre la base de un voluntarismo nacional y de la insistencia en las diferencias étnicas. Por eso el análisis comparado o taxonómico se va haciendo más claro al pasar de un país al otro.

Austria Quizá fuera Austria la que presentara el caso más claro en toda Europa de las tres caras principales del nacionalismo autoritario: un partido moderado de la derecha autoritaria, el Partido Social Cristiano; un grupo derechista más radical, claramente autoritario y violento, las unidades Heimwehr, y unos nacionalistas revolucionarios que eran los nazis austríacos.

Algunos comentaristas proyectaban a las Heimwehren como una variante interna austríaca excepcional del fascismo, pero la verdad es que no encajan exactamente en la tipología. Las Heimwehren "guardias nacionales" o unidades militares se organizaron en 1919-1920 para proteger las fronteras austríacas en un momento de gran fluidez política y territorial, y secundariamente parea proteger a los intereses privados contra el marxismo. Por eso eran, hasta cierto punto, la contrapartida de los Cuerpos Libres Alemanes, pero, Al igual que estos últimos, no estaban comprometidas más que

con el nacionalismo, el activismo paramilitar y la oposición a la izquierda117. Las

Hemwehren jamás lograron una unidad orgánica ni una ideología específica. Al igual que la derecha austríaca en general, su base social estaba sobre todo en el campo, y en las pequeñas ciudades. La trayectoria de las Hemwehren siguió un ritmo austríaco, además de europeo. El primero de los

conflictos entre la derecha austríaca y los socialistas austríacos maximalistas estalló en 1927, y las Hemwehren consiguieron nuevos reclutas (decían tener más de 200.000 en 1929) para su opción como alternativa al sistema parlamentario. Gozaron del apoyo del sector de Hugenburg del DNVP y del Stahfhelm en Alemania y, lo que es más importante, de asistencia financiera de Mussolini, canalizada al principio por conducto del Gobierno derechista de Hungría, que era otro de sus proyectores.

117

Horst G. W. Nusser, Konservative Wehrverbände in Bayern, Preusen und Osterreich 1918-1933 (Munich, 1973) es el único studio general comparado.

68

Durante este período se hizo una tentativa de dar a las Hemwehren, más bien amorfas, una unidad orgánica central, así como una ideología. Se propagaron en varios mítines y seminarios las doctrinas de Tomar Spann, principal ideólogo austríaco del

corporativismo católico118, y el 18 de mayo de 1930 los principales dirigentes de la

Heimwehr prestaron el famoso Juramento de Korneuburg en el sentido de transformar a Austria en un sistema corporativista autoritario. Tampoco esto era un “fascismo” tajante, y llevó a una nueva escisión en el movimiento, que se disimuló mediante la selección de un nuevo dirigente central, E.R. von Starhemberg, que había venido tratando directamente con Mussolini, pero poco después fue adoptando una actitud más tibia en cuanto al juramento de Korneuburg.

La importancia de las Heimwehren no se debía sólo a su función militar. No formaban un partido como tal y tenían

escasa fuerza electoral. En su principal esfuerzo, en las elecciones de 1930, las Heimwehren no obtuvieron más que el 6% de los votos, pues fueron muy pocos aparte de sus propios milicianos los que votaron por ellas. En 1931, las Heimwehren empezaron a desintegrarse. Una sección radical intentó un putsch

abortado119, algunas unidades empezaron a pasarse a los nazis austríacos, y la mayorparte se aferró a un conservadurismo siempre amorfo, aunque autoritario120.

La iniciativa seguía estando en manos de los social cristianos, que gobernaron durante la mayor parte del período transcurrido desde la fundación de la República Austríaca. En el decenio de 1920, bajo el Dr. Ignaz Seipel, los socialcristianos siguieron

siendo un partido parlamentario, ambiguamente democrático121, pero acabaron por

pasarse a un tipo conservador de autoritarismo bajo el impacto de la Depresión y en el callejón sin salida de la política austríaca de partidos, triangulada entre los socialistas marxistas, los nazis y ellos mismos. En 1931 empezaron a organizar sus propias milicias en una parte de Austria. Cuando Dollfuss, el nuevo dirigente socialcristiano, estableció un sistema autoritario en 1933, éste se diferenció cuidadosamente de un modelo

fascista122. El nuevo frente político, el Frente de la Patria, llegó a incluir a las

Heimwehren, pero no fue un partido estatal, pues sus funciones estaban separadas de las del estado. Más bien, se trataba de la variante austríaca de los frentes políticos vagos, amorfos y de tipo conglomerado establecidos en un momento u otro por casi todas las dictaduras del sur de Europa en este período. Italia fue quien más apoyó al régimen austríaco

contra la Alemania nazi y a fines de 1933 Dollfuss prometió a Mussolini que iría avanzando hacia el fascismo, pero la nueva constitución corporativista estatal de 1º de mayo de 1934 era conservadora, católica y virtualmente socrática. Estipulaba que en total siete corporaciones representarían a la sociedad austríaca, aunque nunca llegaron a organizarse del todo.

118

Acerca de Spann, véase Martín Schneller, Zeischen Romantik und Faschismus (Stuttgart, 1970); y John J. Haag, "Othmar Spann and the Politics of Totality" (tesis doctoral, Universidad de Rice, 1969).

119

Josef Hofmann, Der Pfrimer-Putsch (Viena-Graz, 1965).

120

El mejor estudio global de las Heimwehren y demás grupos nacionalistas autoritarios de Austria se encuentra en F.L. Carsten, Fascist Movements in Austria from Schönerer to Hitler (Londres, 1970).

Véase asimismo Bruce S. Pauley, Hahnenschwanz und Hakenkreuz (Viena, 1972); C.E.Edmundson, The Heimwehr and Austrian Politics, 1918-1934 (Athens, Georgia, 1978); y Ludwig Jedlicka, "The Austrian Heimwehr", JCH 1.1 (enero de 1966), pág. 127-144.

121

La principal biografía es la de Klemens von Klemperer, Ignaz Seipel (Princeton, 1972), favorable a Seipel. Uno de los mejores estudios de los partidos austríacos es la tesis doctoral inédita de Walter B.

Simon, "The Political Parties of Austria" (Universiad de Columbia, 1957). Véase asimismo R.J. Rath,

"The First Austrian Republic-Totalitarian, Fascist,

Authoritarian, or What?” en Who Were the Fascist?, compilado por Larsen y otros, de próxima aparición.

122

La principal biografía es la de Gordon Brooke-Shepherd, Dollfuss (Londres, 1961), favorable a Dollfuss.

69

Starhemberg, el dirigente de la Heimwehr, negoció por su propia cuenta con Mussolini (que antes le había recomendado evitar el antisemitismo). En 1933-1934

aludió vagamente varias veces a la elaboración de un “fascismo austríaco”123,

aparentemente encaminado a incorporar todos los aspectos más conservadores del régimen de Mussolini, pero acabó en el Frente de la Patria. Tras el asesinato de Dollfuss por los nazis, actuó como Vicecanciller de la República de 1934 a 1936, antes de verse expulsado. En los últimos años del régimen, de 1936 a 1938, se añadieron más de los arreos externos de una dictadura mussoliniana organizada, con un grupo de juventudes, varias organizaciones nuevas de frente y sociales y una milicia política nacional, los

Cuerpos de Asalto124, bajo el Frente de la Patria, en sustitución de las Heimwehren y

otras milicias derechistas. Sin embargo, ni las antiguas Heimwehren ni el régimen Dollfuss- Schuschnigg de 1933-1938 llegaron nunca a ser fascistas en un sentido plenamente típico.

Para el momento de Anschluss de 1938, la opinión política austríaca había llegado a triangularse entre el gobierno de la derecha autoritaria, los socialistas perseguidos y los nazis, cada vez más populares. El nacionalsocialismo se desarrolló con mucha más lentitud que en Alemania, pero sobre la base

de un apoyo social muy

parecido125 y con una proporción igual de elevada de obreros en sus SA126. Una

diferencia del nazismo austríaco que cabría señalar, no obstante, era la existencia de un sector pasajeramente importante "nacionalcatólico" de intelectuales de la derecha

radical, encabezado por Artur Seyss-Inquart127, que fueron útiles para el Anschluss, y a

los que después se dejó en gran medida de lado.

Hungría De todos los estados de la Europa de entreguerras, es probable que Hungría fuese quien tuviera la mayor diversidad per cápita de grupos y movimientos varios de tipo fascista, semifascista, radicales de derecha o simplemente nacionalistas autoritarios.

Quizá se pueda explicar la tendencia de la sociedad política húngara a la movilización Nacionalista Radical y protofascista por la estructura y la situación del país en aquel momento. Hungría era, probablemente, el estado con más reivindicaciones nacionales de toda Europa debido a la gran proporción de sus pérdidas territoriales y demográficas.

Además, había sido el segundo país gobernado brevemente por una dictadura comunista revolucionaria, la de Béla Kun en 1919. En tercer lugar, pese al limitado desarrollo de su estructura social, tenía una gran clase media nacional burocrática, desempleada o subempleada, que aportaba muchos activistas a esa política. En cuarto lugar, la cultura húngara participaba en muchos de los mismos procesos intelectuales y literarios que hacían hincapié en el nacionalismo radical y en lo völkisch en el mundo de habla alemana (excluida Suiza), y, por último, la denominación de la política por el nacionalismo de derecha y la exclusión o la represión de la izquierda interna habrían las puertas a la

agitación social radical de los nacionalsocialistas y los corporativistas revolucionarios en una medida sin precedentes en Europa. Sin embargo, Hungría, al

123

En 1930 se formó un pequeño “Partido de Fascistas Austríacos”, pero parece que desapareció rápidamente.

124

Este fue aproximadamente el mismo nombre que la nueva República democrática española de 1931 había dado a su nueva policía nacional, los Guardias de Asalto. (En castellano en el original). (N. del T.).

125

según una muestra, la proporción de trabajadores no especializados en el NSDAP austríaco (27%) era más alta que en el Partido Socialista (19,8%) y en el comunista (22,5%). Cuadro 5 de Meter H. Merkl,

“Comparing Fascist Movement”, en Larsen y otros, comps., Who Were the Fascist?

126

Gerhard Botz, “Aspects of the Social Structure of the Austrian nacional Socialism (1918-1939)”, Ibid.

127

Véase Wolfgang Rosar, Deutsche Gemeinschaft: Seyss-Inquart und der Anschluss (Viena, 1971).

70

igual que en Austria y en Rumania, donde los elementos fascistas también eran vigorosos y populares, os fascistas del país no podían en absoluto hacerse con el poder.

Esto no se debía tanto a la fuerza de la democracia liberal en Hungría como a su ausencia. El carácter represivo del gobierno de Hungría bajo el almirante Horthy concentraba el

poder en el control de unas minorías e impedía a cualquier grupo nacionalista radical movilizar suficiente apoyo de masas para tratar seriamente de hacerse con el poder.

O sea, que el propio régimen de Horthy representaba el autoritarismo conservador moderado, como sistema contrarrevolucionario que pretendía restablecer y conservar en toda la medida de lo posible la antigua jerarquía social decimonónica. El régimen gobernaba por conducto de un parlamento restringido elegido por sufragio limitado, encabezado por una monarquía o en este caso un regente (Horthy) como

sucedaneo128. El Partido Nacional Unificado del régimen puede interpretarse como un

partido de gobierno bastante típico de un sistema autoritario o semiautoritario de la Europa del sur de aquellos tiempos, aunque el limitado grado de representación que permitía el régimen le daba una orientación más electoral y parlamentaria que a las dictaduras más descaradas.

El radicalismo de derechas prosperó en la época contrarrevolucionaria posterior a Béla Kun, y los oficiales reunidos en Szeged para promover el nuevo régimen fueron creando una serie de sociedades ultranacionalistas, antisemitas y racistas que proponían opciones mucho más radicales que las ofrecidas por el nuevo régimen de Horthy. Pero los “radicales de derecha”, como se los llamaba comúnmente en Hungría en el decenio de 1920, carecían por lo general de apoyo popular, y no llegaban a tener las aspiraciones revolucionarias del tipo fascista.

A fines de ese decenio aparecieron grupos más típicamente fascistas y nacionalsocialistas, y más todavía a principios del decenio de 1930, impulsados por el ejemplo extranjero, la Depresión, y el estancamiento y las frustraciones de la

sociedad húngara. Debe dividírseles en, por lo menos, tres tipos generales, aunque algunos de los grupos quizá no fueran fácilmente clasificables; a) los partidarios de un tipo de fascismo moderado, inspirado al menos en parte por el ejemplo italiano; b) imitaciones más radicales del nacionalsocialismo alemán de los que hubo varios, y c) partidarios más caracterizados del nacionalismo revolucionario, sobre todo el Movimiento Hungarista de Saláis ("la Cruz y la Flecha"), por lo menos antes de su nazificación a partir de 1940.

El derechismo radical prosperó entre 1919 y 1922, y después declinó un poco.

Cada vez estaba más influido por el fascismo italiano, en particular a partir del establecimiento de una relación diplomática especial entre Hungría e Italia en 1928, y en su forma ulterior cada vez más fascista se ha llamado a algunos de ellos "fascistas de Szeged" (por su lugar de origen en 1919). El dirigente de los fascistas de Szeged era un oficial de carrera del ejército, Gyula Gömbös, a quien Horthy acabó por ofrecer el puesto de Primer Ministro en 1932, cuando la Depresión había creado graves problemas con los que no podía enfrentarse el partido estatal oficial. Como Primer Ministro constitucional, la vía de Gömbös al poder parecía paralela a la de Mussolini y de Hitler (salvo que no estaba respaldado por un movimiento organizado de masas), pero en Hungría las cosas no eran tan sencillas. El régimen establecido le obligó a moderar su programa e incluso a abandonar en gran medida su antisemitismo antes de concederle el puesto de Primer Ministro. Una vez en el poder, actuó para transformar el Partido

128

C. A. Macartney, October Fifteenth: A History of Hungary

1929-1945, 2 vols. (Nueva York, 19561957), que sigue siendo la major relación general del principal período del régimen de Horthy. El mejor estudio comparado de la Europa oriental en este período es el de Joseph Rothschild, East Central Europe between the Two World Wars (Seatle, 1974).

71

Nacional Unificado, que era el oficial, en una organización más radical, de movilización de masas, y cuando Hitler llegó al poder en 1933, la influencia nazi tendió a sustituir a la del fascismo italiano entre los sectores "fascistizados". Gömbös le dijo a Göring en 1935 que en un plazo de tres años Hungría estaría reorganizada en un estado nacional socialista, pero antes de que terminara el año siguiente murió repentinamente sin que se realizaran sus objetivos en un tanto inciertos.

A partir de 1932, aproximadamente, se formaron grupos más radicales, que recibieron un nuevo impulso por el fracaso de la vía colaboracionista moderada que había seguido Gömbös. La influencia alemana era muy grande entre casi todos ellos, pero no en todos, y varios de los nuevos partidos se dieron el nombre de

"nacionalsocialistas", con la adición de otros adjetivos129. Pero parecía que la mayor

parte de los nuevos nacionalsocialistas pronazis no hacían más que seguir la moda alemana y se expresaban con gran vaguedad acerca de sus objetivos internos concretos.

Si bien todos los sectores fascistizados y nazificados eran retóricamente anticapitalistas y procampesinos, muchos de los que autotitulaban nacionalsocialistas eran mucho menos firmes en su celo por la reforma agraria que, por ejemplo, Gömbös y sus seguidores fascistizados de la derecha radical. Su principal apoyo social procedía de las clases medias

burocratizadas y relativamente empobrecidas, y especialmente de la minoría alemana (suaba), en la cual también hubo quienes organizaran su propio movimiento germano-húngaro de estilo nazi, el MEM.

La única fuerza popular de importancia era “La Cruz y la Flecha”, o Movimiento Hungarista, de otro oficial de carrera del ejército, Ferenc Szalasi. El principal estudio sobre “La Cruz y la Flecha” en un idioma occidental aduce, hasta cierto punto de forma convincente, que el movimiento y el programa de Saláis no se pueden asimilar

meramente a ningún modelo extranjero previo130. Al igual que casi todos los demásnacionalistas radicales húngaros, Szalasi creía en el racismo húngaro131 y proponía una

drástica expansión imperial húngara que incorporaría la gran región del Danubio y los Cárpatos. Lo que le daba su carácter excepcional era la propuesta de que las regiones habitadas por una gran mayoría (del 80 al 90%) de un solo pueblo no magyar gozasen del derecho de autonomía. Otra anomalía era la renuncia teórica que hacía Szalasi de la violencia. Aparentemente creía (al menos al principio) que el nuevo hungarismo triunfaría por la prédica, por el convencimiento, la conversión o la aceptación. Szalasi proclamaba que su movimiento no era antisemita, sino simplemente “asemita”, y proponía que los judíos se fueran de Hungría a otra parte. Su idea del “Verdadero Cristianismo” húngaro puede compararse con los esfuerzos contemporáneos de establecer un “Cristianismo Alemán”, pero quizá fuera menos totalmente herético. Por último, saláis propugnaba un corporativismo económico revolucionario que derrocaría a los grandes terratenientes y capitalistas en aras de un mayor bienestar colectivo.

Probablemente no hubiera falta tomar muy en serio este

programa como aspirante al poder, pero desde luego no estaba calcado del de nadie.

La Cruz y la Flecha se convirtió en un auténtico movimiento de masas de trabajadores y campesinos pobres a fines del decenio de 1930. Como no se presentó con una lista totalmente cerrada en las últimas elecciones de 1939, y como las elecciones húngaras estaban en parte manipuladas, resulta difícil calcular su fuerza electoral

129

Aunque no todos los nuevos partidos "nacionalsocialistas" eran pronazis. Por ejemplo, el Partido Nacional Socialista de Trabajadores del Campo y Obreros, de Zoltan Mesko, era decididamente antialemán y adoptó un programa económico revolucionario en nombre de los campesinos sin tierra y los obreros.

130

N.M.Nagy-Talavera, The Green Shirts and the Others (Stanford, 1970).

131

Sobre las doctrinas del racismo húngaro, véase K.A.Kessler, "Turanism and Pan-Turanism in Hungary, 1890-1945" (tesis doctoral, Universidad de California de Berkeley, 1967).

exacta, pero los mejores indicios de los que disponemos- más del 20% del voto popular

en esas condiciones-132 parecerían demostrar que en aquel momento era el segundo

partido nacionalista revolucionario en popularidad de toda Europa, no superado más que por el nacionalsocialista.

La misma ausencia de democracia en Hungría limitó sus posibilidades, al igual que la inepcia visionaria y la virtual esquizofrenia de sus propios dirigentes.

Normalmente, un régimen autoritario podía contener toda amenaza fascista popular dirigida contra él, y aparentemente, durante la guerra fue disminuyendo la popularidad de la Cruz y la Flecha. Entre tanto, se fue nazificando cada vez más, sin haber estado nunca a la altura de los ideales de su dirigente, y no ocupó el poder sino de forma muy breve en 1944 como títere de la intervención militar alemana.

Rumania La situación en Rumania sólo es análoga a la de Hungría en la considerable fuerza del movimiento legionario (Guardia de Hierro) a fines del decenio de 1930. Por el contrario, Rumania fue uno de los países que más se beneficiaron de la primera guerra mundial, pues se duplicó la superficie del país. Y pese a la corrupción y la coerción proverbiales de la política rumana, hasta 1938 tenía un sistema parlamentario de partidos muy competitivos, y en el decenio de 1920 pasó por una gran reforma agraria. Pero la enorme expansión del país y la democratización parcial de algunas instituciones llevaron a una crisis de identidad nacional a finales del decenio de 1920, y a una larga búsqueda de opciones viables de gobierno. Al igual que en toda la Europa meridional y oriental, la ruptura democrática de postguerra (en el caso de Rumania, elecciones honestas y un

gobierno democrático del Partido Campesino en 1928) desembocó en un derrumbamiento político.

Al igual que en Hungría y en algunos países más, en Rumania se pueden identificar tres caras del nacionalismo autoritario. Había un tipo fascista de nacionalismo revolucionario representado por los legionarios; apareció una derecha radical en el Partido Nacional Cristiano, consagrado casi exclusivamente al antisemitismo, a fines del período apareció un autoritarismo más moderado y supuestamente "legítimo" en la dictadura monárquica de Carol (1938-1940), seguida por la del mariscal Antonescu (1940-1944). La primera fase de la transición a partir del nacionalismo liberal la representó el Partido Populista del general Averescu, fundado en 1919, que gobernó brevemente varias veces en el decenio de 1920 y llevó a cabo gran parte de la reforma agraria. Constituyó un esfuerzo inicial por movilizar a los campesinos y a otros sectores de las clases bajas tras un nacionalismo reformista casi autoritario, pero se quedó a mitad de camino y desapareció en el decenio de 1930.

La Legión del Arcángel Miguel, comúnmente conocida por el nombre de Guardia de Hierro, probablemente fuera el movimiento de masas más extraño de la Europa de entreguerras. En general se la califica como fascista porque satisfacía en

132

De hecho, la coalición electoral entre la facción nacionalsocialista y la Cruz y la Flecha obtuvo 49 diputados en 1939, de los cuales 31 eran hombres de la Cruz y la Flecha, aproximadamente el 13% del total nacional. Pero los datos indican que en algunos distritos se impidió la presentación de los candidatos de la Cruz y la Flecha, y que obtuvieron un número elevado de segundos puestos en bastantes zonas. En

general, donde obtuvieron mejores resultados fue en los distritos obreros de Budapest y en algunas de las regiones campesinas más pobres. Es evidente que era el primer partido nacional de protesta. El principal estudio de su base social es el de Miklos Lackó, Nyilasok Nemzetisocialisták 1935-1944 (Hombres de la Cruz y la Flecha: Nacionalsocialistas 1935-1944) (Budapest, 1966), con su resumen en inglés, Meno f the Arrow Cross: Nacional Socialists 1935-1944 (Budapest, 1969), y su "The Social Basis of the Hungarian Fascists Movement", en Larsen y otros, comps., Who Were the Fascists? Sobre las elecciones de 199, véase Gyorgy Ránki, "A Case Study of the 1939 Elections in Hungary", Ibid.

73

varios aspectos los principales criterios de toda la tipología adecuada del fascismo, y sin embargo presentaba características propias innegablemente privativas. La Legión la fundó en 1927 C. Z. Codreanu, que procedía inicialmente del mismo contexto religioso, nacionalista de derechas y antisemita que había producido el Partido Nacional Cristiano.

Pero Codreanu evolucionó en sentido más revolucionario al dirigirse a la juventud nacionalista radical y al campesinado. Esas cualidades no eran excepcionales; lo que diferenciaba claramente a Codreanu fue que se convirtió en una especia de místico religioso. Los legionarios se identificaban totalmente con su propia interpretación de la ortodoxia rumana y su objetivo final no era político, sino trascendental: la salvación nacional de la comunidad del pueblo rumano (la "raza" rumana, definida finalmente por la tradición) y de cada uno de sus miembros. Los legionarios tenían un programa muy limitado. Codreanu señalaba que ya existían en Rumania una docena de programas políticos

diferentes. Proclamaba, en lugar de ellos, un nuevo espíritu, una revolución cultural-religiosa cuyo objeto era el Omul nou: el "hombre nuevo". Los legionarios apuntaban hacia algún tipo de sistema político autoritario, nacional y orgánico, pero nunca lo definieron; y a una base más nacional y colectiva o comunitaria de la economía, pero aborrecían el marxismo y el socialismo materialista. Trabajaban en empresas colectivas pequeñas que les pertenecían y que se dedicaban a las obras públicas, almacenes cooperativos y restaurantes, etc. Su movimiento era una especie de alianza revolucionaria de estudiantes y campesinos pobres, tanto más dinámica cuanto que durante el decenio de postguerra el número de matriculados en las universidades rumanas había aumentado nada menos que en un 400%- proporcionalmente más que en

otro país de Europa133- lo que creó una gran intelligentsia nueva y sin empelo, propensa

al nacionalismo radical. El movimiento a veces era sumamente violento, pero la violencia legionaria era en cierto sentido cualitativamente diferente de la de otros radicales y revolucionarios por la insistencia que tenía en el sacrificio propio, lo cual llevaba a auténticas inmolaciones que recordaban a los asesinos más moralistas e idealistas de los Socialistas Revolucionarios rusos a principios del siglo. El impulso a la cruzada siempre tuvo fuerza entre los fascistas más fervientes, y tiene razón Ernst Nolte cuando dice que, en cuanto a su compromiso fanático y obsesivo, Codreanu era el dirigente nacionalista europeo que más se parecía a Hitler (a quien también se parecía en poseer un intenso magnetismo personal). Pero una vez más ha de hacerse hincapié en que el complejo de mártires de los legionarios creó un grado de autodestrucción que

raras veces se vio igualado en otros movimientos134.

En las últimas elecciones regulares, los legionarios obtuvieron aproximadamente el 16,5% del voto popular. Dado el grado de manipulación electoral que se seguía practicando en Rumania, es posible que esto indicara un apoyo popular igual al 20% aproximadamente recibido por la Cruz y la Flecha en 1939. Pero el acceso al poder

133

A.C.Janos, “The One-Party State and Social Mobilization: East Europe between the Wars”, en S.P.

Huntington y C.H. Moore, comps., Authoritarian Politics in Modern Society (Nueva York, 1970), cuadros 6-4, pág. 211.

134

La mejor exlicación de la Legión se encuentra en Nagy Talavera, Green Short, Eugen Weber ha escrito dos estudios importantes: “Romania”, en Roger y Weber, comps., The European Right, pa´g. 501-574; y “The Meno f the Arcángel”, JCH 1.1 (abril de 1966), pág. 101-126. Armon hace hincapié en la incoherencia del movimiento en “La Guardia de Hierro”, SC 7.3 (septiembre de 1976), pág.507-544.

Véase asimismo Z.Barbu, “Rumania”, en Wolf, comp., El Fascismo Europeo, pág. 144-162; artículos de Emanuel Truczynzky y S. Fischer-Galati en P.F. Sugar, comp., Native Fascism in the Sucesor Status, 1918-1945 (Santa Bárbara, 1971), pág. 101-123, y Nolte, Die Krise des liberalen Systems, pág. 212-226.

Carlo Sburlati, Codreanu el capitán (Barcelona, 1970) es una biografía reciente. La autobiografía de Codreanu Pentru legionari se ha traducido a varios idiomas occidentales (por ejemplo, Guardia de Hierro, Barcelona, 1976). El mejor estudio de los asuntos rumanos en general durante este período es el que se encuentra en Henry L.Roberts, Rumania

(New Haven, 1951).

74

estaba totalmente bloqueado, tanto en Rumania como en Hungría, pues a principios de 1938 el rey Carol estableció la variante rumana de la dictadura conservadora corriente en la Europa meridional y oriental de la época. Se procedió a una matanza a sangre fría de casi todos los dirigentes legionarios, los sicarios de Carol trataron de fascistizar un régimen que era esencialmente de derechas mediante la formación de un nuevo movimiento juvenil, y en 1940 de un Partido de la Nación como frente gubernamental.

Esto iba acompañado de un programa quinquenal de desarrollo nacional, una parte importante del cual correspondía a un aumento de las inversiones estatales. La caída del régimen carolista a fines del verano de 1940 no estuvo causada tanto por su falta de apoyo popular como por el expansionismo alemán, que había empezado a truncar el país geográficamente.

La dictadura de Antonescu, basada en el ejército que lo siguió, trató de llegar a un acuerdo con la legión, ya decapitada, por tratarse del movimiento nacionalista más popular, pero era imposible un acuerdo duradero. A principios de 1941 estalló en Bucarest la guerra civil, y la Legión quedó derrotada y expulsada del gobierno con la aquiescencia de Hitler. En los últimos años de independencia de Rumania, el país estuvo gobernado por una dictadura derechista bajo Antonescu.

Cabría también observar que durante el período de entreguerras, incluso el antiguo partido de gobierno, el Liberal Nacional, evolucionó hacia una especie de corporativismo y de nacionalismo autoritario. Sus políticas de "neoliberalismo" formaron en algunos aspectos un paralelo

aproximado de la evolución hacia la derecha, autoritaria y corporativa, de los liberales conservadores de países como Italia, Alemania y España.

En Mihail Manoilescu, Rumania también produjo al que fue probablemente el principal teórico europeo del corporativismo autoritario, práctico y desarrollista del decenio de 1930. Manoilescu, directo del Banco Nacional, y mas tarde ministro de Economía y de Relaciones Exteriores de la dictadura derechista de Carol, proponía el corporativismo como programa más útil de economía nacional integrada para las que se llamarían más tarde “naciones en desarrollo”; pero tuvo muy pocas oportunidades de

poner en práctica sus teorías135.

Otros casos balcánicos En Grecia, Bulgaria y Yugoslavia no hubo movimientos de tipo fascista que merezcan consideración, pero más trade surgió uno en Croacia durante la guerra, gracias sobre todo a la conquista alemana y a la creación de un nuevo estado satélite croata.

135

Las principales publicaciones fueron Théorie du protectionnisme et de l’échange international (París, 1929); L’espace corporatif (París, 1934); Le Siécle du corporatisme (París, 1936), y Der einzige Partei (Berlin, 1941). No utilizaba la palabra planificación ni proponía la autarquía pero aducía la eficacia del corporativismo nacional para la integración de los recursos y para el desarrollo independiente, y aspiraba a la situación de importaciones (aunque fuera a gran costo individual) y a una estructura productiva nacional equilibrada.

Manoilescu establecía una distinción entre el corporativismo y el fascismo, pues definía a este último como

fenómeno italiano, y al primero como la integración y la representación de todas las fuerzas sociales, económicas y culturales de un país dado, con todas sus diferencias nacionales. Según él, el corporativismo sería “totalitario”, porque abarcaría todas las fuerzas sociales y económicas, pero no sería centralizado ni despótico, porque permitiría un pluralismo limitado y una autonomía centralizada dentro de esferas específicamente delimitadas. Esta era la sustancia de lo que él llamaba “corporativismo puro”, para diferenciarlo del corporativismo “estatal” o “subordinado” de Musssolini. Sin embargo, en su última obra se consideraba a Mussolini y a Hitler como aspectos diferentes del desarrollismo nacional político y económico moderno, que combinaba a “Rousseau, Dantón y Napoleón”. El único estudio que merece la pena es el de P.C.Schmitter “Reflections on Mihail Manoilescu”, en K. Jowitt, comp., Social Change in Romania, 1860-1940 (Berkeley, 1978), pág. 117-139.

75

Para fines del decenio de 1930, la característica común de los gobiernos balcánicos había pasado a ser la dictadura monárquica derechista (Yugoslavia, 1929-1939;

Bulgaria, 1935-1943; Grecia, 1936-1941; Rumania, 1938-1940). Generalmente se califica a estos regímenes de conservadores o reaccionarios, pero aunque eran de derechas, todos ellos salvo el de Bulgaria intentaron introducir procedimientos nuevos e importantes, y todos ellos atravesaron por algún grado de fascistización externa. La principal fase de pseudofascistización bajo la dictadura yugoslava se produjo cuando era Primer Ministro Milan Stojadinovic (1935-1938), que intentó sin éxito introducir algunos de los arreos externos del fascismo, con su tentativa de formar un nuevo partido estatal con una base de masas, y

con la introducción de un nuevo programa corporativista de desarrollo económico. El régimen monárquico del "Zar"Boris de Bulgaria fue el único que se resistió en gran medida a los arreos del fascismo, pues sólo aspiraba a un "régimen sin partidos" que no proponía ninguna doctrina formal ni organización nueva.

El único movimiento de masas que tuvo éxito en esos países después de la primera guerra mundial, y sólo de forma pasajera, fue la Unión Agraria Búlgara de

Alexander Stamboliski, que gobernó Bulgaria de 1920 a 1923136. Los agrarios tenían

también una milicia del partido, la Guardia Naranja, pero lo mismo ocurría con los partidos búlgaros de izquierdas.

En los tres países se organizaron partidos que eran de tipo fascista o nazi, algunos de los cuales se dieron el nombre de nacionalsocialistas, pero no lograron mucho apoyo. Apenas menos insignificantes fueron el movimiento Zbor de Ljotic en Serbia, el Partido Social Nacional del Dr. Tsankov en Bulgaria en el decenio de 1930, y más tarde el movimiento de Ratnitsi (Guerreros) y el Legionario del general Lukov en

Bulgaria, a finales del decenio137. La ausencia de movimientos fascistas importantes en

Grecia y Bulgaria constituye un pequeño misterio, pues Bulgaria fue una de las grandes perdedoras de la primera guerra mundial, y Grecia sufrió un desastre nacional en la guerra con Turquía de 1920-1923. Además, ambos países se enfrentaban con graves problemas económicos, y normalmente carecían de un gobierno estable y eficaz. La falta de dirigentes es una justificación de la debilidad de los partidos fascistas, pero todavía no se han formulado explicaciones convincentes.

Antes de la guerra, la principal figura del nacionalismo

autoritario en los Balcanes meridionales era el general Metazas, que fue dictador de Grecia bajo la Corona desde mediados de 1935 hasta 1941. Sin embargo, se trataba más bien de una figura de la derecha autoritaria radical que de un revolucionario fascista, pues su único grupo político había sido un partido monárquico de la extrema derecha, y en el poder no fundó ningún nuevo movimiento propio de masas. Metazas miraba más hacia el pasado que hacia el futuro, y trató de promover un nuevo etnicismo y una cultura nacional a la que llamó Helenismo. No propuso ningún cambio drástico en Grecia, salvo los de tipo político y cultural, pero admiraba algunos aspectos del régimen italiano y el alemán. Por eso introdujo algunos de los arreos del fascismo, pero estrictamente en la forma convencional de un movimiento juvenil, etc.

Metazas utilizaba el término totalitario, pero le daba poco contenido constitucional, más allá de un concepto general de coordinación nacional bajo una dictadura política. Aspiraba a un sistema corporativo de regulación económica, y actuó sobre todo para mejorar la situación económica del campesinado. Para el movimiento

136

John D. Bell, Peasants in Power (Princeton, 1977).

137

Véase M.L. Millar, Bulgaria during the Second World War (Stanford, 1975); Nolte Die Krise des liberalen System, pág. 194-200; y artículos de Dimitrije Djordjevic e Ivan Avakumovic en Sugar, comp., Native Fascism, pág. 125-143.

76

juvenil se utilizaron varios aspectos externos, como el saludo fascista y el emblema de la doble hacha cretense (bastante parecida a las fasces); pero no elaboró un sistema

raical e institucionalizado, carecía de ambición en las relaciones exteriores y basaba mucho su nueva filosofía en la tradición y la religión. Evidentemente, Metazas se

parecía mucho más a Franco que a Hitler o a Mussolini138.

Checoslovaquia Al igual que todas las demás zonas de la Europa meridional y oriental, los estados del Báltico estuvieron dominados por gobiernos autoritarios de derechas. Los movimientos más categóricamente fascistas, de los que hubo varios en esta región, tendían a ser bastante débiles, aunque la tentativa del régimen polaco, desde 1926 a 1939, por establecer un partido estatal protofascista, el OZN, llegó más allá que las tentativas similares de los países balcánicos.

Aunque el golpe de estado de Pilsudski de 1926, que estableció el sistema

autoritario en la Polonia de entreguerras fue mucho más sangriento139que la Marcha

sobre Roma cuatro años antes, el propio Pilsudski negaba toda ambición de crear un estado totalmente represivo. Los estudiosos más serios de su régimen tienden a convenir en que se trataba de un sistema semipluralista conservador y moderado, más parecido al de Dollfuss y Schuschnigg, o al de Primo de Rivera en España, que al de la Italia de

Mussolini140. El frente político gubernamental (BBWR), organizado en 1928, se parecía

más a la Unión Patriótica de Primo de Rivera o al Frente de la Patria de Austria que a una organización fascista.

Un papel más radical en muchos aspectos fue el desempeñado por el Partido Nacional Demócrata (más tarde sencillamente Partido Nacional) de Polonia occidental.

Los nacionaldemócratas, que componían un partido electoral de masas, eran intensamente antisemitas y exigían

una política más represiva contra otras minorías nacionales. Tendían a admirar a la Italia de Mussolini, igual que otros grupos católicos preautoritarios de la Europa oriental, pero más tarde estuvieron también algo influidos por el racismo nazi. Sin embargo, esas tendencias aparecieron de forma mucho más decidida entre la juventud Nacional demócrata radical, que en el decenio de 1930 se escindió con el nombre de Partido Nacional Radical y parió a su vez dos organizaciones más explícitamente fascistizantes, la ANC y la Falanga.

Es probable que la Falange fuera el único partido claramente fascistizante de Polonia a fines del decenio de 1930. Su nombre procedía del falangismo español, pero su catolicismo era más extremado que el de su contrapartida española, pues la Falange

insistía en que"Dios es el fin elevado del hombre"141, declaración más propia de

Codreanu que de José Antonio Primo de Rivera. La otra característica privativa de la

138

Es poco lo que se ha escrito, salvo en griego, sobre Metazas. Véase Harry Cliadakis, "Greece, 19351941"(tesis doctoral, Universidad de Nueva York,1970). Paul Hayes destaca el carácter meramente fascistizado, pero sin llegar a ser genéricamente fascista, de Metazas en su Fasism (Londres, 1973),pág. 177-189. en cambio, Cliadakis, en "Le Régime de metazas et la Deuxiéme Guerre Mondiale" (Revue d`Historie de la 2e. Guerre Mondiale, Nº 107 (1977), pág. 19-38) aduce el carácter intrínsecamente fascista del régimen, pero utiliza una definición muy general del fascismo, que podría aplicarse a diversos tipos de nacionalismo autoritario antimarxista.

139

Véase J. Rothschild, Pilsudski's Coup d'Etat (Nueva York, 1966).

140

Compárense las observaciones de Frantiszec Ryszka y Jerzy Borejsza en el artículo de Borejsza "Italian Fascism and East-Central Europe, 1922-1943", en Larsen y otros, comp., Who Were the Fascists?

141

E.D.Wynot, Jr., Polish Politics in Transition:The Campof National Unity and the Struggle for Power, 1935-1939 (Athens, Georgia, 1974), pág. 88.

77

Falange fue su ulterior insistencia en la eliminación del sector privado de la economía a

favor de algún tipo de nacionalsocialismo142.

Con la nueva constitución autoritaria/corporativista de 1935 y la muerte de Pilsudscki aquel mismo año se produjo un cambio fundamental en el Gobierno de Polonia. La constitución redujo la esfera del pluralismo tolerado y sirivió de fuente de inspiración de los corporativistas autoritarios de otros países católicos, como el Brasil.

Los sucesores de Pilsudscki- los Coroneles- comprendieron que necesitarían una organización más fuerte y más movilizada que el difunto BBWR. El resultado fue el OZN, el Campo de la Unidad Nacional, la variante polaca del protofascismo estatal burocrático. Su primer director, el coronel Koc, llegó a confiar desproporcionadamente en Boleslaw Piasecki, jefe de la Falange, y las consecuencias totalitarias revolucionarias de esta relación llevaron al cese de Koc y al corte de la relación con la Falange. A veces se utilizaba el término de democracia dirigida para describir el

nuevo sistema, pero de hecho en 1939 los nuevos directores del OZN estaban llevando adelante planes para montar una organización estatal movilizada y un sistema de partido único controlado.

La lógica política de un sentido entre la Alemania nazi y la Rusia comunista les parecía evidente por sí misma a los dirigentes polacos, y el estallido de la guerra parece haber sido lo único que impidió el desarrollo de un sistema de partido único más represivo e

integrado143.

Por último, cabría señalar que, al igual que en otros estados multinacionales como Yugoslavia y España, el régimen polaco tenía que enfrentarse con una especie de grupo de "liberación nacional" de una nacionalidad minoritaria que tenía muchos de los aspectos del fascismo, la Organización de Nacionalistas Ucranianos, parcialmente nazificada durante la década de 1930.

Las situaciones de los tres estados bálticos eran parcialmente paralelas. A fines de 1926 se estableció en Lituania una dictadura derechista moderada mediante un golpe militar, cuando la izquierda había avanzado mucho en las elecciones nacionales y tras firmarse un nuevo tratado con la Unión Soviética. La figura dominante bajo el nuevo régimen era el Presidente Antanas Smetona, que siguió siendo Jefe del Estado hasta la desaparición de Lituania en 1940. Distinguía entre, por una parte, el corporativismo y un sano autoritarismo y, por la otra, el totalitarismo. En constituciones ulteriores se mantuvo un cierto grado de pluralismo, pero la principal fuerza política era la Tautininkai (Unión Nacional), grupo radical de derecha que se basaba en la intelligentsia y en los campesinos más prósperos. Ocupó un lugar más destacado a fines del decenio de 1930, y en el

último año de su existencia el régimen parecía avanzar

hacia un sistema de partido único144.

En cambio, los regímenes moderados de los que Georg von Rauch califica de "democracia autoritaria" en Letonia y Estonia los instituyeron en 1934 las fuerzas moderadas simplemente como autoritarismo preventivo. Konstantin Päts, dirigente del Partido de los Agricultores en Estonia, estableció un gobierno más autoritario, sobre todo para controlar la influencia de la Liga de Excomabatientes, radical de derechas (cuyo nombre técnico era el de Asociación de Combatientes Estonianos por la Libertad), mientras que en Letonia el nuevo gobierno de Ulmanis se oponía tanto a los comunistas como a la Cruz del Trueno, partido vigoroso y nuevo de tipo fascista de

142

Esto ayuda a explicar por qué a Boleslaw Piasecki, el jefe de la Falange (al que en 1938 le gustaba que le llamaran "Il Duce"), lo pudieron utilizar como importante aliado después de 1945 los comunistas para una especie de socialismo católico. Véase Lucjan Blit, The Eastern Pretender (Londres, 1965).

143

El principal estudio es el de Wynot, Polish Politics in Transition.

144

Véase Leonas Sabaliunas, Lithuania, 1939-1940 (Bilomington, Indiana, 1972), y Georg von Rauch, The Baltic Status (Berkeley, 1974), pág. 119-120, 161-165.

78

Letonia que estaba muy influido por el nazismo (aunque políticamente era muy antialemán).

Tato el régimen de Letonia como el de Estonia trataron de mantener el pluralismo y una moderación considerable. Por lo que hace a modelos extranjeros, preferían a Austria y a la Italia de principios de la década de 1930. El régimen de Estonia creó efectivamente un frente político, la Asociación Nacional, pero en ninguno

de los dos casos surgió una dictadura rígidamente institucionalizada145. Su principal

éxito consistió en mantener una tasa notablemente positiva de crecimiento económico a fines del decenio.

Las democracias del norte de Europa.

La actividad de los regímenes de tipo fascista y nazi en las democracias del norte de Europa resulta interesante sobre todo para quienes persiguen conclusiones negativas. Ninguno de los partidos del norte de Europa logró movilizar jamás más del 2% del voto popular, con las dos excepciones, limitadas y efímeras, del IKL finlandés en 1936 y de los nacionalsocialistas holandeses en 1935 y 1937. Además ningún partido del norte de Europa de este tipo encontró jamás aliados influyentes en otros sectores políticos.

La insignificancia de los partidos fascistizantes o aspirantes a fascistizantes no es en absoluto sorprendente, pues en esa región faltaban casi todas las condiciones enumeradas por la mayoría de los analistas como requisitos previos probables para la aparición de una política fascista. Ninguna de las democracias del norte, salvo Irlanda, se enfrentaba con problemas importantes de nacionalismos, etnia o rango internacional.

Todas ellas, salvo Irlanda tenían un nivel alto de educación, eran prósperas, económicamente desarrolladas y estaban socialmente equilibradas, y gozaban de culturas políticas modernas establecidas y de tradiciones constitucionales

parlamentarias. No existía espacio para un nacionalismo revolucionario ni “necesidad”

de éste146.

145

Von Rauch, Baltic Status, pág. 146-161, Tönü Parming, The Collapse of Liberal Democracy and the Rise of Authoritarianism in Estonia (Londres/Beverly Hills, 1975); JUrgen von Hehn, Lettland zwischen Democratie und Diktatur (Munich, 1957).

146

Véase un breve comentario en mi “Fascism in Western Europe”, en Lacqueur, comp., Fascism: A Reader`s Guide, pág. 295-311. Lo que se ha escrito acerca de los partidos y los movimientos de tipo fascista en las democracias del norte de Europa es casi más de lo que merece el tema. El más notorio de esos grupos fue la Nasjonal Samling (Unificación Nacional) de Vidkun Quisling, de Noruega, sobre todo por su papel durante la ocupación alemana. El 2,16% de votos que obtuvo la Nasjonal Samling en las elecciones de 1933 señaló su cenit como fuerza autónoma. La biografía de Paul M. Hayes, Quisling (Londres, 1971) es la mejor. Véase asimismo Hans- Dietrich Loock, Quislin’s Rosenbreg und Terboven (Stuttgart, 1970); A.S.Milward, The Fascist Economy in Norway (Oxford, 1972); O.K. Hidal, “Vidkun Quisling’s Decline as a Political Figure in Prewar Norway, 1933-1937”,JMH 43.3 (septiembre de 1971), pág. 440-467; y, mucho satisfactorio, Quisling (Londres, 1965), de Ralph Hewins. La base social de la Nasjonal Samling se estudia sistemáticamente en la obra de Stein U.Larsen, J.P. Myklebuts y otros, en Larsen y otros, comp., Who Were the Fascists? Cabe encontrar citas de otros trabajos en idiomas escandinavos sobre los partidos de tipo nazi en Noruega,

Suecia y Dinamarca en las notas de mi artículo citado supra.

La biografía más completa de Sir Oswald Mosley, jefe de la insignificante Unión Británica de Fascistas, es la de Robert Sidelsky, Oswald Mosley (Londres, 1975). Obras anteriores son la de Colin Cross, The Fascists in Britain (Nueva York, 1963); Robert Benewick, Political Violence and Public Order: A Study of British Fascism (Londres, 1969); y W.F.Mandle, Anti Semitism and the British Union of Fascists (Londres, 1968). Maurice Manning, en The Blueshirt (Dublin, 1970), que se refiere a la única contrapartida irlandesa possible, revela que dificilmente se podría definir a los Camisas Azules como representantes de un fascismo genérico.

79

La excepción parcial más importante es el caso de Finlandia en el decenio de 1930, explicable por las secuelas de la guerra civil revolucionaria (más grave en Finlandia que en el caso mejor conocido de Hungría en 1919), por la proximidad y la amenaza de la Unión Soviética y por la existencia de un auténtico irredentismo finlandés, pues en la década anterior la Unión Soviética había conservado la Karelia oriental. Tras la victoria de los blancos en la guerra civil finlandesa, las tradiciones, las instituciones y la sociedad finlandesas apoyaron con bastante facilidad la aparición de un constitucionalismo parlamentario relativamente modélico. En la política finlandesa de la década de 1920, la derecha radical estaba representada por la Sociedad Académica de Karelia (AKS), que propugnaba doctrinas de racismo híbrido finlandés, expansión militar hacia el gran oriente finlandés y un gobierno más elitista, jerárquico y autoritario. Tenía una influencia considerable entre la juventud culta, pero siguió siendo técnicamente lo que implicaba su nombre, una sociedad meramente "académica" con sólo unos miles de

miembros.

A partir de 1929 empezó a aparecer un tipo de nacionalismo más revolucionario y fascistizante, en forma del movimiento de Lapua, así nombrado por una pequeña ciudad que había sido el objetivo de un levantamiento anticomunista ese mismo año.

Una tentativa abortada de hacerse con el gobierno en 1932 llevó a la proscripción del movimiento de Lapua, pero este reorganizó en forma de Movimiento Patriótico Popular (IKL), que defendía una reorganización corporativista drástica de la estructura social y económica para una "comunidad del pueblo" finlandés. Para esta época, la influencia del hitlerismo era obvia, y en las elecciones de 1936 el IKL obtuvo el 8,3% del voto popular. Pero ese fue su máximo absoluto, pues en Finlandia existía efectivamente un consenso favorable a las instituciones democráticas parlamentarias, y además el país tuvo más éxito en el enfrentamiento con la depresión económico que muchos otros de Europa. La aparición de una amenaza fascista revolucionaria llevó a aun estrechamiento de las filas parlamentarias y a un nuevo reforzamiento del sistema, al igual que ocurrió en Bélgica, y el voto del IKL descendió algo en las últimas elecciones de preguerra, en

1939147.

Una excepción estadística menor a la "norma del 2%" aproximadamente como límite de apoyo público a los partidos de corte fascista o nazi en las democracias del norte de Europa es la que podría observarse también técnicamente en el caso de Holanda, donde el Movimiento Nacional Socialista de los Países Bajos (NSB) de Antón Mussert obtuvo el 7,9% del voto nacional en las elecciones provinciales de 1935, y el 4,2% en las elecciones parlamentarias de 1937. Pero

el NSB perdió la mayor parte de sus seguidores en las últimas elecciones provinciales de 1939, de forma que la experiencia parece haber sido una aberración momentánea político estadística.

Pese a su título, el NSB era un partido de estilo mucho más fascista que nazi.

Proponía un sistema corporativo bastante parecido al de Italia, en lugar de una Volksgemeinschaft, y defendía la libertad de religión como parte del principio nacional neerlandés. No sólo no era oficialmente antisemita (aunque existía un ala nazi radical), sino que incluso aceptaba miembros judíos, o sea, que dicho en otros términos era un

tipo muy holandés de nacionalsocialismo148 (existía además un minúsculo Partido

En cuanto al escasamente desarrollado fascismo suizo, véase Beat Graus, Die Nationale Front (Einsiedeln,1969); y W.Wolf, Faschismus in der Schweiz (Zurcí, 1969).

147

Existen pocas obras en idiomas occidentales. Véase Marvin Rintala, Three Generations: The Extreme Right Wing in Finnish Politics (Bloomington, Indiana, 1962), y "Finland", en Rogger Weber, comps., The European Right, pág. 408-442; y A.F.Upton, "Finlandia", en Woolf, comp., El Fascismo Europeo, pa ´g. 179-209. en mi artículo citado en la nota anterior se pueden hallar referencias a obras en finés.

148

Existe un breve resumen en la obra de Werner Warbrunn, The Dutch under German Occupation (Stanford, 1963), pág. 83-96; en neerlandés, véase G.A. Kooy, Het echec van een "volkse" Beweging

80

Nacional Socialista Obrero Holandés, pero era tan radical, tan extranjero y tan mimético que no logró atraer seguidores).

Francia y Bélgica Parece que los países de habla francesa también presentan algunas excepciones a la generalización acerca de la falta de atractivo del fascismo en las democracias del norte de Europa; pero también en este caso las excepciones son parciales y limitadas, y no absolutas y tajantes. Pese a que en Francia pululaban las ligas y los partidos putativamente fascistas, no se pueden hallar en ese país excepciones a la "norma del 2%", pues ninguno de los partidos franceses se organizó lo suficiente como para ingresar en el sistema electoral. Además, después de todo Francia no es una "democracia del norte de Europa" en cuanto a su estabilidad institucional y su devoción inquebrantable por el proceso constitucional liberal. Comparte muchas de las características de la comunidad política de Europa del sur en cuanto a centralización represiva, pautas revolucionarias, más bien evolucionistas, de cambio, culturas de intelligentsias radicales enfrentadas, antagonismos de clase y políticas grupusculares sectarias o de ascensión social. Como Francia ha tenido una de las economías más avanzadas y uno de los niveles de vida más elevados del mundo desde el siglo XI, las explicaciones de este estado de cosas, es de supones que se hallen más en el reino de la cultura y de las instituciones que en un determinismo socioeconómico. En cambio, Bélgica ha funcionado en casi todos los aspectos como una democracia modelo del tipo noreuropeo desde que se creó el país en 1830. El principal enfrentamiento en Bélgica deriva de la división étnica que colorea gran parte de la política del país, y que probablemente sea la principal explicación de la disidencia política de la década de

1930.

Zeev Sternhell ha demostrado de manera concluyente que casi todas las ideas

que aparecen en el fascismo y el nazismo surgieron primero en Francia 149. La fusión del

nacionalismo radical con aspiraciones socioeconómicas revolucionarias y colectivistas o semicolectivistas surgió primero en ese país, y Francia también fue el primer gran país en el que la principal fuerza de la izquierda revolucionaria rechazó abiertamente el parlamentarismo, al mismo tiempo que apoyaba una especie de nacionalismo.

Análogamente, los efectos de la revolución cultural e intelectual del decenio de 1880 tuvieron más amplitud en Francia que en ningún otro país fuera de las zonas culturales de la gran Alemania e Italia. Desde luego, lo que era diferente era sencillamente la situación general de Francia en comparación con los países de la Europa central y oriental. Francia era uno de los estados nacionales más antiguos y que siempre había tenido más éxito, vencedor en la primera guerra mundial, un país próspero y en general equilibrado socialmente, y una de las dos potencias imperialistas dominantes del mundo occidental. Evidentemente, había poca necesidad de un nacionalismo revolucionario y escaso espacio para éste.

Los fascistas franceses avanzaron hacia una especie de fascismo tanto desde la derecha como desde la izquierda, pero más bien desde esta última dirección, paralelamente a los fascistas fundadores en Italia (o en Inglaterra). La Action Française, como principal fuerza francesa de la derecha radical, era esencialmente reaccionaria, además de profundamente no activista, y encima le interesaban poco las cuestiones sociales o la movilización, de modo que quien primero intentó imitar el fascismo fue Georges Valois, un

joven militante que abandonó la Action Française para crear un (Assen, 1964); y A.A. de Jorge, Het Nationalsocialisme in Nederland (La Haya, 1968).

149

En La Droite Révolutionnaire y otras obras de Sternhell citadas en el capítulo 2.

81

movimiento nacionalista revolucionario y movilizador. Su Le Faisceau, fundado en 1925, quizá llegara a reclutar como máximo casi 50.000 miembros en el año siguiente, antes de empezar a decaer. La fórmula de Valois "nacionalismo más socialismo igual a fascismo" era simplista, pero no del todo inexacta. Su objetivo era unir al sindicalismo francés con el nacionalismo y edificar un tipo nuevo de movimiento radical; pero no tuvo sino un breve éxito. Por otra parte, no podía atraer a militantes de una izquierda bien organizada; y por la otra, el espacio estaba cerrado por el éxito del

conservadurismo francés y de los nuevos grupos de la derecha radical150.

En general, el nacionalismo autoritario de derechas era mucho más popular en Francia que el fascismo. El crecimiento pasajero de Le Faisceau se vio muy superado por el de un nuevo movimiento de la derecha juvenil radical, las Jeunesses Patrotes de Pierre Taittinger. Estas últimas procedían directamente de la antigua Liga de los Patroitas de Déroulède, cuyos residuos sobrevivieron hasta el decenio de 1920, y que, al igual que el partido de Valois, se vieron estimuladas momentáneamente por la victoria izquierdista del Cartel des Gauches en las elecciones francesas de 1924. Conforme al mismo criterio, fueron decayendo tras la victoria conservadora moderada de 1928.

Después, las Jeunesses se vieron desbordadas por los dos

nuevos movimientos derechistas, la Solidarité Française y las Croix de Feu. Las estimaciones policiales, poco fiables, establecían el número de seguidores de la Solidarité Française (organizada en 1933) nada menos que en 250.000 en 1934, antes de que también ella cayera en decadencia.

El más numeroso de todos los nuevos movimientos nacionalistas en la Francia de entreguerras fue el de las Croix de Feu del coronel de la Rocque. Aunque tampoco en este caso se dispone de cifras fidedignas, en el decenio anterior a la guerra se convirtió en una de las mayores fuerzas políticas de Francia. Parece que las Croix de Feu obtuvieron más apoyo que otros grupos, pues algunos sectores de la gran empresa y las finanzas las consideraban como el vehículo para la imposición de una especia de

sistema autoritario tecnocrático151.

Fueron estas "ligas" derechistas financiadas por la gran empresa y basadas en las clases medias, las que crearon el "terror al fascismo" en Francia en la época de los motines de febrero de 1934 en Paris. El resultado de ese terror fue el auge del antifascismo francés, que se había expresado y estado organizado desde 1923, antes de que existiera en Francia una fuerza fascista o ni siquiera autoritaria de la nueva derecha.

"Así, a partir del 6 de febrero de 1934, el antifascismo se convirtió en el hecho político

dominante en Francia, mil veces más importante que el fascismo"152. Fue un elemento

importante en la victoria electoral del Frente Popular en 1936, que pasó a ordenar la disolución por ley de las ligas derechistas. La única de verdadera importancia, las Croix de Feu, se reorganizó con el nombre de Parti Social Française, pero esta reconstitución como partido político llegó demasiado tarde para participar en las últimas elecciones

parlamentarias de antes de la guerra153.

150

Una vez más, el mejor estudio es el de Zeev Sternhell, “Anatomie d’un mouvement fasciste: Le Faisceau de Georges Valois”, Revue française de science politique, 26.1 (febrero de 1976), pág. 5-40.

151

Klaus-Jügen Muller, “French Fascism and Modernization”, JCH 11.4 (octubre de 1976), pág. 75-107.

152

Jean Plumyéne y Raymond Lasierra, Les Fascismes français 1923-1963 (Paris, 1963), pág. 42.

153

El estudio más amplio de todos los grupos fascistizantes y de la derecha radical francesa en la entreguerra es el de Plumyéne y Lasierra, Fascismos français. Véase asimismo Eugen Weber, “France”, en Rogger y Weber, comps., The European Right, pág. 71-127; René Rémond, The Right Wing in France (Filadelfia, 1966); Philippe Bourdrel, La Cagoule (Paris, 1970); Raoul Girardet, “Notes sur l’espirit d’un fascisme français 1934-1939”, Revue française de science politique, Nº5 (1955).pág. 529-546; Zeev Sternhell, «Some Aspects of Franch Fascism», en Larsen y otros, comps., Who Were the Fascists?, y varios artículos de Robert Soucy:“The Nature of Fascism in France”, JCH 1.1 (abril de 1966), pág. 2755; ” French Fascism as Class Conciliation and Moral Regeneration”, Societas, 1.4 (otoño de 1971), pág.

82

En el decenio de 1930 no surgieron más que tres nuevos partidos específicamente fascistizantes, y entonces lo hicieron débil o equívocamente. Los primeros fueron los Francistes de

Marcel Bucard, organizados en 1933, en parte a partir de un núcleo diminuto de restos de un partido nacional socialista francés abortado, organizado después de la primera guerra mundial por Gustave Hervé. Más trade estuvieron subvencionados por Mussolini, y parece que formaban el grupo fascista más directo e

intransigente de Francia154,lo cual quizá sirva para explicar su casi absoluta falta de

seguidores.

Más importancia tenía el neosocialismo de Marcel Déat y el nacional socialismo multiclasista de Jacques Doriot. A principios del decenio de 1930, Déat era una estrella en auge del Partido Socialista Francés, y Doriot el dirigente joven más popular y dinámico del comunismo francés. En consecuencia, sus situaciones eran notablemente parecidas a la de Mussolini en el socialismo italiano de 1912, o a la de Sir Oswald Mosley, despuñes dirigente del fascismo británico, en el Partido Laborista a fines del decenio de 1920. Déat rompió con el socialismo marxista franc´ñes ortodoxo poco después de 1930, del que discrepaba en las cuestiones del nacionalismo, la modernización económica y el sectarismo de clase. Sostenía que la vía al bienestar y el desarrollo se encontraban mediante una planificación nacinal organizada y la integración de todas las fuerzas productivas, y que el socialismo de clase en Francia era a la vez políticamente derrotista y económicamente no funcional. Su Partido Socialista de Francia (1934) no era fascista, sino simplemente nacionalista y orientado hacia la colaboración de clases y un crecimiento económico integrado y planificado. Durante algún tiempo arrastró tras él a una minoría importante de diputados socialistas en la Cámara, y a xcasi una quinta parte de los miembros de la base del partido. Déat no propugnó un tipo de verdadero fascismo hasta la

época de la ocupación alemana. Su Rassemblement Nacional Populaire (1941) formó la extrema izquierda del fascismo y el

colaboracionismo francés durante la guera155.

La situación de Doriot era por lo menos igual de compleja. En 1935 había roto con el comunismo, en gran medida debido a las cuestiones del stalinismo y la dominación rusa. El Parti Populaire Français (PPF) que fundó después se organizó demasiado tarde para participar en las últimas elecciones francesas de la preguera, pero arrastró a una importante minoría de los comunistas franceses y creció rápidamente.

Aunque cuando decía tener 300.000 miembros a principios de 1938 estaba multiplicando la cifra real, el PPF llegó a ser, con mucho, el más numeroso de los grupos fascistas franceses.

Pero este éxito momentáneo no dejaba de tener relación con el hecho de que el PPF necesitó varios años para transformarse en una organización de tipo plenamente fascista, proceso que probablemente no quedó acabado hasta la ocupación alemana. Al igual que el nuevo grupo de Déat, ocuapaba una especie de lugar intermedio entre el 289-297; "French Fascist Intellectuals in the 1930`s", French Historical Studies, 8.3 (primavera de 1974), pág. 445-458; y "France" en S.R.Ward, comp., The War Generation (Port Washington, Nueva York, 1975), pág.59-103. Philippe Rudeaux, Les Croix de Feu et le P.S.F. (Paris, 1967) da una interpretación simpatizante de un ex-miembro).

154

O eso es lo que opinan algunos comentaristas. El Sommaire editado por el partido de vez en cuando exponía un programa de tipo reconociblemente fascista, pero no tenía nada de notable.

155

La transición de Déat a partir del socialismo ortodoxo se estudia en Stanley Grossman, “NeoSocialism: A Study in Political Metamorphosis” (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1969).

Existía una considerable congruencia entre las ideas económicas de Déat y las de Hendrik de Man, el dirigente del Partido Laborista Belga, que colaboró con la ocupación alemana, pero no se convirtió en fascista conforme a la definicxión empleada en el presente estudio. Acerca de De Man, véase Pater Dodge, Beyond Marxism: The Faith and Works of Hendrik de Man (La Haya, 1966); y Eric von S.Hansen, Hendrik de Man and the Crisis in European Socialism, 1926-1936 (Ithaca, 1968).

83

socialismo económico y la colaboración nacionalista de clases, sin aceptar todos los principios de la cultura y la política fascistas. Después de Munich, y con el aumento de las tensiones internacionales, parece que el apoyo al PPF, todavía ambiguo, empezó a

disminuir rápidamente156 . Una medida de la fuerza relativa y del consenso en torno a la

Tercera República es que en varias ocasiones los comunistas franceses y los conversos, cada vez más fascistas, del PPF proclamaron los unos contra los otros que eran ellos quienes defendían las instituciones constitucionales republicanas.

Más problemático parecía ser el caso de Bélgica, donde dos movimientos supuestamente fascistas, Chirstus Rex y la VNV (Federación Nacional Flamenca) obtuvieron el 11,49 y el 7,12%, respectivamente, del voto popular en las elecciones parlamentarias de 1936, con un voto combinado del 18,61%. La principal matización en el caso de Bélgica es que en 1936

1936 no se podía calificar correctamente al Rex ni a la VNV de categóricamente fascistas. La VNV contaba con el paoyo de nacionalistas flamencos de tendencias doctrinales diversas. Algunos de sus dirigentes y militantes tenían efetivamente inclinaciones fascistas, otros relativamente democráticas, y la línea oficial era incierta. El movimiento rexista de León Degüelle tuvo su origen en la juventud católica radical, y sus objetivos iniciales era una reforma católica corporativa del gobierno de Bélgica, que al principio rechazaba el autoritarismo abierto e incluso proponía introducir una forma limitada de sufragio femenino. Hasta después de las elecciones de 1936, y especialmente hasta 1938, no procedieron Degüelle y el líder de la VNV, Staf de Clercq, ajustar sus políticas y sus programas directamente a la política fascista. En el proceso, Degüelle perdió la mayor parte de sus seguidores. Ocho de los 21 diputados de Rex en el parlamento se marcharon del movimiento en señal de protesta antes de las elecciones siguientes, celebradas en 1939. Mientras que Degüelle había obtenido el 19% de los votos en las elecciones presidenciales de 1937, su movimiento había bajado al 4,43% en las de 1939.; la VNV, que se basaba en el nacionalismo flamenco, obtuvo en total un 8,27%. En el caso de ambos grupos, igual que en los de Déat y Doriot, la transición a una postura totalmente fascista no se realizó hasta después

de 1940157.

156

El estudio más autorizado es el de Dieter Wolf, Die Doriot Bewegung (Stuttgart, 1967). Véase asimismo Gilbert Allardyce, "The Political Transition of Jacques Doriot", JCH 1.1 (enero de 1966), pa´g. 56-74; y la tesis doctoral de Allardyce sobre el mismo tema (Universidad de Iowa, 1966).

El PPF fue el partido que obtuvo el apoyo del mayor grupo

de intelectuales fascistas franceses (Drieu la Rochelle, Brasillach, etc.), que han despertado mucho la atención de los historiadores. Cf., entre otros, Paul Sérant, Le Romantisme fascista (Paris, 1959); Tarmo Kunnas, Drieu la Rochelle, Céline, Brasillach et la tentation fasciste (Paris, 1972); Jacqueline Morand, Les Idées politiques de Louis Ferdinand Céline (Paris, 1972); y W.R. Tucker, The Fascist Ego (Berkeley, 1975).

157

El único estudio general de los movimientosbelgas se encuentra en una tesis doctoral inédita de Ronald Chertok, "Belgian Fascism" (Universidad de Washington, 1975), que empela una definición sumamente flexible del fascismo. El mejor estudio de los primeros años del Rex es el de Jean Michel Etienne, Le Mouvement rexiste jusquèn 1940 (Paris, 1968), que concluye que el primer perído no se podría calificar categóricamente de fascista al Rex. Véanse asimismo los artículos de Luc Schepens y Danielle Wallef en Larsen y otros, comp., Who Were de fascists?; y Jean Stengers, "Belgium", en Rogger y Weber, comps., The European Right, pág. 128-167.

Un candidato más convincente al fascismo inicial belga habría sido la pequeña Legion Nationale, organizada por ex combatientes en el decenio de 1920. exhibía la mayor parte de las características del fascismo genérico, pero no generó apoyo. Otra fue la Verdinaso de Joris Van Severen (organización cuyo nombre significaba al parecer Federeción de Solidaridad Nacional de los Países Bajos), a la que a veces se califica del movimiento más directamente fascista de Bélgica. La Verdinaso era un movimiento que aspiraba claramente al autoritarismo político, pero es muy dudoso que cupiera calificarla de categóricamente fascista. Van Severen

defendía la jerarquía, la aristocracia, la moral y una revolución cultural que unificaría a Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Aunque rendía homenaje a Mussolini de identes para fuera, sus principales inspiradores eran Maurras y, hasta cierto punto, Salazar. Cf R. Baes, Joris Van Severen (Amberes, 1961).

84

Colaboradores y satélites durante la guerra Los movimientos y los regímenes que adoptaron una forma fascista o semifascista como colaboradores o satélites de Alemania durante la guerra forman un grupo diferente. La nazificación o la colaboración con los nazis a partir de 1939 como resultado de la conquista alemana fue primordialmente un asunto circunstancial, no una evolución de fuerzas políticas autóctonas. La ocupación alemana completó la fascistización de unas fuerzas que ya tendían hacia alguna forma de fascismo, como ocurrió en Francia y en Bélgica, aunque fueron pocos los fascistas o fascistizantes extranjeros que actuaron deliberadamente como agentes de la qunta columna para sabotear el esfuerzo de guerra de su país antes de la conquista alemana. Después de todo, el fascismo es el extremo del nacionalismo, y los colaboradores después de la conquista actuaron como “traidores patrióticos”, con la excepción de uno o dos como Quisling, que ayudaron a la conquista extranjera y aportaron un nuevo nombre al catálogo de la ignominia nacional.pero los fascistas polacos fueron los únicos que siguieron resistiendo durante algún tiempo a los alemanes después de la conquista; en general, el atractivo de la nazificación resultaba demasiado fuerte para que se pudiera resistir a él.

Sin embargo, en la mayor parte de los casos Hitler consideró más satisfactorio tratar con los conservadores

autoritarios de derechas como satélites, pues eran más blandos y planteaban menos problemas. Incluso en los países conquistados sintió renuencia a transmitir un poder limitado a Quisling o a Mussert como jefe del gobierno de ocupación, de modo que en general los fascistas y los nazis de cada uno de los países conquistados extrajeron menos ventajas de la conquista alemana de lo que cabría pensar. Los más favorecidos fueron los que, como Degüelle, abandonaron en gran

medida la política nacional para consagrarse a las Waffen SS158.

El primer gobierno satélite que se organizó, el de la Eslovaquia autónoma, siguió siendo un sistema católico de derecha autoritaria con un semipluralismo limitado, aunque con un gobierno de partido único. Por una parte, Hitler vetó una Schuschniggiade plenamente corporativa basada en el anterior sistema austríaco (de Dollfuss y Schuschnigg), y, por la otra, los principales dirigentes del Partido Popular Eslovaco se resistieron a la nazificación directa. El segundo satélite, el régimen rumano de Antonescu, se inició en 1940 como "Estado Legionario", formado como coalición del ejército con la Guardia de Hiero. Cuando se derrumbó a principios de 1941, Hitler no hizo nada por impedir la supresión total de los legionarios por el ejército de Antonescu.

El satélite más importante era la Francia de Vichy, porque gobernaba el país más avanzado. El régimen de Pétain era claramente derechista y autoritario, pero nunca fue fascista. Incluso se decretó la disolución del Parti Social Français (ex Croix de Feu),

158

El catálogo más completo de grupos colaboracionistas y nazificados en la Europa occidental ocupada es el que figura

en Davis Norman Rich, Hitler's War Aims (Nueva York,1974), vol.2: The Establishment of the New order. Se han publicado números especiales sobre el "fascismo de ocupación" y los satélites en La Revue d'Historie de la 2me Guerre Mondiale, Nº 56 ("Vichy et la Jeunesse"), 62 ("La Hongrie dans la 2me Guerre Mondiale"),66 ("Sur le fascismo"), y 70 ("Sur la Roumanie en guerre"). Dos estudios económicos claves son los de Alan Milward, Ther New Order and the French Economy (Londres, 1970), y The Fascist Economy in Norway (Londres, 1972). John Armstrong, en "Collaborationism in World War II: The Integral Nationalist Variant in Eastern Europe"JMH 40.3 (septiembre de 1968), pa´g. 396-410) considera que el Partido Popular Eslovaco, los ustashi y la Organización de Nacionalistas Ucranianos eran nacionalistas integrales, y no genéricamente fascistas. En Meter Goztony, Endkampf an der Donau (Viena, 1969) se presta alguna atención a los últimos días del régimen de la Cruz y la Flecha en Budapest.

85

relativamente moderado, que con sus 350.000 miembros quizá fuera el mayor movimiento político de Francia, y poc después se concentró a casi todos los fascistas franceses declarados en la zona norte, ocupada por Alemania. Vichy no tenía un partido ni una ideología plenamente unificada. Su "revolución nacional" no fue en absoluto una simple trampa reaccionaria, como a veces se dice de ella, pues el régimen de tiempo de guerra promovió seriamente la regulación corporativa, la reorganización y aspectos limitados de la tecnocracia, algunos de los cuales sobrevivieron en la Cuarta y la Quinta

Repúblicas159.

El régimen satélite más radical, con mucho, fue el estado

Ustasha croata.

Surgidos en el decenio de 1920 como ala juvenil radical del nacionalismo croata extremista, los ustashi ("insurgentes") calleron cada vez más a fines del decenio siguiente bajo la influencia racista e ideológica de los nazis. En 1941-1944 iniciaron un programa de genociodo de los ortodoxos servios, de proporciones auténticamente hitleriana, dada la superficie de Croacia y los medios de que disponían, en este sentido, el estado Ustasha fue el más nazificado de todos los regímenes satélites, y sin embargo en su estructura interna y en su política, ni siquiera el lider ustashi, Pavelic, impuso un sistema totaloitario de partido único sin contemplaciones, pues había que llegar a

algunas transacciones con la Iglesia Católica y con la opinión católica campesina160.

Todos los grupos y regímenes satélites se basaron en tendencias e iniciativas endémicas de sus propios países, anteriores a la conquista alemana, pero no se podía decir que ninguno de ellos fuera autónomo y espontáneo, con la posible excepción del régimen eslovaco. Fueron sobre todo, aunque no exclusivamente, criaturas de la expansión nazi, y su historia es escencialemtne un fenómeno de la Europa de Hitler, y no de la evolución política genuina, de sus propios países. Aunque estaban mucho más diversificados y mucho menos institucionalizados que las democracias populares siguientes de la Europa oriental, también eran productos de la conquista y la hegemonía imperiales.

159

Es mucho lo que se ha escrito sobre la Francia de Vichy; la mejor síntesis en un solo volumen es la de R.O.Paxton, Vichy France (Nueva York,1972). Roger Bourderon, en "Was the Vichy Regime Fascist" (reimpreso en John Cairns, comp.,

Contemporany France (Nueva York, 1978), pág. 200-227) dice que la respuesta es afirmativa, y cita el grado de gobierno autoritario, las coincidencias ideológicas del "nuevo orden" de Vichy, los controles económicos estatales, el carácter cada vez más estricto del poder policial y la radicalización final de Vichy bajo la dominación alemana. Pero a mi me parece que su argumentación exagera y difumina las distinciones. Bajo Vichy no existió un verdadero partido esttal, y las regulaciones económicas etan más tecnocráticas que plenamente estatalistas.los principales aspectos del "nuevo orden" de Vichy mezclaban catolicismo e incluso corporativismo republicano progresivo en medida mucho mayor que las ideas directamente nazis o fascistas. Además, debe distinguirse entre el Vichy tardío uy más controlado por los alemanes, y el anterior y más autónomo.

Los auténticos fascistas franceses presentaron sus programas de guerra en Le Parti unique de Déat (Paris, 1942), y Refaire la France de Doriot (Paris, 1944).

160

El u´nico estudio, aunque no está a la altura del tema, es el Martin Broszat y Ladislas Hory, Der kroatische Ustascha Staat, 1941-1945 (Stuttgart, 1964).

86

5 Supervivencias fascistas: España y Portugal Las longevas dictaduras española y portuguesa, que sobrevivieron hasta 1974 y 1975, han constituido otro problema para los estudiosos del fascismo genérico y de los estados nacionales autoritarios de Europa. Pese a ser productos bastante típicos de la nueva política de la era fascista (o, en el caso del Estado Novo portugués, técnicamente anterior al período principal del fascismo), sobrevivieron en tres decenios a su terminación y, en el proceso, tuvieron que introducir algunos reajustes

fundamentales en el período de postguerra de la historia de una Europa comunista y socialdemócrata.

Casi ningún analista riguroso afirma que el régimen de Franco o el de Salazar fueran jamás plena ni siquiera intrínsecamente fascistas, y algunos niegan que tuvieran que ver en absoluto con el fascismo. Sin embargo, parece bastante claro que en el primer decenio del régimen de Franco existió un importante componente de tipo fascista, lo cual indica que el caso español es complicado.

Tanto España como Portugal fuguraron entre los primeros países que introdujeron formas más autoritarias de gobierno en el siglo XX. De hecho, quien abrió el camino fue Portugal, con la semidictadura monárquica de Joao Franci en 1907-1908, el gobierno extraparlamentario del general Pimienta de Castro en 1915, y la tentativa efímera, insurreccional y plebiscitaria, de régimen presidencial bajo Sidónio Pais y su República Nova en 1917-1918.

Evidentemente, las comparaciones entre los casos de España y Portugal deben hacerse con Italia y no con Alemania, y ni siquiera con los países de Europa oriental. De hecho, si se generaliza a un nivel más amplio, probablemente sea correcto decir que España e Italia han mostrado tener más puntos en común en el período moderno que cuales quiera otros dos grandes países europeos. Aunque Italia no estableció el estasdo nacional moderno hasta mediados del siglo XIX, casi dos generaciones después del comienzo del sistema liberal moderno en España, los problemas y las secuencias del desarrollo nacional, sobre todo en la política, tendieron a seguir rumbos paralelos. Los niveles de renta per cápita parecen haber sido aproximadamente iguales en el decenio de 1860, e Italia no se adelantó considerablemente hasta el gran impulso industrializador a partir de 1900.

Evidentemente, en el decenio de 1920 Italia le llevaba a España más de una generación de ventaja en cuanto a desarrollo económico.

Pero persisten algunas grandes diferencias. La dirección de los asuntos políticos y económicos de Italia durante el principal período liberal (1860-1922) fue más concreta que la de España, y aportó más estímulo y orientación tanto a la política nacional como al desarrollo económico. En segundo lugar, el nacionalismo ha sido muchas veces un importante catalizador en Italia, mientras que España ha experimentado un nacionalismo mucho menos organizado y agresivo que ninguno de los otros grandes países de la Europa moderna.

87

El derrumbamiento del sistemal liberal se produjo aproximadamente al mismo tiempo en España, Italia y Portugal: en la era de la primera guerra mundial y los años inmediatamente siguientes.pero cuando se inauguraron los sistemas autoritarios modernos en España en 1923, en Portugal en 1926 aparecieron bajo una dirección pretoriana. La política de masas llegó a España con la Segunda República en 1931, y a Portugal no llegó hasta la revolución de 1974. Por eso era imposible que en los países ibéricos los movimientos organizados de masas ocuparan un primer plano en la década de 1920.

España La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) fue una tentativa de autoritarismo moderno. No logró en absoluto generar una teoría ni una ideología, sobre todo porque el propio dicatador no estaba seguro de cuales eran sus objetivos finales. Miguel Primo de Rivera creía estar (y hasta cierto punto con razón) en la tradición de las figuras pretorianas de la España del siglo XIX, que intervenían temporalmente manu militari en el proceso político liberal,

no para derrocar al liberalismo, sino unicamente para establecer límites e introducir reformas.

Sin embargo, el primorriverismo tenía otra faz. Si bien negaba todo deseo de imitar al fascismo italiano, el dictador español destacaba su admiración hacia el régimen italiano y su interés por él. Alfonso XIII y su Primer Ministro, a quien aquel presentaba como "mi Mussolini", fueron los primeros visitantes oficiales del gobierno de Mussolini. Además de establecer un gobierno autoritario, Primo reimpuso el centralismo en España, estableció una asociación política de gobierno por baga y amorfa que fuera e inició una nueva campaña de propaganda para ensalzar al jefe. Su ministro de Trabajo, Eduardo Aunós (el "Lenin blanco") visitó Roma en 1926 para observar las fases iniciales del corporativismo nacional sindicalista italiano con miras a

la futura política española161.

Pero todo esto tuvo muy pocos resultados. No hubo ninguna tentativa de establecer un corporativsmo español, sino únicamente un modesto programa de arbitraje sindical estatal en los últimos años de la década. La única alternativa política que podía concebir la dictadura española consistía en proponer un aumento de los poderes del Consejo de Estado y la selección de la mitad de los miembros del Parlamento mediante elecciones corporativas directas. Primo de Rivera tenía sus propias dudas incluso acerca de estas propuestas, y por último las anuló él mismo antes de dimitir en un estado de

confusión y frustración162.

Sin embargo, Mussolini consideraba al régimen de Primo de Rivera como parte del nuevo orden nacionalista, autoritario, y por lo menos semicorporativista (si no fascista) de la Europa meridional, y su derrumbamiento repentino y

total en el invierno de 1930 le inquietó. Según De Felice, la conclusión que extrajo de esto fueron que las principales instituciones de la derecha la monarquía y la Iglesia merecían poca

161

Shlomo Ben-Ami, en “The Dictatorship of Primo de Rivera: A Political Reassessment” JCH 13.1 (enero de 1977), pág.65-84, destaca el nuevo estilo autoritario y parafascista introducido por Primo.

Aunque quizá Ben Ami exagere esos aspectos, la importancia que atribuye al papel de Primo de Rivera en la destrucción del conservadurismo constitucional en España es totalmente correcta.

162

Véanse un comentario más detallado y más referencias en “Primo de Rivera: la búsqueda de una alternativa política” en mi Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1836 (Madrid, 1977), pág. 311328. hay un análisis temprano, que definió algunas de las diferencias fundamentales entre Primo de Rivera y Mussolini, en Wolfgang Scholz, Die Lage des spanischen Staates vor der Revolution (unter Berücksichtingung iher Verhältnisses zum italienischen Fascismos) (sic) (Dresden, 1932)

88

confianza, y que el futuro dependía de que se acentuara de alguna forma el

autoritarismo fascista163.

Primo de Rivera no logró en absoluto superar el medio ambiente político, ideológico y cultural del liberalismo, ni siquiera en su propio pensamiento, y su caída radicalizó mucho la política española y llevó al comienzo de la

democracia de masas.

En sólo cinco años, la República Española produjo hiperpolitización, competencia revolucionaria y múltiples rupturas políticas, horizontales y verticales, sin paralelo en la historia de la política occidental en tiempo de paz en el siglo XX. Las principales variantes españolas del nacionalismo autoritario moderado, de derecha radical y fascista sólo cobraron forma, con retraso, durante la Segunda República.

El corporativismo moderado, técnicamente legalista y autoritario, apareció en España como un catolicismo político de masas con la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), que prosperó efímeramente como el partido más numeroso del país entre 1933 y 1936, antes de quedar totalmente eclipsado por la Guerra Civil.

Los objetivos finales de la CEDA siempre fueron vagos. Aunque se había comprometido a una táctica legal, parlamentaria y no violenta en la práctica, la meta suprema de la CEDA, la revisión constitucional, parecía apuntar a una república católica más autoritaria y corporativista. Al igual que todos los grupos, salvo los más moderados y liberales de España, la CEDA organizó su propio movimiento juvenil y su formación uniformada. A partir de 1933, esta última (las JAP) pasó por un cierto vértigo de fascistización lo mismo que muchos otros grupos nacionalistas de derechas de otros países, pero la ambivalencia de las JAP y de toda la CEDA estaba simbolizada en el saludo semifascista que se adoptó oficialemente: levantar el brazo derecho sólo a

medias y después doblerlo por el codo para cruzarlo por el pecho164.

En España, la derecha radical estaba formada por dos sectores diferentes: los neotradicionalistas de un carlismo revitalizado (la Comunión Tradicionalista, o CT) y los

monárquicos alfonsinos (partidarios del rey que abdicó), más moderados. A principios del decenio de 1930, la doctrina carlista se había visto influida por las teorías corporativistas católicas, y presentaba un programa de monarquía neotradicionalista y corporativista que rechazaba un estatalismo extremado y trataba de diferenciarse

claramente del radicalismo fascista y de la dictadura165. El estallido del anticlericalismo

republicano e izquierdista provocó un aumento repentino de las filas carlistas, y sin embargo el neotradicionalismo nunca pudo movilizar directamente a más del 3 o el 4% de la población española.

Los monárquicos alfonsinos neoautoritarios eran en parte un brote del ala derecha activista del antiguo Partido Conservador de la monarquía, y su evolución fue parecida a la de parte de la "Destra" histórica del liberalismo conservador en Italia.

Hasta el triunfo del radicalismo republicano no se convirtieron los monárquicos españoles a un autoritarismo declarado, bajo las influencias gemelas de la Action Française y del ala derecha (Rocco/nacionalista) del fascismo italiano. Durante varios

163

Renzo De Felica, Mussolini il Duce (Turín, 1974), pág. 129-131.

164

El principal estudio general de la derecha española bajo la República es el de R.A.H. Robinson, The Origins of Franco's Spain (Londres/Pittsburg, 1970). Hay traducción al castellano: Los orígenes de la España de Franco ed. Grjalbo, Barcelona 1974. Sobre la CEDA; José Luis Montero, La CEDA (Madrid, 1977). Existen unas importantes memorias del

máximo dirigente de la CEDA, José Ma. Gil Robles, No fue posible la paz (Barcelona, 1968).

165

Existe un excelente estudio de Martin Blinkorn, Carlism and Crsis in Spain 1931-1939 (Cambridge, Massachussets 1975). Véase especialmente el capítulo “Carlism and Fascism”, pág. 163-182. (hay traducción al castellano: Carlismo y Contrarrevolución en España. 1931-1939. Ed. Crítica, Barcelona

1979).

89

años, su revista Acción Española, inspirada en la de Action Française, elaboró la base

intelectual y teórica de un gobierno monárquico autoritario166.

El principal portavoz de la derecha radical española era José Calvo Sotelo, exconservador y exministro de Hacienda bajo Primo de Rivera, que no se convirtió a un autoritarismo claro hasta su exilio parisiense de 1931-1932. al obtener un escaño parlamentario en las elecciones de 1933 pudo volver a España, donde se convirtió en el dirigente clave del pequeño partido monárquico Renovación Española y organizó una agrupación más amplia de la derecha nacionalista, el Bloque Nacional, en 1934-1935. en las semanas anteriores a la Guerra Civil se convirtió en el principal portavoz de la oposición derechista en el Parlamento, y su asesinato por unos policías izquierdistas fue la señal para el comienzo de la Guerra Civil.

En España, igual que en Italia, y las estructuras básicas de un gobierno autoritario institucionalizado no derivaban del fascismo radical, sio del autoritarismo más de derechas. Calvo Sotelo no proponía la restauración, sino la “instauración” de una nueva monarquía autoritaria, a la que habría de preceder

un período interminado de dictadura. Comprendía claramente las dificultades para llegar a este objetivo mediante la movilización política, y que probablemente haría falta la intervención por la fuerza de los militares. Habría que sustituir al Parlamento por una cámara corporativa indirecta que representara los intereses económicos y los sociales, y entonces un gobierno fuerte estaría en condiciones de estimular la economía mediante la regulación estatal y una política reflacionista.

Calvo Sotelo admiraba al fascismo italiano, intentó ingresar en la Falange de Madrid en 1934 y no objetaba a sus críticos cuando calificaban sus objetivos de fascistas. Pero su proyecto estaba mucho más cerca de Rocco o de Maurras que de Mussolini, Panunzio o los falangistas españoles. No le interesaba promover un partido revolucionario de masas ni un nacionalsindicalismo demagógico, y prefería recurrir a las élites tradicionales, en lugar de a una nueva milicia nacionalista. Aunque cuando empezó la Guerra Civil ya lo habían liquidado, los planes un tanto imprecisos esbozados por Calvo Sotelo y los ideólogos de Acción Española se acercaban más a la estructura y la política del ulterior régimen de Franco que al “Estado Nacionalista”

revolucionario que proponían los falangistas fascistizantes167.

La política más categóricamente fascista se introdujo en España en varias etapas.

El campeón inicial de la idea fascista era el esteta vanguardista Ernesto Jiménez Caballero (“el D’Annunzio español”), que anunció públicamente su fascismo en 1929 y rápidamente quedó sometido casi por completo al ostracismo por el mundillo cultural español, predominantemente liberal, con lo cual se convirtió en lo que él mismo calificaba de

“Robinson Crusoe literario”. El fascismo de Jiménez Caballero se derivaba directamente de Roma (su mujer era italiana), y era desusado por su ámbito y su estructura confesadamente internacionales. Predicaba un fascismo basado en la cultura católica latina, y lo consideraba la principal esperanza de renovación cultural de las patrias de la Cristiandad latina histórica. Conforme al mismo criterio, el fascismo de

166

Luis María Ansón, Acción Española (Zaragoza, 1960).

167

Aunque existen varias biografías hagiográficas, no hay ningún estudio adecuado de Calvo Sotelo y su influencia. Véase una itroducción en Robinson, Origin’s of Franco’s Spain, así como su “Monarchist Myth of the Franco Regime”, Iberian Studies (1973); además, mi trabajo “1936: Calvo Sotelo y la Gran Derecha”, Nueva Historia 2.20 (septiembre de 1978), pág. 88-95. Hay dos estudios preliminares en castellano: Manuel Pi y Navarro, Los primeros veinticinco años de Calvo Sotelo ante la Segunda República (Madrid, 1975). Calvo Sotelo esbozó algunas de sus ideas económicas en El capitalismo contemporáneo y su evolución (Madrid, 1935).

90

Jiménez Caballero se oponía al norte protestante y al nazismo (en cierto momento

consideró inevitablemente la guerra entre el fascismo y el nazismo)168

Pero Jiménez Caballero no era un organizador político, y la primera agrupación política fascista de España la creó Ramiro Ledesma Ramos, un universitario en paro que se había especializado en las matemáticas y la filosofía. También en

este caso la inspiración era primordialmente italiana, y su grupito recibió el nombre de Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (término bastante equivalente al de "Fasci Italiani di Combattimento"), y su semanario La Conquista del Estado, el mismo título que el de una antigua publicación que había dirigido el importante escritor fascista Curzio Mlaparte. Pero aunque Ledesma obtenía su inspiración de Italia (y también en parte de Alemania, lo que lo llevó a peinarse algún tiempo como Hitler), pronto adquirió clara conciencia de la necesidad de evitar, o al menos evitar la apariencia de la imitación del fascismo italiano o de otros movimientos extranjeros. El programa inicial de las JONS, con su aspiración a un "Estado nacionalsindicalista", podía leerse como un calco de las ideas y los objetivos del fascismo italiano; pero Ledesma prefirió evitar esa etiqueta, pues advertía que era contraproducente para el clima español, en general liberal de

izquierda169.

Las JONS permanecieron totalmente aisladas y al nivel de una pequeña secta.

Su base principal eran los estudiantes de universidad y de bachillerato, y fueron un producto típico de la política de la intelligentsia radical; durante sus dos años y medio de existencia independiente (1931-1934) no tuvieron el menor impacto en los asuntos españoles.

En 1933, sectores de la derecha hicieron una tentativa de fascismo español más

vigorosa y mejor financiada170. El triunfo de Hitler despertó también interés en España,

no tanto entre los fascistas en potencia de los que parecía haber tan pocos en la Península -, sino entre los derechistas radicales o derechistas radicales en potencia, que eran

muchos más. En el verano de 1933 unos financieros vascos se pusieron a buscar un posible fascismo español contrarrevolucionario y demagógico. Aunque prestaron algo de apoyo a Ledesma y a las JONS, dicidieron que eran demasiado radicales y demasiado insignificantes para merecer un apoyo en toda regla.

El principal dirigente de un posible fascismo español que surgió en el verano y el otoño de 1933 fue José Antonio Primo de Rivera, que era el hijo mayor del finado dictador. Fue pasando de monárquico autoritario conservador a una forma más radical de autoritarismo nacionalista, que no era del todo opuesta a las nuevas ideas de Calvo Sotelo. En 1933 el joven Primo de Rivera al que pronto se le conocería simplemente como José Antonio se había empezado a interesar por algo parecido al fascismo (al

168

Jiménez Caballero ha sido estudiado por Douglas Forrad, "Ernesto Jiménez Caballero and the Revolt of the Aesthetes" (tesis doctoral, Universidad de Washington, 1972), una versión adulterada de la cual tradujo Jiménez Caballero, ya viejo, para su publicación en Madrid en 1975; y de forma más breve el propio Forrad en su artículo "The Forgotten Falangist: Jiménez Caballero", JCH 10.1 (enero de 1975), pág. 3-18.

169

Como fundador orgánico y en gran medida ideológico del fascismo español, Ledesma ha sido objeto de dos biografías generales recientes, ambas con el título de Ramiro Ledesma Ramos. La primera de Tomás Borrás, (Madrid, 1972), es descriptiva, superficial y hagiográfica. La segunda, de José Mª.

Sánchez Diana (Madrid, 1975), es algo más analítica.

170

A fines taxonómicos, cabría señalar que en 1930 un médico llamado Albiñana había fundado un diminuto Partido Nacionalista Español de la derecha radical. Albiñana adoptó en seguida bastante de los arreos externos del fascismo, pues por una parte insistía en la expansión imperial, y por la otra en un sindicato estatal amplio y económicamente reformista. Organizó una Legión minúscula propia para la lucha callejera, y parece que en determinado momento esperaba organizar un movimiento de masas. A partir de 1933 abandonó sus tonos más fascistas a favor de un radicalismo de derechas más ortodoxo y conservador. El único estudio pertinente es el de Manuel Pastor, Los Orígenes del Fascxismo en España (Madrid, 1975), pág. 38-61.

91

estilo italiano) como vehículo para dar forma y contenido ideológico al régimen nacional autoritario que su padre había intentado de forma tan incierta y con tan poco éxito. A diferencia de Ledesma, que tenía una experiencia inicial y una percepción mayores de estos asuntos, a José Antonio no le importaba utilizar la etiqueta de fascista, aunque por fin desidió dar al movimiento que fundó con un grupo de colegas en octubre de 1933 el título más original de Falange Española.

La Falange partió con mucho más apoyo financiero del gran capital, proclive a la derecha radical, que las JONS, lo que llevó a las JONS a fusionarse con ella a principios de 1934 (con lo cual la organización conjunta recibió el nombre de Falange Española de las JONS). En los dos años siguientes, y de hecho hasta la Guerra Civil, la Falange se distinguió fundamentalmente por su insignificancia. Al igual que la Guardia de Hierro rumana, se basó inicialmente en su clientela estudiantil, pero al revés que el movimiento rumano, no logró en absoluto generar un apoyo más amplio entre las

clases bajas o medias.

La única ventaja de esta travesía del desierto fue que dio efectivamente a los dirigentes del movimiento algún tiempo para pensar en lo que estaban haciendo. Al cabo de un año aproximadamente, José Antonio Primo de Rivera empezó a desplazarse a la “izquierda”, a medida que el nacionalsindicalismo de los falangistas iba adoptando tonos socialmente cada vez más radicales. Hubo una reacción un tanto atrasada al peligro del mimetismo, y antes de fines de 1934, casi todos los falangistas negaban que fueran fascistas. En 1935, la crítica del corporativismo italiano por ser demasiado conservador y capitalista, crítica bastante corriente entre los tipos más radicales de fascistas y nazis extranjeros, encontraba eco entre algunos dirigentes falangistas, entre ellos Primo de Rivera.

Todo esto resultaba bastante confuso a los fascistas italianos. Durante la fase del “fascismo universal” de mediados del decenio de 1930, los taxónomos italianos decidieron, de forma no demasiado concluyente, que los falangistas eran verdaderos fascistas por su fe en “la autoridad, la jerarquía, el orden” y su “misticismo” falangista antimaterialista171. José Antonio por su parte, reconocía que todos los movimientos de “renovación nacionalista” que se oponían al marxismo tenían algunas cosas en común, pero también daban muestras de diferencias nacionales profundas. Como la derecha española había dejado de apoyar a un fascista más radical, la Falange figuró en la nómina extranjera del régimen italiano durante unos nueve meses en 1935-1936172.

Al revés que muchos otros movimientos fascistas, la Falange sí elaboró un programa oficial, los Veintisiete Puntos,

antes de fines de 1934. Estos tenían todas las características principales de la doctrina fascista, y en la esfera económica pedían el establecimiento de un estado completamente nacionalsindicalista. Aunque la mayor parte de la propiedad debía quedar en manos privadas, se nacionalizaría la banca y los servicios de crédito, y se expropiarían y dividirían los latifundios. Pero, pese a la crítica falangista del corporativismo italiano, jamás se elaboró un plan detallado de "Estado

nacionalsindicalista"173.

171

Ledeen, Universal Fascism, pág. 100,101-11.

172

John F. Coverdale, La intervención fascista en la Guerra Civil española (Madrid, 1979), pág. 59-73.

173

La tentativa más prolongada de elaborar este programa fue la de José Luis de Arrese en La revolución social del nacionalsindicalismo (Madrid, 1940), que se había visto suprimida o confiscada por la policía en 1936 y no volvió a aparecer hasta 1940, después de la Guerra Ciuvil. La "revolución social" del nacionalsindicalismo consistió en toda una amalgama de propuestas limitadas, como la participación en los beneficios, unos vagos consejos de trabajadores en las fábricas, el salario familiar, el restablecimiento de los patrimonios municipales para el apoyo de la comunidad y la ya mencioada nacionalización de la banca y el crédito. En general, esto no iba tan lejos hacia el "semisocialismo"como las propuestas iniciales de los nacionalsocialistas alemanes y los nacional sindicalistas italianos.

92

Que los falangistas tenían algunas características propias es algo innegable; pero estas no le impedían compartir casi todas las calidades y características generales que compondrían un inventario del fascismo genérico. Como supernacionalistas, todos los grupos fascistas, por dfinición, revelaban determinados rasgos nacionales distintivos. En el caso de España, el falangismo se diferenciaba algo del fascismo italiano por su identidad religiosa católica básica (aunque políticamente anticlerical), pues esto era fundamental en el falangismo, y sólo marginal en el fascismo italiano (aunque se hiciera hincapié en ellos durante la polémica fascista/nacionalsocialista de 1933-1934). Así, el concepto falangista del "hombre nuevo" incorporaba casi todas las cualidades del héroe católico tradicional, al mismo tiempo que las fundía con componentes del siglo XX.

Pero esat diferencia resulta relativa, y no absoluta. Otro movimiento presumiblemente fascista, la Guardia de Hierro rumana, era mucho más absoluto y fanático en su identidad religiosa, y la Falange polaca de Boleslaw Piasecki, que había copiado el nombre, mantenía también un catolicismo mucho más extremado y pronunciado.

José Antonio Primo de Rivera siguió siendo una figura muy ambivalente, el más ambiguo de todos los jefes nacionales fascistas. Es posible que una serie de importantes características personales como un esteticismo meticuloso, combinado con un sentido auténtico, aunque a veces contradictorio, de escrupulosidad moral, un sentido intelectual cultivado de la distancia y la ironía y, para tratarse de un político español, un espíritu notablemente limitado de sectarismo y de rivalidad de grupo lo descalificaran para ser un líder con éxito. Existen abundantes declaraciones de que en varias ocasiones consideró la posibilidad de abandonar el proyecto, pero no podía escapar al compromiso impuesto por

las muertes y los sacrificios de otros miembros de su movimiento.

Es probable que, entre todos los líderes fascistas, fuera a quien más le repugnaran la brutalidad y la violencia que comportabas la empresa fascista. Antes de fines de 1934 dejó de utilizar el término fascista, y antes de fines de 1935 el de totalitario. A veces calificaba a los conspiradores de derechas como “fascistas llenos de vientos”. Pero por diferente y diferenciado que fuera su enfoque, jamás renunció a los objetivos fascistas en la política. En la era postfascista, sus admiradores han destacado mucho el “humanismo” de José Antonio, su oposición a la dictadura total, la importancia que atribuía a la personalidad individual y a que “el hombre es portador de

valores eternos”, así como su catolicismo174.Pero en la formulación joseantoniana todo

esto no contradice necesariamente al fascismo; cabría hallar formulaciones bastante parecidas en algunos de los miembros nominalmente dirigentes del PNF.

Había grandes sectores de la derecha española que se estaban “fascistizando”, como decía acertadamente Ledesma, en uno o más sentidos superficiales, pero el mismo movimiento fascita estaba peor que anémico. El antifascismo era muy fuerte en la izquierda desde 1932, pero fue precisamente esta última la que registraba, como comentaba iróniamente Ledesma, la única actividad verdaderamente “fascista” en España por lo que se refiere a la acción directa y la vilencia. La obra de Malaparte, Técnica del Golpe de Estado, tuvo su mayor influencia en 1931-1933 entre los

partidarios de la acción directa del anarquismo español (la FAI)175, que intentó varios

putsch abortados. En sus primeras fases, el falangismo

parecía tan meticuloso, retórico y adversario de la acción directa que sus críticos de derecha lo etiquetaron de “franciscanismo”, en lugar de fascismo. Después de que Ledesma rompiera con Primo de Rivera y la Falange, la interrogación que puso en el título de sus memorias:

174

El análisis más sistemático en este sentido es el de Adolfo Muñoz Alonso, Un pensador para un pueblo (Madrid, 1969).Cf. Cecilio de Miguel Medina, La personalidad religiosa de José Antonio (Madrid, 1975).

175

Cf. Fidel Miró, Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades (México, D.F., 1967), pág. 54-55.

93

¿Fascismo en España?, parecía plenamente acertada. En las últimas elecciones, las de 1936, la Falange no obtuvo más de 44.000 votos en toda España, aproximadamente el 0,7% del total, lo cual revelaba que el fascismo era más débil en España que en cualquiera de los demás grandes países del continente europeo.

La profunda debilidad del fascismo, mientras existió en España el sistema político normal, tenía varias causas. La falta de un fuerte sentido de nacionalismo español privaba al fascismo de ese punto clave de atracción. En España, el nacionalismo movilizado estaba invertido: se expresaba por conducto del intenso “nacionalismo regional” de los catalanes y los vascos, dirigido contra el estado nacional español unificado. Otro factor clave era lo limitado de la secularización de la sociedad rural y provinciana de gran parte de España, sobre todo en el norte. Allí, al igual que en Eslovaquia y Austria, la alternativa multiclasista a la política liberal o izquierdista más evidente y atractiva era el

catolicismo político. Además, el éxito electoral nominal de la CEDA, desde 1933 hasta principios de 1936, daba a esta táctica apariencias de victoria.

El fascismo contaba en España con mucho menos apoyo cultural que en Europa central, pues la revolución cultural e intelectual de 1890 había tenido menos resonancia en la Península. Existía una cultura derechista/católica de considerable fuerza, pero no un medio ambiente secular/vitalist/darvinista mínimamente sólido. Por último, por lo que se refiere al revolucionarismo político, la izquierda parecía estar en condiciones de imponer un monopolio de sus diversas variantes; en el decenio de 1930 gozaba en España de más éxito político y apoyo que en ningún otro país del mundo. Existían menos salidas para el fascismo como consumación de una revolución frustrada y aberrante que en Europa central.

El movimiento fascista en España no pudo beneficiarse inmediatamente del colapso de la comunidad política española, porque una de las últimas medidas jurídicas eficaces que adoptó el Gobierno republicano en la primavera de 1936 fue la proscripción de la Falange. Aunque hubo derechistas desilusionados sobre todo entre los jóvenes – que empezaron a ingresar en el movimiento clandestino y parcialemtne desarticulado, la ruptura del orden político borró hasta el concepto mismo de la victoria política en el sentido italiano o el alemán, y ni siquiera los falangistas se habían percibido jamás como una posibilidad práctica.

La Guerra Civil produjo un conflicto polarizo revolucionarios/contrarrevolucionarios, en el cual la dirección pasó totalmente a las manos de los militares nacionales insurgentes que crearon el régimen de Franco. El aumento de los militantes de la Falange, que llegaron a ser

varios centenares de miles en el primer año de la Guerra Civil, no fue decisivo en sí mismo, pues las muertes en combate y las ejecuciones habían decapitado al movimiento, mientras que la dictadura militar en la Zona Nacional lo habían subordinado totalmente.

La decisión ulterior de Franco de apoderarse del movimiento, en abril de 1937, y de crear un partido estatal sincrético y heterogéneo basado en el falangismo era totalmente lógica y práctica. A partir del momento en que se convirtió en dictador (octubre de 1936), le preocupaba evitar lo que calificaba como "el error de Primo de Rivera", consistente en no trascender una dictadura militar personal al estilo latinoamericano, sin doctrina ni estructura. Para entonces, la mayor parte de los estados europeos continentales se hallaban en el proceso de convertirse en sistemas autoritarios nacionales sincréticos, algunos de ellos conforme al ejemplo italiano de crear un partido estatal e introducir normas económicas corporativistas.

Pero la entidad que Franco elevó a la categoría de partido único en abril de 1937 no era un falangismo integral, sino una unión de falangistas, carlistas y todos los demás miembros de diversos grupos derechistas y otros que estuvieran dispuestos a ingresar en

94

ella. Aunque se elevó al programa falangista que ahora eran los Veintiséis Puntos a la categoría de doctrina oficial del estado, Franco anunció específicamente que esto había de entenderse básicamente como un punto de partida, y se modificaría o se elaboraría según lo fueran exigiendo las necesidades futuras.

Durante el siguiente decenio, y más, se calificaba normalmente al estado franquista, fuera de España, de

“régimen fascista”. Pero es dudoso que se pueda hablar de régimen fascista si no está dominado y construido por fascistas genéricos o categóricos, y difícilmente puede decirse que ese fuera el caso del franquismo. Los falangistas puros, los camisas viejas, no desempeñaron sino un pequeño papel en el nuevo estado, y sólo ocuparon una minoría de los cargos en el nuevo sistema. Ni siquiera controlaban la mayor parte de la administración del nuevo partido estatal, la Falange Española Tradicionalista. La adición de este último adjetivo, que reflejaba la fusión nominal con los carlistas, subrayaba las grandes limitaciones derechistas del fascismo del nuevo régimen. Es innegable que el franquismo inicial contenía un importante componente de fascismo; pero estaba tan limitado en el marco de una estructura derechista, pretoriana, católica y semipluralista que probablemente sería más exacto aplicarle la categoría de “semifascista”.

Claro que el mismo adjetivo cabría aplicar sin exactitud a la Italia de Mussolini, y los parecidos entre ese último régimen y el de Franco son bastante ma´s grandes de lo que se cree a veces. Ambos utilizaron unos partidos fascistas estatales subordinados, que se fundieron con elementos no fascistas y no adoctrinados, y después los incorporaron. Ambos permitieron un pluralismo limitado en la sociedad y las instituciones nacionales bajo la dictadura del ejecutivo. En ninguno de los dos casos fueron los ideólogos fascistas revolucionarios los que elaboraron la institucionalización del régimen, sino que lo más corriente es que lo hicieran teóricos monárquicos de la derecha radical, junto a fascistizantes moderados. Aunque Franco gozó de una autoridad ejecutiva mucho más completa que Mussolini, acabó por convertir la forma jurídica de su régimen en una monarquía, y mantuvo con carácter vitalicio los poderes de regente.

En ambos casos, se hizo frente pronto al reto del

nacionalsindicalismo fascista militante, y se lo subordinó totalmente (el sbloccamento de los sindicatos nacionales de Rossoni en 1928, la represión dela tentativa de Salvador Merino de un sindicalismo nacional más íntegro y autónomo en 1940).

Las secuencias de evolución de los dos regímens también fueron algo paralelas, aunque al final divergieron radicalmente al nivel de la política exterior. En mabos casos, a una fase inicial de coalición sin una estructura institucional oficial (Italia, 1922-1925;

España, 1936-1937) siguió una fase de institucionalización (Italia, 1925-1929; España, 1937-1942), a la que sucedió un período de equilibrio. Claro que se trata de una pauta bastante corriente en los sistemas nuevos. La política exterior y el contexto internacional señalaron los puntos de divergencia más aguda, pues al fin de cuentas la estructura del régimen de Franco dependía mucho de los asuntos mundiales. Mientras Mussolini trató de desmepeñar un papel independiente e importante a partir de 1933, Franco no tenía ilusiones y sabía que dependía de los acontecimientos. Si Hitler hubiera ganado la guerra, parece que no hay mucha duda de que el franquismo se hubiera vuelto menos conservador y derechista, y hubiera adoptado una forma más radical y abiertamente fascista. La aceptación del término fascista era batante corriente, aunque nunca fue oficial, en el primer año de la Guerra Civil, y en varios de sus primeros discuros Franco empleó el término de totalitario. Todos los signos externos, como los gritos de "¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!" de los primeros años, no eran más que imitaciones del fascismo italiano (o a veces del nacionalsocialismo), al igual que

muchos de los organismos y las instituciones del partido y el régimen, como la dirección de cultura popular (Min Cul Pop) o el "Auxilio de Invierno" (Winterhilfe).

Pero entre diversos sectores derechistas y católicos del régimen siempre hubo una opinión decididamente antifascista. Como resultado de ello, pero sobre todo como resultado de los acontecimientos internacionales, el régimen empezó a desplazarse en el sentido opuesto a partir ya de 1942. La doctrina del caudillaje, equivalente español del ducismo y del Führerprinzip, siempre había sido más moderada que algunas de las teorías alemanas de la jefatura, y en la segunda mitad de la segunda guerra mundial no se insistió mucho en ella. Antes incluso de que se invirtiera la marea en Rusia había entrado en prensa un importante artículo de un ex dirigente falanista en el cual se

distinguía entre el Estado español y los regímenes totalitarios176.a partir de 1942, esto seconvirtió en una tendencia general177. A finales de 1945, España había avanzado

bastante en el proceso de transición de un estado semifascista y parcialmente movilizado a un régimen "autoritario burocrático" corporativista y no movilizado.

La desfascistización se realizó en dos fases generales. La fase intermedia abarcó el período desde 1942 a 1957-1959. Los últimos elementos de la oposición a Franco en la FET fueron desapareciendo en 1941-1943 (reavivados momentáneamente por las intrigas nazis para presionar sobre el Gobierno de España a fin de que entrase en la

guerra)178. A partir de 1943, la FET había quedado reducida a un instrumento

burocrático todavía más servil que el PNF bajo el estado mussoliniano. Aunque había dejado de movilizar y de

desempeñar un papel tan activo en los servicios del estado como en los primeros años del régimen, sobrevivió oficialmente durante toda la época del régimen de Franco, debido sobre todo a que, si bien Franco prefería desalentar la movilización política, se consideraba preferible contar con algún tipo de organización

política estatal que no contar con ninguna179.

En el decenio de 1950 era mucho más frecuente darle el nombre de Movimiento Nacional, porque la designación vaga y abstracta parecía menos ofensiva en la nueva era socialdemócrata de Europa occidental. Teóricamente, las listas de las diversas organizaciones del Movimiento tenían más de 900.000 miembros en la década de

1960180, pero esto representaba en gran medida una negativa a borrar de las listas a los

miembros inactivos.

El punto crítico final, que inauguró la segunda fase, la más completa, de desfascistización, se inició en 1956. Tras un incidente fatal en el que participaron activistas de la Universidad de Madrid, los dirigentes falangistas de la vieja guardia presentaron a Franco una propuesta que constitucionalizaría el control del Movimiento como partido único sobre gran parte de los procedimientos políticos del régimen. Esto tropezó con el veto de los militares y la oposición de la jerarquía eclesiástica. En consecuencia, en 1957 Franco adoptó su posición final a favor de una mayor despolitización y de un autoritarismo estrictamente burocrático. Se introdujo un nuevo gabinete de ministros supuestamente "tecnócratas", que desmanteló los restos de la autarquía nacionalsindicalista que seguía regulando y controlando gran parte de la

Alfonso García Valdecasas, “Los Estados totalitarios y el Estado español”, Revista de Estudios políticos 2.5 (enero de 1942), pág. 5-32.

177

La principal reformulación hecha por un falangista fue la de Arrese en El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio (Madrid, 1944).

178

Klaus-Jörg Ruhl, Spanien im Zweiten Weltkrieg (Hamburgo, 1975). La conspiración falangista más seria contra Franco en 1940-1941 se narra en Armando Romero Cuesta, Onbetivo: Matar a Franco (Madrid, 1976).

179

El mejor análisis de la fase del “Movimiento” del a FET es el de Juan. Linz, “From Falange to Movimiento-Organización”, en S. P. Huntington y C. Moore, comps., Authoritarian Politics in Modern Society (Nueva York, 1970), pág. 128-203.

180

Véase Joaquín Bardavío, La Estructura del poder en España (Madrid, 1969), pág. 117-118.

96

economía, abrió a España al neoliberalismo económico, a las inversiones extranjeras masivas y al turismo, y al auge espectacular del decenio de 1960. Se enterraron en silencio los Veintisiete Puntos de la Falange, sustituidos en 1958 por una lista de diez “Principios del Movimiento” anodinos, que abarcaban valores como la unidad, la justicia, el bienestar, etc.

El Movimiento siguió sobreviviendo como residuo estrictamente burocrático. De vez en cuando había estallidos de pequeños círculos de radicales neofalangistas, y hubo

varias tentativas de organizar un falangismo de oposición "revolucionario". En el nuevo clima de hedonismo, materialismo y de influencia cada vez mayor de la democracia europea occidental, ninguno de ellos prosperó. No se podía estimular efectivamente el neofascismo en un país en el que el fascismo había sido débil antes de terminarse la era cultural fascista, en el cual no se había expansionado más que bajo el implacable estímulo de una guerra civil total y revolucionaria. Por fin, el Movimientoquedó definitivamente disuelto en abril de 1977, en la democratización llevada a cabo por el Rey Juan Carlos tras la muerte de Franco. En las elecciones de 1977, varios grupos neofalangistas compitieron en busca del apoyo popular las mayor parte de ellos muy radicales en sus formulaciones socioinstitucionales -, pero todos juntos no obtuvieron más que el 1% aproximadamente de los votos, poco más que en 1936, y mucho menos que los neofascistas del MSI en Italia.

Portugal El caso de Portugal es diferente y más sencillo. La dictadura que gobernó durante 48 años, de 1926 a 1974, era esencialmente del tipo europeo oriental de entreguerras, corporativista, insititucionalizada, sistemáticamente autoritaria, pero no cruelmente represiva y sin ningún componente directo de partidos fascistas. Antes de la llegada del Estado Novo salazarista hubo varias formas diferentes, mucho más moderadas, de autoritarismo. Ya se han mencionado tanto la "dictadura legal" de Joao Franco de 1907-1908 como la República Nova presidencialista de Sidónio Pais de 1917-1918. Un nuevo Partido Nacionalista en los últimos años de la monarquía parecía apuntar en dirección muy parecida. Los jefes de la Guardia Republicana (GNR) introdujeron un tipo más radical de autoritarismo pretoriano en los últimos años del régimen parlamentario, especialmente los octubristas de 1921 bajo la dirección de un

comandante de la GNR, Manuel Coelho, que realizó un golpe de estado sangriento, aunque efímero. Por último, en el decenio final de la Primera República surgió una derecha radical clara en la forma del Movimiento Integrista, imitación directa de la Action Française, que realizó una labor de agitación en pro de un nuevo sistema

corporativo autoritario, con o sin monarquía181.

Existen considerables analogías entre la dictadura militar portuguesa de 19261928 y el régimen de Primo de Rivera de 1923-1930, con la diferencia de que el régimen portugués encontró y aceptó de bastante mala gana a un dirigente capaz de desarrollarlo e institucionalizarlo. El Dr. Antonio de Oliveira Salazar, el catedrático de Coimbra que se convirtió en Ministro y jefe del régimen, se inspiraba sobre todo en la doctrina corporativista católica de derechas. Su constitución corporativista del "Nuevo Estado" de 1933 estaba ideada para crear el primer estado corporativo autoritario completo del mundo, más total que el sistema italiano contemporáneo, que en aquel momento estaba todavía en la transcisión del nacional sindicalismo parcial al corporativismo. Salazar también introdujo una organización política estatal, la Unión

181

Carlos Ferrao, O Integralismo e a República, 2 vols. (Lisboa, 1964-1965).

97

Nacional, pero ésta era el equivalente de la Unión Patriótica formal de Primo de Rivera,

no un movimiento nuevo radical de masas, ni siquiera un auténtico parti unique 182 .

En Portugal surgió brevemente un verdadero movimiento fascista, los nacional sindicalistas de Rolao Preto con sus camisas azules, que decían estar en marcha hacia la creación

de un movimiento de masas en 1934-1935. Al igual que Valois y varios de los dirigentes fascistas jóvenes de Francia, Rolao era un ex integralista monárquico, desilusionado con el sesgo reaccionario y la falta de un nuevo contenido social dinámico de este último movimiento. Salazar exilió a Preto en 1934 y denunció a los nacional sindicalistas por su fascistizante "exaltación de la juventud y el culto de la fuerza mediante la acción directa, el principio de la superioridad del poder político del estado en la vida social, la propensión a organizar a las masas tras un solo líder"

183. En

1935 los nacional sindicalistas intentaron un golpe revolucionario contra el régimen para el cual se aliaron con los anarcosindicalistas portugueses lo cual demuestra que podían encontrarse aliados del fascismo tanto en la extrema izquierda como en la

extrema derecha -, pero se vieron fácilmente aplastados184.

Y sin embargo, pese a la tentativa de Salazar de diferenciarse claramente del fascismo, Manuel de Lucena, uno de los estudiosos más atentos del Estado Novo, insiste en que en su forma y su estructura el régimen portugués se parecía más al de Mussolini que ningún otro de Europa, y que de hecho era "un fascismo sin movimiento

fascista"185. Lucena reconoce la ambigüedad de toda definición rigurosa del fascismo,

pero insiste correctamente en que no se puede hacer una comparación empírica amplia con el programa y los objetivos del movimiento fascista inicial, porque "el fascismo

puro nunca llegó a constituir un régimen"186. Por lo tanto, el término fascismo, en

cuanto a tipo de régimen, significa la estructura formal del estado mussoliniano, aunque este último no estuviera

dominado por el Partido Fascista ni por el programa de éste.

Los paralelismos que señala son: 1) un dictador que actuaba como Primer Ministro sin ser Jefe del Estado; 2) establecimiento de una estructura económica corporativista y con el tiempo de una cámara plenamente corporativa; 3) un estado policíaco autoritario; 4) una organización política estatal burocratizada, no autónoma, esencialmente no revolucionaria; 5) una autonomía semipluralista para sectores influyentes de la sociedad bajo el sistema; y 6) una política exterior imperialista. Al mismo tiempo, Lucena reconoce que la analogía tiene ciertos límites, en especial en la constante tensión con los aspectos revolucionarios del fascismo italiano y en el mayor dinamismo del régimen en Italia.

Hasta cierto, punto la analogía está bien vista, pues la no terminación de una revolución fascista y la no creación de un sistema totalitario en Italia significaron que el régimen de Mussolini fue simplemente el más radical y dinámico de los nuevos regímenes nacionales autoritarios y semipluralistas de Europa. Aunque las doctrinas de Salazar tenían una inspiración en gran medida derechista, es cierto que xistían esos paralelismos con el fascismo italiano, aunque evidentemente distan de ser completos y se ven en contradicción con otros factores. El mismo precepto de “un fascismo sin

182

Los dos estudios más extensos de la evolución del corporativismo portugués se hallan en Howard J.Wiarda, Corporatism and Development:The Portuguese Experience (Amherst, 1977); y Manuel de Lucena, A evoluçao do sistema corporativo portugués (Lisboa, 1976), 2 vols. Hay estudios importantes más breves en L.S. Graham y H.M. Makler, comps., Contemporary Portugal (Austin, Texas, 1979); y

Philippe C. Schmittery, Corporatism and Public Policy in Authoritarian Portugal (Beverly Hills, California, 1975).

183

Joaoa Medina ha reunido material sobre los nacional sindicalistas en su Salazar e os fascistas (Lisboa,

1979).

184

Lucena, vol. 1, pág. 23.

185

Ibíd., vol. 1, pág. 35.

186

Ibíd., vol. 1, pág. 35-51.

98

movimiento fascista" indica que nos enfrentamos con un fenómeno diferente. De hecho, el régimen de Salazar fue uno de los más plenamente institucionalizados entre todos los regímenes autoritarios de entreguerras (lo cual explica en parte su longevidad), pues su estructura, en parte paralela a la de Italia, era más acabada que la de los regímenes balcánicos o los de Europa oriental.

Además, el régimen portugués estuvo sin duda influido por Italia, aunque es discutible lo directa y extensa que fuera esa influencia antes de 1936. Lo que está mucho más claro es la participación de Salazar en la tendencia "fascistizante" general en la Península Ibérica y en la Europa meridional y oriental durante los años de la Guerra Civil española. Entre 1936 y 1939, el régimen se hizo más claramente autoritario, amplió la Unión Nacional y estableció una nueva milicia política, la Legión Nacional, para complementar la policía, además de organizar un movimiento juvenil nacional. Estas dos últimas organizaciones utilizaban el saludo fascista. Pero esta

tendencia se vio un tanto frenada por el estallido de la guerra, que planteaba un peligro procedente de la Europa central, y empezó a invertirse en el momento en que se inició en España la primera fase de la desfascistización. A partir de 1945, el régimen de Salazar avanzó mucho más plena y rápidamente que el de Franco hacia un autoritarismo burocrático no movilizado, aunque no se llegó a desbandar del todo a la Legión hasta que por fin cayó el régimen en 1974.

El régimen de Salazar no contenía un componente fascista importante desde un principio como el de Franco. Al desarrollarse en una sociedad parcialmente analfabeta, todavía no movilizada, su objetivo desde su mismo comienzo fue la despolitización.

Pero también él estaba demasiado influido por el vértigo fascista y los arreos exteriores del fascismo a fines de la década de 1930, de forma que en las circunstancias adecuadas también él podría haber adoptado una forma más abiertamente fascista. 6 ¿Fascismo afuera de Europa?

99

El Japón Para algunos analistas resulta problemático que haya habido o no fuerzas políticascon las características primarias del fascismo europeo y de cierta importancia en otras partes del mundo, aunque esto es algo que no plantea ningún problema al observador que asume que toda forma de autoritarismo antimarxista es intrínsecamente fascista. El dilema ha sido más agudo en el caso del Japón, dada su agresividad en la segunda guerra mundial y su vinculación con Alemania y con Italia. La existencia de un

“fascismo japonés” fue algo que detectaron los autores soviéticos ya en 1934187 y desde

entonces casi todos los comentaristas marxistas han aplicado esta interpretación al

gobierno y a las instituciones del Japón en la década de 1930188. Una interpretación algo

diferente han hecho los especialistas occidentales en ciencias sociales, quienes señalan la belicosidad y el autoritarismo crecientes del régimen japonés en esos años, y aducen que el fascismo es un concepto válido con el que definir a regímenes que se han hecho agresivos y autoritarios durante la industrialización de un sistema que no es socialista de

estado189.El reexamen más coherente del problema procede de George M. Wilson190, quien

aduce de forma convincente que el concepto de "fascismo japonés" es erróneo, dado que no hubo ningún movimiento político que se levantara para hacerse con el poder y que la autoridad constitucional e institucional japonesa oficial se mantuvo esencialmente intacta y siguió habiendo pluralismo parlamentario y elecciones. Este argumento parece básicamentecorrecto, aunque quizá merezca la pena ampliarlo y modificarlo algo.

La mayor presión para cambiar el sistema japonés procedía de elementos radicales entre los militares y de pequeños círculos nacionalistas radicales. Ninguna de las sociedades ultranacionalistas se transformó en partido ni en movimiento importante, pero cabría la posibilidad de calificar a algunos de sus portavoces y teóricos como nacional socialistas en general (aunque no como "nazis"). Kita Ikki, el principal ideólogo nacionalista radical del Japón en el decenio de 1930, había sido en su juventud socialista marxista, y más tarde siguió un rumbo bastante parecido al de Mussolini. Kita

187

O.Tanin y E. Yohan (pseudónimos), Militarism and Fascism in Japan (Nueva York, 1934).

188

Cf. Referencias en George M. Wilson, “A New Look at the Problem of Japanese Fascismo”, en Turner, comp., Reappraisals of Fascism, pág. 199-214; y Testuo Furuya, “Naissance et développment du fascisme japonais”, Revue d’Historie de la 2me Guerre Mondiale, Nº 86 (abril de 1972), pa´g. 1-16.

189

Este enfoque adopta diversas formas en estudiosos como Robert A. Scalapino, Democracy and the Party Movement in Preñar Japan (Berkeley, 1953); Richard Storry, The Double Patriots (Boston, 1957), y “Japanese Fascism in the Thirties”, Wiener Library Bulletin (otoño de 1966), pág. 1-7; y Maruyana Masao, Thought and Behavior in Modern Japanese Politics, comp. Ivan Morris (Londres,1963). Ivan Morris ha editado un compendio de algunas de las principales interpretaciones divergentes del problema con el título de Japan 1931-1945: Militarism, Fascism, Japanism? (Boston, 1963).

190

Wilson, “A New Look at the Problem of Japanese Fascism”.

100

y algunosde los otros revolucionarios nacionalistas se oponían al capitalismo. Exigían la nacionalización de determinadas grandes industrias (junto con un cierto grado de control obrero), con participación en los beneficios y regulación estatal del resto de la industria que quedaría bajo la propiedad privada. Bajo un nuevo gobierno imperial orgánico y autoritario (con un sufragio universal controlado de los varones), esto iría acompañado de una reforma agraria drástica que introduciría un sistema agrario más comunitario y parcialmente colectivista. Un objetivo definitivo sería la

construcción en

el exterior de un gran imperio nuevo del Asia oriental191.

Donde más apoyo obtuvieron Kita y otros nacionalistas revolucionarios fue entre los oficiales más jóvenes de la Vía Imperial del ejército. Algunos de estos últimos calificaban de fascistas a los autoritarios más conservadores del llamado grupo Control del Estado Mayor, porque estos últimos rechazaban los cambios revolucionarios y eran partidarios de una mera expansión de la autoridad gubernamental bajo las instituciones existentes. Para los revolucionarios de la Vía Imperial, el autoritarismo del status quo que fomentaba una mayor industrialización dentro de un marco en gran medida

capitalista era mero fascismo y destructivo de la sociedad nacional192. A la inversa,

también existía un ala derechista reaccionaria "japonesista" en el seno de la opinión nacionalista, que rechazaba todas las instituciones extranjeras y proponía la resurrección

de una sociedad puramente autóctona y en gran medida orientada hacia lo agrario193.

Pese a los asesinatos, a la histeria ultranacionalista y las presiones radicales de la década de 1930, la constitución japonesa permaneció casi intacta, y el propio sistema de

partidos políticos se modificó relativamente poco194. Cuando por fin se creó la

Asociación de Asistencia al Gobierno Imperial, en 1940, era poco más de un conglomerado de casi todos los partidos existentes (aunque estos últimos estaban técnicamente en proceso de disolución). El pluralismo nunca quedó destruido del todo, y las fuerzas patrióticas no gubernamentales obtuvieron el 39% de los votos en las elecciones parlamentarias de 1942. Los cambios de la política japonesa en la década de 1930, que se produjeron más por acumulación

que por vueltas drásticas de timón, no fueron resultado de la toma del poder por un fascismo, militar o no, sino que se derivaron de un amplio consenso entre la mayor parte de la opinión política que apoyaba un nacionalismo intenso y una política agresiva en el exterior. A veces estos cambios estaban provocados por facciones militares, pero nunca se vieron determinados sólo por estas últimas.

En comparación con los regímenes agresivos europeos, el Japón Imperial en vísperas de la segunda guerra mundial se parecía en muchos sentidos más al Segundo Reich alemán que al sistema dse Hitler. El Japón era un país mucho menos industrializado que la Alemania de 1930-1940, y nunca había logrado una movilización política de masas plenamente democrática. La autoridad ejecutiva del emperador reinaba de jure, aunque no de facto, y las instituciones seguían siendo elitistas dentro de

una sociedad deferente195. Así, la expansión imperial se realizó bajo un sistema

191

George M. Wilson, Radical Nationalist in Japan:KIta Ikki, 1883-1937 (Cambridge, Massachussetts,1969), y “Kita Ikki`s Theory of Revolution”, Journal of Asian Studies 26.1 (noviembre de 1966), pág. 94-96. hay un extracto de la teoría de Kita en Morris, Militarism, Fascism, Japanism?,pág.

20-25.

192

Cf. James Crowley, Japan’s Queso for Autonomy (Princeton, 1966), pág. 172-177,251-279.

193

De varios aspectos de esto se trata en T.R.H. Havens, Farm and Nation in Modern Japan: Agrarian Nationalism, 1870-

1940 (Princepton, 1974).

194

Así lo demuestra G.M.Berger, Parties Out of Power in Japan, 1931-1-941 (Princeton, 1977). La moderación ejercida en un aspecto de la represión japonesa está descrita en R.H. Mitchell, Thought Control in Prever Japan (Ithaca, 1976).

195

Una interpretación algo diferente es la que expone Kentaro Hayashi, "Japan and Germany in the Internar Period", en J.W. Morley, comp., Dilemas in Preñar Japan (Princeton, 1971),pág. 461-488.

101

tradicionalista y monárquico, sin una estructura radical nueva ni una movilización independiente nueva. El ethos cultural que promovía la expansión representaba una radicalización del espíritu tradicional, samurai o bushido, y no un reflejo directo de las normas culturales y sociales de la revolución intelectual de 1890 que inspiró al fascismo europeo. Faltaba el objetivo de crear un "hombre nuevo" común al fascismo y a todas las revoluciones en profundidad. Aunque el militarismo, el nacionalismo y el expansionismojaponeses sumados al espíritu bushido, pudieran parecer un equivalente funcional del fascismo, no era así más que a un nivel muy elevado de abstracción. Tanto en su estructura como en sus ideas y su ética, todo ello difería específicamente del fascismo europeo. Lo más probable es que la analogía más estrecha fuera con la antigua

Alemania del kaiser Guillermo196.

China Durante la era fascista, la mayor parte de China estuvo gobernada por el Kuomintang de Chiang Kai shek (KMT), al que se suele clasificar como partido populista multiclasista o "edificador de la nación", pero no de

candidato adecuado al fascismo (salvo por parte de marxistas anticuados).sin embargo, hace poco Lloyd Eastman ha llamado la atención sobre los llamados Camisas Azules chinos, cuyo título oficial era el de Sociedad Regeneracionista, organizada por los oficiales radicales del KMT en 1932. Los Camisas Azules se inspiraban en parte en los estados europeos de partido único y creían que la única forma de modernizar, unificar y desarrollar China era mediante un sistema de partido único con una autoridad implacable que fuese más revolucionario que las formulaciones del KMT en aquel momento. Decían que su objetivo era una sociedad muy militarizada además de tecnocrática, de nacionalismo extremado que nacionalizara muchos de los medios de producción. En 1934 habían conseguido el favor de Chiang, que les dio el control temporal del adoctrinamiento político en el ejércitochino y un control parcial del sistema general de enseñanza, hasta que las presiones de la guerra civil, el conflicto interno y la guerra contra el Japón

acabaron por abortar a la organización197.

Pero parece que es fácil exagerar la importancia de este grupo. No constituían un partido o un movimiento diferenciado. Parece que el nombre de Camisas Azules fue un invento del espionaje militar japonés; el que ellos se daban así mismo se podría traducir mejor por “la gente vestida de algodón”. No sólo está algo en duda su identidad discreta, sino que también lo está el carácter fascista de sus ideas. Sun Yat-sen, el fundador del KMT, creía en un sistema de partido único de democracia dirigida y en la indutrialización y la modernización guiadas por el estado. Así, parecería que los Camisas Azules, o en términos menos drmáticos la “Gente Vestida de Algodón”, no representaban más que una variante temporalmente radicalizada de la doctrina original

del KMT198, y que el matiz mlitarista de sus propuestas reflejaba el clima de la época

frente a un Japón agresivo y su propia identidad profesional.

196

Como nota final, cabría observar que la única tentativa apreciable de copiar directamente el fascismo centroeuropeo dentro del Imperio japonés fue el Partido Fascista Panruso de exiliados rusos en Manchuria. Véase John J. Stephen, The Russian Fascists (Nueva York, 1978).

197

Lloyd E. Eastman, The Abortive Revolution: China Ander Nationalist Rule, 1927-1937 (Cambridge, Massachussets, 1974); “Fascists in Kuomintang China: The Blue Shirts”, China Quarterly 49.1 (enero de 1972), pág. 1-31,y “The Kuomintang in the 1930s”, en C.Furth, comp., The Limits of Change (Cambridge, Massachussets, 1976),pág. 191-210.

198

En este caso me baso en investigaciones inéditas de María Chang, de la Universidad de California de Berkeley.

102

Sudáfrica De todos los países no europeos, es posible que la sociedad afrikaner de Sudáfrica haya registrado el grado más elevado de apoyo popular a algo parecido al fascismo de tipo europeo a mediados y a finales de la década de 1930. Las razones para el atractivo del nacionalismo radical en la población afrikaner son evidentes en algunos aspectos: los recuerdos recientes de la conquista extranjera en la Guerra de los Borres, la opresión del sistema imperial británico (por blenda que fuera) y el gran sentimiento de situación minoritaria dentro del sistema británico en el terreno político,

y entre la población sudafricana en el racial.

Es probable que el movimiento de los Camisas Grises, fundado por L.T.

Weichardt en 1933, fuera el más claramente fascista desde el punto de vista tipológico.

Su principal inspiración no era italiana, sino alemana, y utilizó diversos nombres (por ejemplo, Nacional Socialistas Cristianos de Sudáfrica) para tratar de reclutar miembros entre todos los habitantes blancos; duró de una forma u otra hasta 1950. Era al mismo tiempo racista de blancos contra negros y además antisemita. La principal limitación a su orientación fascista fue la necesidad de rendir homenaje de dientes para afuera al cristianismo.

Un movimiento mucho más amplio, pero de carácter mucho más derechista, fue el Osseva-Brandwag (Centinela de la Carreta de Bueyes), fundado en 1938 por el Dr.

J.F.K. van Resburg. Pronto llegó a afirmar que tenía casi 200.000 miembros en una población boer de menos de dos millones de habitantes, pero parece haber incluido muchos casos de doble militancia con el principal partido conservador nacionalista afrikaner, el Partido Nacional Unido de Malan. Pasó por una fase de acción radical directa en 1940-1941, pero en 1943, con la decadencia del Eje, se hizo más moderado y fue perdiendo apoyo. Pro-nazi y anticapitalista, en su centi proponía una especia de república corporativa "calvinista" de un racismo sincrético. Parece que algunos de sus miembros se tomaban en serio su calvinismo, lo que creó unas tensiones internas bastante considerables.

También existió un grupo derechista autoritario de estudio y presión, el Nuwe Orde (Nuevo Orden) de Oswald Pirow, que se escindió en 1942 del Partido Afrikaner mayoritario de Malan. Antes había organizado una fuerza paramilitar de

12.000 hombres, en la década de 1930, pero su modelo de república autoritaria conservadora y

religiosa parecía estar más cerca del caso de Portugal que del de Alemania199.

América Latina La región donde más se ha copiado la política del continente europeo es América Latina. Dado el carácter muchas veces autoritario de los gobiernos latinoamericanos y el auge del nacionalismo en esa región entre las dos guerras, parecería la zona más adecuada para la aparición de fascismos importantes no europeos. Pero no fue así. En América Latina no hubo sino unos pocos movimientos específicamente fascistizantes, y el único que gozó de éxito fue el equívoco fenómeno del peronismo.

199

Mi única fuente sobre el fascismo y el nacionalismo autoritario en Sudáfrica es una tesis de licenciatura de Steven Uran, "Fascism and Nacional Socialism in South Africa" (Universidad de Wisconsin,1975). Como antecedentes, véase T.D.Woodie, The Rise of Akrikanerdom (Berkeley, 1975).

Existe un comentario sobre el "fascismo" del apartheid en A.James Gregor, Contemporary Radical Ideologies (Nueva York, 1968).

103

Cabe aducir algunas razones de la debilidad, de hecho de la ausencia práctica, de un fascismo categórico en América Latina: 1) la tasa generalemtne baja de movilización política, que tenía un retraso de una generación o más, incluso respecto a los países más atrasados de Europa; 2) el carácter no competitivo del nacionalismo de la mayor parte de los países latinoamericanos, que no corren peligro de dominación o conquista extranjeras, ni de guerra con el exterior; de ahí que la guerra y el nacionalismo competitivo

hayan estado en gran medida ausentes como catalizadores o factores de movilización; 3) como corolario del primer factor de dominación consuetudinaria elitista patronal de los procesos políticos, y de ahí la capacidad de los grupos dominantes y menos radicales, al igual que en Europa oriental, para reprimir el nacionalismo revolucionario; 4) la composición multirracial de muchas sociedades latinoamericanas, que difumina la identidad nacionalista radical y suele crear divisiones internas y complejos que refuerzan el status quo; 5) la dominación política de los militares, que sofocan otras manifestaciones políticas violentas; 6) la debilidad hasta 1960 de la izquierda revolucionaria, que en consecuencia no podía servir de estímulo; 7) la tendencia de los nacionalistas latinoamericanos, a partir de 1930, a rechazar tanto a Europa como a Norteamérica para volver a una especie de nativismo populista o alguna variante de la tradición hispánica; 8) lo inadecuado de la economía nacionalsocialista/nacionalsindicalista de autarquía en países tan dependientes de la economía mundial como son los de América Latina; y 9) la aparición de un modo latinoamericano bastante distintivo de nacionalismo radical multiclasista en la forma de movimientos populares como el APRA peruano y el MNR boliviano (al que algunos añadirían el PRI mexicano)200.

Aunque algunos grupúsculos fascistas claramente miméticos en América Latina, como el Partido Fascista Argentino (fundado en 1938), eran totalmente insignificantes, hubo unos cuantos movimientos que correspondían en todo o en parte a partidos fascistas europeos y merecen un breve estudio. El mayor de ellos fue la Açao Integralista Brasileira (AIB) de Plinio Salgado, fundada en 1932 e inspirada en una medida considerable por el fascismo italiano. Trataba de

mezclar un tipo italiano de autoritarismo corporativista con la cultura autóctona brasileña. Aunque en su propaganda se utilizaba mucho el término totalitario, su significado era tan vago y tan limitado como en el contexto italiano o el español. El propio Salgado era un semimístico, y su movimiento se identificaba mucho con el catolicismo, y con el carácter sacrosanto de la familia. Aunque los integralistas generaron más apoyo popular a mediados de la década de 1930 que ninguno de los demás partidos de tipo fascista de América Latina, esto se limitaba, al igual que en casi todos los demás grupos brasileños, a las clases medias, con un número desproporcionado de personas de origen alemán e italiano.

El Brasil, como casi todos los demás países de América Latina (o de la Europa meridional y oriental), estaba gobernado por un régimen más conservador, semicorporativista y autoritario bajo Getulio Vargas, un estado novo ("Estado Nuevo"), conforme a la terminología portuguesa, y no a la italiana. Los integralistas corrieron la misma suerte a manos de Vargas que sus contrapartidas portuguesas bajo Salazar: cuando por fin se levantaron en una tentativa de golpe contra el régimen en 1938, su

movimiento quedó aplastado para no resurgir jamás201.

200

Una lista algo diferente de factores, en la que me he basado en parte, es la que aporta Alistair Hennessy, "Fascism and Populism in Latin America", en Lacqueur, comp., Fascismo: a Reader's Guide,pág. 255-262. en torno al populismo latinoamericano, véase Grant Hilliker, Thje Politics of Reform in Perú: The Aprista and Other Mass Parties of Latin America (Baltimore, 1971).

201

El estudio más pertinente del régimen de Vargas en este

período y de sus relaciones con los integralistas es el de Robert M. Levine, The Vargas Regime: The Critical Tears, 1934-1938 (Nueva York,

104

Uno de los casos menores interesantes fue el del Movimiento Nacionalsocialista (MNS), o de los nacis, como se los llamaba en abreviatura de Chile. Fundado por el hispanoalemán Jorge González von Mareés en 1932, el nacismo estaba inspirado en parte por el nacionalsocialismo alemán, pero desarrolló sus propias características distintivas chilenas. Parece que González von Mareés era un idealista abstractamente moralisante al que le gustaba hacer hincapié en la pedagogía política para la nación. Su movimiento propugnaba el corporativismo social y un gobierno fuerte con una gran autoridad central, pero en 1937 su lider denunció públicamente a Hitler por haberse convertido en un tirano. En 1938 rechazó los vínculos y las comparaciones con el nazismo o el fascismo, y declaró que el movimiento era democrático. Aunque González era formalmente antisemita, declaró que en Chile no había un “problema judío” y defendió teóricamente la libertad de religión. En las elecciones parlamentarias de 1937, los nacis no lograron sino algo más del 3% del voto popular, pero obtuvieron buenos resultados en los distritos obreros de algunas grandes ciudades. Tropezaban con el problema habitual de la mayor parte de los movimientos de estilo fascista: cómo entrar en el sistema desde fuera, como tercera fuerza enfrentada tanto con la derecha como con la izquierda. González von Mareés rechazaba la violencia por la violencia, pero la propugnaba como “necesidad defensiva”. Una tentativa de golpe contra el gobierno derechista de Alessandri se vio fácilmente reprimida y después se produjo una matanza a sangre fría de más de 50 nacis capturados, de forma muy parecida a la que estaba

utilizando el régimen derechista de Rumania para despachar a los legionarios. En ese momento, los nacis desidieron apoyar a Aguirre Cerda, el candidato presidencial del Frente Popular chileno, y le dieron el margen de votos necesario para una victoria muy apretada. Parece caber poca duda de que un movimiento inspirado inicialmente por el nazismo alemán- aunque siempre fue no racista y antiimperialista (ninguna de estas dos cosas necesitan ser forzosamente no fascistas)- había evolucionado hasta convertirse en algo diferente. Se renunció al antisemitismo teórico, y en 1938 el movimiento tenía incluso un dirigente judío. En 1941, el MNS se había convertido en la Vanguardia Popular Socialista, pero ya estaba en decadencia pues no había encontrado espacio en la sociedad política chilena, y ya no ofrecía una alternativa tan diferenciada como antes de

1938202.

Durante estos años se hicieron en México varias tentativas de formación de movimientos de masas nacionalistas violentos o antiizquierdistas radicales, pero más bien tenían las características de la derecha radical que del fascismo europeo. Los Camisas Doradas del general Nicolás Rodríguez, organizados en 1934, eran violentos, antisemitas, antiizquierdistas y autoritarios, y copiaban directamente los estilos alemán e italiano, pero sus objetivos eran esencialmente contrarrevolucionarios y derechistas.

El gobierno, que se estaba convirtiendo por su parte en un sistema unipartidista y semicorporativista, logró controlarlos fácilmente. Parece que sólo uno de los presidentes de México, Plutarco Elías Calles, a principios de la década de 1930, jugó con la idea de fascistizar el régimen en México. En 1938, la fuerza auxiliar que fomentó aquél, la Acción Revolucionaria Mexicana (ARM), se identificó con los

Camisas Doradas en una revuelta abortada contra la administración siguiente (la rebelión de Cerdillo). Pero el principal movimiento contrarrevolucionario de masas fue el de los cristeros, una gran fuerza campesina católica que se convirtió en el principal 1970). Cabría señalar que a partir de 1945 el integralismo resurgió de forma más moderada, y que varios ex integralistas desempeñaron funciones en el régimen militar establecido en 1964.

202

El principal estudio es una tesis doctoral de Michael Potashnik, "Nacismo: Nacional Socialism in Chile, 1932-1938" (Universidad de California en los Angeles 1974).

105

movimiento popular del México del siglo XX, reminiscente en algunos sentidos de los

carlistas españoles203.

Un candidato probable a una "situación fascista" en el decenio de 1930 era Bolivia, el único país latinoamericano que en este período entró en un conflicto internacional y lo perdió decisivamente, en conflicto del Chaco con el Paraguay de 1932 a 1935. la frustración nacional de Bolivia llevó al poder en 1936 a una coalición radical, nueva e inestable, encabezada por el coronel David Toro e integrada por oficiales radicales, excombatientes de la guerra organizados más tarde en una "Legión" y pequeños grupos socialistas y laboristas. El objetivo de Toro era un "socialismo militar", orientada hacia una organización económica corporativa, un nuevo sistema de nacional sindicalismo y un parlamento parcialmente corporativo. Toro perdió el poder en 1937, pero sus sucesores elaboraron una nueva constitución social (1938), y un Código de Trabajo prosindical. Todo ello no llegaba, ni mucho menos, a constituir un fascismo boliviano, pero el estudioso más autorizado de la región reconoce la influencia

de las ideas italianas en el socialismo militar204. El socialismo militar estableció el

contexto para el auge de la izquierda nacional populista de Bolivia, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Este formó una alianza con una organización más reciente de oficiales radicales, la RADEPA, cuya orientación era favorable al Eje, que ocupó el poder brevemente, gracias a un golpe, a fines de 1943. Sin embargo, el MNR fue evolucionando hasta convertirse en uno de los dos partidos pluralistas populistas más destacados de América Latina, y acabó por subir al poder por sí solo en 1952 e iniciar una revolución populista

boliviana. Aunque las experiencias del decenio de 1930 sirvieron efectivamente para radicalizar y movilizar parte de la política boliviana, fomentaron una forma "típicamente latinoamericana" de radicalismo nacionalista.

En todo exámen del fascismo putativo de América Latina, donde más se ha concentrado la atención, con mucho, ha sido en el peronismo argentino. Todo comentario del "fascismo peronista" ha de referirse por fuerza a los años que pasó Perón en el poder (1946-1955), no a la historia subsiguiente del Partido Peronista como grupo sindical de oposición de masas. Debe señalarse ante todo que el primer esfuerzo por introducir la forma y parte del fondo del fascismo italiano se hizo bajo la efímera dictadura militar de Uriburu, entre 1930 y 1932, que resultó demasiado radical para la élite argentina. Pero durante la segunda guerra mundial, el gobierno de la Argentina que tenía sus propios grandes designios hegemónicos simpatizó con Alemania e Italia más que ningún otro gobierno de un país importante del hemisferio occidental. En el decenio de 1930 ya se habían formado varios grupos fascistas o profascistas, y en 1943 se hizo con el gobierno de la Argentina un grupo militar profascista, el GOU (Grupo de

203

Jean Meyer, La Cristiana, 3vols. (México, D.F., 1973); y en términos más amplios véase un estudio general de las diversas fuerzas en Hugh Campbell, "The Radical Right in México, 1929-1939" (tesis doctoral, Universidad de California en Los Angeles, 1968).

204

Herbert Klein ha publicado dos artículos en la Hispanic American Historical Review: "Davisd Toro and the Establishment of Military Socialism in Bolivia", 45.1 (febrero

de 1965), pa´g. 25-52; y “Germán Busch and the Era of Military Socialism in Bolivia”, 47.2 (mayo de 1967); pág. 166-184; así como una historia política general, Parties and Political Charge in Bolivia 1880-1952 (Londres, 1969), especialmente pág. 228-402.

Cabe señalar que existe una “Falange” en Bolivia, la Falange Socialista Boliviana. Pese a su nombre, que implica fascismo o socialismo, la FSB es un movimiento corporativista autoritario de derechas y católico. Fundada inicialmente en 1937, fue la principal oposición política a la revolución del MNR, y últimamente ha figurado entre los principales colaboradores del régimen militar del decenio de 1970. el programa de la FSB se expone hasta cierto punto en Rodolfo Surcou Macedo, Hacia la revolución integral (La Paz, 1961); y en Conozca Falange Socialista Boliviana (La Paz, 1972).

106

Oficiales Unidos), que impuso una dictadura temporal y una política inicialmente más

favorable al Eje que el anterior de la Argentina205.

Perón surgió como figura dirigente del GOU y ascendió a la presidencia de la Argentina como resultado de las elecciones de 1946. Lo excepcional del peronismo es que donde más apoyo tenía era en la organización de masas del movimiento obrero argentino, fomentada por su gobierno. El régimen peronista de 1946 a 1955 fue un gobierno personal de autoritarismo limitado, que toleró un grado considerable de pluralismo. Sus columnas gemelas fueron el nacionalismo y la reforma social; por una parte, fomentaba el desarrollo industrial y, por la otra, la redistribución de los ingresos, con el objetivo final de convertir a la Argentina en la potencia dominante de Sudamérica. Perón había sido agregado militar en la Italia fascista, y más adelante reconoció que el fascismo

italiano había influído en él, pero a partir de 1945 trató de crearse una posición independiente. Se calificó a la ideología del régimen de justicialismo y en ella se intentaba una síntesis de los cuatro principios de idealismo, materialismo, individualismo y colectivismo. Perón calificaba al fascismo europeo de combinación exagerada de idealismo y colectivismo que excluía el individualismo y un sano materialismo, definición que, dentro de sus límites, no es necesariamente inexacta.

En un momento dijo: “Mussolini fue el hombre más grande de nuestro siglo, pero cometió algunos errores desastrosos. Yo, que tengo la ventaja de su precedente ante mí,

seguiré sus huellas, pero también evitaré sus errores” 206.

Casi todos los analistas del caso peronista han concluído que el peronismo en el poder reunía, efectivamente, la mayor parte de las características que cada uno de ellos imputa al fascismo, aunque su base militar-sindical lo convertía en un ejemplo fuera de

lo corriente207. Evidentemente, el régimen era, como casi todos los nuevos sistemas

económicos latinoamericanos, ecléctico; uno de los consejeros, escritores de discursos y teóricos sindicales de Perón era José Figuerola; un español que había sido asesor laboral de Primo de Rivera, el dictador español.

Aunque el partido político peronista se organizó en 1949 con intenciones declaradas de convertirse en partido único, Perón nunca estableció una dictadura total y rígida. Se basó en el apoyo de los trabajadores organizados, los nacionalistas de clase media, gran parte de la clase industrial, y parte del cuerpo de oficiales del ejército. Tras desplazar y enajenar a la antigua clase dominante de terratenientes, tuvo que equilibrar las reivindicaciones y las quejas de diversos sectores para

conservar el poder. Al final, la inflación, la corrupción y la recesión económica, junto con su política social demagógica y distributiva, unieron a las clases altas en contra suya. El enfrentamiento con la Iglesia y las frustraciones nacionales e institucionales, cada vez mayores, hicieron que la mayor parte de los militares se volvieran contra el régimen y llevaron al

derrocamiento de Perón, en 1955208.

205

La política del ejército argentino en este período está bien estudiada en Robert Potash, The Army and Politics in Argentina, 1928-1945 (Stanford, 1969); y de forma más general en Martin Goldwert, Democracy, Militarism and Nationalism in Argentina, 1930-1966 (Austin, 1972).

206

George Blanksten, Perón's Argentina (Chicago, 1953), pág. 279.

207

Blanksten considera que el peronismo está más cerca del fascismo que del no fascismo; y S.M.Lipset, en Political Man (Nueva York, 1969), lo califica de "fascismo de izquierda" (véase el cap. 5). El calificativo de fascista lo aceptan en gran medida Paul Hayes en Fascism (Londres, 1972), y H.U. Thamer y Wolfgang Wippermann, Faschistische und Neo faschistche Bewegunguen (Darmstadt, 1977). En cambio, Gino Germani distingue (a mi entender, con razón) entre el fascismo europeo y el "nacionalpopulismo" argentino, aunque no llega a definir todas sus diferencias tipológicas o morfológicas, en su Authotitarianism, Fascism and National Populism (New Brunswick, New Jersey,

1978).

208

Ya hay muchos estudios del Peronismo. Véase en particular, además de Perón's Argentina, de Blanksten, R.J.Alexander, The Perón Era (Nueva York, 1951); Pierre Lux-Wurm, Le Péronieme (París,

107

Una evaluación atenta revela que el peronismo tenía casi todas, pero no todas, las características del fascismo europeo. Durante mucho tiempo no fue un movimiento político organizado, y ni siquiera después de la llegada de Perón al poder pudo definir un nuevo sistema. Perón expresaba, efectivamente, las negociaciones fascistas, y hasta cierto punto utilizó valores culturales y filosóficos parecidos a los movimientos fascistas europeos, con metas expansionistas en las relaciones exteriores. Se llegó a conseguir el objetivo de un régimen de partido único, pero nunca se puso en práctica efectivamente.

La demagogia "izquierdista" de Perón y su movilización de los obreros no lo convertían en un antifascista, como dicen algunos ingenuamente, ni mucho menos, pero nunca proyectó la insistencia fascista en una nueva jerarquía nacional orgánica que pudiera disciplinar efectivamente a la sociedad. Las formas en las que Perón se quedó corto frente a un modelo completo de fascismo europeo derivaban de sus circunstancias personales, nacionales e históricas. En la sociedad política latinoamericana, dominada por los militares, el ejército era el único que introducía cambios abruptos, y para crear un movimiento radical nuevo había que ir de arriba abajo. Al no llegar a la cumbre hasta después de 1945, y no disponer más que de un poder limitado, Perón moderó adrede el alcance de sus ambiciones, y no parece que concibiera un modelo fascista europeo a gran escala como algo viable en un país como la Argentina después de la

segunda guerra mundial. La utilización clave de una dirigente femenina (Evita), básica para todo el proceso de movilización, también fue una desviación grave del estilo fascista.

El fascismo genérico: fenómeno exclusivamente europeo O sea, que según parece fuera de Europa no se podían reproducir a escala importante todas las características del fascismo europeo. Las condiciones previas específicas existentes en Europa, pero que no se daban, o no se daban simultáneamente en otros continentes, eran: 1) una intensa competencia nacionalista/ imperialista entre las naciones más recientes, formadas sobre todo en el decenio de 1860; 2) la existencia nominal de sistemas democráticos liberales en los mismos países, pero sin, por una parte, raices funcionales profundas ni, por la otra, una élite o una oligarquía dominante; 3) la oportunidad para la existencia de un nacionalismo organizado de masas como fuerza independiente no limitada a las élites ni a una oligarquía institucionalizada; 4) una nueva orientación cultural derivada de la revolución cultural e intelectual de 18901914.

El Japón, intensamente nacionalista/imperialista, era uno de los nuevos estados aparecidos en el decenio de 1860 que trataba de ingresar en el orden imperial, pero en él no existía la oportunidad de una nueva movilización social y política radical, dadas las limitaciones de su desarrollo político. Además, su cultura seguía siendo semitradicionalista, y no era nada receptiva a las nuevas ideas radicales vinculadas al fascismo. El nacionalismo latinoamericano era considerablemente más débil, y las comunidades políticas latinoamericanas estaban normalmente sometidas a la dominación de la oligarquía. Con la excepción parcial de la Argentina, las actitudes y los valores culturales que acompañaban al fascismo no gozaban de gran publicidad.

Sudáfrica tenía un tipo de comunidad comercial y una distribución del poder dentro de la población blanca mucho más plenamente europeas, pero sus problemas internacionales estaban en proceso de resolución y su cultura estaba menos secularizada. 1965); Peter Walldmann, Der peronismos 1943-1955 (Hamburgo, 1974); y sobre los antecedentes históricos, M.Falcoff y R.H.Dolkart, comps., Prologue to Perón (Berkeley, 1976). Respecto de la base social, véase Peter H. Smith, " The Social Base of Peronism", HIspanic American Historical Review, 52.1 (febrero de 1972), pág. 55-73; y "Social Mobilization, Political Participatión, and the Rise of Juan Perón", Political Science Quarterly, 84.1 (marzo de 1969), pág. 30-49.

108

Es posible que la gran mayoría negra negara la utilidad de un enfoque nacional socialista del nacionalismo radical, de forma que siguió dominando un tipo más prudente y conservador de nacionalismo.

En consecuencia, es dudoso que se pueda aplicar una tipología derivada del fascismo europeo a los movimientos o regímenes no europeos con un mínimo de especificidad. Como han insistido los dos estudiosos más asiduos del fascismo, Ernest Nolte y Renzo de Felice, se trató de un fenómeno histórico limitado fundamentalmente a Europa durante la era de las dos guerras mundiales. 7 Teorías del fascismo

109

Desde la Marcha sobre Roma, los analistas políticos vienen tratando de formular una interpretación o teoría que pueda explicar el fenómeno del fascismo europeo. Al ser la única forma verdaderamente nueva de radicalismo surgida de la primera guerra mundial, que parecía entrañar múltiples

ambigüedades, por no decir contradicciones flagrantes, el fascismo no se prestaba fácilmente monocausal ni a una simple teoría unificada. El debate continúa desde hace más de medio siglo, y todavía no existe un

consenso acerca de un concpeto explicativo209.

Las principales teorías o explicaciones del fascismo se han orientado ante todo a una definición delcarácter subyacente de esta especia supuesta de política, a su sentido general, o más frecuentemente a sus principales fuentes o causas. En aras de la comodidad, cabe resumir las principales interpretaciones en 12 categorías, aunque sea en el entendimiento de que estos conceptos no siempre son mutuamente excluyentes, sino que en algunos casos se basan los unos en los otros.

1. Un agente violento y dictatorial del capitalismo burgués.

2. Una forma de "bonapartismo" del siglo XX.

3. La expresión de un radicalismo exclusivo de las clases medias.

4. La consecuencia de historias nacionales excepcionales.

5. El producto de un derrumbamiento cultural o moral.

6. Un fenómeno metapolítico excepcional.

7. El resultado de impulsos psicosociales sumamente neuróticos o patológicos.

8. El producto de la ascensión de unas masas amorfas.

9. Una manifestación típica del totalitarismo del siglo XX. 10. Una revuelta contra la "moderación". 11. La consecuencia de una fase determinada de crecimiento socioeconómico, o una fase en la secuencia del desarrollo. 12. La negación de que pueda definirse un fenómeno tan general como el fascismo genérico.

Antes de examinar brevemente cada una de estas interpretaciones, debe señalarse que son pocos, entre quienes intentan elaborar una teoría causal o un concepto explicativo del fascismo, los que definen exactamente lo que quieren decir con ese término, o concretamente qué partidos o movimientos están tratando de interpretar, más allá de una referencia primaria (generalmente al nacionalsocialismo alemán).

La misma ausencia de una definición empírica de lo que se pretende decir con el término de fascismo y de una comprensión de cuáles son exactamente los grupos a los cuales se piensa que se refiere el término ha venido siendo un gran obstáculo a la aclaración conceptual.

209

Los principales estudios sobre las interpretaciones del fascismo son: Renzo de Felice, Interpretations of Fascism (Cambridge, Massachussets, 1977); Gregor, Interpretations of Fascism; y Wolfgang Wippermann, Faschismustheorien (Darmstadt, 1976). Además, De Felice ha escrito y compilado un comentario y una antología combinados más extensos, Il fascismo: Le interpretación dei comporanei e degli storici (Bari, 1970). También es útil el compendio de Ernst Nolte, Theorien ubre deb Faschismus Nationalsozialismus: Versiones und theoretische Kontroversen, 1922-1972 (Berlín, 1974).

110

El fascismo como agente violento y dictatorial del capitalismo burgués.

La idea de que el fascismo debe entenderse ante todo como el agente del “capitalismo”, la “gran empresa”, el “capital financiero”, la “burguesía”, o cualquier combinación concebible de todos ellos, es una de las interpretaciones más

antiguas, más corrientes y más difundidas de todas. Se difundió hasta cierto punto antes incluso de que se organizara formalmente el fascismo italiano (con el fin de explicar el abandono por Mussolini del socialismo ortodoxo), y empezó a obtener aceptación general, con especial referencia a Italia, ya en 1923 con las formulaciones del comunista húngaro Gyula Sas210y de la alemana Clara Zetkin211. Esta pasó a ser la interpretación común del fascismo en la Tercera Internacional, y también la adoptaron algunos no comunistas. Entre los principales expositores de esta concepción figuraron R.Palme Dutt212 y Daniel Guérin213. Entre los expositores recientes más notables del concepto marxista del fascismo figuran Reinhard Kühnl214, Nikos Poulantzas215, Boris Lopukov216, Alexander Galkin217, y MihailVajda218, auque los dos últimos han introducido importantes modificaciones en el concepto (véase infra). En general, los seguidores de la interpretación marxista no distinguen, o rechazan la importancia de toda distinción, entre los grupos fascistas centrales y las fuerzas del autoritarismo de derechas.

El fascismo como forma de “bonapartismo” del siglo XX

Que la teoría del mero “agente” era incorrecta fue algo que advirtieron otros observadores más perceptivos y objetivos, entre ellos algunos marxistas, en los primeros años del fascismo italiano. En 1930, el comunista alemán disidente August Thalheimer sugirió que, por el contrario, se considerase al fascismo como el equivalente contemporáneo del “bonapartismo”, es decir, como una forma autónoma de gobierno autoritario, independiente de una dominación específica de clase219.

210

Gyula Sas, Der Faschismus in Italien (Hamburgo, 1923), reimpreso en De Felice, Il fascismo, pág. 6880; y en el mismo sentido, German Sandomirsky, Fashizm, 2 vols., Moscú-Leningrado,1923.

211

Clara Zetkin, “Der Kampf gegen den Faschismus”, Protocols of the KOMINTERN Conference, reimpreso en Nolte, Theorien, pág. 88-111.

212

Rajan Palme Dutt, Fascism and Social Revolution (Londres, 1934).

213

Daniel Guérin, Fascismo et- grand capital (Paris, 1936). (Hay traducción al castellano: Fascismo y gran capital, Ed. Fundamentos, Madrid, 1973) Véase un comentario sobre otros expositores iniciales del concepto marxista en De Felice, Interpretations,pág. 30-54; y John Cammett, “Communist Theories of Fascism,1920-1935”, Science and Society, 31.2 (primavera de 1967), pág. 149-163.

214

Reinhard KÜhnl, Formen Bürgerlicher Herrschaft (Hamburgo, 1971). En torno a las expresiones de la teoría marxista del fascismo en Alemania oriental, véase Wippermann, Faschismustheorien, pág. 19-37.

215

Nikos Poulantzas, Fascismo et dictadura (París, 1970). (Hay traducción al castellano: Fascismo y dictadura, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973).

216

Boris Lopukov, Fashizm i raboche dvizenie v italia 1919-

1929 (Moscú, 1968).

217

Alexander Galkin, “Capitalist Society and Fascism”, Social Sciences: ISSR Academy of Sciences, 2 (1970), pág. 128-138; comentado en Gregor, Interpretations, pág. 163-168.

218

Mihaly Vajda, Fascism as a Mass movement (Londres, 1976), y “The Rise of Fascism in Italy and Germany”, Telos 12 (1972), pa´g. 3-26, comentado en Gregor, Interpretations, pág. 166-170.

219

August Thalheimer, “Ueber den Faschismus”, Gegen den Strom, Nº 2 a 4 (enero de 1930), reimpreso en De Felice, Il fascismo, pág. 272-295. véase otro comentario en Wippermann, Faschismustheorien, pág. 42-48, y la crítica de Jost Dülffer, “Bonapartism, Fascism and National Socialism” JCH 11.4 (octubre de

111

Conforme a esta interpretación, el fascismo era el producto de una crisis política y social en la cual ya no eran eficaces las formas tradicionales de dominación de clase, pero que había producido una situación de relativo equeilibrio de clases que permitía a una nueva forma de dictadura liberarse de la dominación de clase.

Aunque el fascismo podía beneficiar a unos sectores sociales más que a otros, en sí mismo servía sobre todo como fuerza política, y podía gozar de un éxito independiente transitorio hasta que, con el tiempo, el peso de los factores económicos y sociales evolucionara en contra suya. Algunos teóricos comunistas más recientes, como Galkin y Vajda, han incorporado aspectos de la explicación de Thalheimer, y

consideran el fascismo como una crisis atípica producida por determinadas variantes de la sociedad capitalista, en la cual el régimen fascista logra liberarse hasta cierto punto de la dominación capitalista, por lo menos de

momento220.

El fascismo como expresión de un radicalismo exclusivo de las clases medias Varios observadores y estudiosos han sugerido una interpretación diferente de las bases de clases del fascismo, pues no consideran a éste como agente de la burguesía, sino más bien como vehículo de sectores de las clases medias, a las que antes se negaba la pertenencia a la élite nacional, con objeto de forjar un sistema que les diera un papel más destacado. Quien primero sugirió esta explicación fue Luigi Salvatorelli, en su Nazionalfascismo (1923), cuando subrayó el papel de la "pequeña burguesía humanista"-, los funcionarios, los diplomados universitarios que trataba de reestructurar el estado y la sociedad italianos tanto en contra de la alta burguesía capitalista como en contra de los obreros. Su interpretación ha obtenido el decidido

apoyo del principal estudioso del fascismo italiano 221, así como del historiador másoficial del movimiento222. Coincide en gran medida con la tesis de Seymour Lipsetsobre el fascismo como "radicalismo del centro"223.

Ese enfoque explica la procedencia social de parte de la base de determinados partidos fascistas importantes, además de aclarar determinados aspectos del programa fascista. Pero su capacidad explicativa es limitada, pues no explica el gran número de seguidores del fascismo no pertenecientes a las clases medias en países tan diversos como Alemania, Hungría y Rumania. Tampoco logra explicar todo el carácter y el alcance de los objetivos radicales entre sdirigentes tan diferentes como Hitler, Déat, Piasecki y Codreanu. O sea, que

el “radicalismo de las clases medias” explica una de las tendencias más importantes del fascismo, pero resulta insuficiente para consituir una teoría general del fascismo.

El fascismo como la consecuencia de historias nacionales excepcionales

Diversos escritores e historiadores han tratado de presentar al fascismo224 y elnazismo 225 como enfermedades esencialmente italianas y alemana, debidas a

valores e instituciones culturales y sociales defectuosos arraigados en las historias 1976), pág. 109-128.

220

Samuel Farber, en Revolution and Reaction in Cuba, 1933-1960 (Middletown, Connecticut, 1977), aplica el concepto bonapartista a la revolución de Castro, de una forma que no deja de ser convincente.

221

De Felice, Interpretations, pág. 130, 174-192, y Fascism: An Informal Introduction to its Theory and Practice (New Brunswick, Nueva Jersey, 1976).

222

Gioacchino Volpe, Storia del movimiento fascista (Milán, 1939), pág. 46-47.

223

Lipset, “Fascism- Left, Right and Center”, capítulo 5 de su Political Man (Nueva York, 1960).

224

Por ejemplo, D. Mack Smith, Italy: A Modern History (Ann Arbor, 1959).

112

anteriores de esos países. Aunque no cabe en absoluto

desechar de plano ese enfoque, sus partidarios han ido disminuyendo constantemente, debido a la superficialidad de sus análisis, en los que no han hecho una comparación adecuada con otros países cuyos factores y problemas eran parecidos, aunque fuese en menor grado. Se ha reconocido que esto lleva a un reduccionismo antihistórico y antiempírico.

El fascismo como producto de un derrumbamiento cultural o moral Los historiadores de la cultura alemana e italiana, encabezados por figuras

como Benedetto Croce226 y Friedrich Meinecke227, han interpretado el fascismo

como el producto de la fragmentación cultural y el relativismo moral de los valores europeos a partir de fines del siglo XIX. Según esta opinión, la crisis de la primera guerra munidal y los años siguientes, al producir una intensa dislocación económica, conflicto social y anomia cultural, llevó a una especie de colapso espiritual que permitió el auge de nuevas formas de nacionalismo radical. Una de las exposiciones

contemporáneas más coherentes de este enfoque es la de Peter Drucker228.

La debilidad del enfoque de la crisis cultural o moral, tomado por sí solo, estriba en que solo trata de explicar las condiciones que permitieron la aparición de los movimientos fascistas, sin explicar sus ideas, valores, formas u objetivos específicos. En cambio, A. James Gregor, en su The Ideology of Fascism, arguemtna que el fascismo italiano elaboró una ideología coherente que no era el producto de un derrumbamiento nihilista, sino más bien la consecuencia de unas ideas culturales, políticas y sociales nuevas elaboradas en Europa occidental y central a fines del siglo XIX y principios

del siglo XX.

El fascismo como fenómeno metapolítico excepcional El estudioso más famoso del fascismo, Ernest Nolte, interpreta el fascismo de manera completamente diferente de todas las teorías anteiores, pues desecha la mayor parte de los factores aducidos por otros intérpretes por considerarlos secundarios o prácticamente inaplicables. Nolte considera el fascismo primordialmente como un fenómeno metapolítico, es decir, como el producto de determinadas aspiraciones políticas, culturales e ideológicas que surgen de la democracia liberal y están encaminadas a crear un orden radicalmente nuevo, con nuevos valores y doctrinas propios, que rechazan los proyectos existentes de "trascendencia" y buscan otro tipo de revolución de la derecha. A su juicio, el fascismo es producto de la era de las guerras mundiales y el bolchevismo, y trata de

225

Estas obras cuyo enfoque es algo simplista, prosperaron especialmente durante la segunda guerra mundial. Ejemplos importantes son Edmond Vermeil, Doctrinaires de la révolution allemande (París, 1939; W.M..McGovern, From Luther to Hitler: The History of Fascist-Nazi Political Philosophy (Nueva York, 1941); y Peter Viereck, Metapolitic: From the Romantics to Hitler (Boston, 1941).

226

Hay referencias a los escritos de Croce sobre el fascismo, y evaluaciones de esos escritos, en Gregor, Interpretations, pág. 29-32.

227

En De Felice, Il fascismo, pág. 391-437, se exponen y comentan selecciones de Meinecke, Hans Kohn y Gerhard Ritter en este sentido.

228

Peter Drucker, The End of Economic Man (Nueva York, 1939).

113

contrarrestar a este último mediante la adopción de algunas de sus formas y sus

técnicas229.

Aunque son pocos los estudiosos que han aceptado las formulaciones exactas de Nolte, otras figuras importantes han sugerido interpretaciones políticas propias.

Antes de que se publicara el primer libro de Nolte, Eugen Weber sugirió que el fascismo era un proyecto excepcional y específico revolucionario por derecho

propio230, mientras que George Mosse, el principal historiador de la cultura nazi yprenazi231, interpreta el fascismo como una revolución de la derecha con objetivos

trascendentales propios y con un contenido cultural e ideológico específico, no

meramente reaccionario ni oportunista232. De forma un tanto parecida, el filósofo

católico Augusto del Noce entiende el fascismo como la forma revolucionaria de determinados nacionalismos europeos durante la "primera edad de la secularización", cuando el clericalismo moderno todavía era capaz de proyectar objetivos idealistas y semitrascendentales, y antes de la victoria absoluta del materialismo y el comunismo. Interpreta el fascismo italiano como competidor del leninismo, y el nacionalsocialismo alemán, más radical, como pcontrapartida competitiva del stalinismo, de manera que constituyen dos fases diferentes del

radicalismo del siglo XX233.

El fascismo como resultado de impulsos psicosociales

sumamente neuróticos o patológicos Este enfoque es más intuitivo que empírico, pero prosperó en algunos sectores durante la era fascista e inmediatamente después de ella. Sus teóricos más leidos han sido Erich Fromm, Wilhelm Reich, y Theodor Adorn y los colegas de este último.

La obre de Fromm El Miedo a la Libertad (publicada inicialmente en Nueva York, 1941,1965) aducía que debía entenderse el fascismo como producto de la sociedad de clase media centroeuropea decadente, pero difería del enfoque marxista corriente al hacer hincapié sobre todo en los sentimientos de aislamiento, impotencia, anomia y frustración.

229

Ernst Nolte, Three Faces of Fascism (Nueva York, 1966). (Hay traducción al castellano: El fascismo en su época, Ed. Península, Barcelona, 1968).

230

Eugen Weber, Varieties of Fascism (Nueva York, 1964).

231

George L. Mosse, The Crsisi of German Ideology (Nueva York,1964); Nazi Culture (Nueva York,1968); Germans and Jews (Nueva York,1970); The Nationalization of the Masses (Nueva York,1975); y “The Genesis of Fascism”, JCH 1.1 (abril de 1966), pág. 14-26.

232

George L. Mosse Nazism: A History and Comparative Analysis of National Socialism (New Brunswick, Nueva Jersey, 1978). La reseña de Nolte por Mosse, que es provablemente la major crítica aparecida de este último, se publicó en Journal of the History of Ideas 27.4 (octubre-diciembre de 1966), pág. 621-625. J.P. Stern, en Hitler: The

Führer and the People (Glasgow, 1975), tiende a convenir con Mosse.

233

Augusto del Noce, L'Epoca della secolarizzazione (Milán, 1970), pág.111-135; y "Per una definizione storica del fascismo", en Il problema storico del fascismo (Florencia, 1970), pág.11-46.

Peter Merkl, en "Comparing Fascist Movements" (Larsen y otros, comps., Who Were the Fascists?), añade otra variante al concluir que "las pruebas de que la revuelta generacional era la gran fuerza motivadora que tenían en común todos estos movimientos fascistas diversos parecen ser verdaderamente abrumadoras".

114

Un enfoque freudiano más extremo tiene su ejemplo en la obra de Wilhelm Reich, La Psicología de las Masas del Fascismo (Nueva York, 1930, 1946,1970), que proponía una explicación psicosexual. Reich consideraba el fascismo como una combinación de represión sexual e impulsos compensatorios y agresivos sadomasoquistas, y como la consecuencia natural de una "sociedad burguesa" basada en la represión sexual.

Cabe hallar un enfoque diferente, pero relativamente afín, en la obra de Theodor Adorno y otros, La personalidad autoritaria (Nueva York, 1950). Este estudio sugería que podía entenderse el fascismo como la expresión primordial de determinados rasgos de la "personalidad autoritaria" que tendían a la rigidez, la represión y la dictadura, y cuya presencia cabía esperar sobre todo entre las clases medias centroeuropeas del período de entreguerras.

La debilidad de estas teorías reside en el contenido especulativo y no verificable de las concepciones de Fromm y

Reich y en el carácter peculiarmente reduccionistas de las ideas sexuales de este último, que no pueden hacerse aplicables metodológicamente aplicables a las principales dimensiones del problema. El inventario de la "personalidad autoritaria" es más específico y empírico, pero las investigaciones ulteriores no han logrado sustanciar ninguna hipótesis clara acerca de los rasgos de la personalidad de la clase media o centroeuropea en este período, y no es de sorprender que un estudio empírico concluyente que las personalidades de los comunistas eran tan "autoritarias" como las de los fascistas.

El fascismo como producto de la ascensión de unas masas amorfas Otra concepción del fascismo lo considera como producto de unos cambios cualitativos exclusivos de la sociedad europea, a medida que la estructura tradicional de clases fue cediendo terreno a unas poblaciones numerosas, indiferenciadas y atomizadas: las "masas" de la sociedad urbana e industrial. Quien primero expuso esta idea fue José Ortega y Gasset, y de diversas formas la han vuelto a formular

Emil Lederer234, Talcott Parsons235, y Hanna Arendt236, y quizá de la forma máscoherente William Kornhauser237. Hace hincapié en el carácter irracional,

antiintelectual y visceral del atractivo del fascista para el "hombre masa", con lo cual hasta cierto punto complementa la teoría del "derrumbamiento cultural".

Pero este enfoque tiende a olvidar la medida en que figuraban en los programas y las prácticas de los movimientos fascistas un contenido ideológico práctico y unos llamamientos coherentes a intereses tangibles, así como la medida en que muchos de sus seguidores se seguían identificando y definiendo como miembros de sectores sociales o institucionales estructurados. Además, no distingue

entre el carácter de la “sociedad de masas” en el contexto alemán, distinto de los demás países industrializados.

El fascismo como manifestación típica del totalitarismo del siglo XX Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando el espectro de una Europa dominada por el hitlerismo se vio sustituido por el de una Europa

234

Emil Lederer, The Satae of the Masses (Nueva York,1940).

235

Talcote Parsons, “Some Sociological Aspects of the Fascists Movements” en sus Essays in Sociological Theory, ed.rev. (Nueva York,1949).

236

Hannah Arendt, The Origins of Totalitarianism (Nueva York,1951). (Hay traducción al castellano en cursos de publicación: Los orígenes del totalitarismo, Alianza Ed., Madrid, 1981-82,3 vols.)

237

William Kornhauser, The Politics of Mass Society (Nueva York, 1959).

115

dominada por el stalinismo, surgió una nueva línea de interpretación entre algunos teóricos políticos occidentales. Sugirieron éstos que el fascismo en general, pero más específicamente el nacionalsocialismo, no constituía una categoría o un género absolutamente excepcional, sino que se trataba simplemente de una manifestación típica del fenómeno general, más amplio y todavía más siniestro, del totalitarismo del siglo XX, que perduraría mucho tiempo después de que hubieran expirado los

movimientos estrictamente fascistas238. Esta concepción

estuvo muy de moda en la

década de 1950, pero más tarde fue objeto de críticas cada vez más duras. Hannah Arendt excluyó a la Italia de Mussolini de la categoría de los sistemas totalitarios, con lo que socavó el concepto del fascismo genérico como totalitarismo. Más trade, en un importante artículo, Wolfgang Bauer llamó la atención sobre los aspectos comunes del fascismo y el nacionalsocialismo y sus diferencias con los sistemas

comunistas239, con lo que puso más en duda que existiera una identidad común como

totalitarismo genérico. Los teóricos occidentales han tropezado cada vez más con dificultades para definir el totalitarismo aunque esto pueda deberse meramente a

perversidad y simplismo – 240 y algunos dudan que exista como una categoríacontínua y comparable en absoluto241.

El fascismo como resistencia a la modernización El viejo argumento de que el fascismo era meramente irracional e incomprensible en términos normales ha recibido en los últimos años una nueva matización por parte de algunos estudiosos occidentales que lo han interpretado como una expresión de resistencia a la "modernización", como quiera que se defina esta última. Interpretan los movimientos fascistas como opuestos primordialmente a los aspectos centrales de la sociedad liberal occidental, como la urbanización, la industrialización, la educación liberal, el materialismo racionalista, el individualismo, la diferenciación social y la autonomía pluralista, de modo que califican al fascismo como inherentemente opuesto a la modernización "en si".

Henry A. Turner, Jr., ha aportado la exposición más sucinta y directa de este punto

de vista242. Wolfgang Saber interpreta el fascismo como el movimiento político de

los "perdedores" en el proceso de modernización, mientras que Barrington Moore, que emplea una definición del fascismo muy elástica, cree que fue el producto de un

proceso aberrante de modernización controlado por élites marciales y rurales243.

Ernst Nolte ha aducido que el fascismo fue, entre otras cosas, la expresión de una resistencia a la "trascendencia" moderna, concepto filosófico que no parece estar divorciado del de modernización en las ciencias sociales. Akan Cassels, no obstante, aporta una matización importante a la tesis antimodernista con su concepción de las

238

La exposición clave de este enfoque es la que hacen Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezkinski, Totalitarian Dictatorship and Autocracy (Nueva York, 1956). Asimismo, Totalitarianism, comp. Por Carl J. Friedrich (Nueva York, 1954).

239

Wolfgang Saber, "National Socialism: Totalitarianism or Fascism?, AHR 73.2 (diciembre de 1967), pág. 404-422.

240

Por ejemplo, Hans Buccheim, en Totalitarian Rule (Middletown, Connecticutt, 1968), escribe fatuidades como "El concepto de gobierno totalitario no se puede determinar por medios puramente lógicos" (pág. 11), y "La escencia del fascismo es la rebelión contra la libertad" (pág. 23), etcétera.

241

Cf. Herbert Spiro, "Totalitarianism", Internacional Enciclopedia of the Social Sciences (Nueva York,1968),

vol.16.

242

henry A. Turner, Jr., “Fascism and Modernization”, World Politics 24.4 (julio de 1972), pág. 547-564, reimpreso en Turner, Reappraisals of Fascism, pág. 117-139.

243

Barrington Moore, Jr., Social Origins of Dictatorship and Democracy (Boston, 1966). (Hay traducción al castellano: Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia, Ed. Península, Barcelona, 1923).

116

“dos caras del fascismo”, al sugerir que en lagunos países subdesarrollados el fascismo fue una fuerza modernizadora, pero se volvió en contra del proceso

modernizador en países como Alemania que ya estaban industrializados244. La tesis

de la antimodernidad se ha visto vigorosamente combatida por algunos estudiosos

que aducen una interpretación diametralmente opuesta245.

El fascismo como consecuencia de una fase determinada del crecimiento socioeconómico, o una fase en la secuencia del desarrollo Casi todas las interpretaciones precedentes eran “concepciones clásicas”, formuladas inicialmente en las décadas de 1920 y 1930 en términos de los intereses o los impulsos fundamentales de la sociedad europea o de su estructura económica.

Veinte años después de la derrota de la Alemania nazi surgió un enfoque diferente, influido por las ideas generales relativas a los imperativos estrcuturales y políticos de la modernización económica y a las experiencias recientes de los

países del “Tercer Mundo” que acababan de conquistar la independencia.

El concpeto del crecimiento por fases sostiene que muchas veces el proceso de modernización e industrialización ha tendido a producir graves conflictos internos a medida que el equilibrio del poder va cambiando entre distintos grupos sociales o económicos y pone en peligro a algunos. Quienes se inclinan hacia este enfoque no sólo difierne de los marxistas en que no reducen el conflicto a un combate entre el capital y el trabajo, sino que lo definen con más amplitud en relación con una extensa gama de fuerzas sociales/ estructurales y de intereses nacionales.

Dos de los principales expositores de esta reoría han sido A.F.K.Organski y

Ludovico Garrucchio (pseudónimo). Organski246 ha sugerido que las posibilidades

de un fascismo surgen en el momento en que el sector industrial de la economía empieza a igualar por primera vez en volumen y en fuerza de trabajo al sector primario, lo cual crea la posibilidad de conflictos graves que sirven además para provocar un nacionalismo agresivo y un gobierno autoritario. El problema de esta concepción es que su autor no la afinó lo bastante para hacer que resultara aplicable únicamente a Italia ya otros países que pasaron por una experiencia “fascista”, y en consecuencia no se puede aplicar a Alemania (ni el autor lo intenta). La mayor parter de los países que pasan por esa fase de crecimiento nunca han experimentado nada que pudiera calificarse de fascismo.

Es posible que la tentativa más seria de comprender el fascismo a partir de las pautas generales comparativas de modernización sea la de Ludovico Garruccio, L’industrializzazzione tra nacionalismo e rivoluzione. Sugiere

que lo que se conocía como fascismo era la variante centroeuropea de una experiencia común de crisis, cuyo resultado final ha sido normalmente un gobierno autoritario, que ha acompañado al esfuerzo de las naciones modernas (o, en el caso de Rusia, de los

244

Alan Cassels, "Janus: The Two Faces of Fascism", Canadian Historical Papers, 1969, pág. 166-184, reimpreso en Turner, comp., Reappraisals of Fascism, pág. 69-92; y el libro dse texto de Cassel, Fascism (Nueva York,1974).

245

Véase por ejemplo, A.James Gregor, "Fascism and Modernization:Some Addenda", World Politics 26.3 (abril de 1973), pág. 370-384; así como Ludovico Garruccio (pseudónimo), L'industrializazione tra nacionalismo e rivoluzione (Bolonia, 1969).

246

A.F.K.Organski, The Stages of Political Development (Nueva York, 1965); y "Fascism and Modernization", en Woolf., comp., The Nature of Fascism, pág. 19-41. esta línea de interpretación se vio hasta cierto punto precedida por Franz Borkenau en su artículo de 1933, "Zur Soziologie des Faschismus", reimpreso en Nolte, Theorien, pág. 158-161.

117

imperios modernos) por establecer su identidad y su poder sobre una base moderna, superar un conflicto interno y completar su modernización social y económica. Esta concepción resulta muy sugerente y quizá ayude a explicar la relación del fascismo con el comunismo y con las dictaduras desarrollistas del Tercer Mundo, pero no identifica ni explica las características históricas del fascismo europeo.

A.James Gregor ha ampliado este enfoque en algunos respectos al aducir que el fascismo en sus diversas manifestaciones es, más que el comunismo, la revolución típica del siglo XX, pues fue la primera que introdujo técnicas y conceptos nuevos

de revolución nacional y de dictadura integrada247. Se identifica específicamente al

fascismo italiano como prototipo de la dictadura desarrollista movilizadota de las

masas ideada para alcanzar un amplio umbral de modernización248, aunque no se

aplique específicamente este concepto a otros supuestos fascismos.

La negación de que pueda definirse un fenómeno tan general como el fascismo genérico Por último, hay algunos analistas agudos de mentalidad nominalista que han concluído que el fascismo genérico es una proyección de la imaginación y que los diversos movimientos putativamente fascistas son demasiado diferentes para formar una categoría diferenciada. Según la rigidez o la uniformidad con que se defina la categoría del fascismo genérico, es posible que tengan razón. La exposición más directa de esta

postura la ha hecho Gilbert Allardyce249, pero en diversos grados se ha visto apoyada

por Kart D.Bracher (que no niega la posibilidad de construir un “mínimo fascista” abstracto, pero duda de su utilidad), John Lukacs y otros. 8 El fascismo genérico: una conclusión

247

A. James Gregor, The Fascist Persuasión in Radical Politics (Prínceton, 1974).

248

En el estudio de Gregor, de próxima aparición, sobre la política fascista italiana.

249

Gilbert Allardyce. "What Fascism is Not: Thoughts on the Deflation of a Concept", AHR 84.2 (abril de 1979), pa´g. 367-388.

118

Ya se ha demostrado sobradamente que pocos problemas de la historia reciente de Europa han generado más controversia que la interpretación del fascismo. La controversia se centra sobre todo en dos cuestiones: una es la búsqueda de teorías o interpretaciones adecuadas que puedan "explicar" el fascismo y sus causas, como se ha visto en el capítulo anterior; la otra implica la cuestión de si se puede demostrar la existencia de un fascismo genérico, distinto de una diversidad de movimientos y regímenes nacionalistas radicales y autoritarios básicamente diferentes, con un mínimo de unidad o similitud.

Es fácil demostrar que la mayor parte de las teorías que se han mencionado carecen de validez general o ni siquiera específica. Tienden a ser monocausales o reduccionistas, y se pueden refutar o demostrar que son incorrectas con más o menos facilidad. Además, casi todos los que tratan de ocuparse de la teoría del fascismo no se ocupan ante todo de una categoría común o comparada de movimientos y regímenes diversos, sino que se refieren exclusiva o primordialmente al nacionalsocialismo alemá, lo cual reduce drásticamente el ámbito y la aplicación de sus argumentos.

Los fascistas y los nazis iniciales, al igual que los estudiosos y los polemistas ulteriores, tuvieron sus dudas acerca de la existencia de un fascismo "genérico" común.

Antes incluso de que Mussolini llegara al poder, el término fascista era aplicado a veces a otros grupos nacionalistas y autoritarios por los comunistas, quienes descubrieron en los fascistas italianos un fenómeno nuevo, el primer ejemplo de una nueva fuerza anticomunista, violenta y multiclasista, un enemigo único y formidable que utilizaba algunas de las armas de los propios comunistas. Se trataba de una novedad que nunca se había previsto ni se explicaba fácilmente en el esquema marxista clásico. Sin embargo, los comunistas vieron rápidamente que la etiqueta representaba un mecanismo polémico útil, y en pocos años su aplicación se había visto ampliada de tal modo que se salía de todo contenido concebible reconocible, a medida que los comunistas empezaron a aplicarlo (acompañado de todo género de sufijos o prefijos inseparables) prácticamente en todo movimiento no comunista. Ahío está el origen del uso retórico y polémico del tñermino que ha predominado desde entonces.conforme al mismo criterio, el concepto de "antifascismo" se hizo igual de amplio y vago, y en algunos países se utilizó antes de que existiera ningún fascismo que combatir.

En cambio, al principio los fascistas italianos solían negar que existiera ninguna similitud intrínseca entre su movimiento y los nuevos movimientos nacionalistas autoritarios de Alemania o de otros países. Mussolini, de forma un tanto típica, no adoptó una postura firme y coherente en un sentido u otro. Ya en 1921 sugirió a un admirador rumano que los activistas de ideas parecidas debían formar un equivalente rumano del fascismo italiano (y de hecho, en 1923 se formó un Partido Fascista Rumano, efímero), y en 1923 respondió a los halagos de sus primeros visitantes oficiales, el rey de España y el dictador español Primo de Rivera, sugiriendo que el fascismo italiano presentaba, efectivamente, una serie de características

generalizables que se podrían reproducir en otros países. Pero cuando Mussolini visitó Alemania aquel mismo año, consideró prudente negar toda similitud fundamental entre el fascismo y los grupos nacionalistas autoritarios alemanes. En 1925, Giuseppe Bastiani presentó un informe entusiasta al Gran Consejo Fascista en el sentido de que había grupos en 40 países diferentes que se autotitulaban fascistas o recibían de otros ese título. Pero al año siguiente Mussolini negaba toda similitud o vinculación reales con quienes recibían a veces el calificativo de fascistas húngaros, y así sucesivamente. En marzo de 1928 hizo su famosa declaración de que "el fascismo no se exporta".

119

De hecho, Mussolini osciló siempre entre la idea de que el fascismo italiano había creado un nuevo estilo, un nuevo conjunto de valores y creencias y de formas políticas que podrían constituir la base de la hegemonía italiana dentro de un fascismo europeo más amplio, y su comprensión de que esas ambiciones eran imprudentes, serían difíciles de realizar y siempre se enfrentarían con el conflicto y la contradiccióncon los aspirantes a fascistas de otros países, que insistirían en sus propios intereses nacionales i exhibían claras idiosincrasias nacionales. El enfoque de Hitler, al menos con respecto a Italia, era más firme, práctico y coherente. Queda abundante constancia de que estaba convencido, al menos a partir del momento de la Marcha sobre Roma, de que el fascismo y el nacionalsocialismo compartían un destinmo común. Aunque no los consideraba idénticos en el sentido de ser iguales punto por punto, sí los consideraba como equivalentes históricos en sus países respectivos. Aunque Hitler se mantuvo firme en su convencimiento general desde el principio al fin, no trató de elaborar una concepción mundial del nacionalsocialismo

genérico, y normalmente no llamaba "fascista" al nacionalsocialismo. Como la clave del nazismo era la "raza", las cxontrapartidas específicas del nazismo se hallaban menos en las formas y las características políticas que en los seguidores más firmes del principio racial ario y de la revolución racial aria, estuvieran donde estuviesen. En el proceso de la revolución racial a escala europea, Hitler se convenció pronto, no obstante, de que la mezcla de las características políticas y los intereses nacionales exigía que Italia fuese el aliado

inmediato más natural de una Alemania nacionalsocialista250. Aunque esta conclusión

fuera contradictoria en cierto sentido, Hitler actuó de forma plenamente coherente en su aplicación, y durante algún tiempo incluso respetó el control por Italia del Alto Adagio (rincón nororiental de Italia habitado por gente de habla alemana). Esta postura se le agradeció mucho. En 1928, si no antes, el NSDAP era uno de los diversos grupos

nacionalistas autoritarios que recibían una subvención del estado italiano251.

La inquebrantable admiración de Hitler hacia Mussolini, y por extensión (aunque no con tanta fuerza) hacia el fascismo no era algo que compartieran forzosamente otros dirigentes nazis. Al ideólogo Rosenberg le interesaba una asociación internacional de movimientos afines, pero le resultaba cada vez más despreciable la confusión racial y el filosemitismo intermitente de los fascistas italianos. Algunos de los nazis más radicales rechazaban al régimen de Mussolini por otros motivos, especialmente por ser demasiado conservador o supuestamente capitalista, aversiones que compartían en diversos grados y medidas Gregor Strasser. Goebbels y Himmler. (Este convencimiento de que el corporativismo

fascista italiano era demasiado capitalista o conservador sería más tarde una crítica frecuente entre los nacionalsindicalistas de España, Francia, el Japón y otros países). Strasser también consideraba que el pionero del Führerprinzip había sido Mussolini (y en cierto sentido

tenía razón), y lo lamentaba como importación extranjera "fascista"252.

Pero en general, Mussolini y algunos otros dirigentes fascistas evolucionaron cada vez más, aunque no sin titubeos, hacia el contacto con otros grupos nacionalistas extranjeros y el paoyo a estos. A fines de la década de 1920, un aspecto de esta política eran las subveciones, y otro la actitud decididamente pronazi de la revista fascista antisemita Il Tevere. La nueva revista Antieuropa, fundada en 1929, se orientaba especialmente hacia la universalidad del nacionalismo radical de tipo fascista, pero al principio no abrigaba ilusiones en cuanto a una identidad genérica absoluta o a una

250

Véase, especialmente, Meir Michaelis, "I rapporti tra fascismo e nazismo prima dell'avento de Hitler al potere (1922-1933)", Revista Storica Italiana, 85.3 (septiembre de 1973), pág. 544-600.

251

Ibíd., pa´g. 597-600.

252

Ibíd.., pág. 582-583.

120

internacional fascista. Aunque sólo fuera por su superracionalismo, los grupos

paraleleos entrarían en conflicto unos con otros, de forma

que “no podían ser amigos”253

. El derrumbamiento del ´regimen español de Primo de Rivera representó un golpe para Mussolini, pero en cambio pudo celebrar las victorias electorales de Hitler, que comenzaron en 1930. Mientras Hitler declaraba que el nacionalsocialismo señalaba una “fascistización” de Alemania (y es de reconocer que esta no era su terminología normal), Mussolini aplaudió el progreso de lo que acabó por calificar de “fascismo

alemán” y su victoria de 1933254, pese a su preferencia anterior por el Stahlhelm más

conservador.

En 1934, el régimen italiano estaba promoviendo el “fascismo universal”, por un lado, aunque al mismo tiempo se desconectaba del nacionalsocialismo alemán. Aquel año señaló el apogeo de una guerra verbal en la cual se subrayaron, y a veces se exageraron, todos los rasgos negativos del nazismo y las diferencias entre éste y el fascismo italiano. Mussolini dejó todo esto de lado cuando se formó el Eje, pero hubo dirigentes nazis de segunda fila que siguieron despreciando al fascismo italiano por sus

limitaciones, su conservadurismo y su falta de potencial plenamente revolucionario255.

En resumen, los máximos dirigentes fascistas y nazis comprendían que tenían mucho en común y que parecían representar un nuevo punto de partida en comparación con grupos políticos anteriores, pero no estaban seguros de hasta dónde llegaba exactamente la identidad mutua, y siguieron teniendo conciencia de que entre ellos existían diferencias importantes, incluso decisivas a juicio de algunos. Como se ha indicado en el capítulo 4, los fascistas iniciales no podían resolver el problema político y conceptual del fascismo

genérico, ni siquiera cuando hicieron un esfuerzo específico para afirmarlo y definirlo en la ´decada de 1930.

Mi propia conclusión, al cabo de dos decenios de examinar diversas y múltiples cuestiones relativas al fascismo, es que todo enfoque maniqueo del problema del fascismo genérico no puede básicamente sino inducir a error. Es decir, la habitual reducción a una identidad absolutamente común es deformante e inexacta; mientras que un enfoque radicalmente nominalista, que insiste en que todos los movimientos nacionalistas radicales de la Europa de entreguerras eran inherentemente diferentes, aunque sea correcto en el sentido último de que ninguno de ellos era un calco del otro, tiene el defecto opuesto de pasar por alto unos parecidos muy distintivos. Incluso algunos de los críticos más destacados del concepto del fascismo genérico, como Kart Bracher y Renzo de Felice, reconocen que es analíticamente posible definir algunas características comunes que compondrían un "mínimo fascista", aunque nieguen que esa identidad genérica pueda especificar lo que era más significativo e históricamente decisivo en cualquier movimiento supuestamente fascista. Así, a lo largo de todo este libro se ha utilizado la tipología del fascismo expuesta en el capítulo 1 como piedra de toque para demarcar el tipo de movimiento clasificado como fascismo, pero sin suponer que la tipología genérica pudiera definir todas las características más importantes de cada uno de los distintos movimientos.

Como ya se ha dicho, la descripción tipológica sugerida de las caracterísiticas comunes de un fascismo genérico no es útil más que con fines limitados de comparación y distinción. A veces las diferencias entre los movimientos fascistizantes fueran políticos o ideológicos han parecido casi tan importantes como las similitudes.

Cuando se emplea un inventario inductivo de características del fascismo genérico, debe

253

Ibid., pág. 575,584-586.

254

Ibid., pág. 572-577.

255

Cf. Las citas de Arendt, Totalitarianism.

121

entenderse que los diferentes movimientos poseían potencialmente (según los casos) otras creencias, metas y características muy importantes que no contradecían necesariamente las características comunes, sino que iban más allá que éstas. Por eso es posible que la descripción tipológica sirva de mecanismo analítico o heurístico, pero no

debe utilizarse como categoría taxonómica deificada y monolítica256. Quizá sirva para

ayudarnos a comprender los rasgos comunes de las formas más radicales de una generación de nacionalismo europeo, condicionad por influencias culturales, políticas y sociales únicas, pero no puede aportar la plena definición histórica de cada uno de esos movimientos. Sin embargo, es posible que nos ayude a subrayar la excepcionalidad histórica del fascismo si podemos concluir que ni antes de 1919 ni después de 1945 han existido movimientos políticos de importancia que compartieran toda la gama de las características fascistas.

Algunos estudiosos percibieron pronto que el fascismo europeo no era uniforme, sino que comprendía varios subtipos distintos. Han definido este problema de diversas formas. Eugen Weber distinguía entre dos subtipos o tendencias generales entre los movimientos fascistas: el

"fascista" propiamente dicho o italiano, y el "nacionalsocialista", y aducía que el tipo italiano era pragmático (y en consecuencia más moderado, e incluso conservador), mientras que el tipo nacionalsocialista tenía más motivaciones teóricas y era más fanático, y por ello más radical y destructivo.

Posteriormente Alan Cassels257 ha sugerido una especie de dicotomía entre los fascistas

de la Europa sudoccidental y los nacionalsocialistas centroeuropeos en términos de tendencias moderadas y regresivas. Wolfgang Sauer distinguía entre tres "subtipos de fascismo" diferentes: el "mediterráneo original"; los "regímenes diversos y no demaciado longevos" de la Europa centrooriental como "variante mixta no completa"; y

el "nazismo alemán" como forma especial258.

256

De ahí que el término genérico se haya utilizado sencillamente como ilustración general y conforme a los convencionalismos verbales. Es probable que el haber tratado de aplicar un idioma taxonómico exacto, que suele derivarse de referencias biológicas, hubiera llevado a una comprensión suficiente de los movimientos políticos para demostrar que se ajusten unos a otros, o diferían entre sí, con la regularidad o la diferenciación taxonómicas observalbes en el mundo biológico. El término fascismo genérico se utiliza únicamente de forma provisional, y no se pretende indicare que los movimientos fascistas constituyan un "género" específico y delimitado completamente distinto de otros "géneros" posibles de movimientos políticos, ni que existiera una relación genética necesariamente directa e identificable entre ellos.

Si se pretende categorizar una identificación provisional y

limitada del fascismo genérico en comparación con otros partidos no parlamentarios, entonces cabría identificarlo como uno de los tipos principales de movimientos revolucionarios de masas surgidos desde el decenio de 1790, entre los cuales cabe identificar por lo menos seis tipos generales:

1

El jacobino (1792 a 1871 ó 1917) que llevó a movimientos republicanos radicales en Europa meridional durante el siglo XIX y principios del XX.

2

El anarquista (1835 a 1939).

3

El socialista (1868 a 1939) (R. Luxemburgo, los mencheviques, el PSI, los austromarxistas, el PSOE).

4

El leninista (1903-).

5

El fascista (1919 a 1945).

6

El populista (1890-).

Este último es el género más amorfo de toda la familia, pues cabe suponer que abarca a los SR ru sos, el partido campesino de Stambuliski, el PRI mexicano en sus comienzos o sus inmediatos antecesores, el APRA, el MNR boliviano, el Kuomintang en sus comienzos y probablemente varios movimientos más del Tercer Mundo.

Quizá se pudiera añadir una séptima categoría de movimientos contrarrevolucionarios de masas con algunos objetivos radicales propios, sobre todo los carlistas españoles.

257

Cassesl Fascism. Andrew Janos también ha establecido una distinción en una monografía inédita titulada "Two Faces of East European Fascism".

122

La mayor parte de estas distinciones tiene fundamento, especialmente en el caso de la dualidad básica de Weber, pero ninguna de ellas es lo bastante detallada para dar cabida a todos los grandes subtipos. Como el fascismo se basaba en un nacionalismo extremo, los movimientos nacionales reflejaban sensiblemente las diferencias institucionales, culturales, sociales y espirituales entre sus propios países, con lo cual se produjeron muchas variantes nacionales. Cabe identificar como mínimo seis variedades (aunque hay quienes quizá establecieran una lista mucho más larga):

1. El fascismo italiano paradigmático, pluralista, diverso y nada fácil de definir en términos sencillos. Aparecieron formas hasta cierto punto derivadas en Francia, Inglaterra, Bélgica, Austria, Hungría, Rumania, y posiblemente incluso en el Brasil.

2. El nacionalsocialismo alemán, definido a veces como la forma más extrema o radical del fascismo, único movimiento racista que logró establecer una dictadura total, y por ende desarrollar su propio sistema. Aparecieron movimientos algo paralelos o derivados en Escandinavia, los Países Bajos, los Estados bálticos y Hungría y, de modo más artificial, en varios estados satélite durante la guerra. El tipo italiano y el alemán fueron las dos formas predominantes, pero no únicas, de fascismo.

3. El falangismo español. Aunque cierto punto derivaba de la forma italiana, se convirtió en una especie de fascismo católico y culturalmente más tradicionalista, que fue más

marginal.

4. El movimiento legionario o Guardia de Hierro de Rumania, forma mística y kenótica de fascismo semirreligioso, que representó el único movimiento notable de este tipo en un país ortodoxo, y también fue marginal.

5. El movimiento "hungarista" o de "La Cruz y la Flecha" de Saláis, algo distinto tanto de los nacionalsocialistas húngaros como de los partidarios húngaros de un movimiento más moderado y pragmático de estilo italiano, y que durante breve tiempo quizá fuera el segundo movimiento fascista europeo en popularidad.

6. Los fascismos no desarrollados y abortados, intentados por medios burocráticos por regímenes autoritarios de derecha, sobre todo en Europa oriental en la década de 1930. Pero ninguna de estas tentativas llegó a producir organizaciones fascistas plenamente formadas y completas.

Como la política fascista fue una forma nueva y tardía, una gran proporción de los dirigentes fascistas o incluso de los activistas más corrientes, iniciaron sus carreras políticas como miembros de grupos no fascistas, generalmente de la izquierda radical o de la derecha autoritaria o católica. La transformación que condujo a la política y la organización fascistas raras veces fue instantánea y completa. A veces hizo falta un largo período de evolución de cinco o más años, y a veces esa metamorfosis llegó a completarse y se quedó detenida en la frontera de una especie de protofascismo parcial.

O sea, que entre las tensiones de la década de 1930, muchos grupos y movimientos se vieron denunciados como fascistas, cuando no exhibían plenamente las características del fascismo genérico, sino que simplemente se iban acercando a determinados aspectos de la doctrina o del estilo fascistas; o

quizá empezaban a exhibir algunos de los arreos externos de las organizaciones fascistas, como ocurrió a menudo con los grupos derechistas, sin llegar a adoptar de hecho el espíritu, las doctrinas ni los objetivos radicales del fascismo genérico. El innegable vértigo producido por la política fascista

258

Wolfgang Sauer, "National Socialism: Totalitarianism or Fascism?", AHR 73.2 (diciembre de 1967), pág. 404-422.

123

durante el decenio de la depresión indujo a grupos marginalmente afines a hacer exhibiciones externas que a menudo se aceptaron como si representaran el verdadero fascismo. No solo esto confundió a analistas e historiadores de una generación posterior, sino que también confundió a los propios fascistas iniciales, cuando el régimen de Mussolini empezó a desplazarse hacia una doctrina más amplia de "fascismo universal", y entonces se encontró con el problema de identificar elementos afines fascistas o simpatizantes y elemenos fascistizantes o fascistizables en otros

países259.

La distinción entre movimientos y regímens fascistas Otra fuente importante de confusión era la definición del fascismo genérico es la que se deriva de no distinguir entre movimientos y regímenes fascistas. La mayor parte de los partidos fascistas no lograron pasar más allá de la fase de movimiento, e incluso en Italia los fascistas como movimiento nunca llegaron a asumir la totalidad del poder para establecer un régimen sistema completo. Una de las muchas paradojas de los movimientos fascistas fue que, pese a que aspiraban a destruir el sistema político liberal (o, más exactamente, sus residuos) y a introducir un estilo peculiarmente apolítico de política militarizada, sin embargo

se vieron obligados a funcionar en gran medida como fuerza política regular en el contexto de sistemas políticos liberales o semiliberales. Ello se debió en parte a que necesitaban basarse en sectores de las clases medias, y a que esos movimientos movilizadotes de integración nacional no podían surgir sino en países que ya hubieran alcanzado un grado bastante considerable de desarrollo social y político, lo cual comportaba sistemas parlamentarios electorales de duración relativamente larga con los que era necesario enfrentarse. Por eso, los movimientos fascistas nunca lograron funcionar como fuerzas revolucionario-insurreccionales al estilo leninista-mahoista, que es el medio por el que han llegado al poder todos los partidos comunistas independientes que establecieron sus propios regímenes. El que los movimientos fascistas se vieran obligados a establecer un estilo militarizado de la política en gran medida en un marco parlamentario de clase media los expuso a importantes contradicciones, y normalmente hizo que les resultara difícil trabajar con los grupos parlamentarios existentes. Incluso en las situaciones más favorables, los movimientos o las coaliciones autoritarias radicalesque aspiran a establecer una dictadura nueva tropiezan con grandes dificultades, por lo general insuperables, para franquear la "barrera del 40%", y esto es aplicable a movimientos tan diversos como el nacionalsocialismo alemán, el austromarxismo, el comunismo parlamentario en la Europa sudoccidental, o la coalición de Allende en Chile. En todo caso, los movimientos fascistas dependían siempre de sus aliados en la camapaña final por el poder. Casi ninguno de ellos logró encontrar aliados eficaces, y la mayoría de los que los encontraron se vieron, en grado variable, abrumados por ellos, fuese la derecha conservadora o, durante la guerra, el régimen fascista maximalista de Alemania.

Así, en ausencia de una diversidad de regímenes y sistemas genéricamente fascistas, no es posible aludir sino a varios regímenes semifascistas o aspirantes a fascistas, y al mismo tiempo distinguir entre el carácter y la estructura de cada tipo y subtipo, tanto entre ellos como en comparación con diversos tipos de regímenes conservadores (o, por lo menos, no socialistas) autoritarios no fascistas. Por lo común,

259

Véase Ledeen, Universal Fascism, y De Felice, "I movimenti fascista nel mondo", Mussolini il Duce, apéndice 8.

124

el género al que se refieren éstos no es el de los sistemas fascistas, sino más bien el de los regímenes autoritarios nacionales sincréticos o mixtos del siglo XX, de los cuales cabe considerar al régimen nacionalsocialista protototalitario de Alemania como la variación más extrema o atípica.

En lugar de constituir una anomalía, como lo consideraron durante mucho tiempo los teóricos anglonorteamericanos, el sistema autoritario nacional sincrético se ha convertido en la nueva forma política más común del siglo XX, y es más numeroso que el sistema parlamentario liberal o que los socialistas totalitarios, si bien es de suponer que el número de estos últimos vaya aumentando en el futuro. Dentro de este grupo general, cabe distinguir por lo menos siete tipos diferentes:

1. el régimen de Hitler como expresión más extrema del fascismo genérico y único régimen- sistema completamente fascista. Avanzó hacia la eliminación de todo pluralismo, y en su último año de existencia casi lo había logrado. El hecho de que el régimen de Hitler representara el único sistema completamente controlado por el fascismo, no obstante, no

debe interpretarse como demostración de que realizó las tendencias inherentes de todos los movimientos fascistas, pues no representaba sino una forma específica de fascismo.

2. El régimen de Mussolini, creado en gran medida sobre la base del movimiento fascista, pero de hecho establecido y desarrollado como una dictadura más limitada e incluso semipluralista, en la cual el partido estaba en gran medida subordinado al estado y al sistema, en lugar de solamente al dirigente. El estado en sí mismo no realizó en absoluto sus propias aspiraciones teóricas al totalitarismo (y de hecho le daba al término un significado menos que total), como han reconocido muchos analistas.

3. los regímenes satélites fascistas o semifascistas establecidos por el imperium nazi, o gracias a él, durante la segunda guerra mundial. Como regímenes satélites y semicoloniales carecían en gran medida de autenticidad y de importancia política independiente. Su estructura efectiva era sobre todo del tipo más sincrético mencionado en las categorías 4 y 5, con las posibles excepciones de los regímenes de Saláis y de Quisling. El régimen ustasha croata tuvo que moderar aspectos de su reciente fascismo, dada la necesidad de aliarse con otros grupos, sobre todo católicos, y el régimen eslovaco permaneció arraigado en un catolicismo político y un pluralismo limitado. El régimen de Vichy, como mucho, nunca abrigó más que un componente modesto de fascismo genérico. Hitler, por lo general, prefería tratar con los elementos de la derecha conservadora o con los sectores más moderados de los grupos fascistas extranjeros cercanos al tipo nacionalsocialista-o que, a la inversa, se desviaban demasiado de él- eran nacionalistas de forma demasiado radical, competitivos y de trato difícil.

4. Las dictaduras sincréticas basadas en un principio no

fascista de jefatura, generalmente derivadas del mando militar y de una coalición nacional semipluralista, pero que combinaban un importante componete de partido fascista. Los principales ejemplos serían España de 1937 a 1945, y Rumania de 1940 a 1944.

5. Los regímenes autoritarios semipluralistas sincréticos, sin un goberno con base en las masas i un sistema estatal nuevo y distintivo, que trataron de montar un movimiento fascista semiburocrático de arriba abajo, pero por lo común fracasaron en el intento. Los ejemplos serían Polonia de 1937 a 1939;

Rumania de 1938 a 1940; Hungría, de 1932 a 1940 (de forma algo

125

intermitente), y hasta cierto punto Yugoslavia, de 1935 a 1939, y Grecia de 1936 a 1941. El caso de la Argentina peronista tiene una cierta analogía con este tipo.

6. Los regímenes autoritarios conservadores o burocrático-nacionalistas que eran semipluralistas y no utilizaban las nuevas formas radicales de movilización de masas. Los ejemplos serían España, de 1923 a 1930 (y en un sentido parcial nuevamente a partir de 1945); Portugal bajo el Estado Novo (1926/33-1974); Brasil bajo Vargas; Polonia bajo Pilsudski; Hungría, durante la mayor parte de la regencia de Horthy, salvo los ministerios Gömbös e Imredy; y probablemente también Austria bajo el régimen Dollfuss-Schuschnigg, pues la política de este último consisitía más en rebajar y de fascistizar la Heimwehr que en fascistizar el régimen. Sin embargo, cabe aducir que la Austria del Frente de la Patria pertenecía a la categoría 5.

7. Los regímenes sincréticos o semipluralistas estrictamente pretorianos que no intentan una movilización política nueva

de importancia. Aparte de la Grecia de los Coroneles (1967-1974), los ejemplos son sobre todo América Latina (Argentina bajo Onganía, Brasil desde 1964, el "socialismo militar" en Bolivia y el Perú- al menos en sus fases iniciales- y Chile a partir de 1973).

En diversas partes del Tercer Mundo cabe hallar otros ejemplos de regímenes que corresponden aproximadamente a las categorías 6 y 7.

Dadas estas limitaciones al alcance del análisis, resulta dudoso que se pueda definir genéricamente al fascismo en términos de una estructura de ´regimen que fuera típica y plenamente fascista. Ni siquiera el régimen de Hitler- el único plenamente dominado por un partido de tipo fascista y su dirigente- logró durar lo bastante para establecer una estructura completa y acabada.

Por consiguiente, el concepto de "régimen fascista" no se puede emplear sino en un sentido muy flexible y general, en términos de analogías con el nuevo estilo de dictadura introducido por Mussolini. Por eso muchos prefieren calificar de fascista a todo sistema autoritario no marxista basado en un partido único y que trate de regular una economía mixta. Dentro de este marco muy amplio de definición, cabe identificar un número considerable de "regímenes fascistas", tanto antes de la segunda guerra mundial como después de ella. Pero pocos de ellos han tenido poco que ver con movimientos fascistas o con la cultura histórica del fascismo.

Hacia una comprensión histórica del fascismo No se pueden comprender las fuentes del fascismo por referencia a una clase social demoníaca ni a una abstracción socilógica o filosófica. La única forma de comprender el fascismo es a partir de los contextos históricos particulares de la Europa central y sus aledaños en los años siguientes a la primera

guerra mundial.

Evidentemente, su éxito dependió de unas circunstancias históricas nacionales y de unas variables claves que no se daban, o no se daban con la suficiente fuerza, en la mayor parte los países.

Las principales variables culturales eran las doctrinas de intenso militarismo nacional y de socialdarwinismo internacional, en las formas que se generalizaron entre

126

la generación de la primera guerra mundial en Europa central y sus alrededores, junto con las corrientes filosóficas y culturales contemporáneas de neoidealismo, vitalismo y activismo y culto al héroe. Esas tendencias podían encontrarse en la mayor parte de los países europeos antes de 1914, pero fuera de Europa central se veían contrarrestadas en gran medida por fuerzas culturales opuestas. Sin embargo, estas tendencias concretas se desarrollaron con más fuerza en los mundos de habla alemana e italiana y su hinterland cultural (como las regiones de Austria-Hungría).

La principal variable política no fue primordialmente el derrumbamiento de la democracia liberal establecida-ninguno de los sistemas democráticos liberales (los del norte de Europa y los países del antiguo Imperio Británico) se derrumbó-, sino que fue el impacto de la derrota militar y de la grave frustración nacional o la privación de peso internacional lo que creó la reacción en unos sistemas políticos en los que acababa de iniciarse la transición de la democracia liberal movilizada. A la inversa, el fascismo no podía avanzar mucho en sistemas democráticos preliberales, pues estos últimos no permitían la movilización, el desafío al sistema ni unas elecciones verdaderamente libres. Por el contrario, los dos movimientos que alcanzaron el éxito se

aprovecharon de sistemas que estaban haciendo, o acababan de hacer, el tránsito a la democracia liberal mientras se enfrentaban con una crisis nacional muy influida por las relaciones exteriores y por una sensación de restricciones internacionales.

Parece que las principales variables sociales tuvieron que ver con una serie ampliada o en expansión de sectores medios que todavía no estaban ajustados a un marco moderno, industrial y democrático liberal de economía y de gobierno. El fascismo no constituía una tentación para los países plenamente desarrollados (los que contaban con economías industriales y con sistemas democráticos liberales arraigados, establecidos desde hacía una generación o más) ni para los países atrasados, agrarios y subdesarrollados. Concretamente, sólo afectó de forma grave a los países nuevos del decenio de 1860: Alemania, Italia y Austria-Hungría. Fue una consecuencia de las frustraciones de una condición intermedia nacional, imperial y hasta cierto punto estructural a principios del siglo XX, dependiente de una cultura peculiar de activismo, actividad declarada, comunidad orgánica, fuerza de voluntad y violencia. Sus manifestaciones más peligrosas se debieron a que hasta 1945 un país de una fuerza nada más que intermedia, como Alemania, que no poseía verdaderamente los recursos de un imperio continental, pudo amenazar a la paz del mundo y conquistar la mayor parte de Europa.

Los movimientos fascistas característicos se limitaron sobre todo a la Europa de entreguerras, y de forma todavía más específica a la Europa central y centrooriental y a la España de la Guerra Civil. El calificar a todo el período de 1919 a 1945 de era del fascismo puede ser acertado en el sentido de que el fascismo fue uno de los movimientos más originales y vigorosos del radicalismo de nuevo tipo en esos años, y

también en el sentido de que durante algún tiempo Alemania se convirtió en el estado dominante de Europa. Pero no es coreecto si se interpreta en el sentido de que el fascismo pasó a ser el elemento dominante en la política general, pues fueron relativamente pocos los europeos convertidos directamente al fascismo. En la abrumadora mayoría de los casos, los partidos fascistas tuvieron muy poco éxito y obtenían pocos votos. El antifascismo (a menudo como doctrina organizada por los comunistas) padeció al fascismo en muchos países europeos, y entre los socialistas italianos- en su oposición al "socialchovinismo" de Mussolini- casi padeció al propio fascismo inicial. Hacia 1939, los antifascistas, tanto los meros votantes como los activistas, fueron siempre mucho más numerosos que los fascistas en Europa considerada en su conjunto.

127

La crisis y las situaciones semirrevolucionarias no duraron mucho tiempo, y los movimientos fascistas carecían de una base clara de clases o de intereses que los sostuvieran. Su insistencia en un estilo militarizado de la política, junto con su necesidad de aliados, por fisipara que fuera la relación, limitaba mucho sus oportunidades y su tiempo de trabajo, y los obligaba a obetener el poder en menos de una generación, y en algunos casos en unos pocos años. La camapaña de un partido fascista para obtener el poder amenazaba a la comunidad política huésped con un estado de guerra política (aunque no de guerra civil insurreccional) completamente diferente de la política parlamentaria normal. No hay un solo sistema que pueda soportar mucho tiempo un estado de guerra latante, aunque no se lance una insurrección directa. O sucumbe o supera el desafío. En la inmensa mayoría de los casos se rechazó el desafío fascista, aunque a veces a costa de establecer un sistema autoritario más moderado. En todo

caso, el 0,7% de los votos logrados por la Falange en las últimas elecciones españolas de 1936 estaba mucho más cerca de la norma que el 38% logrado por los nazis en 1932.

Si bien el fascismo fue en parte un fenómeno cultural y en parte resultado del funcionamiento de la política imperialista-nacionalista de los nuevos estados en la década de 1860, es improbable que vuelva a repetirse de forma reconocible como un fascismo genérico europeo. Existen por lo menos dos motivos primarios para ello. Uno es que en 1945 se destruyeron las pretensiones y la dinámica imperialistas de los nuevos estados del decenio de 1860, y no es probable que resuciten. En segundo lugar, y es lo más importante, las bases culturales del fascismo genérico se han visto totalmente erosionadas en la era posterior a 1945, especialmente a partir de 1960, más o menos.

Hoy día todas las fuerzas ideológicas en competencia comparten un materialismo humanista común, que excluye tanto el idealismo como el vitalismo anteriores. La tendencia se ve acentuada por la crisis general de la autoridad, la aceptación general de los conceptos de igualdad (social, racial, internacional), la marcha arrolladora de la burocracia y la aceleración de la atomización social.

Pese a la probabilidad de que no puedan repetirse formas específicas extinguidas, el fascismo fue algo clave en el radicalismo y el nacionalismo del siglo XX, de manera que muchas de sus características y sus influencias permanecen. Por eso resulta fácil jugar a definir los “fascismos” contemporáneos, pues muchos de los regímenes autoritarios nacionalistas tienen algunas de las características del fascismo (igual que todos los regímenes comunistas tienen algunas de las características del fascismo), aunque un análisis a fondo nunca permite mantener la tipología. Uno de los casos

favoritos es, o era, el régimen de Nasser (actualmente de Sadat) en Egipto, con su Führerprinzip, el "socialismo árabe", un sector estatal de la economía que casi llega al 40%, la belicosidad contra Israel y un supuesto antisemitismo. Pero el régimen nasserista no tenía una filosofía ni una cultura muy específicas, ni disponía tras de sí de un movimiento unipartidista coherente, aparte de la amorfa Unión Nacional Árabe.

Nunca fue decididamente anticomunista, ni de hecho tuvo mucha coherencia en forma

alguna260. En su última fase, bajo Sadat, ha resultado ser todo lo contrario de un régimen

belicoso o ferozmente antijudío.

El mismo juego se puede hacer con Israel. De hecho, conozco personalmente a varios fascistas europeos que miran a Israel como el perfecto estado "fascista representativo", con una relativa democracia interna, perocon un nacionalismo y un exclusivismo externos absolutos. De hecho, Israel es en algunos aspectos un producto del nacionalismo centroeuropeo absoluto, es etnocéntrico, ultranacionalista, militarista y

260

Cf. Jean Lacouture, Nasser (Londres, 1973). Acerca de las inclinaciones profascistas de la generación de Nasser, véase James P. Jankowski, Egypt`s Young Rebels: Young Egypt`, 1933-1952 (Stanford, 1975).

128

expansionista, busca un Lebensraum y actúa sobre la base de una especie de teoría de Herrenvolk y Untermeschen respecto de Tierra Santa. Pero también es una auténtica democracia que funciona, al menos por lo que respecta a la población judía, y actúa como un Rechtsstaat, con los

musulmanes. Y eso no tiene nada de fascista.

Mucho más fácil sería aducir esto respecto de la dictadura libia de Maumar el Gadafi. Aunque está sentado sobre un mar de petróleo, Gadafi es un antimaterialista musulmán fanático que trata de establecer un sistema cuasirrevolucionario estatal, una especie de nacional socialismo. Su interes por la violencia, el militarismo y el expansionismo internacional es evidente. Además, Gadafi ha escrito un libro (el Libro verde, traducido a varios idiomas) a fin de difundir el evangelio del FÜhrerprinzip: los vínculos entre el jefe y un pueblo unido de todas las clases, que crean una "verdadera democracia" sobre bases orgánicas, lo cual suena muy parecido a la Italia fascista o a la España de Franco. Y, sin embargo, parece más probable que Gadafi, con sus sistema de asambleas populares y sindicatos controlados por el estado, reproduzca un tipo radical y expansionista de "autoritarismo burocrático" (la frase remite a América Latina) que un fascismo movilizador de masas, revolucionario y de partido único. En todo caso, se acerca más al estilo y la tipología que cualquier dirigente desde Perón.

Hay quien opina que los regímenes comunistas nacional-campesinos de Asia, basados en el Führerprinzip, en un nacionalismo etnocéntrico extremo y en el racismo (y en lo más absolutamente grotezco del antimodernismo, en el caso de la Camboya de los Khmers Rojos) representan la fascistización del comunismo. No cabe duda de que, como se ha comentado antes, el fascismo y el comunismo comparten muchas características fundamentales, y a los portavoces rusos les encanta aplicar a China los mismos términos que a la Alemania nazi: política "pequeñoburguesa", "nacionalismo burgués", "degeneración militar-burocrática", "obediencia sumisa" de las masas,

“antiintelectualismo”, “voluntarismo”, “subjetivismo”, políticas “autárquicas” que tratan de colocar “la población excedente” en “territorios extranjeros”, lo cual lleva a concluir que “el enfoque maoísta” no difiere en absoluto del “fascismo”

261. Las listas

paralelas realizadas respecto a Cuba por analistas más serios incluirían la evolución pragmática a posteriori de una ideología mediante la práctica, la importancia prestada al campesinismo y el nacionalismo extremo, el gobierno por carisma y el principio de la jefatura, así como el aventurerismo militar. Por precisas que sena la mayor parte de esas comparaciones técnicas, no definen doctrinas y regímenes que en la mayor parte de los aspectos sena generalmente parecidos al fascismo. Todos los regímenes comunistascon la única excepción de Yugoslavia- han permanecido fieles a los principios leninistas-stalinistas de total burocracia estatal, colectivismo estatal casi total (con pequeñas excepciones) y materialismo filosófico. Se trata e principios fundamentales absolutamente opuestos al fascismo.

Aunque los pequeños y diversos movimientos fascistas fundados en los Estados Unidos en los años 30 no prosperaron, a veces también se han señalado las características fascistas de movimientos radicales de minorías en los Estados Unidos.

Marcus Garvey afirmaba haber inventado el fascismo262, mientras que los Panteras

Negras, con su racismo, su violencia y su autoritarismo, daban muestras de algunas de

las características fundamentales263. Un libro sobre el movimiento de “La raza” de CésarChávez cita264 cinco

características “nazis” del nacionalismo chicano: 1) deificación de

los líderes; 2) exaltación de un frupo de Ubermensch o de “gran raza” al que se ha de

261

Estos términos se han tomado de A. Malukhin, Militarism-Backbone of Maoism (Moscú, 1970), pág. 33 y passim, citado en un manuscrito inédito por A. James Gregor.

262

Gregor, Fascist Persuasión, pág. 360-375.

263

Cf. Ibíd.., pág. 375-388.

264

Party Newman, Do It Up Brown! (San Diego, 1971).

129

colectivizar y hacer esclavo de sí mismo con objeto de que ocupe el lugar que le corresponde en la historia; 3) la necesidad de conquistar un Reich o un Lebensraum mayores, en el cual resida la gran raza en gloria colectiva; 4) un vago socialismo utópico específicamente para la gran raza,y 5) un rechazo absoluto del individualismo y del indivisuo y de los derechos de propiedad a favor del colectivo. Pese a la detallada que es esta lista, no logra convencernos de que en este caso nos estemos ocupando de un movimiento fascista, tanto porque la lista deforma las características del nazismo europeo, como porque otras características del movimiento de Chávez, como su orientación católica y su relativa repugnancia por la violencia, lo descalifican en ese sentido.

En los años 60 y principios de los 70 también se atribuyeron a los revolucionarios estudiantiles grandes posibilidades de adoptar el papel de neofascistas.

Entre sus características supuestamente fascistas figuraban la formación de la ideología por la acción y no por la teoría, el antiintelectualismo, el no racionalismo, el voluntarismo y el activismo, la tentativa de trascender tanto el liberalismo como el marxismo en busca de un nuevo futurismo, la fascinación con los mitos y los héroes, el reclutamiento mediante un "generacionismo de clase", el uso de la violencia, el odio a las plutocracias, la defensa de las doctrinas de las naciones proletarias en pro de los nacionalismos del tercer mundo o comunistas, y el apoyo al militarismo extremo entre estos últimos. La lista no dejaba de ser impresionante, pero carecía, por lo menos, de un número igual de puntos en los cuales los estudiantes radicales diferían fundamentalmente del fascismo.

Uno de los grupos más importantes de candidatos al fascismo contemporáneo ha sido el formado por las nuevas dictaduras africanas de la última generación. Parece que algunas cualidades como el nacionalismo extremo, el racismo, el etnocentrismo, los sistemas nominalmente de partido único, la utilización complicada de los mitos y la religiosidad nacional, las jefaturas carismáticas y diversas formas de "socialismo

africano" se aproximaban a la tipología fascista[265]. Pero si se inspecciona más de cerca

el carácter de las dictaduras africanas, surgen graves dudas acerca del a tipología del "fascismo africano". Paul Hayes lo ha dicho de forma bastante clara: "Cabe hallar en algunos de los países africanos muchas de las características del fascismo europeo,

aunque es raro que se hallen varias al mismo tiempo y en el mismo país"[266]. En estos

casos el principio de la jefatura se parece más al caudillaje

del Caribe que al italiano o el alemán. Por lo general, los partidos únicos no resultan ser gran cosa como partidos organizadores, y la economía política no llega ni mucho menos a un nacional sindicalismo organizado o a una economía regulada por el estado en el sentido

centroeuropeo de esos términos267. Por último, la cultura filosófica específica del

fascismo y el nazismo brilla por su ausencia. Lo más que se puede decir es que quizá el ejemplo fascista de dicatadura nacionalista de partido único fuera el precedente inicial de esos regímenes, pero no se ha reproducido ninguna tipología específica y completa de fascismo europeo. Además, la nueva ola de dictaduras africanas de los años 70 ha

265

Véase una formulación más específica en A. James Gregor, "African Socialism and Fascism:An Appraisal", Review of Politics 29.3 (julio de 1967), pág. 353-399; Fascist Persuasión,pág. 406-409. cabe hallar una aplicación más amplia en Anthony J.Joes, Fascism in the Contemporary World (Boulder, 1978); "Fascism: The Past and the Future", Comparative Political Studies 7.1 (abril de 1974),pág. 107133; y "The Fascist Century", Worldview 21.5 (mayo de 1978),pág. 19-23.

266

Hayes, Fascism, pág. 208. Maurice Bardéche, único intelectual fascista de nota que se ha esforzado por definir el fascismo después de terminar la era fascista, insiste de forma convincente en que los llamados fascismos del Tercer Mundo son "falsos fascismos". Las diferencias en que hace hincapié son, sobre todo, culturales. Quèst-ce que le fascismo? (París, 1961).

267

Arnold Hughes y Martin Kolinsky, “Paradigmatic Fascism`and Modernisation:A Critique”, Political Studies 24.4 (diciembre de 1976), pág. 371-396.

130

sido claramente leninista/stalinista y ha tratado de aplicar normas, derivadas de Rusia, la burocracia estatal total y de colectivismo estatal, tan total como lo permiten las circunstancias. Estos objetivos de régimen son muy distintos del fascismo.

Después de todo, el fascismo fue la única gran ideología nueva del siglo XX, y no es de sorprender que varias de sus características clave vuelvan a aparecer en movimientos radicales y en regímenes autoritarios nacionales en momentos ulteriores y

en otras regiones268, aunque en general el perfil de los nuevos grupos sea distinto de los

fascismos europeos genéricos. Cabe especificar varias de esas características:

1. Autoritarismo nacionalista permanente de partido único, que no es pasajero ni preludio del internacionalismo.

2. Principio de jefatura carismática, incorporado también por muchos regímenes comunistas y de otro tipo.

3. Búsqueda de la ideología etnicista sintética, distinta del liberalismo y el marxismo.

4. Sistema estatal autoritario y economía política de corporativismo o sindicalismo o socialismo parcial, más limitada y pluralista que el modelo comunista.

5. Principio filosófico de activismo voluntarista, no limitado por ningún determinismo filosófico.

En estos aspectos, la experiencia fascista fue fundamental para la revolución y el nacionalismo autoritario en el siglo

XX. En ese sentido, la influencia del fascismo seguirá sintiéndose en el futuro, y también la sentirán algunos de los antifascistas formales más vocifernates.

Bibliografía Aunque ya bastante antes de la segunda guerra mundial aparecieron las primeras obras sobre el fascismo y el nacional socialismo, algunas de ellas de un valor considerable, no se publicaron estudios globales y comparados del fascismo hasta que pasó una generación. La entrada del período en la perspectiva histórica fue lo único que permitió estudiar el fascismo como fenómeno más general e histórico, en lugar de cómo problema político o militar inmediato, las dos obras principales que iniciaron el "debate sobre el fascismo" en la historiografía y la teoría contemporáneas fueron la de Nolte, Der

268

La exposición más completa es la de Gregor en Fascist Persuasión.

131

Faschismus in seiner Epoche (Munich, 1963), traducida al inglés con el título de Three Faces of Fascism (Nueva York, 1966); y la de Eugen Weber, Varieties of Fascism (Nueva York,1964). (Hay traducción al castellano de la primera: El fascismo en su época, Ed. Península, Barcelona, 1968). Ambas tenían la fuerza de la originalidad y de su enfoque comparado nuevo, y examinaban el fascismo como fenómeno histórico único con diversas manifestaciones.

En los diez años siguientes, más o menos, aparecieron varios relatos generales descriptivos, así como simposios sobre múltiples aspectos o manifestaciones del fascismo, encabezados por el número especial de la Journal of Contemporary History, titulado "Internacional Fascism 1920-1945" (1966).

Compilado por George L. Mosse y Walter Lacqueur, al que siguió un segundo número especial diez años después (los dos se publicaron juntos posteriormente con el título de Internacional Fascism (Londres, 1979); y por la obra de Nolte, Die Krise des liberalen System und die faschistischen Bewegungen (Munich, 1968). (Hay traducción al castellano: La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas.

Ed. Península, Barcelona, 1971). A estos siguieron los dos volúmenes de estudios compilados por Steward J. Wolf: The nature of Fascism (Londres, 1968), y European Fascism (Londres, 1969). (Hay traducción al castellano: El fascismo europeo. México D.F., 1970).

De los estudios generales, el de Alan Cassels titulado Fascism (Nueva York, 1975) es el más útil como texto descriptivo, mientras que el de Otto-Ernst Schüddekopf, Fascism (Nueva York,1973), es el mejor ilustrado, y el de H.R. Kedward, Fascism in Western Europe, 1900-1945 (Nueva York,1971), es el más superficial, por no decir inexacto. El de F.L. Carsten, The Rise of Fascism (Berkeley/ Los Angeles, 1967), describe el crecimiento del fascismo y del nacionalsocialismo y estudia los movimientos fascistas de otros países. (Hay traducción al castellano: La ascensión del fascismo, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1970). En Paul Hayes, Fascism (Londres, 1972), se hace un relato de algunas de las ideas y las influencias culturales subyacentes.

Mucho más útil es la obra de Walter Lacqueur, comp., Fascism: A Reader`s Guide (Berkeley/ Los Angeles, 1976), rica colección de estudios y de trabajos de interpretación y analíticos, en la cual se destacan las “Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspectiva” de Juan L. Linz, como la mejor introducción disponible a la sociología comparada del fascismo. También

se facilita mucha información en la obra colectiva de Stein U. Larsen y otros, comps., Who Were the Fascists? (Oslo-Bergen, de próxima publicación).

Son muy pocos los estudios comparados explícitos de los movimientos fascistas. Es probable que el ejemplo más vívido sea el de N. M. Nagy-Talavera, The Green Shirts and the Others: A History of Fascism in Hungary and Romania (Stanford, 1970), pero el más general y sistemático es el de H.-U.

Thamer y Wolfgang Wippermann, Faschistische und neofaschistische Bewegungen (Darmstadt, 1977).

Otros son los de W. Schieder, comp., Faschismus als soziale Bewegung (Hamburgo, 1976); Jean Plumyéne y Raymond Lasierra, Les Fascismos français, 1923-1963 (parís, 1963); Michael Ledeen, Universal Fascism (Nueva York,1972); y Manuel de Lucena, A evoluçao do sistema corporativo portugués (Lisboa, 1976), 2 volúmenes. La obra de P. F. Sugar, comp., Nativa Fascism in the Sucesor Status, 1918-1945 (Santa Bárbara, 1971), trata de Europa oriental; y la de Hans Rogger y Eugen Weber, comps., The European Right (Berkely/ Los Angeles,1965), establece comparaciones y contrastes con la derecha. Por último, hay estudios relativos a diversos elementos del fascismo y la derecha autoritaria dentro de un mismo país, como el de René Rémond, The Right- Wing in France from 1815 to De Gaulle (Filadelfia, 1969); Francis T. Carsten, Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler (Londres, 1976); Richard A. Robinson, The Origins of Franco`s Spain (Pittsburg, 1970). (Hay traducción al castellano: Los orígenes de la España de Franco. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1974); y Edward D. Wynot, Jr. , Polish Politics in Transition (Athens, Georgia, 1974).

Los dos mejores análisis sintéticos de las principales teorías

que se han expuesto para explicar el fascismo son A. James Gregor, Interpretations of Fascism de Renzo de Felice (Cambridge, Massachussets,1977), así como su gran antología y comentario Il fascismo: Le interpretación dei contemporanei e degli storici (Bari, 1970); y la antología de Nolte, Theorien ubre the Faschismus (Colonia, 1967). La obra de Henry A. Turner, Jr., comps., Reappraisals of Fascism (Nueva York,1976), representa algunas reinterpretaciones recientes; y también debe mencionarse en ensayo-entrevista de interpretación de De Felice, Fascism (New Brunswick, 1977), y la obra de George L. Mosse, Nazism: A History and Comparative Análisis of National Socialism (New Brunswick, 1978).

Las tentativas más decididas de situar al fascismo en un contexto general de radicalismo y revolucionarismo contemporáneos son las de A. James Gregor, The Fascist Persuasión in Radical Politics (Princeton, 1974), y la de Ludovico Garruccio, L'industrializzazione tra nacionalismo e rivoluzione (Bologna, 1969). Anthony J. Joes, en Fascism in the Contemporary World (Boulder, 1978), formula unas comparaciones muy generales. Cabe hallar una comparación original y provocative entre el fascismo italiano y el comunismo de Domenico Settembrini, Fascismo contrarivoluzione imperfecta (Florencia, 1978).

132

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

16/04/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/